

## **Al otro lado de la mesa**

Relatos de personas expertas por la experiencia

**Fran Calvo, Maria Pallisera,  
Anna Planas (coord.)**

# Al otro lado de la mesa

**Relatos de personas expertas  
por la experiencia**

**Horizonte** DE SUCEOS (3)



**Documenta  
Universitaria**

Datos CIP recomendados por la Biblioteca de la UdG

CIP 316.34 ALO

Al otro lado de la mesa : relatos de participantes expertos por la experiencia / Fran Calvo, Maria Palliser, Anna Planas (coord.). – Girona : Documenta Universitaria, 2024. – 1 recurs en línia (221 pàgines). – (Horizonte de sucesos ; 3)

Conté: Prólogo / Quim Brugué -- Presentación / Anna Planas y Maria Palliser -- Introducción / Fran Calvo -- Una flor de hibisco y asfalto al borde de la carretera / Ionela Raluca y Fran Calvo ...

Descripció del recurs: 15 de maig de 2024

ISBN 978-84-9984-609-5

I. Calvo, Fran, editor literari II. Palliser, Maria, editor literari III. Planas, Anna (Planas Lladó), editor literari IV. Contenedor de (obra): Raluca, Ionela. Una flor de hibisco y asfalto al borde de la carretera 1. Marginació social 2. Intervenció social 3. Llibres electrònics

CIP 316.34 ALO



No está permitido un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas por otras personas que no sean las propietarias de los derechos. Es la licencia más restrictiva, ya que sólo permite que otras personas se descarguen la obra y la compartan con otras siempre que reconozcan su autoría, pero sin hacer modificaciones ni uso comercial.

Revisión lingüística: Manel Peris Grau

© de los textos: sus autores y sus autoras

© de la ilustración de la cubierta: Rice. Eduard Sacrest

© de esta edición: Documenta Universitaria

ISBN: 978-84-9984-609-5

DOI: 10.33115/b/9788499846095

Girona, 2024

«Somos lo que hacemos para cambiar lo que somos».  
Eduardo Galeano, 1989

«Las rebeliones se basan en la esperanza».  
Jyn Erso

# Sumario

<b>Prólogo</b> .....	<b>7</b>
Quim Brugué	
<b>Presentación</b> .....	<b>10</b>
Anna Planas y Maria Pallisera	
<b>Introducción</b> .....	<b>19</b>
Fran Calvo	
<b>Una flor de hibisco y asfalto al borde de la carretera</b> .....	<b>27</b>
Ionela Raluca y Fran Calvo	
<b>Ser tozuda, la clave para poder vivir mi vida y no la de otros</b> .....	<b>44</b>
Epi y Maria Pallisera	
<b>Una niña que nunca tuvo nada, convertida en una mujer empoderada. El sueño que nunca fue</b> .....	<b>52</b>
Erika Fiorella Méndez C. y Anna Planas	
<b>Diversidad funcional, discapacidad y participación</b> .....	<b>65</b>
Raquel Blanca	
<b>La mujer confiada que dejé atrás y el camino que una nunca se espera</b> .....	<b>80</b>
Ingrid y Raquel Carrión	
<b>Reparando el pasado</b> .....	<b>91</b>
Jordi Padilla Cárceles y Pere Soler Masó	
<b>No hay solo una verdad</b> .....	<b>105</b>
Mamadou Yaya Bah y Carme Montserrat	
<b>La experiencia de usuarios de servicios a las personas sin hogar</b> .....	<b>115</b>
Ildefonso Ramajo y Juan González-Martínez	
<b>Luchar todos los días de mi vida</b> .....	<b>126</b>
Aymi y Carme Trull-Oliva	
<b>Una experiencia diferente</b> .....	<b>136</b>
Anna Cornellà y Carol Puyaltó	

<b>Mi discapacidad es no encontrar trabajo.....</b>	<b>148</b>
Saïd Laaroussi y Laura Corbella	
<b>La bailaora de ojos azules.....</b>	<b>161</b>
Jeannette y Alícia Parés-Bayerri	
<b>El día que nació una parte de mi vida.....</b>	<b>170</b>
Olga Álvarez y Anna Armengou Balaguer	
<b>Participantes activos en nuestro proceso evolutivo de salud mental.....</b>	<b>178</b>
Jose A. López Porto, Ismael Almeda Martínez, Ramon Tormo Bertrol, Esteban Fontalba Sánchez y Edgar Iglesias	
<b>Cicatrices abiertas, esperanzas que no desaparecen .....</b>	<b>189</b>
Cristian y Eduard Carrera Fossas	
<b>Historia calamitosa de Ian Berry.....</b>	<b>199</b>
Ian Berry y Rafel Meyerhofer-Parra	
<b>Del sueño a la realidad: un viaje inesperado.....</b>	<b>208</b>
Tumà y Anna Planas	

# Prólogo

Quim Brugué

Los y las profesionales de diferentes ámbitos de la intervención social aplican sus conocimientos a través del desarrollo de protocolos, del uso de determinadas técnicas o de la aplicación de las normas vigentes. Pero también son profesionales que operan en interacción con las personas que reciben o son objeto de sus intervenciones; con las que, por tanto, tienen contactos y establecen relaciones. Aplicación de conocimientos y establecimiento de relaciones serían, pues, los dos pilares sobre los que construir una buena práctica profesional. Sin embargo, estos dos pilares muestran diferencias importantes en términos de dimensión, de solidez e, incluso, de prestigio. La aplicación de los conocimientos adquiere una posición central y dota al primer pilar de robustez y consistencia; mientras las relaciones entre los profesionales y las personas usuarias de sus servicios quedan escondidas bajo una niebla que acaba traducándose en fragilidad. Asumiendo la simplificación de los ejemplos, hoy, cuando nos relacionamos con los profesionales de la salud, lo hacemos a través de una pantalla. Aquellos médicos y médicas que antes nos miraban, nos tocaban y con los que podíamos conversar, ahora teclean sin parar con la mirada fija en el ordenador. En las aulas, al menos en las aulas universitarias que conozco bastante bien, el profesorado se limita a mostrar una presentación que va recitando, mientras los

alumnos se concentran en sus portátiles navegando normalmente por lugares muy alejados. Todo bajo la penumbra de una luz atenuada que permita aislarse en las pantallas de unos y otros. Naturalmente, las miradas no se cruzan y las conversaciones son inexistentes. Relaciones precarias que, claro está, perjudican la calidad de la intervención sanitaria y educativa.

Lo mismo ocurre en los servicios sociales, donde los y las profesionales aplican sus conocimientos respondiendo a las preguntas que formula un programa informático capaz de diagnosticar y proponer las acciones de manera casi automática. Lo hacen en pequeños despachos, donde la relación con las personas que necesitan su apoyo se ve filtrada por pantallas y reducida a protocolos. Relaciones precarias en las que, de nuevo, las miradas no se encuentran y la conversación es inexistente.

Ante este desequilibrio entre el pilar del conocimiento y el pilar de las relaciones, este libro propone un giro y pone todo el énfasis en las relaciones. Nos propone mirar a los ojos de las personas, escuchar sus palabras e interesarnos por sus historias. Nos propone, en otros términos, asumir que la buena práctica profesional debe nutrirse no solo de los conocimientos propios sino, sobre todo, de los conocimientos de los demás; de aquellos que sufren las situaciones de exclusión, de sus familias, de sus entornos y, también, de la comunidad en general.

Necesitamos trabajos como el que tenéis entre las manos; trabajos que nos ayuden a entender que los profesionales del siglo XXI no pueden encerrarse en sus despachos y, aún menos, esconderse detrás de los ordenadores. Los profesionales de la salud, de la educación y, por supuesto, de la intervención social deben recuperar la capacidad de mirar, de tocar y de escuchar. No son simples piezas de un engranaje y, de hecho, deben reivindicarse como personas que no solo aplican conocimientos operativos, sino que generan conocimientos sustantivos.

En un mundo tan complejo como el actual no es suficiente con disponer de profesionales que gestionen protocolos, necesitamos profesionales que tomen decisiones. El objetivo no es solo la

eficiencia técnica de las acciones sino, sobre todo, la inteligencia de las decisiones. Y la inteligencia siempre es democrática; siempre es el producto del diálogo, de la pluralidad de voces y de la suma de miradas. En este sentido, estamos ante un texto que, sin duda, cultiva la inteligencia como herramienta imprescindible para mejorar la intervención social.

Finalmente, este libro no solo nos insta a escuchar, sino a hacerlo de una determinada manera. En las páginas que siguen aparecen las voces de ciudadanos y ciudadanas, mientras que se descartan las de los usuarios o los clientes. Hemos subrayado la importancia de las relaciones, pero no todas son iguales. Demasiado a menudo establecemos relaciones con usuarios de servicios, caracterizadas por la pasividad de aquel que recibe lo que otro sabe que necesita. Relaciones paternalistas y unidireccionales que, por tanto, no generan ni diálogo ni conocimiento. Tampoco nos estamos relacionando con clientes, como proponen algunos modernizadores de los servicios públicos. El cliente es alguien que siempre tiene razón y se le satisface sin más consideraciones. Lo que en este texto aparece y se reivindica es, en cambio, la relación del profesional con los ciudadanos; con personas que ni reciben ni compran, sino que participan de la construcción conjunta de sus proyectos, tanto individuales como colectivos.

Las voces, las razones, las experiencias y los conocimientos de muchos y diversos ciudadanos desfilan en este libro, que es, sin lugar a duda, un auténtico aprendizaje. Una forma de aprendizaje que queda magistralmente recogida en las palabras de Benjamin Barber, uno de los grandes teóricos contemporáneos de la democracia:

«El autor del lenguaje, el pensamiento, la filosofía, la ciencia y el arte, así como de la ley, los pactos, los derechos individuales, la autoridad y la libertad no es el hombre sino los hombres.» (Barber, 2004: 158-159).

# Presentación

Anna Planas y Maria Pallisera

**Un cambio de mirada: la incorporación de las voces de las personas expertas por su experiencia en la formación de futuros profesionales de la acción socioeducativa.**

Ya hace años que se promueve, en la acción socioeducativa, una atención en la persona basada en un enfoque del apoyo centrado en las necesidades, demandas e intereses de las personas que son usuarias de servicios sociales (Jacobs et al., 2013). A pesar del reconocimiento teórico del protagonismo de las personas en los procesos de acompañamiento, existe consenso en considerar que la voz de las personas que son o han sido usuarias de servicios sociales tiene una escasa influencia en las políticas e incluso en las propias prácticas socioeducativas. Últimamente, y alineada con este enfoque, la expresión *Experto o Experta por Experiencia* (EPE) está sustituyendo al término *usuariola*, puesto que se considera que designa de forma más coherente la esencia de conocimiento experiencial y tácito que han adquirido las personas por tener una característica específica (por ejemplo, una discapacidad o un problema de salud mental), o por ser o haber sido usuarias de algún servicio social (Levy et al., 2022).

A nivel internacional, desde la formación de los futuros profesionales de la acción socioeducativa se reivindica la necesidad de que la formación inicial ayude a los futuros y futuras profesionales a

tomar conciencia de las relaciones de poder que se enmarcan en las instituciones socioeducativas, e incorporar competencias que contribuyan a transformar las prácticas de apoyo y las propias instituciones haciéndolas más democráticas. En este sentido, en la última década se ha utilizado el concepto *gap mending* para reflexionar sobre las estrategias que rompen con la distancia entre profesionales y personas EPE en la práctica profesional (Askheim, Beresford y Heule, 2016). Estas estrategias consisten generalmente en la participación de personas EPE en las actividades docentes, e incorporan implícitamente el empoderamiento, la emancipación, la participación, la equidad y la antidiscriminación (Schön, 2016), reconociendo que esta implicación aporta un tipo de conocimiento distinto del que se vincula al profesional o académico.

Cabiati y Levy (2021) resumen el impacto de las experiencias en las que participan personas EPE en los distintos grupos de participantes (alumnado, personas expertas por la experiencia, profesorado). Para las personas EPE, dicha participación conlleva un nuevo rol socialmente valorado, oportunidades de ser escuchado en un contexto no jerárquico, aprendizaje de nuevas habilidades y oportunidades de establecer nuevas relaciones. Para el profesorado, oportunidades de revisar el compromiso personal con la formación de los profesionales socioeducativos. En cuanto al estudiantado (y también el profesorado), contribuye a incorporar la necesidad de reducir las distancias entre profesionales y personas EPE, tendiendo a unas relaciones más igualitarias y a valorar la coproducción. Investigaciones previas ponen de relieve que los principales beneficios de la implicación de las personas EPE en la formación de los trabajadores y educadores sociales consisten en permitir a los futuros profesionales adquirir un mayor conocimiento de los puntos de vista de las personas que reciben apoyos; un cambio en los estereotipos acerca de dichas personas y un mayor reconocimiento de sus fortalezas; desarrollo de mayor empatía con las personas usuarias, así como el desarrollo de mejores habilidades comunicativas. También se menciona la relación entre teoría y práctica. La participación en este tipo de experiencias docentes también conlleva críticas por parte de los estudiantes: en algunos casos se critica el énfasis en la presentación de experiencias

negativas, la preocupación que ello genera en los estudiantes, y las reticencias para aceptar que las personas usuarias participen en los procesos de evaluación (Tanner, Littlechild, Duffy y Hayes, 2017). Kowalk y Wetterling (2022) subrayan que el escenario académico ofrece la oportunidad del cruce de saberes a través de la generación de cuestiones que en contextos de práctica profesional difícilmente se producirían; además, el hecho de discutir sobre los efectos de las normas en las vidas de las personas permite a los estudiantes concienciarse de que su función no es solo ofrecer apoyo a las personas, sino también defender sus derechos. La reflexión sobre sus propias prácticas contribuye a romper estigmas, aprender de los demás y adquirir una mejor comprensión de los retos del trabajo socioeducativo. Estos resultados indican que las vivencias y opiniones de las personas EPE del soporte de las educadoras y educadores sociales constituyen un elemento básico para orientar acciones socioeducativas realmente centradas en las personas. Por este motivo, es importante que la formación inicial de los profesionales promueva espacios donde los futuros profesionales puedan escuchar las voces de las personas EPE, sus preocupaciones, las dificultades que se encuentran y el tipo de apoyo que desean, entre otros.

## **El Grupo de Innovación Docente Narrativas en Educación Social**

El curso 2017-2018 se inicia el grupo de Innovación Docente Narrativas (GID) en Educación Social en el que han participado a lo largo de los años una veintena de profesoras y profesores del grado en Educación Social de la Universidad de Girona. El objetivo del GID es introducir tanto la mirada y voz de las personas EPE en la formación de los profesionales de la educación social como la de los profesionales en activo.

Los objetivos del grupo se han ido ampliando y modificando en función de las necesidades del momento. Entre las acciones realizadas destacan: la elaboración de un diagnóstico sobre la incorporación de la voz de las personas EPE en las diferentes asignaturas del grado,

el diseño, implementación y evaluación de la asignatura optativa Expertez y Transformación Social (desde el curso 2019-2020), la formación y elaboración colaborativa de relatos digitales de personas EPE, la colaboración en la elaboración de una guía franco-catalana para la mejora de la participación de las personas EPE en la formación, el liderazgo de un grupo de coconstrucción de conocimientos sobre la participación de las personas EPE en los servicios, entre miembros del GID y profesionales del ámbito socioeducativo, análisis de entrevistas a educadores y educadoras sociales como material docente para el prácticum, estudio sobre el impacto de la COVID-19 en las funciones de los y las profesionales de la Educación Social y este libro que tiene entre sus manos.

De entre las acciones realizadas queremos destacar, y explicar a continuación, la experiencia de la asignatura Expertez y transformación social, estrechamente relacionada con la recopilación de narraciones que conforman este libro.

## **El cruce de saberes en la universidad: la experiencia de la asignatura Expertez y transformación social**

El curso 2019-2020, inspirada por la experiencia de la Red Internacional PowerUs (<https://powerus.eu/>) se inició la asignatura Expertez y Transformación Social, una asignatura de 3 ECTS del grado en Educación Social de la Universidad de Girona. La asignatura se organiza con sesiones de entre 1'30 h y 2 h a lo largo de catorce semanas. Cuenta anualmente con la participación de quince estudiantes del grado en Educación Social y once personas EPE que han sido usuarias de diferentes servicios y proyectos en los que trabajan educadores y educadoras sociales. Esta asignatura se configura como un espacio de análisis, reflexión y creación compartida entre el alumnado del grado, las personas EPE y el profesorado. El objetivo de la asignatura es romper barreras y potenciar el diálogo entre futuros profesionales y personas EPE para reducir distancias y compartir espacios de poder. Más concretamente, la asignatura tiene como objetivos:

- Dar valor a las experiencias personales en tanto que fuente de aprendizaje y fundamentación de propuestas de mejora de las acciones socioeducativas.
- Analizar la acción socioeducativa y, especialmente, la vinculada con el trabajo desarrollado por las educadoras y educadores sociales, teniendo en cuenta las visiones y experiencias de las personas usuarias de servicios y expertas por su experiencia.
- Aprender estrategias potenciadoras de la participación de las personas usuarias de proyectos y servicios en el diseño, implementación y evaluación de programas, proyectos y acciones socioeducativas.

Desde el curso 2019-2020 han participado en la asignatura 78 estudiantes, 45 estudiantes del grado y 23 EPE que han sido o son usuarios de 9 servicios distintos. Para los estudiantes del grado la asignatura es optativa y la cursan en 4.º curso.

Para la selección de las personas EPE, se cuenta con la colaboración de diferentes entidades del territorio con las que la universidad colabora regularmente (ya sea a través de prácticas, proyectos de investigación o actividades formativas). El proceso de reclutamiento se realiza durante el primer semestre de curso, informando a las entidades y a las personas interesadas sobre la tipología de asignatura, los requisitos necesarios para participar y los beneficios esperados para los participantes. Una vez recogidas todas las propuestas, se realiza la selección para configurar un grupo heterogéneo y, en la medida de lo posible, equilibrado en temas de género.

Los requisitos que deben cumplir las personas EPE son: a) ser mayores de edad, b) manifestar el deseo de participar como alumno en la asignatura, c) tener competencias básicas en lectura, escritura y en autonomía personal, y d) tener disponibilidad para asistir a todas las sesiones en el horario asignado a la asignatura. Entre el perfil de personas EPE que han participado en las tres ediciones de la asignatura se encuentra una gran variedad de personas; que están o han estado sin hogar, en proceso de rehabilitación por consumo de drogas, con

problemas de salud mental, en situación de pobreza, víctimas de violencia de género, jóvenes migrados solos o en situación de exclusión, o con discapacidad intelectual. La edad de los participantes está entre los diecinueve y los setenta años. Esta variedad da un valor añadido a la asignatura por la riqueza en la diversidad de experiencias que se aportan en el aula. La asignatura es gratuita por las personas EPE, siendo la universidad la que asume el coste de la matrícula.

La evaluación de la experiencia, centrada en una primera fase en las percepciones del estudiantado participante en las tres primeras ediciones de la experiencia, indica una mayor conciencia de la identidad profesional, la percepción de haber adquirido habilidades sociopersonales relacionadas con sus funciones (comunicación asertiva, gestión de emociones, empatía, establecimiento de confianza y vínculo, o romper prejuicios), y mayor conciencia de la importancia de trabajar desde el enfoque centrado en la persona, poniendo en valor la experiencia de las personas usuarias, la necesidad de respetarlas y fortalecer valores como la inclusión (Planas y Pallisera, 2023). Necesitamos continuar explorando las posibilidades de esta metodología, que a veces saca al estudiantado de su zona de confort, para aprender todas sus posibilidades para el aprendizaje de competencias profesionales que conduzcan a prácticas democráticas, respetuosas con la dignidad de las personas EPE y que tengan en cuenta en su construcción los saberes y experiencias de todas las personas.

## **El libro que tiene en sus manos**

Este libro nace en el marco del GID, y bajo la iniciativa del compañero Fran Calvo, educador social profesor del grado de Educación Social y miembro del GID. La voluntad del libro es construir colectivamente, desde la Universidad, pero con el protagonismo de personas EPE, un documento que refleje experiencias y trayectorias personales de acompañamiento e interacciones con servicios sociales y profesionales desde la perspectiva de las personas que son o han sido usuarias de servicios.

El libro está organizado en 19 capítulos y se ha realizado de forma coral por un grupo de 36 autores y autoras. Cada uno de ellos se ha escrito a través de un proceso de coescritura entre personas EPE y profesorado, muchos de ellos miembros del GID. Desde el GID teníamos muy claro que queríamos realizar un proceso de coconstrucción con las personas EPE, no sobre las personas EPE.

La selección de las personas EPE se ha realizado a partir de los contactos y relaciones que los miembros del GID tenían. Algunas de ellas han sido alumnas en alguna de las ediciones de la asignatura EiTTS, otras han participado en investigaciones o han sido usuarias de alguno de los miembros del GID. Durante el primer contacto se les explica el objetivo del libro y se propone y pacta el proceso de trabajo. También se informa sobre la posibilidad de abandonar si así lo consideran oportuno. Asimismo, se les invita a decidir si quieren que aparezca publicado su nombre real o lo hacen bajo un seudónimo. El proceso de trabajo ha sido muy diverso respecto a quién y cómo se ha escrito. En unos casos ha sido la persona EPE quien ha ido aportando los textos, en otros ha sido la persona de apoyo quien ha ido poniendo por escrito las reflexiones y explicaciones de la persona EPE.

Pensamos que las contribuciones del libro son principalmente tres. En primer lugar, a nivel metodológico, se ha desarrollado en la mayoría de los capítulos un proceso de coescritura, acordado en cada capítulo por la persona EPE con la persona que le ha ofrecido apoyo y que, en todos los casos, ha sido guiado por la voluntad de hacer oír la voz autorizada de las personas EPE, respetando sus palabras y expresiones, sus ideas y manifestaciones. El proceso de elaboración de los relatos, por tanto, ha sido acordado por cada pareja, integrada por una persona EPE y la persona de apoyo; el número de encuentros que se han realizado para completar el relato y el formato de estos encuentros y espacios de coconstrucción ha sido diferente en cada caso, pero siempre se ha asegurado que la persona escuchara y confirmara la narración hasta consensuar el formato que finalmente aparece publicado en estas páginas.

En segundo lugar, y en lo que se refiere a los contenidos, los diferentes capítulos aportan voces desde la experiencia de diferentes trayectorias vividas poniendo énfasis en los apoyos recibidos y los deseados en contextos de acción socioeducativa. Un «baño de realidad» que nos habla de las posibilidades y oportunidades de los procesos de acompañamiento, pero también de las necesidades no satisfechas, de la falta de respuestas deseadas y de relaciones con profesionales e instituciones que no han satisfecho las expectativas. Esto nos lleva a la tercera aportación, el documento como herramienta de formación tanto para los futuros profesionales de la educación social como para los docentes que intervenimos en su formación. El libro ha sido concebido como una herramienta para la docencia que contribuya al aprendizaje de habilidades vinculadas con el ejercicio profesional, pero sobre todo a sensibilizar mediante la promoción de actitudes y valores fundamentales en la práctica de la acción socioeducativa, desarrollando el sentido de la autocrítica, desde la conciencia del papel y el poder que desempeñan los agentes sociales en la vida de las personas acompañadas.

En nombre del GID agradecemos a todas las personas expertas por la experiencia que han participado con sus relatos en este libro su predisposición por abrirse y compartir vivencias y pensamientos, a menudo muy íntimos. También agradecemos su confianza en la utilidad de este libro desarrollado colaborativamente para la transformación y mejora de las prácticas de soporte y acompañamiento. ¡Esperamos que disfruten de la lectura de este libro coral!

## Referencias

- Askheim, O., Beresford, P. y Heule, C. (2017). Mend the gap – strategies for user involvement in social work education. *Social Work Education*, 36(2), 128-140. <https://doi.org/10.1080/02615479.2016.1248930>
- Cabiati, E. y Raineri, M. L. (2016). Learning from service users' involvement: a research about changing stigmatizing attitudes in social work students. *Social Work Education*, 35(8), 982-996. <https://doi.org/10.1080/02615479.2016.1178225>
- Jacobs, S., Abell, J., Stevens, M., Wilberforce, M., Challis, D., Manthorpe, D., Fernández, J. L., Glendinning, C., Jones, K., Knapp, M., Moran, N. y Netten, A. (2013). The personalization of care services and the early impact on staff activity patterns. *Journal of Social Work*, 13(2), 141-63. <https://doi.org/10.1177/1468017311410681>
- Kowalk, H. y Wetterling, J. (2022). Experiences matter equally. En K. Driessens y V. Lyssens-Danneboom (Eds). *Involving Service Users in social Work Education, Research and Policy. A Comparative European Analysis* (p. 199-208). Bristol University Press.
- Levy, S., Cabiati, E., With Dow, J., Dowxon, E., Swankie, K. y Martin, G. (2022). Reflections on inspiring conversations in social work education: the Voices of Scottish experts by experience and Italian students. En K. Driessens y V. Lyssens-Danneboom (Eds). *Involving Service Users in social Work Education, Research and Policy. A Comparative European Analysis* (p. 97-108). Bristol University Press.
- Planas, A. y Pallisera, M. (2023). Creuament de sabers entre persones expertes per l'experiència i estudiants d'educació social. *XII Congrés Internacional de Docència Universitària i Innovació (CIDUI)*.
- Schön, U. K. (2016). User involvement in social work and education—A matter of participation? *Journal of Evidence-Informed Social Work*, 13(1), 21-33. <https://doi.org/10.1080/15433714.2014.939382>
- Tanner, D., Littlechild, R., Duffy, J. y Hayes, D. (2017). «Making it real»: Evaluating the impact of Service user and carer involvement in social work education. *British Journal of Social Work*, 47(2), 467-486. <https://doi.org/10.1093/bjsw/bcv121>

# Introducción

Fran Calvo

Hace algunos años tuvieron que realizarme una intervención quirúrgica. No era un problema excesivamente grave, aunque sí muy molesto y era necesario aplicar anestesia raquídea. Estaba preocupado porque para ello me tenían que hacer una punción epidural y digamos que no soy precisamente valiente cuando se trata de inyecciones.

Trabajaba en un servicio de salud mental especializado en drogodependencias que formaba parte de la red de servicios públicos de la ciudad. La misma empresa gestionaba multitud de centros de salud comunitarios, hospitalarios y residenciales, no solo de salud mental, sino también centros de atención primaria y un gran hospital. Los profesionales disponíamos de un servicio interno de prevención cuyo objetivo era el seguimiento de la salud de los empleados. En una de las revisiones rutinarias con mi médico decidimos que era hora de operar la afección que padecía y así fue como me derivó a una visita con la cirujana que realizaría la intervención. La atención que recibíamos los profesionales, aun dependiendo de la derivación de este servicio interno y exclusivo para la plantilla, era exactamente la misma que podía recibir cualquier paciente externo que acudiera, y seguíamos los mismos canales de lista de espera, admisión, atención y seguimiento que la población general.

Unas semanas más tarde me sentaba en la sala de espera del hospital aguardando la realización de esta visita preoperatoria. Pocos minutos después de llegar, la cabeza de la médico sobresalía por el vano de la puerta y decía mi nombre en voz alta. Antes de que me pudiera girar ella ya había entrado. Hice lo propio y la seguí dentro de la consulta. La médico, una mujer de unos cuarenta años se sentó a su mesa mirando el ordenador y, con un gesto de la mano, me invitó a hacer lo propio.

—Bien, esto será una intervención rápida y fácil, así que no te preocupes —dijo como si recitaba un texto aprendido. Yo la miraba, ella miraba la pantalla.

—Te haré algunas preguntas: ¿Te han hecho alguna intervención en el pasado?

—Sí, cuando tenía seis años —. Le expliqué los motivos. Ella seguía sin mirarme.

—De acuerdo. No tiene importancia. ¿Tomas alguna medicación?

—No.

—¿Bebes?

—Ocasionalmente.

—De acuerdo, no es importante, pues. Recuerda que tendrás que venir acompañado. No podrás conducir. El postoperatorio será incómodo y necesitarás un tiempo de recuperación. — Todavía no me había mirado a la cara ni una sola vez.

—¿Trabajas? ¿Necesitarás la baja?

—Sí, trabajo.

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo aquí— respondí.

Yo no trabajaba exactamente en el hospital, pero sí en los servicios ambulatorios de la misma empresa. Técnicamente éramos desconocidos compañeros de trabajo.

—¿Aquí? —Dejó de lado el ordenador y por primera vez me miró a los ojos.

—Sí, aquí. Bueno, en la red de salud mental y adicciones, en el servicio de tratamiento de las drogodependencias.

—¡Ah! Bueno, pues mira... —La médico, sorprendida y de pronto muy atenta, ruborizada e incluso nerviosa, cambió su posición en la mesa, se impulsó con la silla para aproximarse más, dejando el ordenador a su izquierda y ocupando con sus codos la parte libre de la mesa. Se puso frente a mí y comenzó a explicarme con todo lujo de detalles como sería el proceso: el tipo de anestesia que me pondría, el nombre de la marca comercial de esta, dónde la aplicarían, lo que podían hacer para que el proceso fuera lo menos agresivo posible, los posibles riesgos. Me lo explicó todo con un lenguaje técnico, pero a la vez de forma que yo lo pudiera entender bien, puesto que no era médico y así se lo hice saber. Me preguntó en varias ocasiones si podía hacer alguna cosa por mí y si tenía alguna duda. Las que tuve, me las resolvió amablemente. La visita se alargó unos quince minutos más durante los cuales en ningún caso volvió a escribir nada.

Al final me acompañó a la puerta y me dio la mano con una amplia sonrisa.

—¡Que te vaya muy bien, Fran, hasta pronto! Cualquier cosa que necesites, no dudes en volver a pedir cita.

—Adiós, y muchas gracias —respondí sonriendo.

He usado esta anécdota en mis clases en muchas ocasiones para ejemplificar el impacto que puede tener una primera visita en un servicio al que acudimos como pacientes. Sobre como las primeras acciones que se desarrollan en un primer contacto con un profesional pueden determinar en gran medida el vínculo que se establecerá con posterioridad y que condicionará una parte esencial del proceso del trabajo, tenga este el objetivo que tenga.

Creo que una de las cosas más interesantes del ejemplo es el hecho de que la profesional como tal no es que no tuviera habilidades para llevar a cabo una visita más cordial, amable, entendible. Disponía de esos recursos, pero no los puso en práctica en la primera parte de la visita. En cambio, cuando supo que éramos *compañeros de trabajo* sí lo hizo. ¿Por qué motivo no lo haría desde el principio?

¿Y por qué motivo decidió ponerlos en práctica al saber que yo trabajaba en la misma empresa? ¿Un acto de corporativismo quizás?, ¿elitismo?, ¿el miedo a que yo como compañero pudiera hablar de una mala atención recibida y ello pudiera repercutir en lo que los demás pensarían de ella?

Tratando de explicar la actitud de mi compañera, que podría tener todos los motivos personales del mundo para haberse comportado así (cansancio, exceso de trabajo, rutina, hastío, un simple mal día, *burn-out*, despiste) la cuestión es que, aunque hubiera estado condicionada por alguno de estos motivos, al final ella cambió su registro porque sabía que así hacía mejor su trabajo. Ni más ni menos.

Según mi propia experiencia, esto no es un hecho aislado. En el servicio donde trabajaba, una de las distintas personas que asumieron la jefatura de área de drogodependencias durante mis quince años de experiencia tenía una costumbre de la que pude ser testigo en varias ocasiones. La primera sucedió un día en que yo estaba confeccionando un informe en un despacho. Entró de repente y espetó: «El siguiente paciente que entrará es el hijo de [una persona muy conocida de la ciudad, un concejal del ayuntamiento, para ser exacto], trátalo muy bien». Nos miramos unos segundos sin decir nada. Le contesté lo mejor que pude, tratando de no parecer condescendiente, que yo trataba lo mejor que podía a todo el mundo: «Sí, claro, por supuesto». Y, con media sonrisa irónica, dubitativo y buscando mi complicidad, se marchó.

Hubo otras situaciones parecidas después de esta, y siempre me informaba de la «importancia» o la «influencia» de determinados pacientes con su particular sonrisa. Se sentía obligado a decímelos, pero no obtenía de mí la respuesta con que quedarse tranquilo. Me daba la impresión de que no acababa de creerse que fuese posible o cierto que pudiera tratar a todo el mundo por igual mientras se sucedía la lista de pacientes de mi apretada agenda.

Por supuesto, como todo el mundo, yo soy una persona con buenos y malos días, pero mi trabajo parte del conocimiento y la responsabilidad sobre las implicaciones que tiene mi comportamiento sobre las personas a las que atiendo en un entorno de intervención

socioeducativa. Los elementos relacionales básicos puestos en práctica con las denominadas habilidades blandas, habilidades sociales, nuestra inteligencia emocional, son determinantes en la conformación del vínculo a establecer entre profesionales y personas que acuden a los servicios. Esto es de mayor importancia en intervenciones socioeducativas o sociales, ya que en muchas ocasiones las personas a atender se encuentran en situaciones de vulnerabilidad o exclusión y los primeros pasos en la relación jugaran un papel crucial para el buen desempeño y desarrollo de los planes de trabajo posteriores.

Permitir que las respuestas que un profesional brinda a una persona en un servicio queden expuestas al azar y a las oscilaciones emocionales personales —entrelazadas con vivencias previas, prejuicios arraigados, motivaciones y anhelos individuales— o a opiniones y posturas subjetivas influenciadas por características de grupos particulares —incluso basadas en prejuicios y estereotipos— plantea un riesgo que no debemos subestimar. Este riesgo se incrementa cuando consideramos el impacto directo que este hecho puede tener en la persona que busca nuestra ayuda y orientación.

A lo largo de mis más de dos décadas como profesional de la educación social, he tenido la oportunidad de acompañar a numerosas personas a diversos servicios donde recibirían atención de otros profesionales, muchos de ellos también educadores sociales. En estos encuentros, he sido testigo de una amplia gama de tratos y enfoques para con ellos. He presenciado momentos en los que la empatía, la consideración y el respeto se han convertido en pilares fundamentales de la interacción, en que los profesionales han demostrado un genuino deseo de comprender y apoyar al otro. Sin embargo, también he sido testigo de situaciones lamentables en las que el trato ofrecido por algunos profesionales ha tenido efectos negativos, incluso intensificando las dificultades de las personas a quienes acompañaba. Actitudes prejuiciosas, desconsideradas, discriminatorias y egocéntricas han proyectado sobre los destinatarios de la atención las inseguridades y fragilidades de los propios profesionales, generando un ambiente poco propicio para el desarrollo adecuado de los planes de trabajo de estas personas —las interesadas— y su bienestar.

A pesar de que las entidades e instituciones que brindan servicios socioeducativos a menudo presentan datos sobre la atención prestada, estos informes tienden a centrarse en el proceso (habitualmente el número de prestaciones realizadas), en lugar de abordar la calidad de la interacción o evaluar resultados. En un contexto en el que se cuestionan las estructuras tradicionales y se aboga por una mayor participación de las personas en los servicios de salud y sociales, surge una pregunta crucial: ¿participan las personas atendidas de manera activa en sus procesos socioeducativos o siguen siendo pasivos receptores de conocimiento? ¿Contribuyen los servicios a mejorar los itinerarios de estas personas? ¿Cómo viven estas las intervenciones que los profesionales llevan a cabo? ¿Cómo de partícipes se sienten con respecto a sus propios procesos? ¿Qué ocurre, al fin y al cabo, de puertas adentro en estos servicios?

Los educadores y educadoras sociales, en su formación académica, son preparados para acompañar a las personas en su búsqueda de autodescubrimiento y desarrollo de capacidades, competencias y habilidades, con el fin de construir proyectos de vida más plenos y satisfactorios. Pero ¿cómo experimentan las personas atendidas estos procesos desde su perspectiva? ¿De qué manera influyen las dinámicas de poder, los estilos de comunicación y las restricciones de tiempo en la calidad de la atención que reciben? ¿Cómo perciben las personas este proceso de acompañamiento y cómo afecta a su bienestar y evolución personal?

El presente libro es una compilación de experiencias narradas por personas que han sido destinatarias de atención socioeducativa en servicios sociales y de salud. A lo largo de este proyecto, hemos acompañado a estas personas para que puedan expresar sus propias historias. Historias desde el otro lado de la mesa. La obra consta de un total de diecisiete capítulos, cada uno correspondiente a una historia única. Aunque inicialmente buscamos diversidad en los servicios en los que las personas fueron atendidas, rápidamente comprendimos que muchos individuos interactuaron con varios servicios, lo que enriqueció aún más sus relatos. Cada capítulo es el resultado de la colaboración entre la persona que vivió la experiencia y un profesor universitario que apoyó en el proceso de

escritura. Este apoyo fue diferente en cada caso, ya que cada persona presentó sus particularidades: algunas explicaron su relato de una sola vez y el profesor redactó y compartió con la persona el escrito inicial a partir del cual se hicieron modificaciones, mientras que otras escribieron directamente y recibieron aportaciones desde el profesorado. En todo caso, fuera tras un proceso más corto o dilatado en el tiempo, las personas participantes, expertas por la experiencia, siempre aprobaron el manuscrito final antes de ser publicado. De esta forma, no llevamos a cabo un proceso de investigación sobre la otra parte involucrada; lo que hicimos fue «co-laborar» para que las personas pudieran compartir y expresar lo que consideraban relevante y significativo. En algunos casos, los capítulos se presentan bajo seudónimo para preservar la confidencialidad de las personas y, cuando fue apropiado, se respetaron las preferencias de las personas respecto a la inclusión o anonimato de los servicios mencionados en sus relatos.

Cada historia es única y aborda diferentes aspectos de la atención socioeducativa. Cada caso, cada interacción, es una ventana a la complejidad de las relaciones humanas en el contexto de la intervención socioeducativa. A lo largo de estas páginas, exploramos cuestiones éticas fundamentales, la importancia del vínculo, su conformación y, sobre todo, la necesidad imperativa de la participación de las personas en sus propios procesos de cambio y transformación. Cada relato se convierte así en un testimonio auténtico y profundo, en una voz que surge desde las vivencias y reflexiones de las personas que han transitado por el tejido de los servicios sociales y de salud. A través de sus experiencias, esperamos arrojar luz sobre la importancia vital de las interacciones humanas en el proceso de atención y en el impacto que estas interacciones pueden tener en la trayectoria de transformación y crecimiento de las personas.

Este libro representa una manifestación colectiva, una voz coherente que emerge desde las experiencias y aprendizajes de las personas que han sido atendidas en el contexto de los servicios socioeducativos. A través de estas narrativas auténticas, buscamos resaltar la importancia del vínculo entre profesionales y personas atendidas, y también

subrayar la esencialidad de permitir y fomentar la participación de las personas en sus propios procesos de cambio y desarrollo. La colaboración y el entendimiento mutuo entre profesionales y personas atendidas son ingredientes clave para un proceso socioeducativo exitoso y transformador. En un mundo que busca constantemente mejorar la calidad de la atención y la vida de las personas, estas voces y relatos se convierten en una guía valiosa y una llamada a la reflexión y la acción continua

**21 de mayo de 2023**

# Una flor de hibisco y asfalto al borde de la carretera

Ionela Raluca y Fran Calvo

## Resumen

Tenía diecisiete años cuando vine desde Rumanía a España para trabajar. Quería ayudar a mi familia de origen enviando dinero y tener un proyecto de vida más digno y con más posibilidades. Con dieciocho decidí dedicarme a la prostitución y llevo haciéndolo desde entonces. He cumplido treinta años y me han ocurrido muchas cosas. Siempre he dicho que me encantaría escribir un libro sobre todo lo que acontece en un contexto como el de la prostitución de carretera.

He sido testimonio y participe de anécdotas muy bonitas, en las que he ayudado a hombres que están cerrados a sus emociones, a sus deseos, a la comunicación. Esa es la parte que más me gusta de mi trabajo y nada —o casi nada— tiene que ver con el sexo. Pero como en todo acto, existe una cara oculta que conecta con los lugares más sombríos de la experiencia humana. Cuando estas personas son los propios profesionales se pueden dar situaciones en las que ellos, priorizando sus objetivos, pueden contribuir a victimizarme igual e incluso más de lo que lo hace la propia sociedad patriarcal. Esta es una parte de mi historia.

## Una decisión crucial

Rumanía es un país precioso, pero siempre he pensado que es más bonito si vas de viaje de placer que si vives allí. Yo nací allí en el año 1993 y tenía una vida de lo más normal. Mi padre trabajaba fuera de casa y traía un buen sueldo al hogar mientras mi madre se dedicaba a cuidarnos y a las tareas de la casa. Tenían unas creencias religiosas muy marcadas, así que cuando me quedé embarazada de mi primer hijo con dieciséis años al principio no se lo tomaron

demasiado bien. Yo quiero mucho a los niños y no consideré ni por un momento la posibilidad de abortar. Mi padre me apoyó y me dijo que si quería criar a mi hijo debía esforzarme mucho y estudiar para poder tener un buen trabajo en el futuro. Mi padre era un pilar para mí.

En pocos meses la vida cambió por completo y se empezó a complicar. Me vi de pronto con diecisiete años y un bebé. Tras su nacimiento, al cabo de pocos meses, falleció mi padre a causa de un problema de corazón. Tenía treinta y siete años. De pronto nuestros planes cambiaron. Mi madre empezó a trabajar para que yo pudiera seguir estudiando en el instituto. Ella también me ayudaba a criar al pequeño. Pero con la muerte de mi padre no teníamos suficiente dinero para todos los gastos y al final tuve que replantearme mis objetivos vitales.

Un año después me sentía muy envalentonada y con ganas de cambiar, de superarme y progresar. Pensaba en viajar a otro país para conseguir dinero para mí y para mi familia. Mi madre me decía que no lo hiciera porque tenía que cuidar de mi hijo. Un buen día la engañé con la excusa de que me tenía que firmar un consentimiento para el instituto. Ella confió en mí y lo firmó, pero para lo que me estaba autorizando en realidad era para permitirme salir de Rumanía siendo menor de edad. Así fue como llegué a España.

Tenía una amiga en España que había conocido en Rumanía. Hablaba con ella a través de las redes sociales y me dijo que en España se necesitaba mucha gente para trabajar. Me dijo que trabajaba de camarera y que siempre buscaban más gente. No fue hasta que me vino a buscar al aeropuerto que me dijo la verdad. Allí mismo, sin ni siquiera salir de la terminal, espetó: «Te lo voy a decir aquí mismo, por si te lo piensas y te quieres dar la vuelta. Yo me dedico a la prostitución». En aquel momento tan solo pensé que ya estaba allí, que me quería quedar y que alguna cosa tendría que hacer.

El primer problema que se me planteó fue que yo no me podía dedicar a la prostitución porque era menor de edad. Mi amiga me dijo que si trabajabas en la carretera como prostituta venía mucho la policía. Así que durante ese año estuve trabajando en diferentes cosas, especialmente limpiando, pero no ganaba prácticamente ni

para pagar mi propio alquiler y manutención. De esa manera tuve que tomar una decisión crucial. Pensé que si otras chicas lo podían hacer yo también podría y sobre todo me prometí que solamente lo haría un año. En un año podría pagar la deuda que había acumulado mi madre, mantener a mi hijo y tener dinero para comenzar un proyecto de vida. Pero pasó un año y luego vino otro, luego fue un año más, y otro más, y otro, hasta el día de hoy, en que acabo de cumplir los treinta.

## Una dedicación difícil y arriesgada

Los dos primeros años fueron los más duros. Me daba mucha vergüenza. No quería ni salir a la calle. Pensaba que la gente me miraba y que todo el mundo sabía a lo que me dedicaba. La vergüenza de que alguien me pudiera reconocer, de verme en la carretera, me dificultaba incluso entrar en las tiendas a comprar. Me parecía que todo el mundo lo sabía y me odiaba por ello. Alguna vez le había dicho a alguna amiga: «Ya me han reconocido». Y, por supuesto, no era cierto, me lo parecía a mí. Me costó un tiempo adaptarme y no sentirme amenazada o juzgada por lo que hacía.

Una de las peores situaciones que he pasado sucedió poco tiempo después de comenzar. Un chico de raza negra venía de trabajar del campo en su bicicleta. Se paró a mi lado y me preguntó si quería ir con él. Yo en aquella época era una chiquilla y no tenía mucha experiencia, por lo que hacía aquello que las otras chicas de la carretera me recomendaban que hiciera. Ellas me dijeron que no fuera con personas de raza negra o árabes. Yo les tenía incluso miedo. Trataba de rechazarlos con alguna excusa. Por supuesto no les podía decir el motivo de rechazarlos, por lo que los despachaba diciéndoles que estaba esperando a otro cliente o cualquier otra cosa.

Aquel día le dije que tenía la regla. Él no se le creyó y se escondió a observarme mientras yo no me daba cuenta. Durante el día me vio ir con varios clientes y se esperó a que acabara. Al final de la jornada, cuando ya había llamado a mi taxi y me disponía a ir a buscar mis pertenencias que siempre tengo escondidas entre la

maleza, él apareció por detrás. No me dio tiempo a darme cuenta, que ya lo tenía encima. En los cuatro minutos que tardó en llegar el taxista, me dio tal paliza que me rompió tres costillas y un pie.

Él huyó y poco después vino la ambulancia y la policía. Llegué al hospital y me pidieron que declarara sobre la agresión. Yo no me sentía con fuerzas y pedí hacerlo al día siguiente. Al hacerlo me dijeron que con la descripción que daba poco se podía hacer. Pasé un mes hasta que pude salir del hospital por mi propio pie y todavía no habían detenido a nadie. La policía me tranquilizaba diciendo que ellos estarían vigilando y que, si el chico me había agredido y no robado, se trataba de una agresión más pasional y relacionada con su obsesión y que volvería al lugar donde me encontraba. Efectivamente, el mismo día en que volví a la carretera él estaba allí esperándome. Pasó con su bicicleta y me dijo: «Esta vez te voy a matar». Como la policía estaba presente, lo detuvieron. Tras identificarlo en una rueda de reconocimiento lo condenaron a ocho años de cárcel.

Determinados clientes tienen gustos violentos. Algunos de ellos hablan de cosas extrañas que hasta tengo que buscar por internet de qué se trata. Me han pedido de todo. Y hay personas a las que les encanta golpear y lo hacen. Esta fue la primera agresión que padecí y la más grave de entre todas las que me han ocurrido.

## **Conversación y no sexo**

En la carretera también conocí gente bondadosa que se preocupaba por mí y por mi bienestar. De hecho, incluso así conocí a un cliente que era abogado y que me dio el impulso que necesitaba para estudiar. Muchos me apoyaron diciéndome que, por supuesto, yo era capaz de sacarme una carrera. Incluso alguno de ellos me ayudó económicamente a pagarme los estudios. Acabé los estudios de psicología en Barcelona y ahora estoy estudiando derecho.

Existe un gran desconocimiento popular alrededor de lo que sucede en el acto de contratar los servicios de una prostituta. Siempre que leo algo en los medios de comunicación se suele plantear que los

hombres nos utilizan, pero no sé si estoy de acuerdo. O, como mínimo, no sé si nos utilizan más que en otras profesiones menos estigmatizantes. Según mi experiencia, un gran número de las personas que solicitan mis servicios no buscan relaciones sexuales. Muchos de ellos necesitan hablar y que se les escuche. Me dicen que en su casa no los escuchan o que todo el día les están reprochando aquello que hacen o que no hacen. Acuden a mí y se desahogan conmigo mientras me dicen: «Te lo cuento a ti porque al fin y al cabo tú, ¿a quién se lo vas a contar?» Están ese rato, me explican sus cosas y se vuelven a ir un poco más tranquilos. No exagero si digo que en una gran mayoría de las ocasiones que tengo encuentros con clientes habituales no tengo relaciones sexuales. Tengo incluso clientes habituales que vienen a mi casa a las seis de la mañana, se toman el café conmigo, charlan un rato, me pagan igual una hora del servicio, y se van. No buscan sexo. De hecho, el servicio que ofrezco es la escucha en muchas ocasiones.

Supongo que al final, de una manera o de otra, acabas haciendo aquello para lo que tienes habilidades naturales. A mí siempre me ha gustado escuchar a la gente y tengo paciencia para ello. Desde pequeña tengo esa especie de don. La gente me explica sus cosas y los clientes, en muchas ocasiones, son personas entristecidas que al fin y al cabo necesitan hablar con alguien que les escuche.

De hecho, empecé a estudiar derecho gracias a la necesidad de hablar de aquel abogado. Me explicaba cosas que le preocupaban de juicios importantes en los que trabajaba y yo le contradecía y le daba mi opinión. Se sorprendía de que tuviera conocimientos del derecho español. Yo leo muchas cosas mientras estoy en la carretera esperando clientes. Me gusta nutrirme. Un día apareció con unos tomos de algunas asignaturas de primer curso y me las estudié. Tiempo más tarde me llevó a algunos juicios con él para que aprendiera. Así empecé a estudiar abogacía.

Al final, de forma natural, he ido creando mi red de clientes habituales. He ido tratando de alejar a aquellos que se creen que por el hecho de pagarte eres de su propiedad y acercando a las mejores personas. Hay muchos días que no tengo relaciones con

nadie. Son días en los que toda la jornada estoy conversando. La gente escucha *prostitución* y entiende *sexo*, pero se equivocan. Esa es mi experiencia.

Existe un tipo de clientes que tienen fantasías que no pueden experimentar en su casa. Otras personas que tienen a la pareja enferma o que ya no poseen ese sentimiento que tenían al principio. Sienten más monotonía y de vez en cuando necesitan tener sexo u otro tipo de sexo. Muchos, en cambio, me dicen que no es el tema del sexo lo que les falta en casa, sino comunicación. Muchas parejas no saben decirse lo que quieren o lo que necesitan y se van agrandando los espacios de silencio y la lejanía. Yo proporciono un espacio para que se rompa ese silencio y los clientes se reconforten.

Ejemplificando esto, tengo el caso de un señor que siempre viene y me dice todo aquello que tiene ganas de decirle a su mujer, pero que nunca se atreve. Se pasa una hora hablando. Incluso grita e insulta muy airado. Yo le recomiendo que hable con su pareja y que le explique. Incluso que le deje un mensaje de texto o de voz. «Hazlo aquí, ahora, dile eso que me estás diciendo a mí». Pero él no se atreve. Lleva tres años viniendo periódicamente y siempre hace lo mismo. Yo le ayudo a comunicarse y a desahogarse.

## **Las educadoras sociales del programa Carretera**

Una de las mejores cosas que me pasaron trabajando fue conocer a las educadoras sociales del programa Carretera. Podría decir incluso que este servicio es de lo mejor que me ha pasado en la vida. Cuando comencé a trabajar, una amiga me explicó que existía este equipo de dos mujeres cuya función era la de ayudar a las chicas en la carretera. Traían condones gratis, lubricantes, te acompañaban a hacerte pruebas como las del VIH o de la hepatitis C, al centro de salud. Se preocupaban realmente por ti.

El día que las conocí fue porque necesitaba hacerme la tarjeta sanitaria y ellas la tramitaban. Al principio les pedía hacer analíticas semanales porque tenía mucho miedo de contagiarme de cualquier cosa. Desconocía los mecanismos de contagio y pensaba que podía

enfermar tan solo por el hecho de tocar a un hombre enfermo. Ellas me dijeron que no hacía falta hacérmelas con tanta frecuencia y me enseñaron a reducir los riesgos de contagio. Aprendí mucho con ellas. Ellas lucharon por nosotras. En algún momento llegaron a implicarse tanto que incluso se manifestaron a nuestro lado, en la carretera, cuando protestábamos por la situación de las profesionales del sexo. Incluso llegamos a conocer al presidente de la Generalitat. Ellas cumplen con lo que yo considero que es ser un buen profesional. En primer lugar, te respetan y te transmiten con sus actos, no solamente con sus palabras, que lo hacen. A veces, los profesionales tienen esa mirada de superioridad contradictoria con respecto a sus palabras. He necesitado ser atendida en diferentes servicios a lo largo de mi vida. Servicios sanitarios, sociales, judiciales, y muchas personas me han llegado a mirar por encima del hombro, como si fuera inferior. Ese respeto es esencial y se nota cuando está presente y cuando no. No hace falta que se diga nada. Se percibe. Cuando te hablan con prisa, con desatención, denotan esa falta de interés por ti. El respeto es esencial para poder atender correctamente a las personas.

## **Víctima del proxenetismo y víctima del sistema policial y judicial**

Fue justo antes de la pandemia que me ocurrió un suceso muy complicado. Ya llevaba más de diez años trabajando en la carretera. Un día cualquiera aparecieron tres chicos de mi país. Detuvieron el coche frente a mí y me dijeron que, a partir de ese momento, tendría que pagarles 150 euros a la semana para poder usar la carretera. Conocía a estas personas y sabía que ellos hacían de proxenetas de algunas otras chicas de la carretera, pero nunca se habían metido conmigo. Yo siempre había trabajado de forma independiente, como tantas otras.

Yo me reí. Me reí porque me pareció sorprendente que me pidieran dinero por estar en una carretera que es de todos. Ellos me amenazaron diciéndome que si no les daba esa cantidad me harían daño. Me negué en rotundo. Ellos se tomaron mi respuesta

como una burla. Así que pocos días después estaba trabajando y vi como varios coches, conducidos por aquellos hombres, se volvían a detener ante mí. Bajaron de ellos un grupo de mujeres de mi propio país, que trabajaban para ellos. Venían muy intoxicadas, muy borrachas. Siguiendo sus órdenes me rodearon. Me empezaron a pegar puñetazos, patadas, me tiraron al suelo. La agresión fue muy violenta y me hicieron mucho daño. Me rompieron el tabique nasal, además de provocarme contusiones y hematomas por todo el cuerpo. Semanas más tarde supe que las chicas querían asustarme, pero se les fue de las manos. A ellas también les pegaron, especialmente, a aquellas que se negaron a participar en mi agresión.

Hubo testigos y llamaron a la policía autonómica (los *Mossos d'Esquadra*). Al llegar, me encontraron tirada en el suelo todavía, recuperándome de la agresión, con algunos testigos que se pararon a ayudarme. El policía que bajó del coche espetó, sin ni siquiera dirigirse a mí, que «ella ya sabe a lo que se expone estando aquí». Me pareció cruel que dijera eso incluso antes de venir a ayudarme, y más, viendo que estaba sangrando. Ni siquiera sabía lo que pasaba. «Se trata de una pelea entre bandas rivales», dijeron. La verdad es que fue un trato bastante denigrante.

La ambulancia me llevó al hospital a que me curaran. Después de eso, tuve que acudir de nuevo a comisaría para poner la denuncia. Tenía la cara vendada a causa de la fractura y muchas zonas de mi piel estaban amoratadas. Me atendieron tres horas después de llegar y me tuvieron declarando otras tres. Finalmente, el policía me dijo que no podía hacer nada más si no venía con un abogado. Yo era una víctima y no entendía los motivos por los cuales tenía que acudir de nuevo y con un abogado. Tenía un certificado médico por la agresión sufrida, la cara completamente destrozada, cojeaba y me moría de dolor por las seis horas en comisaría. Así que les dije que quizás eran ellos los que tenían que investigar lo que había pasado y ayudarme. Su reacción fue un gesto de acompañarme a la puerta, no sin decirme que me llamarían en pocas horas para volver a declarar.

Estuve esperando su llamada unos días y, como no la recibía, volví a acudir de nuevo a la comisaría. El mismo policía que me atendió la primera vez estaba en la puerta. No me dejó ni entrar. «Ya te dije la primera vez que si no vienes con un abogado no puedo hacer nada más».

Casualmente este mismo día estaban en la puerta de la comisaría dos agentes de incógnito de la Policía Nacional a los que ya conocía. Muchos policías del cuerpo de Policía Nacional también venían a visitar a las chicas de forma periódica a la carretera. De hecho, mi experiencia con ellos siempre había sido mejor. Suelen ir de paisano, se paraban a menudo a preguntar cómo estábamos y se preocupaban más por nosotras.

Como estaban en la puerta en el preciso momento en el que el policía de los *Mossos d'Esquadra* no me dejó entrar porque no tenía abogado, me preguntaron qué había pasado. Yo estaba indignada y les dije que en España la policía siempre pone a todo el mundo en el mismo saco. Que a todas las personas las tratan como si fueran parte de redes organizadas de delincuentes peligrosos. El hecho de decidir trabajar de esto no tiene por qué significar que tengo un chulo o que he venido con un hombre que me controle y que forme parte de una banda. De hecho, en mi caso fue todo lo contrario.

Ese mismo día a las diez de la noche me llamaron esos policías. Yo pensaba que me iban a ayudar porque mostraron mucho interés, pero lo que yo no sabía es que ese mismo día comenzaría mi calvario, que ellos mismo provocaron.

Empezó de forma progresiva. Ellos me fueron convenciendo poco a poco de que me fuera involucrando más en las investigaciones. Empezaron animándome a denunciar. Conocían a los tres hombres que me agredieron, pero esos tres hombres formaban parte de un grupo mayor, de una banda.

En poco tiempo empecé a hacer muchos viajes: subidas y bajadas a Girona donde están las dependencias de la Policía Nacional, a los juzgados, ruedas de reconocimiento, juicios. Me decían que me protegerían. Que fuera valiente y me expusiera, que ellos me ayudarían.

Durante un año estuve yendo y viniendo entre Barcelona y Girona, para declarar como testigo en varios juicios en los que se me citaba para tal fin. Se suponía que eran juicios relacionados con la agresión que había padecido. De hecho, eso es lo que me decía la policía. Varios de estos juicios se tuvieron que llevar a cabo a través de videoconferencia, ya que esto ocurrió en el momento de la pandemia por COVID-19. Un día cuando acabé de declarar, uno de los acusados se puso a gritar: «¡Ya sé quién eres! ¡Ya sé quién eres!» Gritaba. Y de pronto pronunció mi nombre en la sala. Me habían prometido que distorsionarían mi voz para que pudiera estar segura. Se olvidaron de hacerlo. La fiscalía se dio cuenta en este momento del error y apagaron mi micrófono, pero el daño ya estaba hecho. Pasaron dos horas de declaración antes de que se dieran cuenta. Claro, yo no podía saberlo puesto que imaginaba que mi voz estaría distorsionada en la sala mientras participaba en el juicio de forma virtual. Ese día tuve un ataque de ansiedad por lo ocurrido. Me entró un miedo y una preocupación terribles. Aquellos días fueron muy duros e incluso tuve problemas de corazón por la ansiedad.

Otra de las promesas de la Policía Nacional para que declarara fue que protegería a mis hijos en mi país. Me dijeron que tenían convenios de colaboración con la policía de Rumanía y que si declaraba se ocuparían de visitar a mi madre y mis hijos allí para que no les pasara nada por posibles represalias. Además de mi primer hijo, tengo una niña de cinco años y ambos van al colegio en Rumanía y estaba muy preocupada porque pudieran tomarse represalias con ellos. Al final, nunca nadie fue a preguntarles nada ni a visitarlos. Era mentira. Lo hacían para convencerme de que declarara.

Semanas más tarde me tenían como una infiltrada de la policía. Parecía un agente más, pero sin serlo. Yo me comunicaba directamente con el subinspector de policía, además de con los agentes que venían a verme o me acompañaban habitualmente. Aparte de la protección que me ofrecieron y que no cumplieron, prometieron darme la nacionalidad española y ayudarme con prestaciones económicas cuando todo se acabara. Me pidieron que hiciera fotos de la banda organizada, vídeos, capturas de pantallas de aplicaciones de mensajería instantánea, de redes sociales, lo que pudiera conseguir. A veces, y

desde un taxi, hacía fotografías y vídeos exponiéndome a un gran peligro. Todo porque me decían que, para poder protegerme y hacer alguna cosa con mis agresores, necesitaban pruebas contundentes en su contra. Me manipularon y yo no me di cuenta. Conseguí incluso ejemplificar con vídeos y fotos agresiones a otras chicas. Ellos me pidieron que convenciera a las chicas agredidas para que declararan. También me pidieron que tratara de que las chicas que me agredieron explicaran en un juicio que lo hicieron bajo las órdenes de aquellos hombres. Los policías nos presionaban mucho y todas nosotras teníamos mucho miedo.

La policía me instó a declarar cosas que no me habían ocurrido. Me pidieron que mintiera. Me recomendaron declarar contra unas personas concretas que yo ni siquiera conocía. Me negué aludiendo que declararía solamente por la agresión que me habían hecho algunas de aquellas personas, pero no todas. Ellos querían atrapar a la banda en su totalidad y parecía que su método era mi participación en el juicio, por lo cual me decían lo que tenía que decir y cuándo tenía que decirlo. Cuando llegó el juicio no les hice caso. Acabé declarando únicamente contra las tres personas que me agredieron, y no contra las ocho personas a las que se juzgaba. Fueron varios juicios en los que incluso la fiscalía me orientaba sobre lo que tenía que decir. Yo hablaba de las tres personas, reconociendo que me agredieron y ellos cambiaban de tema y me preguntaban por otras personas esperando que yo hablara y mintiera. Yo no quería mentir.

Así, cuando la fiscalía me preguntó, solamente dije «la verdad y nada más que la verdad». Sí que les dije que los había visto juntos en algunas ocasiones por algunas zonas de ocio nocturno en las que habíamos coincidido, pero en ningún caso les dije que yo había sufrido agresiones por parte de algunas de estas personas. Esta actitud de tratar de ser honesta en los juicios cambió mi relación con la policía. Dejaron de contactarme tan a menudo, hasta que finalmente dejaron de hacerlo. Me dejaron de lado. Pese a sus promesas de protección, me quedé sola y expuesta y, ante el error de la no distorsión de mi voz en aquel primer juicio, los miembros de la banda me empezaron a amenazar de nuevo. Al comunicar al subinspector lo que ocurría, su respuesta fue que por qué no había

dicho en el juicio lo que la policía me indicó. Me trataron como si la culpable de la situación fuese yo.

Hubo algunos juicios más supuestamente relacionados con la agresión que padecí, pero nunca me preguntaron por ella. Solo les interesaba el tema del proxenetismo en general, de la banda y cosas así. Querían información como la de una «chivata de la policía» para que hablara de gente con la que yo no tenía nada que ver. Yo tenía miedo. La policía siempre quitaba hierro al asunto. Me decían que fuera tranquila a trabajar a la carretera, que ellos estaban siempre vigilándome y no era así. Un día, después de estos juicios, las personas que me agredieron se pararon con el coche delante de mí y me volvieron a amenazar de muerte. No había nadie vigilando y pasé mucho miedo. Llamé a un taxi y le pedí que me llevara a casa. Apareció otro coche con más personas y me persiguieron hasta casa. En una gasolinera incluso obstruyeron el paso al taxi para asustarme. Se bajaron cinco personas y al final tuve que enfrentarme a ellas y decirles que yo no les había denunciado, que había sido la policía y que además eran ellos los que me obligaban a ir a los juicios y que yo no tenía nada contra ellos. Por suerte ese día no me hicieron nada.

No tuve ninguna protección. Estuve seis meses casi sin salir de casa. Solo lo hacía para pasear un poco a mi perrito. Me daba terror pensar en que alguien me podría agredir desde detrás sin que yo me diera cuenta. En aquella época lo pasé fatal.

Llamé al subinspector que se había comprometido a protegerme y le expliqué la gravedad de la situación. Le dije que detrás de las ocho personas del juicio había todavía más hombres que me amenazaban. Él me dijo que me tranquilizara. Me trataba como una histérica, con una condescendencia muy inadecuada. Me dijo que si me pasaba alguna cosa llamara a los *mossos d'esquadra*. Yo ya no les interesaba. También me dijo que como yo no había declarado no tendría protección, pero claro, yo sí que había declarado, lo que no había hecho era declarar lo que ellos querían.

Cuando empezó todo esto, las educadoras sociales del programa Carretera me dijeron que la policía me ayudaría. No se esperaban que no lo hicieran. Cuando vieron la gravedad de lo que sucedía,

ellas mismas me alentaron a hacer pública la situación para alertar sobre ella en los medios. La verdad es que siempre me he sentido muy acompañada por ellas y me han ayudado mucho. En esta ocasión también lo hicieron.

Decidí empezar a hablar de lo que me pasaba. Hay una periodista que cada vez que quiere la opinión de las trabajadoras del sexo por un tema de actualidad me llama y me pregunta. También he aparecido en un reportaje en un programa de televisión muy conocido en el que se debatía sobre la prostitución. Eso ponía nervioso al cuerpo de policía porque no querían mala prensa. Cada vez que las educadoras sociales llamaban a la policía y le decían que yo iba a hacer declaraciones o a hablar con la prensa, entonces tenía tres o cuatro días de atención por su parte, como si fuera un niño. Después, volvían a desatenderme. Finalmente, me decidí a hablar con la prensa como consecuencia de la exposición personal que sufrí en los procesos judiciales. Total, ya había perdido el anonimato, prefería defenderme en los medios públicos que quedar expuesta en la carretera. De esta forma sentía que era dueña de mi propio proceso y de mis decisiones. Me sentía empoderada. No puedo negar que seguía teniendo miedo de lo que me podía pasar, pero al final me di por vencida y pensé que si me tenía que pasar alguna cosa lo asumiría.

Todas estas prácticas de la policía, por desgracia, no son ocasionales. Tengo una amiga que hace poco tiempo padeció una agresión muy violenta. Le cortaron la espalda después de proporcionarle una paliza. Como era mi amiga llamé a la policía para pedir ayuda para ella y ellos me dijeron que la chica en cuestión no podía ir a denunciar, puesto que un año antes había ido a poner una denuncia y la había retirado. Pero ¿cómo no va a retirarla con el miedo que se pasa y lo desprotegidas que nos dejan? «Quizás retiró la denuncia porque ustedes no le hicieron caso», les dije. «Quizás podríais haber detenido al agresor para protegerla». Al final, acabamos no denunciando las agresiones como consecuencia del trato inculpatario que ejercen los cuerpos de seguridad y estos crímenes, como tantos otros, quedaron impunes.

Sufrimos muchos maltratos. Muchas agresiones. Al final te piden que lleves pruebas contundentes de la agresión para poder hacer

alguna cosa. Te piden que hagas fotos, que grabes, como si eso fuera lo único que ellos pudieran hacer como policías. Pero ese tipo de cosas aún nos exponen más, por lo que entramos en un círculo de difícil salida. Muchas se someten al sistema. No hay escapatoria.

En mi caso, al final y después de mucho insistir, me dijeron que cambiara de vida. Que cambiara de ocupación y que me fuera. Pero ¿cómo voy a cambiar de vida? Como si fuera tan fácil. Yo tengo este trabajo hace diecisiete años, tengo un piso que me he comprado, he estudiado aquí. ¿Por qué motivo tengo que cambiar de vida? En todo caso cambiaré de vida cuando yo la quiera cambiar y no por las presiones de la policía. Las educadoras sociales, de hecho, también me ayudaron a reforzar mi derecho a quedarme aquí y no tener que cambiar de vida presionada o amenazada.

Las personas a las que juzgaron están casi todas en prisión. Una de ellas cumplió condena y contactó conmigo posteriormente y a través de las redes sociales. Me decía que quería arreglar las cosas, hablar conmigo para que me quedara tranquila, pero evidentemente quería acercarse a mí para hacerme daño. Lo supe cuando en un momento de la conversación telefónica perdió los estribos y me volvió a amenazar. Volví a llamar al subinspector muy asustada y me dijo que estaba de vacaciones. Ya está. Nada más. Han pasado cinco meses desde entonces y no me ha vuelto a decir nada.

## **Revictimización paradójica en un servicio de atención a las víctimas**

La policía me derivó a un servicio de atención a la víctima de trata de mujeres para tramitar una ayuda económica como víctima. Se trata de una asociación con potestad para tramitar este tipo de prestaciones. Mi principal motivación era que, si la podía conseguir, quizás me plantearía complementarla con un trabajo diferente y dejar la calle. La verdad es que estuve muy esperanzada en aquella época. Me dijeron que por haber colaborado con la policía y en mi situación, podía recibir unos 500 euros al mes. Las educadoras del programa Carretera me apoyaron mucho. Yo tenía dudas, pero me

dijeron que si tenía derecho a la prestación entonces me la merecía: me hicieron sentir digna y acudí a la cita con esta asociación. Me atendió una trabajadora social especialista en violencia contra la mujer y trata de personas.

Ese mismo día me gestionó los documentos necesarios para tramitar la prestación, pero ocurrió algo extraño. Tres días después me llamaron para decirme que había habido un error y me preguntaron si podía volver a ir. Ya en su despacho, me empezó a preguntar por el grupo delictivo, por las personas que lo formaban, etcétera. Era como si estuviera otra vez hablando con la policía nacional. Me preguntaba sobre chicas, si las conocía, me enseñaba fotos. Yo la miraba y no me lo podía creer. Me decía «es que eres muy lista, se te ve muy lista», así, como intentando manipularme. Yo le respondía que qué tenía aquello que ver con la tramitación de una pensión. Ella tenía un discurso muy sutil y se comunicaba de forma que no parecía que preguntara.

Cuando cuestioné lo que estaba haciendo me respondió que lo hacía por interés de las chicas, pero era evidente que no era honesta. No me dijo en ningún momento que estaba colaborando con la policía. Fue muy amenazador. Le dije que prefería no contestarle ni participar en eso. Le pedí que mandara los papeles que tenía que firmar a mis educadoras sociales del programa Carretera. Nunca contactó con ellas ni conmigo. Nunca, jamás. No me tramitaron la prestación de víctima a la que supuestamente tenía derecho porque me negué a volver a participar como informante, esta vez, para esta asociación. Al final parece que se trata de una ayuda condicionada a hacer una especie de trabajo de infiltrada o informante al que te expones mucho. No vale la pena.

Puede parecer increíble, pero esta profesional llegó a decir a algunas de las otras chicas a las que supuestamente ayudaba que yo había declarado en el juicio como argumento para motivarlas a declarar a ellas. Y claro, de esta forma contribuyó a correr más aún la voz de que yo estaba declarando, exponiéndome todavía más a una situación de alto riesgo. Es sorprendente que estas profesionales se digan

especialistas en violencia y trata de personas cuando contribuyen a la generación de las mismas violencias.

Finalmente, por colaborar con la policía me concedieron el NIE. Me prometieron una prestación que nunca llegó y una protección que nunca tuve. También me prometieron la nacionalidad, pero no me la dieron. Arguyeron que con el NIE ya no me hacía falta. Ellos mismos lo decidieron por mí.

## La carretera que me llevará a algún otro lado

Me gusta mucho ayudar a la gente. Vivo cerca de un lugar donde viven personas muy pobres y desatendidas. Hace poco encontré a un niño en un contenedor cogiendo una barra de pan duro. Era miembro de una familia de personas provenientes de África que vive en mi barrio. Me dio tanta pena que le cogí de la mano y le pregunté a su madre si podía comprarle la merienda. Mi sorpresa fue que cuando entré en la panadería: aun habiendo muchos bollos, cruasanes, ensaimadas, chocolate, chucherías, el niño pidió dos barras de pan y media docena de huevos. Quería compartir aquel regalo con su familia. Me dio mucha pena y desde entonces le invito a menudo a merendar. Me ha sorprendido la reacción de otros vecinos que me dicen que estoy malcriando al niño. Me parece vil y cínico que puedan llegar a decir eso de un niño que pasa hambre. Si todos les ayudáramos un poco quizás no tendrían tanta necesidad.

Mis hijos siguen en Rumania. El mayor tiene dieciséis años y no me llama ni siquiera *mamá*. Lo ha criado mi madre. Le gusta mucho el deporte y es muy tranquilo. La pequeña tiene cinco años y aunque nació aquí, cuando empezó la pandemia decidí llevarla con mi madre porque empecé a atender a gente en casa y no quería que ella estuviese allí, por supuesto.

Últimamente me pasa más por la cabeza dejarlo y estoy mirando opciones. Las educadoras sociales del programa Carretera han comenzado con un proyecto de inserción sociolaboral a través de una tienda de ropa *outlet* y me han propuesto trabajar allí. Me lo he

estado pensando, pero aún no he dado el paso. Pensar en el futuro y mejorar me ayuda a tirar para adelante. Dejar la carretera es un gran paso —como lo fue comenzar en ella— y me da un poco de vértigo. Estoy convencida de que tarde o temprano saldré y todo irá a mejor.

Me encantaría acabar derecho y dedicarme a la abogacía. Tengo la esperanza de que eso pueda ser un día mi futuro. Le dije al subinspector que un día nos veríamos cara a cara en un juicio, pero que yo sería la abogada.

¿Quién sabe?

## **Agradecimientos**

A Marta García y Clara Rives, de las que siempre aprendemos alguna cosa.

# Ser tozuda, la clave para poder vivir mi vida y no la de otros

Epi y Maria Pallisera

## ¿Quién soy?

Mi nombre es Epi y cumpliré cincuenta y dos tacos este año. Soy la pequeña de una familia de cuatro hermanos. Soy funcionaria de la Generalitat, y vivo sola en un apartamento. Recibo apoyo de educadores para trabajar, y también para ayudarme en casa. Tengo pareja, un «novio de toda la vida», que vive y trabaja en otra ciudad. Estamos juntos los fines de semana y vamos de vacaciones siempre que podemos. Desde hace muchos años participo en un consejo asesor que trabaja con el Grupo de Investigación en Diversidad de la Universidad de Girona, colaborando en investigaciones. He participado en congresos, publicaciones y clases en la Universidad, explicando cómo hacemos investigación.

Seguramente, visto desde fuera, mi situación es bastante buena para lo que es la vida de muchas personas con discapacidad intelectual. Sin embargo, trabajar, tener pareja y conseguir vivir sola no ha sido fácil para mí. Es el resultado de mucho esfuerzo, de enfados, de luchas, también de apoyo de varias personas, algunas de mi familia y otras profesionales.

## La formación y el camino hacia la inclusión laboral

Nací en el año 1971. Entonces no se hablaba ni de integración ni de inclusión, aunque siempre estuve escolarizada en escuelas ordinarias. Primero iba a una escuela religiosa, solo para niñas. Entonces era

bastante frecuente. Como iba retrasada en la escuela, le dijeron las monjas a mi familia que me cambiaran, y que me pusieran en una escuela donde había menos niñas en cada clase. Me cambiaron y empecé a ir a la otra escuela, también solo de niñas, era una escuela privada. Allí estuve hasta 8.º de la Educación General Básica (EGB). No tengo buen recuerdo. Las niñas mayores nos cascaban a las más pequeñas, sobre todo si te veían más vulnerable. A no ser que te pusieras a su nivel de «chulita». No recuerdo tener amigas de esta etapa. ¿El profesorado ayudaba? Bueno, «de aquella manera». Del profesorado recuerdo sobre todo las broncas. Si ahora tuviera que volver allí, no volvería.

Como iba muy justa, la escuela recomendó a mis padres que fuese a una academia para sacarme el Graduado Escolar. Tengo mejor recuerdo de la academia, porque era «otro rollo», un ambiente mejor. Hice una amiga con la que aún nos vemos cada año para celebrar nuestros aniversarios. Me saqué el Graduado. Luego, en la misma academia, estudié técnicas administrativas durante tres años. A mi ritmo. Aprobé.

Durante esta etapa era consciente de mis dificultades, aunque ni mi familia ni los profesores y profesoras me explicaron al principio la causa. Durante mucho tiempo me decían que «era zurda y tenía dificultades». Recuerdo que fue hace diez años o así, que una psiquiatra me explicó lo de la «discapacidad». Quizás me lo ocultaron de pequeña para que no tuviera complejos o no me preocupara. Aunque creo que es preferible tener información de todo lo que me afecta.

Poco tiempo después de acabar la formación en la academia, mi familia se enteró de que había un servicio de empleo con apoyo en Girona y me apuntaron allí. Es un centro en donde buscan empleo a personas con discapacidad para todo tipo de empresas. Luego te acompañan al puesto de trabajo durante un tiempo —lo que haga falta para cada persona— y te ayudan a adaptarte al trabajo. En la empresa tienes una persona que te supervisa y también te ayuda. Empecé haciendo algunos cursos de formación y, desde este servicio, me buscaron un empleo. Estuve tres meses en un banco

para prácticas, y luego empecé a trabajar en una gestoría, donde estuve unos quince años, realizando tareas de conserje y ordenanza. Profesionales del servicio me ayudaron con la adaptación al puesto de trabajo, para organizarme con las tareas que había que hacer, y en la relación con los compañeros y compañeras de trabajo. Me adapté bastante rápido, mejor de lo que pensaban. Haber cursado las técnicas administrativas después de la EGB me fue muy bien. Durante todo este tiempo hacían, cuando hacía falta, el seguimiento, para ver si todo funcionaba bien. Después de quince años de estar aquí, salió la oportunidad y saqué unas oposiciones a la Generalitat, donde trabajo como funcionaria desde entonces. Mis tareas consisten en mensajería y ordenanza. Recibo apoyo, cuando hace falta, de preparadores laborales del mismo servicio de empleo con apoyo, y aún continúo vinculada a este servicio en distintas actividades, ahora, concretamente, un taller de carpintería.

## La pareja

Conocí a Blas a los veintidós años. Ambos estábamos en la misma fundación, en programas de formación. Empezamos a salir juntos al año siguiente. Con esta relación rompimos los esquemas, los planes que tenían para nosotros nuestras familias. No fue fácil al principio. Las familias pensaban que no funcionaría. Por lo tanto, salíamos a escondidas. Como amigos. Además, Blas se trasladó con su familia a vivir a otra ciudad. Consiguió un empleo en una empresa privada. A pesar de la distancia y de las dificultades mantenemos la relación. Blas es un gran apoyo para mí. Nos juntamos después de dos años de morir mi padre, en el 2010. Tuvimos que insistir mucho a las dos familias, y enfadarnos, les decíamos que «éramos mayores, y teníamos derecho a vivir nuestras vidas». Al principio no nos querían dejar, pero como había otras personas en la familia que también se habían juntado... Al final, por tozuda, nos dejaron. De manera que estamos «medio juntados» los fines de semana y en vacaciones. Durante bastante tiempo pensé en la posibilidad de presentarme a unas oposiciones para acercarme a la ciudad donde vive Blas, pero no

Ser tozuda, la clave para poder vivir mi vida y no la de otros

veía claro que se pudieran aprobar ni que hubiera plazas. O sea, que seguimos así, en una relación a distancia de lunes a viernes. Como llevamos muchos años así, ya nos hemos ido acostumbrando. Me considero una persona feliz, he tenido mucha suerte al encontrar a Blas, nos entendemos y nos complementamos bien.

## La emancipación

He vivido con mi familia hasta los cuarenta y cinco años.

Bueno, yo ya hacía años que me hubiese independizado. Pero claro, por lo típico, el sueldo, que te dicen que no te marches y no sé qué. Y dije sí, sí. Que yo ya por la edad y esto y entonces se lo dije a mi padre, y mi padre dijo que por lo que yo gano y eso no podría mantenerme y no sé qué. Se fue alargando por lo tanto la salida de casa.

Por lo tanto, aún estaba en casa cuando faltó mi padre, y mi madre ya era muy mayor y estaba muy enferma. Había diferentes opiniones en casa sobre mi futuro. Unos pensaban que lo mejor era un piso tutelar, otros una residencia. Les dije que ni hablar, que si me metían allí «montaría un cristo y me echarían». ¿Por qué? Por lo que había oído. Yo soy muy independiente, y conozco gente que está allí. Conozco gente que desde que están allí no los he visto más. No pueden salir cuando quieren, tienen que pedir permiso para todo...

Por suerte me hicieron caso. Soy más tozuda que una mula. Así que, como había prisa para salir de casa, dos de mis hermanos se patearon en tres días todas las agencias inmobiliarias y encontraron un pequeño apartamento. Lo fui a visitar y me gustó. Es pequeño, pero céntrico, y a dos minutos de mi trabajo y cerca de donde vivía mi madre. Así que allí me mudé. También hicimos los trámites para el apoyo en hogar (Programa de Apoyo para la Autonomía en el Propio Hogar). Hace siete años que vivo allí. Hay dos personas que se turnan para ayudarme en cosas que necesito. Antes venían un par de horas dos días, ahora un día a la semana. Decidimos conjuntamente en qué recibir apoyo. Generalmente ordenar la casa, pero también a veces vamos a dar un paseo y hablamos.

También pago a una persona que viene cada semana para ayudar con la limpieza.

Estoy bien en el piso. Es pequeño, me queda bien para ir a trabajar y para ir a comprar. Se planteó el tema de la tutela cuando mis padres faltaron. Tengo curatela para los temas económicos. Esto quiere decir que hay una persona de una fundación tutelar que se ocupa de todos los trámites relacionados con el dinero: por ejemplo, pagar el piso, los gastos generales, etc. También me gestionan una cantidad para gastos semanales. Cuando vamos de vacaciones lo hablo con ellos y también me facilitan el dinero para los gastos. Estoy de acuerdo con la ayuda. Como ven que me puedo manejar no les doy casi nada de trabajo.

## **Apoyos**

### **Amistades**

Reconozco que tengo pocos amigos. Una amiga de cuando la academia, y algunos compañeros del trabajo de Blas. Del trabajo, hola y adiós, aunque la relación es buena en general. Tengo buena relación con profesionales del servicio de empleo con apoyo, nos conocemos de casi toda la vida. También tengo buena relación con los compañeros y compañeras del Consejo Asesor y las profesoras de la universidad con las que trabajamos. Me siento satisfecha con las relaciones que tengo.

### **La familia**

Lo que más valoro de la familia es que, desde pequeña, en una época en que no era fácil porque no había tanta información, me estimularon, me potenciaron y se preocuparon de que pudiera acabar los estudios de Graduado Escolar y de técnicas administrativas. Hice clases de repaso, psicólogos, durante muchos años. Sin los estudios acabados habría sido más difícil encontrar trabajo. Es cierto que he

Ser tozuda, la clave para poder vivir mi vida y no la de otros

tenido problemas de relación con algunas personas de la familia, pero otras me apoyan bien cuando lo necesito. No es una situación muy diferente de la que viven otras personas.

## Profesionales

No tengo un recuerdo especialmente bueno de los maestros y maestras. En la academia, bien, porque podía ir a mi ritmo. Desde pequeña he tenido relación con profesionales. Psicólogos y así, desde siempre. No siento que todos me hayan sido útiles. Los puntos de vista eran distintos. Me daban consejos. Hasta que fui mayor no abordaron directamente conmigo el tema de la discapacidad. Una temporada, por una situación complicada que tenía dificultades en gestionar, me hicieron ir a una psiquiatra. Creo que me ayudó. Primero con medicamentos. Luego le dije que ni hablar, querían como drogarme, pero soy «antimedamentos» y muy tozuda. Y que, si me quería dar eso, que se olvidara de mí, que no los pensaba tomar. Así que pactamos que solo por un tiempo y luego aflojar. Ahora ya solo tomo la del colesterol.

Me siento bien acompañada por algunas personas del servicio de empleo con apoyo, al que aún acudo semanalmente para alguna actividad. También por las personas que me ayudan en casa (del programa de apoyo en el propio hogar).

¿Qué es para mí un/a buen/a profesional? Que me ayuden a avanzar. A sobrevivir a las dificultades. Que me escuchen. Que me ayuden si me quedo bloqueada y me ayuden a no obsesionarme con las dificultades, y, sobre todo, con los problemas que no puedo cambiar. Que acepten que les lleve la contraria. Que me ayuden cuando hago demandas concretas. Que entiendan lo que para mí es un problema. Que me ayuden a gestionarlo. A veces los profesionales se centran en su punto de vista, y no tienen en cuenta el punto de vista de los demás. A veces te ponen una etiqueta y no salen de allí. Y tú te quedas detrás de la etiqueta, y no te ven.

Recomiendo a los futuros profesionales que se preparen bien para motivar a las personas con discapacidad, que sepan cómo trabajar también con las familias para poder ayudar entre todos.

## **El futuro**

Bueno. Hace años pensaba que sería más fácil estar juntos con mi pareja. Decíamos que el primero que perdiera el trabajo se iba para la otra ciudad. Pero la familia de Blas se opone a que se traslade, y como él tiene toda la familia allí, es más fácil que acabe yo allí. Bueno, de momento está la situación así, hasta que nos jubilemos. La intención era ir a vivir juntos cuando nos jubilemos. Pero, cuando nos jubilemos, ya se irá viendo. Quizás, igual, si no se complica la cosa... Pero no está claro. Está la familia.

Alguna vez hemos hablado de casarnos. Pero es complicado: papeleo, las familias... Quizás más adelante. No es fácil tomar decisiones cuando hay muchas personas y no todas piensan lo mismo.

## **Mi papel en mi vida**

Ser tozuda me ha dado cosas malas, como discusiones y peleas. Pero también muchas de las cosas buenas que he conseguido. Para trabajar no había problemas, todas las personas estaban de acuerdo y me apoyaron. Esto estaba bien para todos. Pero tener pareja, vivir con la pareja, no. Tener hijos, tampoco. Tampoco vivir sola. Todo esto rompía esquemas en las familias. Saber lo que no quiero también me ha ayudado. Conocer a otras personas y saber de sus experiencias me ha ayudado a ver lo que quiero y lo que no quiero en mi vida. No me ha ayudado que en momentos complicados de la vida las personas que me rodean tuvieran puntos de vista muy distintos sobre mí, y que quisieran tomar decisiones sobre mi vida. Esto me confunde, me hace sentir muy mal y me complica a la hora de tomar las riendas de mi vida.

## **Consejos para otras personas con discapacidad**

Que luchen para tomar sus propias decisiones. Que luchen para ser escuchadas, para poder explicar qué es lo que quieren. Y lo que piensan. Creo que estamos mal vistas, siempre, las personas con discapacidad, y siempre lo estaremos. Pero quizás las personas que son más jóvenes lo tendrán más fácil. En nuestra época hemos tenido que pelearnos mucho, y pocas hemos conseguido trabajar, emanciparnos, tener pareja, tomar algunas decisiones sobre nuestras vidas. Es importante que en tu entorno no te oculten información; al contrario, que te expliquen lo que te pasa y que te ayuden a ver de otra manera la situación. Y que te ayuden a poderte desarrollar como persona, que puedas aprender, que puedas encontrar un trabajo, tener relaciones, cuidar de tu propia casa. En mi caso no me planteé tener hijos, soy consciente que es una responsabilidad, pero creo que esta decisión la tiene que tomar cada persona y que nadie debe decidir por ti.

Participar en grupos con otras personas con discapacidad ayuda a ver distintos puntos de vista, a sentirte apoyada y a apoyar a otras personas. También ayuda a conocer otras realidades. Es importante que nos juntemos porque así tenemos más fuerza. La sociedad ayuda así a medias; o sea, que es necesario que nos ayudemos entre nosotras.

# Una niña que nunca tuvo nada, convertida en una mujer empoderada. El sueño que nunca fue

Erika Fiorella Méndez C. y Anna Planas

«La libertad no es la ausencia de compromisos sino la capacidad de escoger lo que es mejor para uno»

Paulo Cohello

## Resumen

Soy una mujer a quien le gusta luchar por sí misma y tener iniciativas propias. Me he pasado la vida trabajando por mi familia y por mis ideales. Amo a mi país y me impliqué todo lo que pude para aportar bienestar a mi comunidad. La vida me llevó a un proceso migratorio que, si bien fue relativamente fácil inicialmente, se complicó con una situación de violencia de la que por suerte he podido salir.

No me siento en peligro, y ya estoy bastante recuperada. He tenido la suerte de contar con algunas profesionales que me han escuchado y acompañado y han sido de gran ayuda. En un futuro inmediato mi intención es encontrar un trabajo que me permita independizarme y poder construir nuevos sueños.

## **Mi querido país**

Soy de un país muy pequeño y rico en su naturaleza, pero mal administrado. Estoy orgullosa del ser nicaragüense, y respeto, tal y como se merece, mi patria natal.

Soy una mujer creyente de Dios y pertenezco a la Iglesia de Cristo. No le tengo amor a lo material, pero sí a las ilusiones, esperanzas y positividad que dan la fuerza y el empeño para salir adelante en las adversidades. Soy una persona que doy todo por ayudar a los que más lo necesitan, sin esperar nada a cambio. Creo que sé dar mucho de mí, y por ello me gusta estar disponible cuando se me necesita. Ver al otro contento me satisface.

He sido una mujer que no ha podido disfrutar de la niñez y la juventud. Durante mi infancia solo pude estudiar hasta tercer grado, y tuve que estudiar el bachillerato a los cuarenta y tres años. El mismo año que yo me pude licenciar en ciencias y letras, también lo hicieron dos de mis hijos.

Posteriormente, me puse nuevas metas y quise seguir formándome, por lo que estudié un curso de repostería y otro de huerto familiar. Mi ilusión era poder estudiar medicina, pero no pude hacerlo porque la economía no me lo permitía, ya que mis hijos también estaban estudiando. Pero, a pesar de todo esto, estoy muy orgullosa de todo lo que he compartido, aprendido y logrado a pesar de todas las dificultades. He sido madre soltera de cinco hijos, por los que he luchado para que tengan una vida digna, como todo niño se merece. También me he preocupado por su educación y para que sean felices, puedan hacer buenas aportaciones a la sociedad y tengan un buen recuerdo de su mamá.

He trabajado mucho en todo trabajo digno, menos en hacer lo que no se debe. He participado como voluntaria en los ámbitos de salud, educación, seguridad ciudadana y trabajo social. Desde niña empecé a ver las diferencias e injusticias de mi entorno, sobre todo el duro trabajo de mi madre, hermanos y abuelo. Pronto empecé a participar en acciones comunitarias. Recuerdo como a los doce años lideré una acción para recolectar dinero para mejorar la escuela. Animé

a tres niñas más. Juntas deteníamos, con una cuerda, autobuses, camiones, o coches, y yo me subía al autobús, después de haber pedido permiso al conductor, o me dirigía a los conductores a pedir dinero para la escuela. Recuerdo perfectamente las chanclas y el vestido amarillo que me ponía siempre para la ocasión. En aquellos momentos ya era muy reivindicativa y no quería para mí la vida que veía en mi entorno y a la que me dirigía mi madre. Con doce años me mandaban a recolectar algodón, a lo que me negué. También me pusieron a trabajar en la siembra, recolección y clasificación de tabaco. Aun tener esta mentalidad rebelde, la vida te da muchas sorpresas y no siempre encuentras lo que quieres.

El voluntariado lo inicié a los catorce años en una campaña de alfabetización. A los quince años me voy de casa hacia el norte del país, y empiezo el voluntariado en el marco del Rojo y Negro, vinculado al frente sandinista. Esta decisión no es muy bien vista por mis progenitores, de ideología más bien liberal. Durante años colaboré con la organización Save the Children con niños de cero a dos años con desnutrición, llevando el control de su crecimiento. Posteriormente, volví a trabajar en algunos proyectos de alfabetización para adultos, como el proyecto Yo Sí Puedo, financiado por Cuba.

De los años ochenta a los noventa hubo una guerra civil en mi país durante la cual fui militar sandinista. Actualmente, soy exmilitar en retiro. Al mismo tiempo soy víctima de guerra. Me considero sandinista, aunque no «danielista». El gobierno actual ha minusvalorado la generación sandinista de mi época y sus políticas ya no siguen los planteamientos iniciales. Un hecho importante que recuerdo de aquella época es que, en una emboscada, a escasos metros de donde yo estaba, me alcanzó la explosión de una granada. A causa de estos hechos, actualmente tengo una discapacidad auditiva del 80 % en el oído derecho y una disminución de la visión del ojo derecho. Por esta discapacidad recibo en mi país una pensión económica de unos 1.500 córdobas mensuales (equivalente a 45 €). Ser militante del Frente Sandinista es algo que me enorgullece, ya que es un partido que lucha para que tengamos derechos y una mayor igualdad y justicia social. Ahora soy militar en retiro, pero, si el deber me llama, estoy obligada a cumplir.

## Años de activismo

En los ochenta, y bajo el régimen sandinista, trabajé en el Comité de Defensa Sandinista (CDS). Del 92 en adelante trabajé como voluntaria de protección de las urnas electorales, y después como suplente de fiscal sandinista (policía electoral y policía voluntaria). También trabajé en un Consejo del Poder Ciudadano (CPC), que son comités municipales de apoyo a la alcaldía y tienen como misión la elaboración y desarrollo de proyectos en las comunidades y en el municipio. Además, el CPC era quien recogía las necesidades de las comunidades y las críticas de los opositores a los proyectos comunitarios que se estaban desarrollando. Trabajé en un CPC como miembro de seguridad ciudadana en coordinación con la policía nacional.

Desde el 94 participé en el Consejo de Padres de Familia en representación de los padres de familia de la escuela de mis hijos, de la cual fui presidenta durante dieciséis años. En el marco de este Consejo, conseguí una escuela completa (de preescolar hasta sexto grado) y logré la visita del ministro de Educación y Cultura (Humberto Belli). La iniciativa de invitar al ministro surge de la observación del maltrato de una profesora a uno de mis hijos. Esta observación me lleva a escribir una carta al ministro, de la que obtuve una respuesta positiva. El ministro visitó todas las escuelas del municipio y, en especial, la escuela de mi hijo, con el objetivo de que viera el poco mantenimiento de las escuelas.

El año 2010 también conseguí algunos logros como brigadista de salud. Entre ellos, tener a disposición del municipio una ambulancia. La gestión la realicé primero con el subdirector del hospital de referencia del municipio (a 63 km de distancia) y, posteriormente, con el centro de salud municipal. Paralelamente, había organizado cómo gestionar las necesidades de los habitantes del municipio. A partir de allí, empiezo a gestionar los viajes en ambulancia entre el municipio y el hospital. También a través de mi gestión con el ministro de Salud (Antonio Alvarado), conseguí la realización de pruebas médicas gratuitas (TAC, operaciones, radiografías, etc.).

Con el paso del huracán Mitch, el año 1998, muchas familias quedan sin vivienda, entre ellas la mía. Para ayudar a estas familias, el municipio decide ceder terrenos y construir 50 viviendas (construidas a partir de ayuda humanitaria). El propio presidente del Gobierno, Arnaldo Alemán, entrega el documento de vivienda a las 50 mujeres representes de las familias que ocuparon estas viviendas. Como coordinadora comunitaria ayudé a la gestión de la lotificación (medición de un lote de terreno), sobre todo ayudando a las personas en situación de vulnerabilidad (entre ellas, madres solteras). Por el hecho de participar en la organización y por pertenecer al grupo político opositor al gobierno del municipio, no pude ser una de las familias beneficiarias de este proyecto. Años más tarde, el municipio solicitó al Gobierno la legalización de títulos de la propiedad, proceso en el cual también participé ayudando a los topógrafos a medir las propiedades. Es este momento que el presidente Daniel Ortega entrega 250 títulos de propiedad en mi ciudad.

En estos mismos terrenos se consiguió la construcción de un estadio de béisbol y una cancha de fútbol, un cuerpo de bomberos, un cementerio municipal, un proyecto de agua potable, un parque de reparación de las calles y electrificación.

Aunque la participación activa en la comunidad fue muy gratificante, también sufrí el desprecio, la discriminación y el prejuicio que hay hacia las mujeres implicadas en programas comunitarios. La discriminación proviene tanto de los hombres como de las propias mujeres, que menosprecian la tarea de las mujeres que trabajan fuera de casa y por el bien de la comunidad. Nicaragua es aún una sociedad muy patriarcal. Incluso un alcalde de mi partido nos llegó a decir que las mujeres no sirven para nada. En ocasiones te sientes utilizada por intereses propios de la persona que ostenta el poder. El abuso de poder era presente y visible, recayendo en manos básicamente de los hombres. Las mujeres mayoritariamente callábamos, aunque no nos gustaba lo que nos decían. ¿Qué podíamos hacer ante lo que decía la máxima autoridad? ¿Qué poder teníamos? Nuestra opción residía en el silencio y la resignación.

## El maltrato que nunca esperas

Mi primer proceso migratorio lo realizo a Costa Rica, donde trabajé recolectando café y cuidando a personas mayores. Los viajes entre Nicaragua y Costa Rica son frecuentes durante una buena temporada.

El 2016 es cuando llego a Cataluña y empiezo a trabajar como cuidadora de una persona mayor. Estoy contenta con la familia, y permanezco con ellos hasta el 2020, cuando muere la persona que cuido. Durante estos años obtengo el permiso de residencia.

Es a partir del 2020 cuando me traslado a vivir con mi pareja de entonces y empieza una mala experiencia. Al dejar de trabajar pierdo la posibilidad de renovar mis papeles y cada vez estoy más encerrada. Ahora puedo decir que en estos últimos años he vivido violencia de género por parte de una persona, no quiero decir ni su nombre ni su origen. Soy una mujer sobreviviente. Estoy en proceso de superación gracias a mi fuerza de voluntad y con el apoyo de algunos servicios.

Recibí maltratos físicos y psicológicos durante un par de años, en los cuales estuve prácticamente recluida en casa del agresor. Aunque era consciente de la situación que vivía, sentía que debía aceptarla porque no tenía dónde ir, no tenía dinero, no tenía familia. Estaba sola. ¿Dónde iba a ir? Aunque parezca inverosímil, y a diferencia de la mayoría de las denuncias de violencia de género, en mi caso es mi expareja quien llama a los *Mossos d'Esquadra*. No vamos a entrar en los detalles que llevaron a esta situación. La cuestión es que los *Mossos d'Esquadra* se presentan en el domicilio familiar y hablan con los dos miembros de la pareja. Yo relato al policía la violencia sufrida, pero no dan parte de la situación, aunque manifiestan que tal y como estaba la situación podrían llevárselo preso. El policía que habla conmigo me preguntó si quería irme de casa, a lo que respondo que sí. Él me da una dirección a la que acudir. Cuando la policía se va, él vuelve a insultarme y a agredirme físicamente. En ese momento yo decido irme definitivamente. Le digo que me voy a la calle y que vuelvo más tarde, pero ya no regresé. Me pregunto por qué, dadas las circunstancias, la policía no actuó de otra manera. ¿Quizás porque uno de los policías era su vecino y conocido?

## La salida del círculo

La salida del círculo en el que me encontraba empieza gracias al apoyo de un amigo y a su amiga, la cual es abogada y también había vivido violencia de género. Yo no tenía conocimiento de nada, no sabía por dónde empezar, pero mi amigo y su amiga me ayudaron en todo el proceso. Es a través de ellos que me informo de los pasos que debía hacer para pedir ayuda. Contacté con el SIE y fue cuando pude salir de casa para siempre y de la mala convivencia.

En el SIE expresé todo lo que estaba viviendo y por qué me había retirado de casa. Las profesionales del SIE me salvaron. Me recomendaron que lo denunciara. Llamaron a la asistente social del pueblo donde vivía, pero ella desconocía toda la situación por la que pasaba. Jamás le conté lo que estaba viviendo, aunque tuve varias citas con ella para gestionar la ayuda de alimentación. Desde el SIE me buscaron un abogado que me defendiera, y también me facilitaron alojamiento en un piso de emergencia porque yo les dije que no tenía dónde ir. En el piso estuve aproximadamente un mes. Al no tener nada, siento que me dieron el apoyo que en realidad necesitaba, pero cuando se llegó el mes, me preguntaron si podía alojarme en casa de alguien. Les dije que podía alojarme en la casa de mi amigo, y me mandaron a su casa, con lo que me sentí un poco mal. Mi amigo tampoco andaba en una buena situación económica, y en su casa me dejó una habitación, pero no podía mantenerme. Yo no tenía dinero, no podía comprar comida, con lo que me sentí triste y muy baja de moral. En el piso de mi amigo estuve casi dos meses. Posteriormente, la asistente solicitó mi entrada en una casa de acogida, que es donde estoy ahora.

## Los juicios

Durante mi estancia en el piso de emergencia llegó el primer juicio. En el juicio estuvimos los dos implicados, la jueza, una fiscal y los dos abogados, el mío y el suyo. Me pidieron unas fotos que yo ya le había mandado a la policía, pero la policía no las presentó como

prueba. Faltaron evidencias y se convocó un segundo juicio, meses más tarde. En el segundo juicio, realizado ya estando yo alojada en la casa de acogida, debía llevar las evidencias. Desestimaron todas las que aporté, ya que dijeron que había pasado el tiempo. Tenía unas fotografías en un móvil con evidencia de las agresiones que habrían podido ser aceptadas como prueba, pero mi agresor había bloqueado el móvil, y si se desbloqueaba se perdían todas las fotos, con lo que no pude reportar evidencias suficientes. Las fotos me las hice para mandárselas a él mismo para que viera la consecuencia de su violencia. En aquel momento tenía el pelo largo y podía disimular las agresiones. Al no poder reportar evidencias fue exculpado y sin orden de alejamiento. Por suerte, ya estaba protegida porque estaba en el sistema de protección de víctimas de violencia de género.

El proceso judicial de mi situación de violencia de género lo considero y específico como maltrato institucional. El juez valoró que no era un caso de violencia de género por falta de evidencias. Así, aunque por mi parte había habido trauma psicológico y emocional y el agresor tenía antecedentes de violencia de género, el juicio no fue a mi favor, o sea a favor de la víctima.

## **Y, por fin, un poco de tranquilidad**

Llegué a la casa de acogida después de haber estado largo tiempo oprimida, con las alas cortadas, con limitación de expresión y completamente dependiente de lo que él decía. No podía decidir por mí misma, y tenía que pedir permiso para todo. Llegar a la casa fue un alivio y donde proyecté la necesidad de ayuda psicológica, emocional, y espiritual, más que económica.

En general en la casa de acogida me he sentido superbién y muy atendida en lo que cabe. La comunicación y el trato de las educadoras sociales son muy buenos, con mucha simpatía, tolerancia y amabilidad. Se les agradece a todas, en mi concepto, pero especialmente a dos de las educadoras, porque han estado allí y me han escuchado y dado lo que necesitaba en momentos en que me he sentido muy mal. A veces tengo mis bajadas y subidas de carácter, pero me han sabido

escuchar y apoyar, aun sin explicitar con detalle lo que necesitaba. Soy una persona que me reservo mis sentimientos y no soy de ir contando mi vida privada. Lo que me gusta de las dos educadoras con las que tengo más confianza es que te saben escuchar y cuando te ven deprimida se acercan, te dan un abrazo. Un abrazo que te hace sentir bien y que te transmite seguridad. Con ello me dan confianza y me siento bien tratada.

Además del apoyo y ayuda emocional que he recibido, la casa me ha ofrecido un techo en el que dormir tranquila, un sostén alimenticio y la posibilidad de formarme. Esto me ha permitido estar activa, conocer gente y avanzar en mi recuperación.

## **Algunos cuestionamientos**

Soy consciente de que las profesionales hacen todo lo que pueden para ayudarnos. Pero, a veces, las dinámicas institucionales pueden no ser las mejores, o pueden surgir contratiempos que nos afecten directamente. Por ejemplo, durante mi estancia ha habido un cambio de psicóloga en el centro. Con la primera psicóloga pude abrirme, aunque me costase. Creamos un espacio en el que me sentí bien y cómoda para hablar, con lo que pude expresar mis sentimientos, temores, y todo lo vivido con mi expareja. Una vez establecido este espacio, cambiar de profesional es difícil y complicado. Entiendo que ellas están haciendo su trabajo, saben que es difícil para nosotras ir repitiendo nuestra historia, ya que exponemos sentimientos que están lastimados, pero para mí es difícil y no quiero ir repitiéndola, puesto que me da ansiedad y no me sienta bien. Si, además, la nueva profesional es alguien con quien has tenido una experiencia previa poco positiva, la confianza se pierde y se hace más difícil esta relación. También han pasado diferentes educadoras sustitutas, no siempre bien preparadas para lidiar con los conflictos que puedan generarse en la casa, pero seguro que con su experiencia con nosotras han aprendido y crecido.

Las personas solemos movernos por sensaciones, estén basadas en evidencias o no, que nos remueven y nos afectan. No siempre quien

Una niña que nunca tuvo nada [...]

tenemos delante es consciente del impacto que pueden tener sus acciones y las sensaciones que puede generar en el otro. Un ejemplo de ello es lo que me pasó la segunda semana de estar en el centro. En una de las entrevistas con una educadora, le comenté que una antigua pareja de mi agresor había muerto de SIDA. Acto seguido me mandaron hacer analíticas. Querían acompañarme, pero me negué. Yo sabía que saldría negativo. Soy una mujer que me cuido y estaba convencida de que todo saldría bien, como así fue. Durante aquel corto período percibí un cierto alejamiento por parte de la educadora a quien le conté la situación. Sentí distancia y que se iba con más cuidado conmigo. Por eso, por no incomodar, pedí ir a comer a mi habitación.

## **La convivencia en la casa**

En la casa convivimos mujeres y niños de diferentes orígenes, costumbres y culturas. Hay unas reglas que debemos conocer, respetar y cumplir. Evidentemente, no es lo mismo que estar en tu propia casa, y no siempre es fácil la convivencia. Las residentes hablan diferentes idiomas, con lo cual la comunicación no es del todo fluida y puede ocasionar malentendidos.

Intento evitar los problemas, estoy por lo mío. Si puedo ayudar, ayudo, y lo doy con mucho amor, pero intento no entrometerme en los problemas de los demás. Sé diferenciar mi tiempo personal y el tiempo para con los demás. Tengo mi habitación, mi tele y comparto baño con otra residente.

En los grupos con culturas y miradas diferentes es fácil que aparezcan conflictos. La casa no es una excepción y, aunque mayoritariamente la convivencia es cordial y positiva, de vez en cuando aparecen algunos conflictos entre las residentes. Por ejemplo, en mi caso, una residente me acusó de haberle robado el teléfono móvil. La profesional que estaba en la casa, en este caso sustituta, vino a mi habitación a pedirme que devolviera el teléfono, sin ni tan siquiera darme la oportunidad de preguntar o dar mi opinión. Vino, además, acompañada de un grupo de mujeres. En aquel momento, el hijo

de la mujer que me acusó de haber robado el teléfono volvió a su habitación para ver si encontraba el teléfono. Al poco tiempo, volvió con el teléfono que había encontrado debajo del colchón de su propietaria. Emocionalmente, me afectó mucho que se me acusara de robar algo y durante un buen tiempo me sentí mal, muy mal. Ni la educadora ni la persona que me acusó se disculparon al momento, con lo que aún me sentí peor. Fue semanas más tarde que la profesional acabó por pedirme disculpas y reconocer su error. No lo hizo por iniciativa propia. Lo hizo después de que yo contara a una de las educadoras del centro cómo me sentía y lo que estaba viviendo.

Aunque la casa me da techo y alimento, mi intención es poder independizarme lo antes posible. La casa me permitió descansar y reponerme, pero ahora toca emprender nuevos caminos.

## **Acostumbrarse a la ayuda y sentirse diferente**

Actualmente mi irregular situación administrativa no me permite poder realizar una inserción laboral con un contrato de trabajo. No poder entrar en el mundo laboral significa que mis ingresos económicos son precarios. Servicios Sociales me tramita, mensualmente, una ayuda de 70 €. Algo que me hace sentir mal es el tener que estar recordando y preguntando si se hará efectiva y cuándo. Para mí es una humillación institucional (del sistema). Esta situación me aporta un sentimiento de tristeza y depresión, ya que siempre he trabajado y he sido una mujer independiente en todos los ámbitos y no estoy acostumbrada a solicitar ayudas. Incluso estando en la casa de acogida he intentado preservar mi independencia. Siempre que he podido he realizado las gestiones de forma autónoma; ir al CAP, a Cáritas, a Cruz Roja, a cursos formativos, etc., aunque sabía que podía contar con la ayuda de las educadoras si lo pedía y lo precisaba. Mis problemas siempre he intentado solucionarlos por mí misma.

En mi país, nunca pedí ayuda para vivir. Siempre trabajé y encontré maneras de sobrevivir y mantener a mis hijos. Me ha resultado muy difícil tener que aceptar que en España debía pedir ayuda para poder

sobrevivir. Esto me ha hecho sentir vergüenza y no deseo a nadie que tenga que pasar por esta situación.

Ahora, después de haberme cruzado con diferentes personas, soy consciente que no toda la gente tiene la actitud o posibilidad de luchar por sí misma. He visto cómo hay personas más pendientes de vivir de ayudas que de salir adelante por sí mismas, ya sea porque no pueden, no quieren o no saben. Mi prioridad, en cambio, es encontrar un trabajo para poderme mantener. Para ello también soy consciente que es bueno formarse, por lo que durante mi estancia en la casa he iniciado algunos cursos formativos.

Ya estamos llegando al final de este capítulo y no querría dejar de mencionar que, aunque la sociedad haya avanzado en la igualdad entre las personas, aún una puede percibir miradas discriminadoras por ser mujer e inmigrante centroamericana. El origen y el género continúan generando atenciones diferenciadas. No busco culpables, simplemente digo lo que siento y lo que veo y vivo, y espero que el futuro sea mucho mejor para las nuevas generaciones de mujeres inmigrantes.

## **Mirando al futuro**

Mi estancia en la casa está llegando a su fin. Debo buscar trabajo y arreglar mis papeles. Me gustaría quedarme en Cataluña, país en el que me he sentido acogida, segura y bien tratada. Sé que tengo una edad y que no va a ser fácil encontrar trabajo, pero lo conseguiré. Aunque estoy convencida de que lo conseguiré, la situación es angustiosa por lo incierta que es y la presión que tengo.

A partir de ahora me he propuesto conseguir tres metas. La primera es conseguir el estatus legal en España. La segunda, enriquecerme de nuevos conocimientos y formarme como técnica sociosanitaria, guardia forestal o auxiliar de geriatría. Mi última meta sería aprender lo mejor posible la lengua catalana. Si consigo todo esto, me gustaría obtener un trabajo digno para poder vivir de manera independiente.

Finalmente, aprovecho esta oportunidad para agradecer a las profesionales que me han estado y me están ayudando en todo mi proceso. Tengo la suerte de haberme encontrado con algunas buenas profesionales que me han ayudado a recuperarme. Especialmente mi agradecimiento a «Eva» que siempre me ha ayudado tanto como persona, como trabajadora social y siempre ha estado pendiente de mi proceso y de lo que necesitaba; a «Ester» por estar pendiente de mis necesidades y escucharme siempre. A Dios le pido que dé a estas dos mujeres abundancia de sabiduría y de paciencia. A la organización del S.I.E. porque fue la organización que me enseñó el camino para aprender a ejercer mis derechos de mujer. Y gracias a todos los que me han ayudado a hacer posible esta realidad. Espero que mi experiencia contada en este capítulo pueda ser de ayuda para la mejora de la intervención de los y las futuras profesionales.

# Diversidad funcional, discapacidad y participación

Raquel Blanca

## Resumen

Vivir con una discapacidad física adquirida no es fácil. En este capítulo la autora hace un recorrido por sus vivencias y la relación que ha tenido con distintos profesionales y servicios a lo largo de su vida. Esta relación viene determinada por la lucha constante para poder tener control sobre su propia vida y sus propias decisiones, derecho que con frecuencia ha sentido vulnerado y conculcado. El capítulo ayuda a reflexionar sobre cómo, demasiado a menudo, los profesionales del ámbito social no son conscientes del dolor que puede llegar a causar a las personas que, por circunstancias diversas, necesitan vivir con apoyos y sobre cómo el sistema actual de apoyos no se ajusta a las necesidades de las personas ni facilita la personalización. La autora nos muestra, con generosidad, su experiencia, interpelando a organizaciones, profesionales y políticos, y reclama un cambio en un sistema de servicios sociales rígido, incoherente y, con frecuencia, absurdo para quien necesita recibir los apoyos.

*...y llegas a los treinta y ocho sintiendo que no controlas nada. Vives en casa, con tu madre y tus hermanos. Dos días a la semana viene una mujer de un SAD1 de urgencia de cierta asociación a apoyarte, y el resto, os espabiláis como podéis con la ayuda de tu madre. No es lo ideal, ni lo que imaginabas de pequeña, pero la vida ha ido haciendo de las suyas y tú... has ido improvisando y adaptándote como has podido, aunque sientes que no has decidido ni participado realmente en tu plan de vida independiente.*

1 Servicio de Atención Domiciliaria.

*Tienes treinta y ocho y no te sientes autónoma ni independiente, y te preguntas si tú eres la única responsable o quizás la información y las herramientas que has ido encontrando por el camino no buscaban realmente tu plena participación en la vida...*

A los diecinueve años tuve un accidente de coche grave cuyas secuelas fueron una lesión medular a nivel cervical. Mis piernas pasaban a ser las ruedas de mi silla y mis brazos y manos, la ayuda de otras personas para alguna de las actividades de la vida diaria. Evidentemente, esto, de repente, cuesta de asumir y das por hecho que todo lo que imaginabas, los planes de vida que tenías (ir a Barcelona, irte de casa, volver a tocar el piano, volar del nido, conocer y vivir, experimentar...) ya no podrás conseguirlos. Pasas ocho meses en el hospital rehabilitador intentando recuperar el máximo de movilidad posible (no crees que una vida con esa condición física sea posible) y, por otra parte, estos meses te sirven para habituarte a tu nueva realidad. Se acerca la fecha en la que tienes que volver a casa y ni tú ni tu familia tenéis mucha idea de cómo gestionarlo, así que concertáis una cita con la trabajadora social del centro. Os informa de las asociaciones para personas con discapacidad que hay en vuestra provincia, de alguno de los trámites que debéis seguir para entrar en el circuito de catalogación como persona con discapacidad y de algunos (pocos) centros que hay para seguir la rehabilitación. En ningún momento te mira a los ojos y te pregunta qué quieres hacer, qué planes tenías antes de tu repentina metamorfosis ni te informa de qué posibilidades tienes para independizarte, en caso de que quisieras hacerlo a pesar de tener una gran discapacidad, *ergo*, tú piensas que tu independencia y autonomía dependen de tu capacidad física para ser autosuficiente, y asumes como una verdad que, por tener una tetraplejía, lo que toca es vivir en casa con la ayuda de tu madre. Si quieres ser más independiente, debes recuperar más movilidad, y esto pasa por hacer fisioterapia. Lo demás no importa o no eres consciente de ello. Nadie te cuenta las otras opciones que existen. Te adaptas y sobrevives. Es lo que toca. Pero no decides ni participas realmente. Ni te lo planteas.

Yo, en aquella época, me sentía muy frustrada y, realmente, no me preocupaba de nada más que de ir pasando los días como podía. No tenía objetivos ni sentía que pudiera hacer nada interesante para una joven de diecinueve años; estudiar y sobrevivir; y recuperar movilidad. Imagino que con este sentir y al no encontrarme con profesionales que me recordaran que tenía derecho a participar de la vida y a vivirla de manera autónoma, fue fácil dejarme llevar por la mecánica de los servicios sociales, y esta fue:

- pasar un reconocimiento por parte de diferentes profesionales para obtener el grado de discapacidad,
- pedir una pensión (en mi caso, debía ser una no contributiva y nos aconsejaron que fuera la de «hijo a cargo»),
- y seguir con mi vida como pudiera, catalogada, con una «pensioncita» que ni siquiera iba a mi nombre, pensando que siempre debería depender de la familia (más concretamente, de mi madre) y sin más información sobre posibles alternativas.

Más adelante, y con la implementación de la conocida popularmente como «Ley de la Dependencia», me reuní con una trabajadora social en mi domicilio para hacer una valoración de mi situación y definir mi PIA (Programa Individual de Atención), la herramienta que utilizan los servicios sociales para encontrar/ofrecer —supuestamente— el servicio o la prestación que más se adecúe a las necesidades de cada persona para que sea lo más autónoma posible. Pues bien, yo de ese encuentro no recuerdo demasiado y es que, en la práctica, no generó ningún cambio en cuanto a mi autonomía personal. ¿Sería verdad que la finalidad de esta ley era fomentar la autonomía de las personas con diversidad funcional? En ningún momento se me habla de la figura del asistente personal (AP) ni de ningún servicio alternativo que me dé mayor libertad y decisión y no haga que dependa totalmente de mi familia. Se me proporciona la prestación por cuidador no profesional con el complemento de tercera persona y así sigo, pensando que debería vivir toda la vida dependiendo de mi familia-madre. Tanto es así que, incluso, la decisión de hacer la carrera que hice la tomo pensando que yo no puedo vivir en

ninguna parte más que en mi casa y que la opción de moverme de ciudad para hacer lo que yo quisiera para mí no es posible.

Al cabo de un tiempo, desde la asociación de referencia para personas con discapacidad de la provincia donde vivía, se me da la posibilidad de formar parte de un proyecto piloto de asistencia personal impulsado por la Generalitat de Catalunya (2007). Decido participar. El proyecto consiste en ofrecer 40 horas de asistencia personal (un servicio de apoyo para realizar todas aquellas actividades que realizarías sin limitaciones funcionales y así conseguir el máximo nivel de autonomía en tu proyecto de vida y en el ejercicio de la autodeterminación). En este servicio, en teoría, eres tú quien decide cuándo, cómo y en qué actividades de tu vida harás uso de él. Es decir, la AP es como una extensión de tu propio cuerpo, y hace todo lo que tú quieres hacer pero que, por la limitación física en mi caso, no puedes. Además, a diferencia de otros servicios, tú eres quien decide a qué persona contratas como asistente personal. Esta figura estaría enmarcada dentro de la filosofía de vida independiente, que defiende el derecho de las personas con diversidad funcional y reclama/exige su derecho a vivir de forma activa e independiente. ¿Cómo? Con los apoyos necesarios (ya sean humanos, arquitectónicos y tecnológicos) y poder participar así en igualdad de condiciones de la vida en comunidad.

En ese momento, yo todavía no conocía demasiado esta filosofía ni la figura del asistente personal. Fue durante el proyecto piloto y, después, fruto de mi propio interés por conocer más, que fui ahondando más en él. Del proyecto en sí, yo no hice un buen uso, puesto que, para empezar, alguna de las personas que contraté no eran lo que realmente buscaba. No sabía cómo hacerlo y me conformaba con la primera que me proponían. Además, en la práctica, solo hacían el acompañamiento del desplazamiento hacia el trabajo o estudios (que también es necesario y es una de las diferencias con otros servicios, que tú decides en qué situaciones haces uso del AP, no se limita al cuidado asistencial en el hogar). Pero, en mi caso, yo también precisaba de apoyo en casa, aunque me había acostumbrado a que la atención más íntima me la hiciera mi madre y es que, realmente, cuando necesitas apoyo de otra persona, cuesta saber

decir cómo quieres que te hagan las cosas cuando has estado tiempo sin decirlo, de la misma forma que también es difícil aceptar/dejar que alguien entre en este espacio más íntimo, al menos a mí. Yo no estaba acostumbrada, o quizás no tenía la madurez necesaria para hacerlo o, simplemente, no me lancé del todo, que, al fin y al cabo, es como se aprende a hacer las cosas.

En esa época, estaba cursando el tercer curso de carrera. Hasta entonces había estado yendo en tren, pero no era fácil. Para subir, me exigían llamar cada día a Renfe (en Madrid), y pedir, día sí, día también, la asistencia. Debía especificar la hora en que cogería el tren, y la hora en la que volvería, y no había margen de improvisación. Sin embargo, muchas veces se olvidaban de mí, así que casi nunca tenía la seguridad de saber si se acordarían de mí, si al llegar a mi destino habría alguien para bajarme o no, si debería discutirme de nuevo con la responsable de estación por tonterías que lo único que hacían eran complicarme más las cosas... Todo esto coincidió en una época en la que empecé a tener mucha ansiedad. Coger el tren se convirtió en una tortura para mí, y la angustia fue en aumento. La cuestión es que una trabajadora social de la asociación de referencia para personas con discapacidad de la provincia me propuso pedir plaza en la residencia para personas con discapacidad física, que precisamente se encontraba en la ciudad en la que estudiaba. De esta forma, no tendría la excusa del tren para no asistir a las pocas asignaturas que tenía pendientes y, por otra parte, me iría de casa y empezaría a ser un poco más independiente. O eso era lo que yo pensaba...

No tardé en descubrir que mi forma de «independizarme» pasaba por renunciar a la toma de decisiones varias sobre mi vida y mi propio cuerpo, y que las llamadas «residencias» bien podrían denominarse fábricas de levantar, vestir, alimentar, desvestir y acostar a personas = números. A pesar de tratarse de una residencia pequeña, se regía por unas normas que afectaban a todos por igual, *ergo*, pasas a formar parte de un rebaño del cual tú no te sientes parte ni has elegido, y tus necesidades individuales forman parte de otro plano. No eliges cosas como los horarios, las comidas y las personas que te apoyarán y que, por tanto, tocarán tu cuerpo, por ejemplo. Entonces sientes que no tienes autoridad sobre aspectos básicos de tu vida y,

poco a poco y sin darte cuenta, va menguando tu capacidad para decidir, pues por resignación, porque te acostumbras a ello o por supervivencia, te adaptas a todo, incluso, a vivir en un micromundo que, a veces sientes como una cárcel y, a veces, como un refugio (un refugio engañoso, pues lo que hace es alejarte de la realidad y de la vida en comunidad, y quedarte aún más al margen si no haces nada fuera de la residencia o no tienes vida social).

De hecho, preparando el capítulo para este libro recuperé los siguientes textos que escribí al cabo de un tiempo de haber llegado a la residencia, en un blog cuya idea era debatir sobre las posibilidades que tiene una persona con diversidad funcional para vivir de forma autónoma. El blog quedó en un intento, el debate sigue abierto y en el orden del día, y sus palabras siguen siendo como chispas que me encienden cada vez que las releo:

*Por aquí dentro pasan muchas cosas y no quiero ni puedo hacer como si nada. Como en la práctica muchas de las quejas no son escuchadas, las personas que tendrían poder para cambiar algunos aspectos de la residencia que yo creo que se pueden mejorar, no quieren, y he llegado a sentirme bastante ignorada en este sentido; intentaré, al menos, desahogarme por esta vía. Quizás no cambiaré el mundo ni ese sistema que deja poco lugar a una autonomía real para las personas con diversidad funcional, pero me sentiré satisfecha si consigo desahogarme y, más aún, si alguien lo lee. La palabra, las ideas, mi propia opinión es lo que tengo, y, por suerte, de momento, todavía no me las han robado. Espero, pues, poder expresarlas con claridad.*

## Despertarse

*Una habitación con la puerta cerrada. La persiana bajada, por completo. No quería que la luz natural del sol la despertara. Había ido a dormir tarde. Dentro de la cama un cuerpo relajado, dormido, una cabeza soñando mil tonterías con tapones en las orejas. Sabía que las paredes eran finas y no quería que ningún ruido la molestara. Hubiera dormido hasta tarde,*

*si no fuera porque, de repente, y sin ninguna delicadeza, una trabajadora golpea la puerta, no se espera ni cinco minutos, entra en la habitación, abre la luz que, evidentemente, deslumbra instantáneamente la cara que hace unos momentos se encontraba relajada y empieza a hablar, a preguntar sobre dónde está aquello o qué se quiere poner para vestir. La persona que estaba durmiendo no lo ha pensado, ¡ni siquiera se ha despertado! Solo desea decirle claramente a esa persona que si en su casa ella se despierta de esa manera. No lo hace, solo lo piensa, sabe que es picar piedra. El día comienza más rápido de lo que ella quisiera y los sueños... se han esfumado. Le mira a la cara y le ve escrito: «¡Buenos días! Estás en la “resi” y las cosas aquí funcionan así».*

Este es el primer «contra» de vivir en una residencia, el momento de despertarse. No puedes decidir la hora y, además, no siempre se hace de la forma más adecuada. Y vosotros en casa, ¿cómo soléis despertaros?

Vivir en una residencia es:

*No poder poner la colcha que quieras en «tu» habitación.*

*Que el equipo directivo se crea con el derecho de poder intervenir en tu vida si no te comportas «de una manera adecuada y sana» como, por ejemplo, quitándote la silla eléctrica y así tenerte controlado. Utilizando «medidas de contención» (palabras textuales del/de la mismo/a director/a).*

*Sentirte juzgado y observado constantemente.*

*Oír cómo las «cuidadoras» critican a un usuario por decir que es dueño de su propio cuerpo y que, por tanto, tiene todo el derecho a decidir cómo quiere que le hagan las cosas.*

*Oír como una de las «cuidadoras» dice, convencida, que ellas son las manos, y que, por tanto, son ellas quienes deben decidir cómo quieren hacer las cosas.*

*No sentirte nunca en casa.*

Y, de vez en cuando, pesadillas.

El nivel de impotencia que llegué a sentir por no poder decidir sobre cosas que afectaban directamente a mi propio cuerpo fue tan alto que incluso tenía pesadillas en este sentido:

*Un día soñé que con los de la resi estábamos de fin de semana no sé dónde. Antes de acostarme debía preparar la ropa del día siguiente y me ayudaban dos «cuidadores» nuevos. Una de las prendas que quería preparar eran unos calentadores, pero uno de los cuidadores nuevos se negó rotundamente. Yo, sorprendida, le pregunté que por qué, y él me respondió que no podía, que había recibido órdenes desde coordinación que al día siguiente haría sol y no los necesitaría. Yo, cada vez más indignada, quería hacerle entender que no era justo que decidieran sobre lo que debía ponerme o no, pero no sirvió de nada ya que el cuidador, como era nuevo, no quería desobedecer las órdenes de coordinación, por muy estúpidas que le parecieran, por miedo a perder el trabajo, «y con esos tiempos de crisis que estamos viviendo, todavía menos...», dijo. Finalmente, fui bien cabreada a buscar a la coordinadora de la «resi» y le dije:*

— ¡Tú, qué!, ¿cómo te atreves a decidir por mí?

— Es que, Raquel, no puedes hacer lo que tú quieras, no puedes dar órdenes a la gente, y mañana no hará frío... no hace falta que te pongas los calentadores...

— Me da igual, sobre mi cuerpo solo decido yo, y sobre la ropa que me quiero poner, ¡también! Solo faltaría...

*El sueño esfumó y yo desperté de repente, incluso con la voz afónica, y es que me parecía que por mucho que gritara nadie me oía. La situación en el sueño no sé cómo terminaría, pero la sensación de impotencia en el momento de despertarme era bien real.*

Evidentemente, en la «resi» no deciden la ropa que debo ponerme (si tienes discapacidad psíquica creo que sí, al menos cuando yo estaba), pero sí que lo hacen con muchas otras cosas como la ropa de la cama, los horarios, el menú... ¡Hubo una temporada que, incluso, la hora en que tenías que apagar el televisor! Este sueño

no deja de ser una muestra irreal de las realidades que se viven en una residencia, cuya intención general es dominar a los residentes desde el «sabio» punto de vista de los «especialistas», y el papel que juegan la mayoría de los cuidadores es como de robots, que actúan de la forma que les dictan «los de arriba», sin aplicar el sentido común ni la coherencia. No es de extrañar, pues, el sentimiento de impotencia... Y es que, en el fondo, las residencias no dejan de ser un microsistema más de esta sociedad tan maravillosa que lo que más desea es dominarnos como si fuéramos títeres, y más, cuando dependes de su «generosidad» para conseguir tu «libertad».

Evidentemente, hay matices, y evidentemente, dependiendo de la persona que te atendiera, te sentías más individuo o más rebaño, pero en general, lo que yo viví fue eso, y lo peor de todo es que te acostumbras y lo acabas normalizando. Cuento todo esto con la intención de que podáis entender un poco más cómo se puede sentir una persona usuaria de este tipo de servicios y de lo importante que es tratar a cada uno como al individuo único e irreplicable que es, conocer sus necesidades, su forma de hacer las cosas, sus deseos y preservar hasta donde se pueda su capacidad para decidir y adaptar al máximo el servicio a la persona y no al revés, que es lo que tuve que hacer yo cuando entré en la residencia.

A decidir, a participar, a saber qué necesitas, qué quieres y cómo lo quieres se aprende o se refuerza con la práctica. Es como un músculo, debe entrenarse, pero ¿qué pasa si nunca has tenido la posibilidad de hacerlo o has estado mucho tiempo sin ejercitarlo? ¿Qué pasa cuando pasa el tiempo y ves que por mucho que digas, las cosas siguen igual? ¿Qué pasa cuando no te preguntan o si te preguntan es solo porque toca, pero no porque haya una voluntad real de cambio detrás? ¿Qué pasa cuando crees que tu nivel de participación en los diferentes ámbitos de la vida está relacionado con la capacidad que tengas para moverte físicamente de forma autónoma y no porque, como ser humano que eres, tienes todo tu derecho a ello? ¿Qué pasa cuando «participas» en reuniones inútiles donde siempre se acaba hablando de lo mismo, pero ves que no se concretan objetivos claros que generen cambios palpables y reales? ¿Qué pasa cuando ni siquiera sientes que tienes el derecho a decidir

quién toca tu cuerpo? ¿Tu cuerpo es tuyo? ¿Qué ocurre en las residencias? ¿Cuidan o hacen un abuso de poder? Un día escuché que los cuidados deberían basarse en buscar la máxima autonomía de la persona. Cuando se alejan de esta finalidad, ya no son cuidados, son relaciones basadas en... ¿el abuso de poder? ¿violencias disfrazadas? El Estado, los profesionales, incluso entre nosotros (familia, amigos, pareja...), ¿qué tipo de relación mantenemos?, ¿se busca realmente el cuidado de la otra persona, del ciudadano en el caso del Estado, o del usuario en el caso de un servicio?

Con el paso de los años, el cambio de dirección, las quejas y la insistencia por parte de algunos usuarios, etc. se logró un trato algo más focalizado en la persona. En mi caso, por ejemplo, pude ducharme e ir al baño todos los días (hay horarios para ello y, normalmente, son un día sí un día no), poner el nórdico o la colcha que yo quería, poder acostarme después de comer y no tener que esperar a que fueran las 16:00 h solamente porque era la hora que tocaba tumbarse, que me guardaran la cena hasta tarde, etc. Parecen tonterías, pero no lo son. Cuando necesitas apoyo y no eres tú quien decide quien te acompaña ni cómo, sientes que no tienes control sobre aspectos básicos de tu propia vida y tu autoestima va decayendo mientras la rabia crece. O la resignación. Cuando te encuentras en situaciones así, por más surrealistas que parezcan, son una realidad ante la que te sientes impotente, y es que no es fácil vivir en una residencia, te sientes solo a pesar de estar acompañado y, cuando realmente quieres estar solo, no lo acabas de estar nunca. Nunca te sientes como en casa, sí como en una especie de refugio-búnker cuando cierras la puerta de tu habitación. También es verdad que no es lo mismo entrar en una residencia cuando tienes veintitrés años y tienes toda la vida por delante, aunque tengas una gran discapacidad, que entrar cuando tienes cincuenta o sesenta, por ejemplo; o cuando vivir en tu casa representa estar más encarcelado que si vivieras en una residencia, ya que no dispones de los apoyos arquitectónicos y humanos que tú necesitas para llevar la vida libre y autónoma que desearías. Esto es lo que, en el fondo, va apagando a la persona: no ser libre para decidir qué hacer, cómo vivir y con quién vivir, sea dentro de una residencia o fuera.

Obviamente, de mi etapa en la residencia, no todo fue malo y también me llevé aprendizajes y cosas positivas. Después de superar la primera semana —un poco traumática para mí— me adapté y no sé muy bien cómo, estuve allí hasta once años. Era una residencia de puertas abiertas, lo que me permitía entrar y salir cuando quería. Terminé los estudios, fui haciendo otras cositas, tenía mi vida social en esta ciudad, el barrio en el que se encontraba la residencia me encantaba y me acomodé. Económicamente me las apañaba bien, tenía la ayuda física que necesitaba e iba a casa cuando quería, pero en el fondo, no era como realmente yo quería vivir...

Y llegó la COVID-19, y yo, desde el primer momento tuve claro que, si tenía que confinarme, lo haría en casa. ¡Ni loca me quedaría encerrada aquí hasta vete a saber cuándo! Así que cogí unas cuantas cosas (pensando que serían dos semanas) y me fui a casa, con mi madre y mis hermanos. La época del confinamiento no fue tan difícil como pensaba. Después de la paranoia de las primeras semanas me acostumbré a ello. De hecho, es como si la mayoría de las personas con discapacidad, de una u otra forma, ya hubiéramos sido confinadas a lo largo de nuestras vidas, ya sea porque no tienes el apoyo necesario para levantarte de la cama, vestirme y salir a la calle o por el dolor físico, por falta de accesibilidad, etc. La diferencia es que, esta vez, el resto también estabais confinadas. ¿Cómo os sentisteis? ¿Fue agradable no poder decidir sobre aspectos que afectaban directamente a vuestras vidas, vuestra salud y, en definitiva, a vuestra libertad?

Recuerdo que hablaban de todas las personas con discapacidad como vulnerables (otra vez, poniéndonos a todas en el mismo saco), y yo asumí esto como una verdad. Pero después, leyendo y descubriendo terapeutas alternativos diversos, fui consciente de que aquella era su verdad, no la mía, y a partir de ahí mi vida dio un giro. Me di cuenta de la hipocresía y las pocas ganas que había, detrás de aquella exagerada sobreprotección de las «personas vulnerables», de no aislarlas aún más. De hecho, fueron las primeras a las que encerraron y las últimas a las que liberaron. En esa época, y comenzando a observar el sistema desde otra perspectiva, empecé a sentirme más fuerte y a controlar mis pensamientos y, en consecuencia, a

cambiar etiquetas que yo me había colgado (inconscientemente) a lo largo de toda mi vida. Por ejemplo, pasé de sentirme víctima de accidente de coche a ser una superviviente. El hecho es el mismo, pero su significado es totalmente diferente. No es lo mismo que te traten como a una víctima (que es lo que sientes la mayoría de las veces) que como a una superviviente. Y así, con otros aspectos. Creo que es muy importante la mirada que ponemos sobre las cosas, las personas, y más cuando nuestra profesión puede incidir directamente en la vida de otra persona. ¿Desde qué prisma lo haces? ¿Con qué intención? ¿Le veo como a un adulto o lo trato como a un niño? ¿Le aportó las herramientas adecuadas para que pueda ser partícipe de su propia vida o estoy perpetuando un sistema que se basa en la falsa bandera de «cuidados y protección»?

Acabó el confinamiento y, después de todo lo que sufrieron las personas que vivían en las residencias, de la vulneración de derechos que se ejerció sobre ellos (siguiendo las pautas del Gobierno), y dado que yo ya hacía años que quería dejarla, pero no acababa de dar el salto, decidí firmar la baja voluntaria. No lo hice en las circunstancias que hubiera deseado, que serían poder independizarme del todo, pero fue un reinicio necesario para seguir creando conscientemente el camino hacia donde quiero ir. No está siendo fácil, y vuelvo a sentirme bastante perdida por varios temas, sobre todo en esta última época. La capacidad de control de mi propio pensamiento ha mermado recientemente, tengo varios frentes abiertos y no acabo de sentirme bien en casa.

En cuanto a los servicios sociales, contacté con ellos cuando firmé la baja de la residencia. Nos reunimos en más de una ocasión con la trabajadora social de referencia. Mi idea era pedir el servicio o prestación que más capacidad de decisión (y responsabilidad) me retornara, o, dicho de otro modo, el servicio o prestación que más capacidad de decisión (y responsabilidad) me ayudara a desarrollar. Pero la cuestión es que me he perdido en este proceso. Ya han pasado tres años y todavía no hemos definido mi nuevo PIA. En estos momentos mi participación en la vida depende de un servicio de urgencia de SAD que ofrece una asociación para personas con discapacidad, de mi madre y, de vez en cuando, de

asistentes personales que contrato con mi dinero. Es decir, o tienes dinero o quedas jodido, colgado y totalmente dependiente. Parece ser que cuanto más decisión y libertad supondría el servicio o la prestación a la persona usuaria, más dificultades ponen para cumplir con los requisitos y menos presupuesto destinan a ello. En cambio, cuando se trata de encerrarte en una residencia o aceptar el SAD del ayuntamiento, te cubren casi el 100 % de los costes.

En mi caso, por ejemplo, cuando vivía en la residencia, se cubría casi el 100 % del coste de mi plaza (unos 3000 € al mes). Al dejarla, renuncié a esta ayuda y mi PIA quedó nuevamente pendiente. El primer obstáculo que encontré al plantear la prestación para la contratación de un AP fue que la propia trabajadora social de los servicios sociales de la comarca no sabía ni cómo funcionaba. Después de ser informada por parte de una asociación experta en el tema pudo calcular cómo me quedaría, y la cosa fue que recibía una ayuda de unos 800€ pero que debía añadir 400€ para poder justificar las horas y el coste por horas que me exigían. Resulta que a mí me exigen pagar las horas a cierto coste, que, irónicamente, es hasta 5-6€ más alto que el que cobran los trabajadores en una residencia o en empresas de SAD. Con la trabajadora social de la asociación concluimos que no me salía a cuenta, así que intentamos otra vía: el SAD. En este caso, no decides la persona ni tienes mucha maniobra con el horario, además, solo es de lunes a viernes (los fines de semana y festivos o te espabilas como puedes, o te los pasas en la cama), pero me daban 70 horas. Me sentía bastante desesperada, no quería depender más de mi madre ni quería que ella se sintiera obligada a ayudarme, así que pensé «pruébalo», pero, para mi sorpresa, descubrí que no podían venir antes de las 12:00 h del mediodía, y que, además, una de las cosas para las que necesito apoyo, no la harían. «Eso nosotros no lo hacemos», dijo la directora de la empresa, negándose rotundamente a ello y sin dar pie a un posible diálogo para ver cómo se podía resolver. El nivel de impotencia que llegué a sentir después de esa llamada fue muy alto. Contacté, indignada, con la trabajadora social de los servicios sociales, que me dijo que claro, que no se podía hacer nada, que quizá el horario sí, pero que, vaya, que la ley de dependencia estaba

pensada más bien para gente mayor y que era lo que había. Percibí por su parte cero ganas de encontrar la manera para que yo pueda disfrutar y desarrollar mi plan de vida independiente, y más en el fondo, lo que sentí es que pensaba que yo no tenía derecho a pedir lo que estaba pidiendo, y que era lícito y lógico que fuera mi familia quien me ayudara. Y sí, por suerte tengo familia y, por suerte, nos ayudamos como podemos, pero una madre debería ser una madre, no una asistente personal.

Y nada, entre idas y venidas, momentos con más fuerza para reivindicar y luchar, momentos de desánimo, de tirar la toalla, de dudar de tus propios derechos, de tu propia vida, de sentir que quieres, pero no puedes, o que puedes, pero no sabes cómo... Llego a hoy. Fatigada, pero reiniciando el proceso para dar a conocer la figura del asistente personal en la ciudad en la que vivo. A nivel personal, tratar de reanudar el contacto con la trabajadora social y buscar a los asistentes personales que me hagan falta para ser libre y que mi familia también lo sea. Si las prestaciones existentes no funcionan, me lo costearé hasta donde pueda, pero quiero intentarlo, quiero reapropiarme de mi vida, de mi cuerpo, y poder participar, compartir y aportar al mundo lo que pueda. Sí que hay una parte importante en lo que a mí atañe de querer estar, de ir a los sitios, aunque cueste, pero solo con la propia voluntad no es suficiente. Hay que contar también con las herramientas y apoyos necesarios para poder hacerlo y, actualmente, creo que no hay una intención real de hacerlo. Hay palabras, hay leyes, existe la convención de derechos humanos, pero... faltan los hechos.

*...y pasa que la película sigue,  
sin guion,  
o más bien lo contrario,  
con un guion que no me acaba de convencer, pero que tengo grabado en  
mi puto sistema operativo,  
y reinicio, pero recaigo,  
y repito,  
y me sigo mirando la película,  
que no para, que no espera, como si no fuera la mía  
pero es urgente que...  
... despierte de una vez por todas*

*y me empodere como mujer adulta diversa funcional,  
me acepte y me permita ser y vivir,  
pisar fuerte y luchar por mis derechos,  
decidir cómo cuándo y con quién quiero vivir  
dar y darme placer porque deseo y soy deseable,  
creerme del todo mi derecho a vivir y a disfrutar  
y salir de ese imaginario colectivo falso que nos tiene a muchos enjaulados  
viviendo a medias  
rodeados de humo que distrae, pero no deja ver...  
...ni vivir.*

# La mujer confiada que dejó atrás y el camino que una nunca se espera

Ingrid y Raquel Carrión

## Resumen

Soy Ingrid, en estos momentos tengo treinta y cinco años y ya hace seis que llegué a España. Salí de Colombia dejando atrás una vida feliz y a mi familia, esperando encontrar una vida más próspera para mí y mis tres hijos.

Confiada y engañada, caí en una red de trata de mujeres dedicada a la prostitución, de donde pude salir gracias a la intervención de la policía. Aunque fui incorporada en un programa de protección de testigos y disponía de permiso de residencia y trabajo por ser víctima de trata, mi vida en España ha pasado por un largo recorrido de dificultades para seguir adelante. Nada es fácil como una se lo espera. Dejé de ser la chica que salió de Colombia, dejé de ser yo misma durante un tiempo.

En el momento que estoy ahora, con todo lo que estoy haciendo, con un trabajo digno, y lo que veo ahora en mí, se lo debo precisamente a las personas que me han rodeado hasta ahora, con el vínculo de ahora que se ha creado con diferentes profesionales de la intervención social. Les agradezco las oportunidades que me han dado y haber confiado en mí —en momentos en que me cerré en mí misma—, en ofrecerme una mano cuando más la necesitaba y todo el apoyo que me han brindado.

## La ilusión y el engaño de una vida mejor

Yo era una mujer que me ganaba bastante bien la vida en Colombia, tenía mi negocio propio de peluquería, del que disfrutaba mucho. Hacía diferentes servicios a gente importante y me iba bastante bien, a nivel económico. También tenía un negocio de venta al por mayor y al detalle de pelo, me iba muy bien hasta que hubo una caída del precio.

Una conocida, amiga de una clienta mía, que tenía diferentes negocios de peluquería, durante algunos de los peinados que le había hecho en su casa, me había mostrado las fotos de la peluquería que tenía en España, afirmándome, que aquí, el negocio de la peluquería iba muy bien, que tenía mucha salida. Ella me insistió que en España se pagaba muy bien el tema de la peluquería. Al haber una bajada en el tema de la venta de pelo, y en un momento en que estaba en proceso de separación de mi marido, le pregunté si ella me podía ayudar a ir a España con la idea de venir a trabajar en una peluquería y, con el tiempo, poder montar mi propio negocio. Aunque a nivel económico me iba bastante bien, me ayudaría a pagar el arriendo de la casa, y los gastos y educación de los hijos.

En un primer momento ella me dijo que no me podría ayudar a nivel económico para llegar a España. Yo misma le planteé la opción de vender mis cosas y conseguir el dinero necesario para el pasaje a España, si ella me podía recibir en su casa y ayudarme en el proceso inicial al llegar al nuevo país, ver dónde ir, conseguir trabajo, etc. Entonces ella aceptó mi propuesta, que no me preocupara que me ayudaría al llegar a España. Entonces junté todo el dinero que tenía ahorrado de unas ventas previas de pelo, vendí todo lo que tenía en mi casa de valor y pedí el dinero que me faltaba con un alto interés a unos prestamistas (los «bota-bota» se llaman en Colombia). Necesitaba el dinero tanto para los billetes de avión como para acreditar la solvencia que te piden al entrar al país. En ese momento yo no sabía cómo funcionaba nada de todo esto en España y seguía todas las indicaciones de esta conocida.

Una vez conseguido el dinero y con los billetes en mano, dejé a mis hijos a cargo de mi madre y me vine para España con las indicaciones de esta señora. Ella me dijo que una vez estuviera en Madrid, me vendría a recoger un taxi que me llevaría a su casa, hasta Alicante. Que, si alguien me preguntaba durante el viaje, yo tenía que decir que venía de turista. En un primer momento no entendí por qué me decía eso, porque si yo venía a trabajar no tenía sentido explicar que venía de turista, pero yo confiaba en ella, y no hice más preguntas, no iba a meterle malicia.

Para mí era una experiencia nueva en mi vida, aunque mi familia no estaba de acuerdo con mi decisión, en parte, porque no conocían a la señora con la que me iba. Yo estaba ilusionada. Mis pensamientos eran: «¿Si no me arriesgo, cómo hago? Allí voy a conseguir un trabajo mejor, voy a tener más ingresos para poder mantener a mis hijos y ayudar a mi familia. Y si, al final, la cosa no va bien, siempre tengo la opción de volver y ya está».

Cuando llegué a Madrid, el taxi que me esperaba no era un taxi oficial, sino un amigo de la familia que se ofreció a llevarme. Justo cuando entré en el coche, supe que la cosa no iba bien. Estaba el amigo y el hijo de la conocida, la llamaron y le preguntaron: «¿Dónde la llevo, a su casa o al Matadero?». Cuando yo sentí eso, supe que no había marcha atrás, yo estaba en otro país a merced de lo que me pudiera pasar.

## **El Matadero, una realidad imposible de explicar**

Nada más llegar me tomaron unas fotos, y cuando pregunté por qué las querían, me explicaron bien el trabajo que tenía que hacer con los clientes que venían al local. Yo no podía asimilar lo que estaba viviendo. Tenía que vender mi cuerpo con clientes de todo tipo. Durante esas semanas cada día me ponía a llorar, eso no era lo que yo quería, nunca antes había hecho algo así. De hecho, la primera vez, me enviaron a un amigo de la señora, pero yo no pude hacerlo, me llevé una buena bronca por perder un buen cliente. No tenía la opción de irme, porque no conocía a nadie ni sabía nada de España. Solamente la conocía a ella, su negocio de peluquería era una tapadera. ¿Dónde podía ir? ¿Qué podía hacer? Cuando yo llegué tenía en mi posesión el dinero de la solvencia, pero parte de este dinero lo tenía que devolver a los prestamistas de Colombia, me quedé una pequeña parte para comer. Para salir a comprar o hacer alguna gestión siempre iba acompañada, no podía salir sola. Allí todo era al 50 %: del dinero que ganaba, ellos se quedan siempre la mitad.

Me metieron el miedo dentro del cuerpo, me decían que si veía a la policía me tenía que esconder porque si no me cogerían y me

enviarían a la cárcel, una historia que me hacía mantener el temor... Cuando una llega a un país que desconoce del todo, está llena de prejuicios, y no sabe qué hacer. Yo no salía mucho del piso.

Cuando hablaba con mi madre yo siempre le decía que todo me iba muy bien, no podía decirles la verdad... tenía mucho dinero pendiente que devolver en Colombia, no podía volver así.

Una vez, un cliente ecuatoriano, me dijo que yo podía escoger no vivir así, y le expliqué que yo no estaba allí por propia voluntad. Antes de que él me pudiera pasar su teléfono, ya vinieron a sacarme de allí, se enojaron mucho conmigo. A él no lo volví a ver más.

Allí había otras chicas, algunas le debían el dinero a la propia señora, al ser esta la que les había dejado el préstamo para llegar al país y disponer del dinero necesario para la solvencia. A algunas las hacían mover droga para devolver la deuda (triplicada). Alguna estuvo en prisión por este tema. Yo lo supe después, pero esta señora ya estaba siendo investigada por la policía por tema de drogas, extorsión, prostitución, proxenetismo...

Después de dos meses y medio, un día que yo estaba orando (la señora siempre se burlaba de mi cuando me ponía a orar), hubo un registro en la casa, entró la policía, vestida de civil, como si vinieran a buscar un servicio. Yo en ese momento me sentí libre.

Entraron gracias a la denuncia de otra chica que se que se había llevado una buena paliza días antes. Ella comentó a la policía que yo estaba allí en contra de mi voluntad. Aunque yo tenía la presión de la señora e instrucciones claras para que dijera a la policía que yo estaba allí con un dependiente y pagando un alquiler, al final, dije la verdad. Entré en el programa de protección de testigos.

## **El inicio de un largo y difícil recorrido**

El primer contacto que tuve con profesionales fue con la policía de Alicante. Fueron los primeros que me explicaron que lo que me hacían hacer en el piso aquí no era legal, que nadie se podía quedar con parte del dinero que yo ganaba, que no me podían obligar,

etc. Yo les expliqué cómo había ido todo. Siempre me trataron con mucho respeto, no estaba acostumbrada. Ellos me enviaron a un albergue para mujeres, me ayudaron mucho.

Estuve como unos tres meses en ese albergue donde estaba bien cuidada y participaba en un programa en el que te ayudaban a ver qué actividades podías hacer, como coser tejido, hacer pintura, etc. En ese tiempo conocí a muchas trabajadoras sociales, una te recomendaba a una y la otra a otra... todo lo que necesitaba, me ayudaban, siempre tuve un trato excelente. Finalmente, ya con una prestación económica tramitada de ayuda a testimonios protegidos por todo lo que me había pasado, me propusieron entrar en un programa de una asociación de Murcia, donde realicé un curso de formación de hostelería y turismo. Allí estaba muy bien acompañada y estaban pendientes de mi evolución. Me gustaba mucho esa formación.

Yo en ese momento estaba en un momento emocional muy bajo, estaba muy tocada, muy mal, ya que tenía presente las amenazas de la señora a mí y a mi familia, y el maltrato psicológico al que había estado sometida. No podía asumir la experiencia vivida. La trabajadora social me envió al CAD de Murcia, la red de salud pública mental. Allí me atendió una psicóloga. Me ayudó mucho, sobre todo a asimilar la vida tal y como la tenía en Colombia, que, aunque tuviera algunos problemas económicos, yo allí tenía una vida saludable y muy buena. Me ayudaron a volver a identificarme con aquella Ingrid que salió de Colombia. Volví a sentirme viva, ya que me habían dejado sin autoestima y sin confianza en mí misma. Me sentía cochina, y me ayudaron a cambiar esa visión de mí misma. Me hubiera gustado poder continuar con esta ayuda, porque fueron pocas veces.

## **La falta de confianza**

Yo estoy bastante sola, no tengo amigos. No he tenido suerte en este sentido. A mí ahora me cuesta abrirme a los demás, coger confianza con nadie. La vida me ha enseñado que hay personas que abusan de la nobleza de los demás. Era diferente cuando estaba

en Colombia, allí tenía muchas amistades y confiaba en todo el mundo, era muy inocente. Con el tiempo me fui desapareciendo de ellas porque, aunque les decía que no todo es como unas se piensan, nunca expliqué ni a mi familia ni a mis amistades lo que realmente me pasaba en España. Cuesta mucho explicarlo y no todos van a poder mirarlo con la misma perspectiva que tú, vas a ser juzgada desde otras miradas o experiencias. Va a haber una crítica.

Cuando acabé la formación no había manera de encontrar trabajo de hostelería. Y me puse a trabajar de lo que me salía, sin contrato, en el campo cogiendo naranjas, limpiezas, peluquería y peinados a particulares, etc. Estos trabajos los conseguí gracias a personas nobles españolas que me hicieron confianza y que me ayudaron. Gracias a estos ingresos y a la ayuda que recibí del Estado, pude ahorrar un poco de dinero, y me fui a Colombia a ver a mis hijos y despejar la mente. Me hubiera gustado poderme quedar, pero aún tenía deudas allí y no me podía quedar porque era volver a comenzar de cero y en Colombia nunca podría conseguir el dinero que podía obtener en España con un buen trabajo. Fue muy duro volver. Mis hijos no entendían que pusiera por delante el dinero, que el dinero no lo era todo, pero yo no quería que mis hijos se quedaran en la calle. Tampoco estaba preparada para explicar todo lo vivido en España a mi familia. Era demasiado reciente y no lo tenía gestionado internamente.

Cuando volví de Colombia, una compañera de la asociación me recomendó que fuera a Barcelona, que en Cataluña había más oferta y era más fácil encontrar oportunidades de trabajo en el cuidado de personas mayores. Que se conseguía trabajo muy rápido. Llegué directamente a Girona. Lo primero que hice fue avisar a la policía de Alicante y contacté con mi trabajadora social de referencia de Murcia, para avisarlos que estaba aquí. La trabajadora social me puso en contacto con una educadora social de la misma asociación en Figueres. Ella me escuchó y me ayudó con los trámites para empadronarme en Girona y conocer los recursos sociales de esta zona.

Estando en Cataluña no percibía ninguna prestación y no se pudo reactivar la que tenía cuando estaba en Murcia. Después de un

año en Cataluña, aún estaba sin encontrar trabajo. Estuve con un amigo que me acogió en su casa. Gracias a él pude traer a mi hija mayor a España. En ese momento tenía dieciséis años, y estaba muy descarriada en Colombia. Mi madre ya no podía con ella. Ella no quería venir, pero sabía que si no la traía allí la habrían matado, tal y como estaba y lo que hacía.

Yo seguía sin ingresos económicos estables y, finalmente, me metí de okupa en un piso con una compañera para poder tener un espacio para mí y mi hija. En aquel momento yo desconocía qué suponía ocupar un piso de aquella manera, pagando una importante suma de dinero a las personas que nos lo ofrecieron. La educadora de Figueres me puso en contacto con la trabajadora social de Girona que me ayudó en tres o cuatro ocasiones económicamente para cubrir necesidades básicas. En esa época aún me endeudé más, pidiendo aquí y allá. La trabajadora social me vio tan apurada que finalmente me ofreció ir a una entidad social donde un educador me podría ayudar en el proceso de búsqueda activa de empleo y encontrar trabajo. También me sugirió que fuera a la psicóloga, que ella me podía facilitar el acceso, pero yo no quise. No estaba preparada para volver a enfrentarme a todo eso, no podía asumir más. Había pasado tantas cosas, que no quería abrir ese cajón otra vez.

En medio de las visitas que tenía con el educador encontré un trabajo en Barcelona, de interna, en la economía sumergida, cuidando a una mujer mayor. Tenía que coger el trabajo porque era la única manera de entrar dinero en casa. Ahora tenía también a mi hija, y la tenía que dejar sola en casa. Ella no estaba bien, y no podía estar por ella, se pasaba muchas horas sola y en la calle. Por eso, cuando el educador de la entidad social que me ayudaba en el itinerario de búsqueda de empleo me propuso como candidata para un proyecto de inserción laboral para mujeres en situación de exclusión social, no lo dudé y acepté. Era la manera de poder estar más con mi hija, y poder acceder a un trabajo digno, de sueldo, horario y contrato. Nunca antes había podido acceder a unas condiciones así en España. Ahora estoy contratada en una entidad social donde soy la encargada de la limpieza, tengo el apoyo del equipo y cuentan conmigo. He

recibido y realizado una formación específica para poder certificar mis conocimientos en limpieza industrial, también. Pero nada es fácil como una lo espera. Con mi hija está siendo muy difícil, ella nunca me perdonó que me fuera de Colombia y que la dejará a ella y a sus hermanos con la abuela. Una vez aquí, en vez de rodearse de personas que la ayuden adelante y a superarse, se ha vinculado con lo mismo que empezó en Colombia. Ella ahora no estudia, no trabaja, le cuesta hacer amigos, no se cuida, consume drogas y es adicta a algunas sustancias... Yo no sé cómo ayudarla. Ni yo la reconozco, que soy su mamá. Al haberme ausentado para venir a España, puedo decir que no conozco bien a mi hija. No es esa niña inocente que dejé en Colombia cuando me vine a España, era muy cariñosa. Es muy duro aceptar y reconocer que, haciendo todo lo posible por ellos, haciendo de padre y madre en la distancia, no conoces cómo es y quién es tu hija. Ahora pienso en mis otros dos hijos, que aún son pequeños, tengo la necesidad de poder traerlos para aquí y poder estar por ellos.

En Girona he pasado cosas buenas, pero también cosas muy malas. La compañera con quien conseguimos la casa ocupada supuestamente era una amiga y me quería. Pero no ha sido así, me ha hecho la vida muy difícil y la convivencia está siendo insoportable. Además, tenemos una orden de desahucio de la propiedad de la vivienda donde estamos (un banco que no quiere ofrecernos un alquiler social). Tenemos un techo, pero cuando llego a casa, todo son peleas, gritos, inestabilidad, no tengo acceso a agua, luz... Los ingresos que tengo de mi sueldo no me permiten cubrir los gastos del alquiler de otra vivienda. Aunque estoy inscrita en bolsa de alquiler social, hay una lista de espera interminable. Esta situación no me permite plantearme traer a mis hijos aquí, por el momento.

## **Cuando puedo ser yo misma**

Con la crianza que me dieron en mi casa en Colombia, yo vivía en un mundo cegado, para mí no existía la gente mala, no había vivido nada malo. Después de la experiencia en España y de vivir en

primera persona que no se han comportado bien conmigo, sumado a las malas experiencias y relaciones personales con paisanos en los que confié, me cerré en mí misma y dejé de ser yo.

Y con todo lo que he pasado, me he dado cuenta de que hay personas buenas que te encuentras en el camino y personas malas. Por el hecho de haber pasado todo lo que he pasado aquí en España, no puedo juzgar a todo el mundo por igual porque siempre hay personas que llegan a la vida de una para hacerle bien, como las profesionales de Murcia o Figueres, que siempre me han apoyado en lo que he necesitado. Incluso con la policía de Alicante, con la que aún mantengo contacto, y llamo de vez en cuando para explicarle qué hago y cómo voy, que me da consejo y me orienta. Con las que he creado un buen vínculo.

Lo que estoy haciendo ahora y lo que veo ahora en mí se lo debo precisamente a las personas de las que me he rodeado ahora, con el vínculo de ahora. El vínculo que se ha creado con estas profesionales. Les agradezco la oportunidad que me han dado, de haberme ayudado y haber confiado en mí, de darme una mano cuando más la necesitaba, todo el apoyo que me han brindado. Me han dado mucho apoyo de ánimo, de escucha, mucho aliento para poder tirar adelante. Me han abierto los ojos.

Han sido personas clave con las que he podido ser yo misma, sin filtros. Me han ayudado a abrirme y a contar lo que me pasaba, sin preocuparme la crítica. No me cerré a quedarme callada, sino que podía explicar lo mío, sintiendo un apoyo incondicional que yo no esperaba. Básicamente han sido las trabajadoras sociales de la asociación en Murcia y en Figueres. También puedo decir lo mismo de la trabajadora social de Girona. Con ellas puedo ser yo misma, me siento bien, y veo con otra perspectiva las cosas. Han sido y son una motivación para seguir.

Ahora los profesionales que me acompañan me ven distinta en comparación a unos meses atrás, cuando estaba mucho más cerrada en mí misma. Cuento con su confianza para contar mi situación y escuchar sus orientaciones. Me dan ideas que yo pienso, con las que me quedo, y a las que echo cabeza durante días o el tiempo que

haga falta. Al final, aunque te dan consejos y te ayudan a ver las diferentes opciones o caminos, quien toma las decisiones soy yo. Y eso es lo importante y lo que más valoro: que respeten mis tiempos.

He tenido la suerte de que las diferentes profesionales de la intervención social que he encontrado en mi camino en España han tenido muy buen trato conmigo (o no me he encontrado ninguna de mal humor). Me han transmitido un amor hacia las personas, que ha supuesto algo distinto en mi vida, porque en mi país no he tenido esta experiencia. Tampoco puedo decir lo mismo de las amistades que he encontrado de Colombia, paisanos en los que he confiado, pero que se han aprovechado de mí todo lo que han podido.

Con las profesionales que he conocido, me he sentido muy bien acogida siempre, aunque no me pudieran dar la ayuda económica o la cobertura de necesidades básicas que yo necesitaba. Y esto lo digo con perspectiva, sabiendo que, en muchas ocasiones, aunque hubiera alguien que me estaba escuchando y comprendiendo, eso no era lo que yo necesitaba en ese momento. A veces me he encontrado sola ante problemas o situaciones que no he sabido abordar o manejar. En algunas ocasiones, he tenido que ir de un lugar a otro, de una trabajadora social a otra, de una educadora a otra, para comprobar que cada una te aporta una cosa diferente. Es como ir construyendo un castillo con diferentes naipes o con diferentes piezas que, hasta que no llegas a localizar una en concreto, no puedes avanzar o llegar a un resultado positivo. Es verdad que, en ocasiones, para solucionar cualquier tema tienes que ir a ver, conocer, hablar y explicar tu historia a muchas personas y profesionales diferentes, en momentos diferentes, y eso es muy cansado y duro. No estás en ese momento para ser tú y abrirte de nuevo a personas que no conoces y que no sabes cuándo vas a volver a ver. Eso dificulta la creación de vínculos y el camino para encontrar una respuesta. Se hace muy largo.

Por ahora no me planteo volver a Colombia. Lo que me ayuda a tirar adelante son mis hijos y las ganas de vivir. Estoy en el buen camino. Ahora estoy rodeada de profesionales que me han ayudado a ver la vida de otra manera, a no hundirme ante las adversidades.

Sobre todo, gracias a las profesionales de la asociación que me han ido acompañando en cada momento y a las personas con las que he ido conectando: otras mujeres también que he conocido en la asociación o ahora en la entidad social donde trabajo.

En un futuro me gustaría volver a ser la mujer que salió de Colombia seis años atrás, alegre y confiada. Me veo en un momento en que puedo comenzar a sanar cosas, me siento más segura para trabajar por mis metas cada día e ir creciendo más, conectada con mis deseos: volver a trabajar en una peluquería, tener mi casa y mis hijos conmigo. Aunque sé que no será fácil, que hay todavía un largo camino que recorrer.

# Reparando el pasado

Jordi Padilla Cárceles y Pere Soler Masó

## Resumen

Después de una infancia sin todo el afecto que un niño necesita, me convertí en un chico que crecía solo con ganas de odio y revancha. Estaba convencido de que el mundo estaba en mi contra. De alguna manera necesitaba encontrar la complicidad y admiración que tanto me faltaba en casa y caí seducido por las drogas. Con equilibrios y recursos sobreviví una temporada hasta que el consumo deterioró mi autoestima y, en lugar de proporcionarme una solución, me convirtió en una persona incapaz de ver y sentir el cariño de nadie.

El miedo a quedarme solo en el mundo es lo que me ha dado la energía para encontrar una salida y aprender a amarme y amar, a valorar las cosas que tengo y llenar los vacíos que durante tantos años satisfacía con las sustancias.

## Los primeros años hasta dejar la infancia inocente

Se podría decir que soy una persona como tantas otras, fruto de la época de la transición. Una etapa en la que se hablaba de una libertad para las personas, que no era del todo real. Más bien lo contrario. Un ejemplo es mi nacimiento, fruto de la imposición de mi abuelo sobre mi madre, obligándola a un matrimonio que estuvo basado en los malos tratos y las humillaciones constantes hasta el mismo momento de mi nacimiento, cuando mi papá quiso deshacerse de mí, pero —como es evidente— sin éxito.

Este fue un tema tabú durante toda mi infancia, y, por tanto, nadie hablaba de ello. Hasta que llega un momento en que empiezo a hacerme preguntas: ¿Cómo es que tengo un apellido diferente de mi padre? Las respuestas recibidas nunca eran convincentes ni reales, hasta que un día mi abuela, llena de valor, decidió contarme la verdad. Entonces tendría unos diez años, pero recuerdo ese paseo cerca del río Güell, una tarde de primavera, como si fuera ayer. Enseguida pedí explicaciones a mis padres. Bien, de hecho, a mi madre, ya que en ese momento me enteré de que mi padre no era quien yo pensaba. Pero seguía sin recibir respuestas.

Con el paso de los años me he dado cuenta de que por aquel entonces murió mi infancia inocente para dar paso a un chico que crecía solo. Con ganas de odio y revancha permanente. Que se veía destinado a una autogestión emocional y que acabó de estar completamente solo a los catorce años, con la muerte de su abuela.

## **Adolescente y libre**

Mi rebeldía fue a más. La idea de que el mundo estaba en mi contra era el pensamiento más recurrente que dominaba mis emociones. Es en este momento cuando aparecieron los primeros consumos de sustancias, al principio, como mucha gente, a través del alcohol, de forma festiva y social. No tardó en formar parte de esta primera adicción el tabaco. En esa época el consumo de tabaco entre los adolescentes estaba aceptado por el resto de la sociedad. Y de repente, sin darme cuenta, empecé a introducirme en el cannabis. El consumo de porros me daba un cierto reconocimiento por parte de los compañeros de instituto. Para mí era una manera rápida de obtener la complicidad y la admiración de la que tanto carecía en casa. Conseguir la sustancia me era muy fácil. Solo tenía que ir a visitar a mi tío, gran consumidor de cannabis y distribuidor, reconocido en el mundo de la noche.

La necesidad de recursos económicos propios y la mal entendida libertad que me proporcionaba la relación que tenía con mis padres, me llevaron a dejar mis estudios el mismo día que cumplí los dieciséis

años. No fue difícil. De casa solo recibí la amenaza de que no me darían más dinero y que debería espabilarme solo si quería ganarme la vida. Dos días después entré a trabajar en mi primer trabajo, de camarero, en una cafetería cerca de la estación de tren.

Tenía dieciséis años, dinero en el bolsillo y no debía dar explicaciones a nadie. Más dinero y mayor libertad. El resultado fue el esperado: el consumo de nuevas sustancias. Haciendo un símil con el fútbol, se podría decir que en esa época ya «jugaba en Primera». Las drogas de diseño (es como se llamaban las pastillas) me sedujeron muy rápidamente. Eran fáciles de encontrar y mover de un lado a otro. Yo, en aquellos tiempos, me movía con gente de mayor edad que la mía. Es lo que tiene ser «libre». Haces lo que quieres.

Enseguida, con más frecuencia, la gente de mi edad (en aquella época los llamaba *amigos*) me pedían más pastillas y, sin conciencia alguna, me vi distribuyendo grandes cantidades de pastillas, que me suponían tener mi consumo más que cubierto y disponer de buenas cantidades de dinero. Siguiendo con el símil del fútbol, fue el momento de jugar en «las grandes competiciones europeas», y no tardó en aparecer la cocaína, que se convirtió en una compañera de viaje, manipuladora y absorbente durante un largo número de años.

## Joven y pasando por la vida de puntillas

Fueron pasando los años, ya tenía dieciocho, la cocaína iba siendo protagonista de mis noches de fiesta y una gran aliada a nivel social. Estaba rodeado de mucha gente, pero seguía solo. Venían tiempos de cambios importantes, me sentía cansado de la ciudad y necesitaba nuevos aires. Mi inconsciente me pedía alejarme de la ciudad. Y así lo hice. Yo creía que estaba cambiando de aires, pero realmente lo que estaba haciendo es lo que he hecho durante gran parte de la mi vida: ¡huir! La oportunidad era muy buena, un trabajo de camarero en un buen restaurante, un buen sueldo, con vivienda incluida, y en un pueblo donde no tenía ningún vínculo. Era ideal para empezar de cero. ¡Qué fuerte querer reiniciar tu vida a dieciocho años!

Desgraciadamente, los tentáculos de la coca son muy largos y, por más lejos que vayas, te encuentran rápidamente. A mí me encontraron al poco tiempo. Nuestra relación empezó a ir cada vez más lejos, y los consumos no eran ya exclusivos de los fines de semana. Evidentemente, era muy fácil justificar el abuso de la sustancia: «Yo controlo», «me va bien para trabajar»... Afirmaciones recurrentes en los numerosos momentos de bajón. Recuerdo cuando me metía en la cama, después de una noche de fiesta y consumo, buscando el momento para poder dormir. Eres incapaz de detener los pensamientos y le das vueltas a todo, mientras miras el techo de la habitación y luego te centras en el reloj, que señala que se va acercando a la hora de levantarse para ir a trabajar, y eres incapaz de dormir ni siquiera un rato.

Mientras aumentaban las cantidades de droga, también aumentaban las personas a mi alrededor. Pero recuerdo ese período de tiempo con una fuerte sensación de vacío, aunque, sin embargo, sin grandes preocupaciones. Visto con la perspectiva del paso de los años, era una persona sin un rumbo fijo, pasando por la vida bastante de puntillas.

Pasados unos dos años, conocí a la persona que hasta el día de hoy es mi pareja. Puede resultar difícil de creer, pero es así. La relación desde el principio cogió una velocidad de crucero, todo lo contrario de lo que ocurrió con el consumo de la cocaína, que pasó a espaciarse en el tiempo y, durante los años siguientes, pasé a hacer un uso de tipo social y festivo.

Dejé el trabajo del restaurante, también el piso que compartía con un compañero del trabajo, y me fui a trabajar a la empresa de la familia de mi pareja. Me instalé en la casa de su familia, por un tiempo, puesto que nuestra intención era casarnos e ir a vivir a un piso que compramos, pero tardamos un par de años. Por aquella época la sustancia tan solo hacía apariciones esporádicas, lo que mi pareja toleraba con cierta facilidad.

Al cabo de un tiempo, cambié de trabajo. Esto se convirtió en una práctica habitual en mi vida. El consumo seguía siendo lúdico y festivo, pero cada vez las cantidades iban aumentando. Con el paso

del tiempo he analizado mucho estos hechos, llegando a entender que todos estos movimientos eran fruto de mi vacío interior. Puede parecer inverosímil hablar de vacío interior ya que tenía de todo: una pareja con la que estábamos bien, acabábamos de estrenar una casa, había nacido mi hija y económicamente gozaba de una estabilidad muy buena. Con la familia de mi mujer la relación era bastante buena, salvo con el hermano de mi suegro, con quien llevaban la empresa de transporte. Con mis padres y mi hermano tenía una relación distante. Con encuentros en las fechas señaladas, sin ningún tipo de complicidad ni muestras de cariño.

## Todo tiene un precio

En 2010 nació mi hijo e hice otro cambio de trabajo. Mi suegro me pidió que volviera a trabajar con ellos. Aquí se produjo un punto de inflexión con mis consumos. La relación con el hermano y la mujer de mi suegro, quienes controlaban la parte económica de la empresa, se complicó. Los pagos se fueron retrasando cada vez más. Cada mes era el último en cobrar, pero cada vez había más trabajo. Estos hechos provocaban constantes desavenencias entre todos, especialmente con mi pareja, la cual era receptora de todas mis iras.

El uso de la sustancia varió, pasó a convertirse en un consumo diario, hasta llegar al punto de no poder poner en marcha el camión sin antes meterme una raya. La economía familiar empezó a resentirse, hasta acabar con todos los ahorros que hice desaparecer, poco a poco, de manera muy discreta. Disponía de una capacidad muy creativa y manipuladora para cubrir todos los movimientos. Una vez agotados los recursos personales y familiares, necesitaba sacar dinero de cualquier sitio.

Me sentía una vez más engañado, esta vez por la familia de mi mujer, a pesar de tener el apoyo de mi pareja. Mi autoestima se fue deteriorando cada vez más. Volvía a aflorar la sensación de vacío. Sentía que no servía para nada y que todo el mundo quería hacerme daño. Era incapaz de ver y sentir el cariño de nadie.

Cada vez necesitaba más cantidad de cocaína y, por tanto, también más capital, lo que para mí no era difícil de conseguir. En el trabajo barajaba mucho dinero, ya que cobraba muchas facturas todos los días. Al principio fue fácil. A la hora de ajustar cuentas siempre me guardaba alguna factura, que decía que no había cobrado. No pasó mucho tiempo hasta que ya no podía esconder más facturas, y un día se destapó todo. Recuerdo ese día con mucha amargura, sentado frente a mi pareja, muerto de vergüenza y de miedo. El miedo no era tanto por el problema de la adicción. Más bien era por la posibilidad de quedarme solo. Que me echaran de casa y perder el contacto con mis hijos. No tenía ningún sitio al que ir. Volver a casa de mis padres no era una opción. Estos pensamientos me destrozaban y acepté todos los límites que me impuso mi mujer, ¿estaba decidido a hacer todo lo necesario para curarme? ¡No! ¡Por no quedarme solo! Es a partir de ese momento cuando empezó mi relación con el Centro de Atención y Seguimiento a las Drogodependencias (CAS).

No tenía ni la menor idea de lo que era este servicio, pero era innegociable mi implicación. Recuerdo los días previos a la primera visita al CAS, con una mezcla muy rara de pensamientos. Desconocía totalmente el trabajo que se realiza en estos centros. Esperaba un trato de loco, seguido de un cúmulo de reproches. Por suerte encontré todo lo contrario. Tuve la gran fortuna de encontrar al otro lado de la mesa a una persona maravillosa e implicada, que, con el paso de los años, se ha convertido en una persona muy importante en mi nueva vida. La primera visita, haciendo algo de memoria, recuerdo que fue con una terapeuta, una chica muy joven, que solo hacía preguntas y escuchaba. Pensé: «No está tan mal esto, no me ha metido ninguna bronca, y parece que mi historia no es tan extraña». Yo creía que era un caso especial, que no podía haber más gente tan desastrosa como yo.

## Hacia la abstinencia de puño cerrado

No recuerdo si lloré. Ahora seguro que lo haría. Hablamos de diferentes opciones de tratamiento: que si tratamiento ambulatorio, que si comunidad terapéutica... Todo me sonaba bastante raro, pero debo reconocer que me lo explicó muy bien. La comunidad terapéutica, tanto mi pareja como yo la descartamos rápidamente. El motivo sobre qué dirán pesó más que otro, y nos decantamos por el seguimiento ambulatorio. En fin, salí de allí con un montón de visitas programadas. Primero con el psiquiatra. Me hizo gracia que me hicieran ir al psiquiatra. «¡Si yo no estoy loco!», pensé. «Simplemente soy un vicioso, al que han pillado». Me dijeron que era por el tema de la medicación. Después, otra visita con la terapeuta, y dos días más para realizar analíticas.

Los días siguientes cogí la baja laboral, lo que requería explicar mi situación al médico del pueblo. Otro momento difícil de afrontar: «¡Qué debe saber este médico de pueblo!, ¡lo dirá a todo el mundo!». Estos eran mis miedos, pero no había otra opción, necesitaba la baja.

El tratamiento en el CAS supuso alcanzar una abstinencia de cerca de tres años, con la ayuda de las terapias individuales y grupales. Pero realmente no había realizado el tratamiento. Simplemente me dejé llevar por la situación y me encerré en casa durante un año. Tan solo salía para ir a los controles y terapias del CAS. Alcancé una abstinencia de larga duración, pero era lo que ahora conozco como la abstinencia de «puño cerrado», o el «descanso del guerrero». Y eso solo lleva a un final: la recaída. Fue al cabo de un tiempo, cuando sentí la necesidad y las ganas de dejar todo este mundo, y me metí de forma seria a buscar una solución. Es en ese momento cuando la terapeuta del CAS me habló de nuevo de las comunidades terapéuticas y, empujado por ella, pero sobre todo por encontrar una salida, decidí que era la mejor opción para mí.

## **La estancia en la comunidad terapéutica**

De nuevo aparecieron el desconocimiento, los prejuicios y, sobre todo, el miedo. Pero en mí sabía que era mi última oportunidad. Debía desaparecer de mi entorno o sería mi fin. Los consumos solo tenían un objetivo: sacarme de en medio, ya que me estaba destrozando. Sin embargo, lo que realmente me dolía y no me dejaba vivir era el dolor que estaba provocando a mi familia.

Acepté, pues, el ingreso. No fue inmediato. Pasé unos largos días esperando la fecha definitiva para el ingreso. Durante este tiempo, la terapeuta del CAS me ayudó a rebajar los prejuicios que tenía hacia la comunidad terapéutica. Hasta que ella me explicó en qué consistía y tuve la reunión con la psicóloga y la trabajadora social del centro, mi visión era totalmente errónea. Creía que iba a una especie de cárcel, con compañeros muy distintos a mí. La verdad es que en todo momento me sentí bien informado, aunque no podía quitarme los prejuicios de la cabeza. En esos momentos transmitía a mi entorno mucha ilusión y ganas, pero por dentro estaba muerto de miedo.

## **Los primeros días en la comunidad**

Llegó el día del ingreso, 19 de julio de 2021, las despedidas con mis hijos fueron terribles, muy duras. Intenté aparentar normalidad, pero no creo que lo consiguiera. El trayecto de casa hasta la comunidad es relativamente corto, pero lo recuerdo muy largo. Mi pareja es quien me acompañó. Durante el primer tramo, el silencio predominaba en la escena. Subimos la cuesta a la montaña y empezamos a hablar un poco. Yo intenté quitar hierro al momento, aunque por dentro estaba muy atemorizado. Algo sí puedo asegurar: por primera vez en mi vida estaba seguro de que actuaba correctamente. Paramos el coche antes de entrar en las instalaciones, hablamos y nos abrazamos. En ese instante sentí la obligación de no volver a fallarles, que era la última oportunidad que tenía para poder disfrutar de una vida en familia.

Ya estamos dentro. No hay vuelta atrás. Nos encontramos en época de COVID-19 y esto determina más distancia entre las personas y mayor dificultad en la comunicación. Los contagios y la distancia social influenciaron mucho la estancia en ese centro. Nos recibe la directora del centro, entramos en una sala grande, llena de libros. La llamábamos el aula. Lo primero, me hacen una analítica, que sale negativa. Esta era una condición que me dijeron que era imprescindible para entrar. Con el paso de los días comprobé que esta norma solo era para unos pocos. Por ahora, todavía no entiendo el criterio que seguían, ya que la mayoría de los ingresos posteriores al mío daban positivo en la analítica. Acto seguido, la directora leyó un montón de normas, firmé todo el papeleo y llegó el momento en que mi pareja debía marcharse. Fue una despedida rápida, pero muy intensa.

Las primeras horas en la casa fueron muy raras. Primero se quedaron todo mi equipaje. Solo me dieron una pequeña bolsa donde llevaba un par de mudas y un juego de sábanas. Luego me acompañan a la que será mi habitación en los primeros días. Me ducho y bajo al comedor, donde me siento en una mesa al fondo de todo, completamente solo. Como un poco, mientras noto que todas las miradas se centran en mí. Tengo que esperar a que una educadora social venga a buscarme para ir afuera y fumarme un cigarrillo. Tengo que circular por todas partes con mascarilla y no puedo salir de una pequeña zona delimitada. Algún compañero se acerca a saludar, pero siempre manteniendo la distancia. Vuelvo a la habitación donde pasaré la mayor parte de las horas. Gracias a esto me acabaré enamorando de la lectura.

¡Los días se hicieron muy largos! Al quinto día llegó un nuevo compañero, con el que nos entendimos enseguida. Teníamos muchas cosas en común. Durante estos primeros días, sentía la necesidad de participar en las actividades que se hacían en el centro, pero solo me dejaban escuchar desde el fondo de la sala, bien apartado del grupo.

Después de la séptima noche, por fin llega el momento de salir del aislamiento. El día comienza con el cambio de habitación. Aunque ya había hablado con algunos compañeros, ahora es diferente

porque puedo hablar sin una mascarilla de por medio. Es mucho más cómodo y facilita la comunicación.

Por fin tengo la primera terapia con la psicóloga. La recuerdo como un momento muy intenso. Fueron saliendo muchas cosas y la hora y pico que compartimos se hizo muy corta. Ahora ya puedo participar de todas las actividades plenamente y pasar una hora y media en la carpintería.

## **Atención y tensión en la comunidad**

Mis primeros meses en la casa fueron muy productivos. Pude hacer un trabajo del que hoy todavía percibo sus resultados. Trabajé mucho. Durante este período solo me encontré con un obstáculo importante. Tras varias sesiones con la psicóloga, ella cambió de trabajo y se marchó del centro. Aunque la dirección lo solucionó relativamente rápido, estuve varias semanas sin terapia individual. Me sentí algo mal atendido.

Cuando llevaba cuatro meses, llegó la primera salida larga a casa. Se trataba de pasar dos noches en casa y entonces volver al centro. Recuerdo esos días con una gran emoción. Lo cierto es que fueron muy agradables y me sentí muy afortunado de contar con todo el calor de mi familia. Es indudable que me sentía muy a gusto en mi casa, pero mi cabeza estaba en la comunidad. Solo tenía ganas de volver para terminar la rehabilitación y disfrutar de una nueva vida en casa con los míos. La despedida, a la hora de volver, no fue ningún drama. Todos entendimos que los resultados hasta el momento eran bastante buenos, pero queríamos más.

El ritmo de trabajo terapéutico en la comunidad fue bajando considerablemente. Se produjeron bajas importantes en el equipo educativo, las educadoras sociales más experimentadas fueron dejando sus contratos y las personas que entraban tenían un perfil muy joven y con poca experiencia. Durante las mañanas se repetían las dinámicas ya hechas con anterioridad y por las tardes se empezaron a realizar talleres muy extraños. Era complicado tener que convertirse

en un astronauta que se perdía en la luna y se le averiaba la nave, disponiendo solamente de una lata de conservas para sobrevivir y regresar... Historias que hoy todavía no he entendido.

Las tardes se convirtieron en momentos de improvisación. Se notaba mucho que no había organización. Un día, junto a un compañero, hablamos con la directora del centro y le preguntamos por qué las tardes eran así. La respuesta fue clara: «Ya lo sé, tranquilos, esto cambiará». Y sí, tenía razón. Cambió, ¡pero a peor! Los relevos del equipo aumentaron y todos los educadores y educadoras sociales que entraban pasaban al turno de tardes. Quizás por eso era cuando sucedían la mayoría de los conflictos. A menudo, los más veteranos de la casa teníamos que intervenir para detenerlos. Me refiero a peleas, fugas o, simplemente, atender a algún compañero que necesitaba un poco de atención. En estos casos éramos los que llevábamos más tiempo en la casa los que hablábamos con ellos. Esta situación, personalmente, la iba llevando bien hasta el fatídico día en que entró un brote de COVID-19 en la comunidad.

## **Virus**

Con la llegada del virus todo quedó paralizado. Todos pasamos a estar encerrados en las habitaciones, donde teníamos que hacerlo todo: fumar, comer, etc. A quienes daban positivo, los trasladaban a la parte inferior de la casa, donde ocupaban unas habitaciones que en teoría eran individuales, aunque ubicaban a cuatro o cinco. Por la tarde de ese primer día con covid se marchó todo el equipo educativo. Dejaron a una educadora social sola, que había empezado ese mismo día en el centro. Evidentemente la chica se colapsó y fuimos un grupo de usuarios los que salimos de la habitación para echar una mano y hacer que la gente pudiera cenar.

Los tres días siguientes se convirtieron en un ir y venir de controles. Los usuarios que tuvimos la suerte de no estar infectados no podíamos hacer nada. Simplemente pasar las horas en una habitación, fumando y hablando entre nosotros. Yo tuve suerte, ya que mi celda/habitación

tenía un pequeño balcón. La segunda tarde hablé con mi pareja con un teléfono que tenía un compañero escondido. Había gente que tenía de todo escondido, ¡imaginaos cómo estaba la casa de controlada! Le conté la situación y llamó al centro sin delatarme. Le dijeron que estaban valorando cómo afrontar el caso. Yo no estaba dispuesto a pasar ni un día más encerrado, así que empecé a hacer presión desde dentro. Dio resultado y al final los que no teníamos covid pudimos marcharnos a casa hasta que el centro estuviera libre del virus.

Nos fuimos con el compromiso de estar localizables y que nos llamarían cada día. ¡En los dieciocho días que estuve en casa me llamaron dos veces!, y fue para preguntar qué trabajo estaba haciendo. Les dije que estaba leyendo un libro y esa fue toda la conversación. Yo ya dudaba de la forma de trabajar que tenían, pero a partir de ese momento mi pareja también empezó a hacerlo.

La vuelta después de dieciocho días en casa fue mucho más dura que en las demás ocasiones. Había varios factores que influían: las dudas con el centro, tanto por mi parte como por parte de mi familia; la proximidad de las fechas de Navidad; también el hecho de llegar a la comunidad y encontrar un montón de conflictos entre compañeros, con muchas bajas que ya no volvieron de su estancia en casa. Me produjo la sensación de estar en otra parte. No había apenas normas. El hecho de estar pocos en la casa provocaba de rebote tener que hacer un montón de servicios de cocina y, por tanto, me perdía las sesiones grupales de terapia. En ese momento sentía que solo realizaba trabajos forzados. Ya no me sentía nada cómodo.

Llegaron las fechas festivas de Navidad y, con ellas, otro positivo de covid. Volvían los aislamientos y la crispación. Tenía pocas ganas de quedarme allí y, viendo lo que venía por delante, menos aún. Llegó un día en que no pude más. Recuerdo estar en la cocina con ganas de irme a casa. Estaba hablando con mi compañero cuando, de repente, entró en la cocina el psicólogo. No era el mío, y con seis meses habíamos hablado tres ratos mal contados. Nos reprochó con un tono muy autoritario y grotesco que estuviéramos hablando. La actitud de aquel «profesional» colmó el vaso y, automáticamente,

anuncié mi intención de abandonar el centro. Vino conmigo una educadora social que con solo cinco minutos de conversación tuvo suficiente para ver que lo tenía muy claro. Sentí su apoyo en todo momento y fuimos a llamar a casa para que vinieran a buscarme. Mi pareja, en el primer momento, no entendía por qué quería marcharme, pero la conversación con la terapeuta bastó para coger el coche y venirme a buscar. Mientras tanto, recogí todas mis cosas. Los educadores y educadoras sociales que me acompañaban no insistieron en ningún momento en que me quedase, al contrario de algunos compañeros, que si lo intentaron sin éxito.

Llegó mi pareja, que iba acompañada por su padre. En su rostro había preocupación. No entendía cómo era posible que todo hubiera cambiado tanto. Entramos en la misma sala del primer día y allí tuvimos una breve conversación con la educadora social. Tranquilizó mucho a mi pareja. Yo tenía muy claro que aquello no era un punto final en el tratamiento, sino un cambio de recurso, necesario para disipar mi miedo a dar un paso atrás si me quedaba en la comunidad.

## **Aprender a vivir con libertad**

La llegada a casa no fue del todo fácil. Tenía una parte de la familia que dudaba de que fuera una buena idea mi salida de la comunidad, y, otra parte, especialmente mi hijo, muy contento por mi regreso. El primer día laborable me levanté pronto y enfilé camino hacia el centro de la ciudad. Necesitaba vincularme rápidamente al centro de día, a pesar de mis dudas, porque el centro era gestionado por la misma empresa que la comunidad. Rápidamente estas dudas se desvanecieron al hablar con la directora y psicóloga del centro.

La vinculación fue bastante rápida. Solo pasaron dos días, cuando la trabajadora social del CAS me dio hora para poder realizar la derivación. Yo me sentía motivado con el objetivo de seguir el tratamiento. El trato era totalmente distinto al vivido durante el último tiempo en la comunidad terapéutica. En las sesiones individuales sentí que avanzaba hacia el objetivo. Ahora trabajaba

solo para combatir mi enfermedad y no tenía la sensación de perder el tiempo. El hecho de estar permanentemente en contacto con la vida diaria me permitía valorar los resultados y llevarlos a la práctica.

Con el paso del tiempo, las relaciones familiares dieron un vuelco importante, tanto en el núcleo más íntimo como con el resto de la familia. Es cierto que, cuando haces las cosas bien, todo es más fácil. He aprendido a amarme y amar, a valorar las cosas que tengo y a llenar los vacíos que durante tantos años llenaba con las sustancias.

El paso por el centro de día ha sido de un año. En enero de 2023 recibí el alta terapéutica y finalicé el proceso con la certeza de haber realizado un muy buen trabajo, encaminado hacia un futuro ilusionador, con un nuevo proyecto laboral.

Del centro de día solo puedo decir cosas buenas y recomendarlo a toda persona que salga de una comunidad terapéutica. Aunque de aquel haya recibido el alta, creo que la adaptación a la vida cotidiana por parte de las personas que sufrimos un trastorno adictivo es importante y hay que estar acompañados de buenos profesionales. A pesar de tener el alta terapéutica del centro, mantengo las visitas con el CAS y participo del grupo terapéutico cada quince días, lo que me permite seguir en contacto con mi propio proceso.

Puedo resumir mi trabajo realizado con todos los tratamientos como un gran aprendizaje de la vida. Por primera vez, después de cuarenta y cuatro años, he aprendido a vivir en libertad y poder elegir las cosas que quiero hacer.

Desde aquí quiero agradecer a todas las personas que, con su trabajo, contribuyen a hacen mejor las vidas de los demás.

# No hay solo una verdad

Mamadou Yaya Bah y Carme Montserrat

## Me presento

Me llamo Mamadou, soy de Guinea Conakry y tengo veintidós años. Hace cinco que vivo aquí, en Barcelona, donde llegué en 2018. Salí del país debido a la situación política. Había terminado el bachillerato en el instituto Michelle Obama de Conakry y aquí, en Barcelona, realicé un curso de Comunicación de sistemas informáticos. Hace cuatro años que trabajo en Starbucks y actualmente tengo el cargo de supervisor a jornada completa. Comparto piso alquilado con otros jóvenes africanos. Llegué cuando aún era menor de edad, pero me complicaron mucho la vida porque la policía me llevó a un servicio donde me miraron los huesos y los dientes y determinaron que era mayor de edad. Por lo tanto, nunca fui acogido en ningún centro de protección a la infancia y me orientaron a pedir asilo como mayor de edad.

## **Mi experiencia con los servicios y profesionales**

Desde que llegué aquí he tenido contacto básicamente con los centros de salud (CAP y hospitales), los servicios sociales, los servicios de atención al refugiado y una asociación de personas mentoras,<sup>1</sup> aparte de la policía. Voy a explicar qué información y ayudas me ofrecieron, así como los principales temas de reflexión a partir de mi experiencia con ellos.

### **Cómo se presentaron los servicios y la información y ayudas que me ofrecieron**

Con los servicios médicos siempre he tenido la información de quiénes eran y qué es lo que iban a hacer conmigo. La primera vez que estuve ingresado en el hospital, yo no hablaba español. Entonces había una doctora que hablaba francés, que venía a explicármelo todo, y aún hoy en día cuando voy a visitarme al hospital, me acerco a ella y la saludo, de manera que he mantenido el contacto con ella, aunque no es mi especialista. Me acuerdo de que el equipo médico me hablaba en español, pero yo no los entendía. Entonces esta doctora me explicaba todos los detalles. Ahora, con los años, sí que entiendo todo lo que me explican en español, tanto en el hospital como en el CAP, todo lo que pregunto me lo explican, me dan toda la información y me siguen tratando.

En cambio, los servicios sociales pienso que no me explicaron para qué están o lo que iban a hacer y, eso sí, solo llegar ya me hicieron muchas preguntas. Quizá se pensaban que yo lo sabía todo sobre

1 Se trata de la asociación Punt de Referència <https://pundreferencia.org/>, que acompaña a jóvenes extutelados y otros jóvenes en situaciones de dificultad social hacia la emancipación. Tiene varios programas de acompañamiento a través de la mentoría social.

su servicio, pero yo no sabía ni por qué están ni quienes son las personas que necesitan su ayuda. A mí, cuando llegó el covid y no podíamos ir a trabajar en la cafetería, me dijeron «ve a los servicios sociales». Pues mira, yo llegué ahí, les dije que tenía un contrato de media jornada y que con el covid no ganaba dinero, el ERTE no llegaba y tenía miedo de no poder pagar el alquiler de la habitación y encontrarme en la calle. Al final me ayudaron unos pocos meses con el alquiler y me dieron una tarjeta para comprar alimentos con el compromiso de guardar todos los tiques; pero costó mucho conseguir esta ayuda y fue por muy poco tiempo. Costó mucho que confiaran en mí.

Me lo pusieron difícil, me pedían cosas complicadas. Me dijeron que tenía que seguir unos cursos que para mí fueron una pérdida de tiempo: uno era para aprender a buscar trabajo (yo hacía años que trabajaba, pero no podía hacerlo durante el covid) y otro de limpieza, donde yo era el único joven y no me interesaba la tarea. Entendí que tenía que hacer estos cursos a cambio de que me ayudaran con la comida y el alquiler, vi que era obligatorio. Mientras estuve yendo a servicios sociales nunca supe de antemano en qué cosas me podían ayudar, cuáles eran las posibilidades, qué opciones había; me decían: «este mes te vamos a ayudar» y llegó un punto en que era muy difícil para mí porque no sabía si al mes siguiente iba a estar en la calle.

Cuando ya volví al trabajo después del confinamiento, llegó otro momento muy, muy difícil: fue cuando rechazaron mi petición de asilo y en aquel momento no sabía si podría mantener mi trabajo y la habitación, no sabía qué pasaría conmigo. Pero ya no fui a servicios sociales porque había tenido la sensación de que no puedes hacer una previsión de cuánto ni cuándo te pueden ayudar y así se hace difícil contar con un servicio. En aquel momento, por un lado, tengo que reconocer que me ayudaron mucho desde el trabajo y, por el otro, desde la asociación de mentores, tanto la profesional de referencia de la asociación como la persona mentora. Me ayudaron mucho con los papeles y me dieron apoyo emocional, ya que para mí fueron momentos muy, muy complicados, tuve muy malos momentos. Me tranquilizaba mucho que la mentora me dijera:

«no te preocupes, que no vas a ir a la calle». Necesitas a alguien en quien confiar.

Por lo que se refiere al servicio de ayuda al refugiado, tampoco entendí bien al principio quienes eran y en qué me podrían ayudar. Yo, cuando llegué, menor de edad aún (aunque determinaron erróneamente que era mayor de edad), no sabía ni qué significaba *asilo*. Normalmente me decían «vamos aquí, vamos allá, hacemos esto», etc. Pero no sabía si estábamos buscando un hogar donde dormir o estudiar, y pensaba: «quizá mañana lo voy a ver». Lo único que entendía era que me decían: «si llegas tarde tres veces, estás fuera». Y esto me hacía sentir inseguro, con miedo. En cambio, me hubiese gustado que me preguntaran: «¿cómo te encuentras?». Solo te van diciendo lo que tienes que hacer. Yo creo que se podría ser un poquito menos rígido. Es decir, una persona que ha llegado aquí, pero que nadie sabe lo que ha pasado hasta que ha llegado aquí, que se siente muy sola y que tiene mucho miedo de que la echen a la calle, en un país en el que no conoce a nadie, es un trauma.

Por otro lado, tengo que reconocer muy en positivo que fue este mismo servicio de atención al refugiado el que me orientó a ir a la asociación de personas mentoras, y que, visto desde ahora, lo valoro muy positivamente. En esta asociación me explicaron bien a qué se dedicaban, es decir, buscaban mentores a chicos y chicas que voluntariamente lo pedían. Me dieron toda la información que necesitaba y me quedé con ellos precisamente porque lo podía hacer voluntariamente; no tenía que hacer nada a cambio, ningún curso ni nada de eso, era opcional, podía hablar con las profesionales de la asociación, me escuchaban y no me sentía obligado, no sé si es también el caso de otros jóvenes. Me quedé y me presentaron a una persona mentora, quien hace ya tres años que me acompaña.

A partir de aquí tengo algunas reflexiones generales de mi experiencia con los servicios.

## **La base para establecer confianza: que sea la misma persona**

Un primer tema de reflexión es la necesidad de poder confiar en alguien. Creo que, en general, desde los hospitales me han tratado bien, me han ayudado, me han escuchado. Pero creo que he tenido esta buena relación porque me han seguido tratando las mismas personas, con las que he tenido confianza. Eso está muy bien, que cada día que vas, veas al mismo profesional. Para mí ha sido muy importante porque, sobre todo al principio, tampoco conocía a mucha gente y me confiaba a esas personas, y cada vez que las veía me generaban más confianza. Esto también ocurrió con la asociación de mentores, tanto en lo que respecta a las profesionales que llevaron mi caso como con la persona que ha sido mi mentora, que fueron siempre las mismas y pude confiar en ellas. Pero no fue el caso de los servicios sociales de mi barrio: cada vez una persona distinta, cada vez teniendo que explicar todo.

## **La obligación de contestar todas las preguntas**

Un tema que me inquietaba mucho era la cantidad de preguntas —algunas muy personales— que me hacían personas a quienes no conocía. No confiaba en el servicio, pero me sentía obligado a contestarles todas las preguntas que me hacían. Esto era una imposición que sentía yo. Me preguntaban, para saber más o menos cosas, y yo me sentía como si fuese un sospechoso en un interrogatorio. Pero como era yo el que necesitaba la ayuda, no tenía la opción de decir no, ¿sabes? Porque sentía que «si digo que no, pues no me van a ayudar». Yo no los conocía, no confiaba en ellos y no quería explicar toda mi historia. Pero al final tenía que contarla para obtener, a cambio, la ayuda que me iban a dar. Además, hablaba, pero no me sentía lo suficientemente escuchado. Tenía miedo de decir «no, no puedo contestar a esto», porque yo esperaba una ayuda de ellos. Entonces, yo creo que, también, siempre que se hacen estas preguntas, se puede pedir a la persona «oye, si ves

que no estás cómodo o cómoda para contestarme, dímelo, y un día, cuando estarás dispuesto a decirlo, ya me lo vas a comentar». Pero no, eran preguntas que esperaban respuesta.

## **No puedes decidir, tienes que aceptar lo que te ofrecen**

En general, he tenido la sensación de que te daban opciones, pero que en realidad no lo eran, porque parecía que era obligatorio aceptarlas. Por ejemplo, cuando llegué, en la atención a los refugiados, sentí que no me escuchaban mucho porque yo, por ejemplo, quise estudiar castellano por la mañana y catalán por la tarde y ellos solo me dieron la opción de estudiar castellano porque me decían que iba a mezclar los dos idiomas. Para ellos era como si yo no fuera capaz de aprender dos idiomas a la vez, y yo sí que me veía capaz. Estaba dispuesto a hacerlo porque notaba que tenía el tiempo suficiente para hacerlo. Pero no me ofrecieron ni la oportunidad de intentarlo, y me orientaron a seguir solo con el castellano. Yo creo que eso es un gran error. Si yo deseo estudiar dos idiomas, «dame la oportunidad, ¡aunque sea para probar!». Luego ellos te pueden decir: «Ves, no puedes, sigue con un idioma y después con otro». Y hoy en día ya no tengo este tiempo.

Otro ejemplo de que toman las decisiones por los demás, es mi situación laboral. Por ejemplo, yo estoy muy contento de trabajar en la cafetería, pero también sé que tomaron la decisión por mí de seguir aquel curso de formación, que ni siquiera sabía que era entonces: «Este, tienes que hacer este». Yo creo que es algo que no se tiene que hacer así, tomar la decisión por uno, deben preguntar primero a la persona.

## **¿Por qué te orientan a trabajar y no a estudiar?**

Siguiendo con el tema laboral, creo que primero se debería orientar a que se sigan unos estudios si este es el deseo de la persona, en vez de dirigirlo directamente a la búsqueda de un trabajo como única salida. Los jóvenes que piden y quieren estudiar sería más fácil poder ayudarlos en esto, ya que es mejor tener estudios. Por ejemplo, si te buscan un trabajo de lavaplatos, a tiempo completo con un salario de 1000 €, para ellos ya es un éxito y se acabó su orientación. Te dicen: «Con nosotros ya está, se acabó, tu sigue tu vida». Pero si tú sigues con el trabajo de lavaplatos, ya no puedes estudiar, te contentas con esto y acabas toda la vida con este tipo de trabajo. Entonces, esta persona que podría ser un genio, que podría tener carrera y poder ser alguien y ayudar a cambiar las cosas de la sociedad, se va a quedar como un lavaplatos. ¿Por qué tiene que ser así?

En mi caso, les dije que yo tenía el bachillerato terminado y que quería estudiar informática, y solo quería estudiar esto. Había un curso que era muy caro y tenían miedo de perder el dinero conmigo pensando que quizá yo no lo podría aprobar. Al final los convencí, me lo pagaron y lo aprobé y tengo el certificado. La pena fue que vino el covid y no pude realizar las prácticas.

Creo que, en general, se debe escuchar a la gente y hacer todo lo posible para conseguir que estudien lo que les interesa, y si al final no es posible conseguirlo, pues que se informe a la persona de los motivos y que se le diga que se seguirán buscando otras opciones, porque siempre hay opciones.

## **Lo que tienes que hacer a cambio para recibir una ayuda: el ejemplo de los cursos de inserción laboral**

Siguiendo con este tema, me llamaron para ir a hacer un curso, vendiéndolo como si fuera el mejor curso del mundo. Fui, y era un curso de limpieza. Tuve que aceptarlo y me quedé atrapado en este curso una semana. Todos tenían más de cincuenta años, yo era el

único de veinte años (¿por qué no había otros jóvenes?), y nunca en mi vida quise hacer un curso de limpieza. También me indicaron un curso para aprender a hacer un CV, pero era repetido porque ya lo hice al poco de llegar al país. Otro curso que tuve que seguir fue el de teleoperadores, que tampoco me fue útil.

Yo tenía la sensación de que los profesionales trabajaban con un cierto nivel de superioridad, de decir lo que tú tienes que hacer y no hace falta que tú tengas la información.

## **La importancia de tener una persona mentora**

Cuando ya no me pudieron ayudar más desde la atención al refugiado me orientaron a ir a la asociación de personas mentoras. Yo no tenía a nadie, ni amigos, ni familia. No conocía a mucha gente. Primero, no quería ir porque siempre tenía la sensación de que me pasaban de un servicio a otro, y a otro. Pero dije: «bueno, no tengo nada que perder, voy a ir para probar». Llegué y me preguntaron, pero con más respeto y más despacio, y, sobre todo, sentí que la profesional me escuchaba de verdad. Me ayudaron mucho y empecé a confiar en ellos. Me generó mucha confianza, escuchaban cuando necesitaba algo, podía hablar con ellos. Me sentí muy cómodo, si tenía problemas o cualquier pregunta, podía contar con ellos en todo (menos económicamente), me daban consejos y recomendaciones. Y, al final, me presentaron la persona mentora, así que les estoy muy agradecido y sigo manteniendo contacto con ellos.

## **Consejos a las personas que son o serán profesionales en estos servicios**

Creo que haría varias recomendaciones. Una es que la persona que es profesional te pueda dar el tiempo que necesitas para decidir la información que quieres compartir sin que te sientas obligado a contarlo todo. Que no veas que estás hablando con alguien que te muestra una buena sonrisa haciéndote ver como que todo va bien,

pero que solo lo hace para poder sacarte algo, o sea, eso se nota ¿sabes? Deben dejar que la persona se sienta a gusto y que fluya la relación para empezar a tener confianza en ti, y entonces pueden preguntarte, entonces puede tener un boli y un papel delante de ti. Cuando tú ya sabes quiénes son y qué harán contigo.

Otra recomendación es que cuenten con tu opinión, tus conocimientos y tus intereses. Para esto deben escucharte, y si no es posible lo que deseas, que te puedan dar explicaciones convincentes. Sería muy aconsejable que los futuros profesionales sepan escuchar, que escuchen mucho. Que se acerquen a las personas sin un sentimiento de superioridad, que logren ponerse a tu nivel, solo así podrán acercarse y escuchar más a la persona.

También les aconsejaría que visitaran el mundo, que visitasen África, y que no se crean toda la información y la imagen que se da por los medios de comunicación sobre algunos países. Es mejor buscar la profunda realidad de este país y de estas personas a las que llamamos «inmigrantes», que son como cualquier persona en este mundo, estén en la parte que estén del mundo, en el país que se encuentren en aquel momento.

También es importante que informen de manera clara de quienes son —las personas extranjeras a menudo no conocemos estos servicios— y en qué y a quien pueden ayudar, y por cuanto tiempo.

Otra cuestión fundamental es que, en la medida de lo posible, siempre sean los mismos profesionales los que te atiendan y se encarguen de tu caso. No hay manera de confiar en un servicio en el que cada día te atiende una persona distinta que nunca sabe nada de ti.

Con estos consejos podrán apoyar y ayudar a las personas que lo necesitan.

Un tema aparte es la policía y cómo este servicio tiene que mejorar. Tienen actitudes muy racistas que deberían controlar. Yo he tenido algunas experiencias en las que, o bien no me han ayudado o bien me he convertido en sospechoso solo por mi color de piel. Lo peor fue cuando llegué, que tuve una crisis y no podía respirar y en la policía no me querían dar asistencia médica; yo estaba llorando,

me dolía muchísimo todo el cuerpo, y al cabo de muchas horas llamaron a un médico. Cuando este llegó y me vio en el suelo, muy enfermo, se enfadó mucho con los policías y les gritó: «¿Por qué no lo han ayudado?»

En el título decimos que «no hay solo una verdad». Cada persona, desde su punto de vista, tiene su verdad, pero para conocerla tenemos que ponernos en el lugar del otro, solo así conoceremos su verdad. No es suficiente quedarse con una verdad sin ponerse en el lugar del otro, esto es ignorancia y esta, a menudo, está en la base del racismo. Se cree que los inmigrantes solo son la imagen que se tiene de su continente o país, y muchas veces nos limitamos a esa falsa imagen, por miedo a descubrir otras realidades que vayan en contra de nuestras ideas y creencias.

## **Consejos dirigidos a jóvenes migrantes**

¿Qué les diría a los jóvenes que vienen sin su familia desde África? Yo les diría que no tengan miedo a expresar su opinión a los profesionales, que no se sientan con la obligación de explicar algo sobre lo que no están preparados o dispuestos a explicar. Les diría esto claramente, que no tengan miedo de que se enfaden contigo y que nunca piensen que aquella persona es superior a ti: «¿Tú le debes algo?»

La segunda cuestión que les diría es que deben focalizarse más en los estudios. Ya sé que tenemos que trabajar porque tenemos familia, pero tenemos que darnos tiempo. Creo que el arma más potente es la oportunidad de poder estudiar y desarrollarse, y a veces nos ponen demasiadas piedras cuando llegamos, tenemos muchas barreras y dificultades. Pero tenemos que ser firmes y no renunciar al derecho a la educación y a nuestro desarrollo personal y futuro mejor, también para nuestras familias.

# La experiencia de usuarios de servicios a las personas sin hogar

Ildefonso Ramajo y Juan González-Martínez

## Resumen

Este capítulo resume la visión de un usuario de los servicios que atienden a las personas sin hogar. Ilde se convirtió en una persona sin hogar como consecuencia del alcoholismo; después de diferentes períodos viviendo en la calle, tanto en Barcelona como en Girona, fue acogido y atendido en La Sopa, el albergue municipal para personas sin hogar de Girona. A partir de esta experiencia, con luces y sombras, y después de dejar la bebida, Ilde reflexiona sobre qué implica vivir sin hogar, cómo se llega a ello, cómo se sale de ahí, y qué papel han tenido en toda su vivencia tanto los profesionales como los propios servicios.

Me llamo Ilde, y con estas líneas cuento un poco la historia de mi vida, y cómo me he ido relacionando con los servicios y profesionales socioeducativos del ámbito de la atención a las personas sin hogar. Es una vida particular, en efecto; y seguro que en algún sentido mucha gente puede pensar que nada tiene que ver con su vida, porque nadie cree que acabará viviendo en la calle. Pero tampoco es que esta historia sea tan extraordinaria, en realidad, porque todo lo que me ha pasado puede pasarle a cualquiera. Y, sobre todo, en ningún caso cuando cuento mi historia estoy dando un consejo de vida, ni mucho menos. En realidad, eso sí, lo cierto es que todos tenemos vidas intensas, a nuestro modo, quizás cada vez más; y en todas ellas puede haber situaciones que acaben llevándote hacia donde no habías pensado. Es decir, que nuestras vidas son complicadas; y, de alguna manera, cada uno lleva la propia vida

hacia donde la lleva, un poco hacia donde quiere, un poco hacia donde puede. Y, a partir de ahí, hay gente que es mucho de hacer el discurso heroico y dice que ha conseguido una cosa o ha salido de otra, como si todo fuera mérito personal; y mucha gente que es de hacer un discurso más aterrizado en la realidad, en la que piensa que esto le ha ocurrido, quizás sin saber ni cómo en el momento. Y sabe que ha aprendido. Mi caso es un poco todo esto que estoy diciendo. Acabé viviendo en la calle, y he logrado salir adelante; pero nada de discurso heroico, es todo mucho de andar por casa. De hecho, más bien me queda como regusto difícil de explicar, como cuando bebía y no era consciente de lo que me pasaba, o de cómo había llegado hasta ahí; y a estas alturas recuerdo un poco mi historia a medias o, hasta cierto punto, porque me han dicho que determinadas cosas me han pasado y lo creo. En resumen, que es complicado reconstruir la historia de estos períodos tan intensos, porque tengo muchas lagunas.

Para empezar, supongo que debería responder a la pregunta de quién soy y qué es lo que me ha hecho ser como soy ahora, qué es lo que me ha hecho llegar aquí. Si esto es así, la respuesta es relativamente sencilla, y por eso para empezar me acojo a esta última parte. Soy una persona normal y corriente que por las circunstancias que me han pasado me he encontrado viviendo en la calle y viviendo una vida que no me hubiera esperado; en mi caso, yo siempre digo que la vida es un círculo, y yo estoy en ese círculo. Una de esas circunstancias fue mi separación, que me trastocó un poco todo. ¿Qué ocurre? ¿Cómo ligamos una separación con acabar sin hogar? Pues, en parte, pasando por la bebida. Las adicciones son uno de los elementos que siempre acaba derribándolo todo. En cualquier caso, que conste que yo no bebía; al menos, no bebí hasta los veintinueve años; y si durante mi juventud tomaba algo era solo una copa, una cerveza; y más bien diría que ni me gustaba, de hecho. Y, aun así, caí en la bebida, pero poco a poco, no sé ni cómo. La separación influyó en que se acentuara más aún mi adicción al alcohol, porque acabé encontrando refugio para todo aquello que no salía como esperaba. La cuestión es que yo soy una persona muy activa. Confío en las personas. Y doy por sentado que lo que es verdad saldrá por sí

sola. Algo que no sé si es así exactamente; pero me he dado cuenta más tarde. Durante mi separación, pensaba que, si existen unas normas y unas leyes, estas son iguales para todos y yo confiaba en ello. Es una buena forma de vivir, ¿eh? No entiendo por qué no funciona el mundo así, porque es una buena manera de pensar. Pero a medida que mi separación iba avanzando judicialmente me encontraba con que la cosa no era exactamente así, y supongo que esto hacía que siguiera bebiendo más y más. La verdad es que después me he dado cuenta de que en realidad sí funciona así y la verdad acaba saliendo; pero debes utilizar las herramientas que te da el sistema para impulsarla un poco. Por sí sola, la verdad no toma necesariamente el mejor camino. Bien, total, que, entre una cosa y otra, pues la separación influyó mucho en mí, porque mis metas y mi ideología me fallaron y la bebida fue la manera que iba encontrando para refugiarme.

En principio, como decía, todo se desató con mis separaciones (hubo dos, porque nos separamos como en dos tiempos), yo tenía sobre los cuarenta. Y aunque mi mundo empezaba a romperse por la separación y por la bebida, durante un tiempo todavía parecía que todo funcionaba. Y parecía funcionar justamente porque soy una persona activa y me gusta estudiar y trabajar y hacer cosas. De hecho, por eso, aunque después de separarme bebía mucho, continuaba trabajando y ganaba bastante dinero y podía continuar una parte de la vida con cierta normalidad (al menos normalidad aparente). Yo siempre he sido instalador y, como era la época fuerte de la construcción, salía adelante económicamente. Entonces lo daba todo por la familia; pero no, de nada servía, porque había otros problemas de fondo. Bien, total, la cuestión es que empecé a beber demasiado, más aún, y supongo que todo se fue rompiendo. Y no sé si puedo dar más detalles, porque para mí, de toda esa época, gran parte son nubes. Todo son nubes completamente. Iba a trabajar y me aceptaban por trabajar igualmente porque daba un beneficio. Mientras resultaba ser un rendimiento, esto iba adelante; pero claro, todo esto se acentuaba. Y bueno, pues en aquella época, vivía entre los trabajos y los bares. Y poco a poco todo lo que hacía me iba empujando hacia la calle sin darme cuenta. Por ejemplo,

cuando yo todavía vivía en mi casa, ya separado, yo mismo acogí a una persona de la calle, lo subí a casa y traté de ayudarlo. Y eso habría tenido que llevarme a ver que quizás yo sería el siguiente, pero no. Y la realidad es que llegó un momento en que me deshice de la casa. Dejé de pagar y ya no tenía un piso o apartamento, un hogar. Seguía trabajando, eso sí. Y sin saber ni cómo terminé en la calle. La cuestión es que todo esto influyó: la bebida, la separación, las compañías, mis valores que se tambaleaban. Sabía lo que hacía hasta cierto punto, porque yo pedía ayuda de alguna manera, a mi entorno. En algunos momentos decía: «Eh, que estoy aquí». Pero, en realidad, nadie me ayudaba o, al menos, no me ayudaban como yo quería o como yo esperaba (lo que esperas es que, de repente, se resuelva todo; y eso no ocurre). Y a medida que todo se iba rompiendo, yo me iba sintiendo más solo. Y no creía en nadie, ni en la gente, ni en las instituciones. Digo esto porque en todo este proceso incluso me cayó una demanda con la que me dieron caña. Y salí perdiendo yo. Y al final también el trabajo se tambaleó: la empresa donde trabajaba cerró. No me despidieron, que es lo que hubiera parecido más probable visto desde la perspectiva del tiempo. Por el contrario, cerró toda la empresa sobre el 2000. Y aquí ya me perdí por completo.

Durante todo este tiempo estuve en Barcelona, y dormía en la calle, en Montjuïc, ahora aquí y después allá; y hacía cosas para ir tirando, como trabajos pequeños, chapuzas. Pero pronto me di cuenta de que en Barcelona podía caer mal y cuando me refiero a caer mal era que podía acabar en el cementerio, porque la vida de las personas sin hogar no es fácil ni segura. Y vine hacia Girona, pensando que aquí todo sería más fácil, más tranquilo. Es decir, que pasé de dormir en la calle en Barcelona a dormir en la calle en Girona. De todas maneras, dormir en la calle constantemente no lo he hecho nunca, ni en Barcelona ni aquí. O sea, siempre he ido intercalando períodos en la calle y fuera de ella, porque siempre me he buscado la vida. Dormía en la calle, por ejemplo, en Montjuïc, y al cabo de un mes me iba a una pensión y cogía una habitación por un tiempo. Todo el tiempo en la calle, de forma continuada, no. Y cuando se complicó la cosa en Barcelona, entonces me dije

que no era vida, y vine a Girona. Pero en Girona ocurría lo mismo, en realidad, porque el problema de fondo era el mismo. Y durante mucho tiempo yo no creía en los servicios sociales ni nada y no iba, ni aquí en Gerona ni en Barcelona. Cuando digo que no creía en los servicios sociales, se debe a que no me aportaban nada y porque tampoco consideraba que necesitara de la ayuda de los servicios sociales; entre otras cosas, porque pensaba que eran solo por dar caña, para decir sí o no, desde una visión muy distinta a la realidad. Esto es difícil de explicar cuando lo estás viviendo. Tú tienes problemas concretos y quieres soluciones concretas y, sobre todo, rápidas (quiero esto, dámelo); pero los servicios sociales no funcionan así, ni tienen los mecanismos para resolver determinadas cosas tan rápido, ni necesariamente están para atenderlas, porque, por lo general, lo que quieren es ir a la raíz de las cosas.

En parte por eso, por este no pedir ayuda, yo de aquí llegué a Girona y seguí durmiendo en la calle. Y aquí también me buscaba la vida para ir trampeando. Hacía trabajos en los bares y lugares así para que me dieran comida o dinero: como todavía sé montar instalaciones, igual les hacía pequeñas cosas que necesitaban y se ahorraban tener que buscar y pagar a un técnico. Y algunos me pagaban incluso. Y seguía durmiendo en la calle por períodos. Y en la calle, en realidad, he conocido a mucha gente. He tenido muchas experiencias. Entre las personas que duermen en la calle hay de todo, pero generalmente los que estamos en la calle tenemos un cierto compañerismo. Pero no es demasiado fuerte, no. No existe una unión. O sea, hay intereses y equilibrios. Yo voy contigo porque me interesa si debes protegerme o nos podemos ayudar mutuamente en algo concreto; pero, a la hora de la verdad, cada uno va a lo suyo. O sea, por distintas circunstancias, al final acabas desconfiando de todos. Y vas perdiendo todo vínculo con todo el mundo, porque entre las personas que vas encontrando por la calle puede haber un cierto vínculo, pero nunca amistad de verdad, confianza, etc.

En la calle me han pasado muchas cosas de todo tipo, no siempre negativas; pero la realidad es que llegué a un momento en que el mundo no me importaba nada. Pasaban los días sin que tuviera ningún aliciente para vivir. Yo, continuando mi vida, aquí también

bebía mucho. Y la cuestión es que después conocí el albergue de La Sopa a través de la policía, no porque lo buscara o algún educador me dirigiera a él. Con un incidente que tuve con la policía, al final, al soltarme, me recomendaron que acudiera al albergue, aunque yo desconfiaba mucho de estos servicios. Y se lo digo claramente, yo los servicios sociales sabía que podían ayudar relativamente, pero lo tenía muy visto como en las películas, que actuaban de oficio, ¿no? Por ejemplo, con este niño ocurre esto a esta familia, hacen esto. Pero no sabía que había otro tipo de servicios, como los educadores del albergue o los educadores de calle, que no trabajan tan directamente con situaciones críticas (emergencias, casi), sino con una visión más a medio plazo, para resolver los problemas de fondo. Y como consecuencia de esta visión mía, mi experiencia con los servicios sociales en Barcelona no había sido demasiado buena. No porque me trataran mal, sino porque vas pidiendo ayuda concreta en un momento concreto (pagar una factura pendiente, por ejemplo), y supongo que no funciona así. Con esa concepción de los servicios, la verdad es que yo no decía nada a nadie, en realidad; no pedía ayuda en el sentido amplio. Seguía bebiendo y sin pedir ayuda. En resumen, la cuestión es que la ayuda de los servicios sociales nunca la pedía ni la esperaba. Nunca, o sea, nunca llegué a pedir ayuda nadie. Hasta que llegué a La Sopa, que supongo que fue decisivo, visto desde la perspectiva de ahora. Pero la primera vez no aguanté ni una semana. Porque no me encontraba cómodo, no sentía que fuera mi lugar. ¿Qué pinto yo aquí?, me decía.

Nadie imagina que un albergue para personas sin hogar pueda ser un sitio deseado. Por mucho que la gente piense que es mejor un albergue que dormir en la calle, nadie se encuentra cómodo, de entrada, en un albergue. Podrías pensar que es mejor vivir en el albergue, con ciertas necesidades cubiertas, que en la calle. Pero ocurre que llega un momento en que pasas de todo; y cuando te quedas incluso sin subsidios y te quedas sin nada, ya ni siquiera valoras la acogida que te pueden dar en un albergue. O sea, yo me quedé sin nada. A ver, necesitaba para comer y beber, y tal, y me buscaba la vida; pero siempre lo acabas consiguiendo de una u otra manera. Como decía antes, iba a un bar, y les decía: «Escucha,

yo hago esto y eso y me das la comida o la cena»; y, en ocasiones, incluso me daban algo de dinero. Y después encontré incluso un trabajo; pero lo acabas perdiendo porque, viviendo en la calle, es así.

La cuestión es que encontré La Sopa y fui a dormir una semana, una semana solamente. Y no lo consideraba para mí por una razón, porque si el propio sistema me había fallado, aquel no era mi sitio. Es difícil de explicar, pero hay momentos en los que no quieres aceptar la ayuda que te dan porque cuando creías que la necesitabas no la recibiste. En el fondo esperas que te ayuden de otra forma. Y eso que yo creo que aquí en Girona La Sopa funciona bien, de una forma diferente a como yo pensaba (con dureza y poca empatía). Pero entonces yo iba a dormir allí solo cuando carecía de dinero para una habitación, es decir, un poco por desesperación, como último recurso. Cuando tenía dinero, no iba, evidentemente; y, a veces, no teniendo, tampoco, sino que acababa yendo bajo un puente del río Güell o a un cajero. O sea, todo iba cambiando, porque en el fondo vas un poco sin rumbo.

En mi caso, el principio del cambio no vino de la mano de los servicios sociales; de hecho, no sé ni por qué vino exactamente. Todo cambió cuando un día decidí que ya no bebía más. Y en parte lo decidí porque nadie me ayudaba como yo esperaba, justo porque bebía. Por el camino has perdido familia, amigos, conocidos, desconocidos, servicios sociales, instituciones. Y, como hablamos de los servicios, incido en lo de las instituciones, que tú crees que hubieran tenido que venir a ayudarte y que les habrías dicho: «tengo este problema», y ellos te habrían dicho: «te ofrezco esto». Pero no, nada de eso ocurrió. Iba a los sitios y tenía la sensación de que todo el mundo miraba hacia otro lado. Nadie me decía nada. Quizás el recuerdo que tengo no es demasiado ajustado a la realidad y, en realidad, yo no sabía pedir ayuda o no sabía dejarme ayudar. A veces tampoco entiendes que lo que te ofrecen es que necesitas. Por suerte, llegó la última copa. La última, la última. Absolutamente. De hecho, yo no dije la última, dije: «basta, se acabó», y desde entonces no he vuelto a beber ni una más. Y ahí empezó todo. No es que fuese un cambio radical para bien, porque todo fue un proceso.

El cuerpo al final va acumulando y, al poco de dejar de beber, tuve una especie de problema de corazón (de hecho, también esta parte la tengo un poco difuminada en la memoria). O sea, supongo que todo tiene repercusión. De hecho, no tuve un infarto, pero fue algo parecido. En toda aquella época me ingresaron cuatro o cinco veces, pero es al final, a poco que lo parezca, esto no es ahora importante, lo importante es que desde el momento en que dejé de beber me acompañaba otro tipo de pensamiento, una forma diferente de ver las cosas y de considerar la ayuda de las demás personas, y la cuestión es que, a partir de ese momento, fui de la mano de un asistente social. Y empezamos a charlar y a comunicarnos, cosa que es fundamental. Que te escuchen, que no te juzguen, pero que te digan las cosas claras a la vez. Empecé a activarme otra vez porque soy muy activo, pero de otra manera. Empecé a hacer cursos y a participar en las instituciones y servicios que me ayudaban a mí, y todo cambió. De hecho, lo necesitaba; necesitaba volver a hacer las cosas. Como soy yo quien hizo el primer gran cambio (dejar de beber), muchas veces digo que a mí no me ayudó ningún servicio social a salir del pozo. Hasta cierto punto, yo he conseguido todo lo que he conseguido porque lo he hecho yo; pero la realidad es que esto es así porque tenía detrás el apoyo de los servicios sociales y personas concretas que me acompañaban. O sea, si me ocurría algo, sabía que estaban detrás y eso me hacía sentir seguro. Empecé a confiar en el mismo sistema que me lo había quitado todo. Y, a partir de ahí, las experiencias las vi mejor. Empecé a tener más experiencia conociendo a gente y participando. Mucha gente. Y empecé a salir adelante.

En cuanto a mi relación con los servicios sociales, ahora soy usuario, pero no lo soy, en parte. A ver si nos entendemos. Participo en todo lo que me piden: charlas, grupos, vamos a institutos, venimos a la universidad. Es decir, que no soy un usuario que reciba ayuda. Sí que es cierto que la recibo; entre otras cosas, porque yo ahora estoy viviendo en un piso del Patronato. Y también soy un usuario porque acudo a los servicios sociales cuando necesito algo; en definitiva, soy usuario en el sentido de que, si necesito un papel o si necesito cualquier cosa, acudo a ellos para que me lo intenten arreglar si no

puedo yo. Generalmente lo hago yo, por no pedir ayuda, por no molestar; pero sé que puedo acudir a ellos si es necesario. Y, como decía antes, además participo con ellos en muchas cosas porque me he implicado para devolver un poco la ayuda que he recibido (que recibo, de hecho). Supongo que lo hago porque lo necesitaba. Ayudo a la gente. Y esto me hace sentir bien. Todo lo que puedo hacer es contar las experiencias que he tenido, lo que me ha pasado; y esto puede ayudar a las personas: para que sepan cómo es la vida, y también a los futuros profesionales para que sepan qué se encontrarán. Quizá pasado mañana, alguien de nosotros acabe en la calle. Y es importante saberlo, porque todo el mundo cree que son cosas que no le van a pasar y no es así. Todos podemos terminar en la calle y nadie lo piensa. Yo creo que hay como un círculo que, cuando se cierra, acabas en la calle sin apenas darte cuenta; y para mí hay tres cosas fundamentales: el trabajo, la familia y las adicciones. Más, cuando se juntan las tres en el peor sentido; pero también si hay dos tienes muchas posibilidades de terminar en la calle. Generalmente creo que no es que la familia no te ayude, es que no quieres que te ayude, porque no quieres que sepan nada. Dejas de lado a la familia y quieres que no se enteren. Y si alguien te pregunta cómo estás, respondes con vaguedades: «pues ya sabes, aquí, buscando trabajo, una cosa y otra». No le dices que estás en la calle. O sea, hay mucha gente en la calle que nadie diría que está en la calle. Imposible.

Y volviendo a los servicios sociales, en muchos momentos tenía la sensación de que a los servicios sociales no les importaba, que no tenían nada que ofrecerme. Hasta que hay una segunda parte de mi historia en la que decido realizar un cambio de vida, tanto desde el punto de vista de la bebida como en todo lo demás. Y he tenido la sensación de que estaban ahí. Y he visto que, dentro de las pocas posibilidades que tienen, pues están para ayudar a mucha gente, y he visto que han ayudado a mucha gente, y a mí me han ayudado cuando lo he necesitado en muchas ocasiones, en el sentido que he necesitado algo y me han acabado encontrando soluciones. Es decir, que yo he podido salir de la vida que llevaba porque yo me he implicado mucho; pero yo tenía personalmente

la confianza, cogí confianza porque había gente que me apoyaba detrás. Y he intentado utilizar lo mínimo toda la ayuda, pero he tenido esta almohada.

Lo que ocurre es que durante mucho tiempo yo no lo veía así. Es decir, cuando estás en el agujero, vas a buscar lo que necesitas. Y si te falla algo o no te dan lo que crees que necesitas al momento, piensas que los servicios no te escuchan o no quieren ayudarte. Y ya crees que falla todo el sistema y sigues desconfiando y te vas. Y no es que las personas que están en los servicios no quieran, es que no pueden. Desde la vivencia como usuario ahora me doy cuenta de que los servicios deben atender a mucha gente, con muchos temas muy diferentes. Y el usuario muchas veces, cómo lo diría, presiona mucho. Y la respuesta que pueden dar desde los servicios no es la que el usuario cree que necesita o la que quiere en ese momento concreto; o no es tan rápida como el usuario se piensa y quisiera; y el usuario, a quien presiona, es al asistente o al educador o al trabajador, que también es una víctima, porque no puede hacer lo que quisiera sino lo que el sistema le deja.

Yo, por eso, siempre he dicho que para trabajar con los usuarios hace falta mucha empatía, aunque no sé muy bien qué significa; pero vaya, empatía es ponerse en el lugar del otro. Entonces los profesionales deben empatizar con mucha gente. Y yo eso sí lo siento con los profesionales que me han ayudado, siento dentro de ellos lo que es. Yo lo que les aconsejaría quizá es que tengan también mucha paciencia, porque muchas veces también lo digo entre nosotros, los usuarios, que somos muy exigentes. Los profesionales nos han cuidado, ¿no? A mí me han cuidado, ¿no? ¿Y a ellos, quién los cuida? Porque no sería lo primero ni lo último que ha desertado. Este trabajo que realizan los profesionales con los usuarios les provoca mucho estrés, mucho. Porque el usuario, tela marinera... O sea, que vayamos demasiado acelerados, como decía. Y también les recomendaría que no tengan prejuicios; también diría a los estudiantes que no piensen que somos distintos. Que se vean como personas, como personas normales. O sea, no gente especial de la calle, sino personas normales que hemos tenido un problema y que no hemos podido resolverlo como quisiéramos, por lo que todo se

ha estropeado un poco. Somos personas normales y corrientes. Y que no piensen que «¡ay!, pobrecito, si tal...». No. Nada de pobrecitos. Entonces deben tratarlos como personas normales. Como personas que tienen los mismos sentimientos que una persona cualquiera; o sea, las mismas necesidades y los mismos problemas; personas que cometen los mismos errores.

# Luchar todos los días de mi vida

Aymi y Carme Trull-Oliva

## Resumen

Soy un joven de origen marroquí. Viví una adolescencia difícil que me obligó a migrar solo para dar sentido a mi vida.

Este proceso ha hecho que me cruce con diversidad de personas, profesionales y servicios del ámbito de la educación social, de los cuales he recibido bastante acogida, acompañamiento, apoyo y orientación para poder lograr mis metas y deseos. Aun así, las relaciones socioeducativas establecidas no siempre han sido inclusivas y respetuosas; en ocasiones me han hecho sentir confuso, infravalorado y maltratado.

He luchado, y lucho, cada día, para poder emprender mi vida de manera independiente, pero a veces es complicado. La falta, la precariedad o la incoherencia de los recursos existentes (sociales, educativos, económicos, laborales...) me dificultan sanar, avanzar y evolucionar.

Desde mi experiencia me gustaría resaltar la importancia de la empatía y la escucha activa para poder evitar, desde los recursos que prestan los servicios socioeducativos, actitudes racistas que limitan los derechos y deberes de las personas usuarias.

## Huir para ser y sentir

### ¿Quién soy?

Soy un chico de Nador, un pueblo costero de Marruecos de al lado de Melilla.

Viví una infancia bastante feliz, rodeado de amigos y familia, pero cuando llegó la adolescencia todo empezó a cambiar. Mis padres

me prohibían salir a jugar con mis amigos, vestir como me gustaba, cortarme el pelo... Cuanto mayor me hacía, más limitaciones tenía.

Con diez años empecé a trabajar esporádicamente a escondidas de mi familia. Recogía cartones, aluminio o hierro que después vendía. Con trece años me escapaba de casa a las cuatro de la madrugada y caminaba varios kilómetros para llegar hasta campos de agricultura. Allí trabajaba recogiendo verduras durante siete u ocho horas.

El dinero que conseguía lo utilizaba para comprarme la ropa que mis padres no me permitían llevar.

Siempre me gustó el deporte, de los nueve a los catorce años practiqué artes marciales. A los quince años me apunté a un gimnasio de musculación para poder sentirme mejor con mi cuerpo. A mis padres no les gustaba que entrenara y eso provocaba discusiones a diario. Al final mi padre me prohibió ir a entrenar, pero no solo eso, también me obligó a dejar de estudiar para evitar que saliera de casa. Tenía que pasar el día entero encerrado en casa sin poder hacer nada de lo que me gustaba.

## **¿A dónde voy?**

A partir de ahí me di cuenta de que si no salía de Marruecos mi vida no tendría sentido. Con la ayuda de una tía que tengo en Marruecos, conseguí convencer a mi madre para viajar hasta Bélgica, donde vive otra tía. En un primer momento, la idea era que me quedara a vivir con ella, pero una vez llegamos allí, vi que tendría una situación incluso peor que en Marruecos, ya que era mucho más estricta.

Por suerte, me quedaba la opción de viajar hasta un pueblo al lado de Barcelona donde viven unos primos. Como mi madre tenía que pasar por España para volver a Marruecos, aceptó dejarme ir con ellos una temporada. Mi madre volvió a Marruecos y yo me quedé solo y sin ningún apoyo. Esa familia me dijo que no me podía ayudar y que lo mejor era que volviera a Marruecos. Estuve pocos días con ellos hasta que decidí salir a buscarme la vida. Pasé

tres días en la calle sin saber a donde ir. Tenía mucho miedo de ir a la policía y que me devolvieran a Marruecos. Finalmente decidí ir a la Policía Local. Me hicieron unas preguntas y me llevaron a la Policía Nacional. Después de muchas preguntas y sin entender casi nada, porque en ese momento no hablaba español, me llevaron a un centro de acogida de Girona.

## **Hoy empieza todo**

### **Mi llegada, mi acogida**

Llegué a Girona el 3 de octubre de 2018. Tenía dieciséis años y el deseo de empezar una vida en libertad como siempre había soñado.

Cuando llegué al centro de acogida, antes de entrar en el grupo con los demás, me tuvieron en una sala de espera hasta que vino una educadora social, el director del centro y un traductor. Estuvieron un rato haciéndome preguntas sobre cómo había llegado a España y el motivo. Me puse bastante nervioso porque no sabía si diciendo la verdad me iban a devolver a Marruecos. Decidí modificar algunas partes de mi historia para encajar en el grupo y dije que vine en patera.

Con la ayuda del traductor me explicaron el funcionamiento del centro y la normativa. Después me dejaron subir con el grupo y me enseñaron mi habitación. A partir de ahí sentí tranquilidad.

Durante mi estancia en el centro tuve muy buen trato por parte de la mayoría de las educadoras. Tenía un sitio limpio y cálido donde dormir, ducharme, comer... y si necesitaba cualquier cosa podía contar con el apoyo y orientación de las educadoras.

Mi primer deseo era estudiar el idioma para poder expresarme bien. En el centro me apuntaron a clases de catalán, donde iba tres veces a la semana. Yo pedí estudiar también castellano, ya que consideraba que era necesario dominar los dos idiomas. Aun así, desde el recurso consideraron que no era necesario y no me permitieron apuntarme a ningún curso de castellano. Decidí aprender por mi cuenta y por las noches estudiaba en mi habitación.

Me asignaron una educadora como tutora y con ella pude hacer un plan de trabajo. Buscábamos cursos y actividades que me permitieran avanzar. Me apuntaron a estudiar un curso PFI de mecánica y empecé a entrenar en un equipo de fútbol.

Durante todo el tiempo que estuve en el centro me sentí respetado y apoyado. Estoy satisfecho y agradecido por todo lo que hicieron por mí.

## **Un pasito más para mi libertad anhelada**

Después de cinco meses, tuve la oportunidad de salir del centro y entrar a vivir en un piso de autonomía. Éramos cuatro personas, todos teníamos entre diecisiete y dieciocho años. Pasamos de vivir en un centro supervisado las 24 horas del día a un piso donde las educadoras venían solo un rato al día. Sentí que tenía más libertad y que podría hacer más cosas por decisión propia sin ser cuestionado.

Al principio teníamos dos educadoras muy cercanas y agradables, nos escuchaban y atendían. Por diferentes motivos, estas educadoras se fueron a trabajar a otro sitio y vinieron nuevas educadoras que no tenían nada que ver con ellas. Una de ellas era muy autoritaria, no sabía escucharnos, nos amenazaba con sancionarnos... Además, el ambiente del piso era complicado porque no nos llevábamos muy bien y la educadora no sabía intervenir.

Pasaban las semanas y la convivencia cada vez era peor. Los demás compañeros de piso no participaban en las tareas domésticas y el piso estaba muy sucio. Las basuras se acumulaban y llegó un punto en el que los vecinos hasta se quejaron porque salían cucarachas de nuestro piso. A pesar de que yo intentara hablar con las educadoras, lo único que hacían era sancionarnos a todos. Eso me producía impotencia y malestar.

Además, cada uno tenía una paga para comprar su comida y algunos compañeros robaban, no respetaban el descanso de los demás ni el de los vecinos, dejaban la puerta abierta, robaban los utensilios de

cocina del piso... A todo esto, la única reacción de las educadoras y el director era sancionarnos a todos por igual.

En ese momento yo seguía estudiando mecánica y necesitaba una actividad que no fuera estudiar y me permitiera pasar tiempo fuera del piso y desahogarme. Propuse a la educadora poder empezar a ir al gimnasio y ella me derivó a hablar con el director. El director me dijo que tenía que buscar un gimnasio barato y que me ayudaría a pagar la mitad. Pasé por todos los gimnasios de Girona para informarme y cuando le llevé la información, ninguno le parecía bien y me daba largas. Eso me produjo aún más impotencia y rabia.

Estuve un año en ese piso. Todo ese tiempo me causó mucho malestar, me sentí poco escuchado y valorado. Toda esa inestabilidad hizo que decidiera salir.

## **Trabajar para poder vivir mi vida**

Cuando decidí salir, pregunté a las educadoras si me correspondía alguna ayuda por haber estado tutelado y les pedí orientación para encontrar un trabajo. Me ofrecieron los nombres de las páginas donde buscar empleo, pero me dijeron que no tenía derecho a cobrar ninguna prestación. Me sentí muy poco orientado y confuso.

Conté con el apoyo de mi pareja y me fui a vivir con ella. Estaba contento porque tenía un sitio para vivir donde me sentía seguro y cómodo, pero no quería que nadie tuviera que mantenerme ni quería ser una carga. Llamé a Servicios Sociales para informarme sobre las prestaciones y me dijeron que, como vivía con mi pareja y ella estaba trabajando, no me correspondía nada. En ese momento yo había salido del piso y no tenía ingresos económicos ni sabía cómo podía encontrar trabajo sin formación.

Yo en ese momento solo tenía NIE con permiso de residencia, pero no de trabajo, por lo tanto, la dificultad para acceder al mercado laboral era enorme. Empecé a ponerme en contacto con diferentes entidades sociales que me pudieran orientar y paralelamente enviaba currículums e iba presencialmente a diferentes lugares de trabajo.

De todos los currículums que mandé, no tuve respuesta de ningún sitio. En las ETT me decían que no podían ofrecerme trabajo si no tenía en vigor el NIE con permiso de residencia y trabajo. Pero ¿cómo iba a conseguir cambiar mi NIE y tener permiso de trabajo si para ello necesitaba un contrato laboral mínimo de un año?

Por suerte, conocí a una trabajadora social de un servicio de integración sociolaboral dirigido a personas en riesgo de exclusión social en Girona. Ella ha sido la única profesional que, desde que empecé a vivir con mi pareja, me ha ofrecido una buena orientación, me ha ayudado a buscar cursos y me ha escuchado siempre que lo he necesitado. Gracias a ella pude acceder a un trabajo y a iniciar los estudios de la ESO.

Mi primer trabajo fue como auxiliar de limpieza en una empresa de reinserción social. Era un trabajo duro y sacrificado, me pasaba el día entero fuera de casa. A las seis de la mañana cogía mi bicicleta y me dirigía al primer servicio. Hacíamos diferentes tareas al día y tenía que desplazarme por todo Girona. Ese trabajo no me gustaba, pero me sentía muy agradecido por poder estar trabajando y así empezar a vivir mi vida sin tantas preocupaciones.

Con el tiempo empecé a ver injusticias. Teníamos una jefa que nos trataba de forma muy autoritaria y exigente. Mis compañeras y yo sentíamos que no respetaban nuestros derechos laborales y nos ponía complicaciones. Por ejemplo, teníamos muy poco rato para trasladarnos de un servicio a otro y la mayoría no teníamos carné de coche, por lo tanto, dependíamos del autobús o de la bicicleta. Eso nunca lo tenía en cuenta y nos teníamos que pasar todo el día de un lado a otro, pero los traslados no los contaba como jornada laboral. En ocasiones teníamos que hacer horas extras, pero nos decía que se cobraban a los tres meses y cuando pasaba el tiempo nunca sabíamos cuánto nos habían pagado de más ni si era lo que nos correspondía. Si se rompía algo de material, evidentemente por usarlo, como los guantes de limpieza o la fregona, nos regañaba y decía que no nos podía dar material tan recurrentemente. Algunas chicas se compraban sus propios guantes para evitar que les regañara.

Intenté hablar con ella para mejorar mis condiciones de horario porque pasaba muchas horas muertas esperando en la calle entre servicios, pero me negó cualquier mejora. Por ello decidí reclamar mejores condiciones a otros responsables y a partir de ahí pude cambiar de función dentro de la misma empresa.

Así que, un año después, pasé a trabajar en el servicio de montaje de bicicletas. Estaba muy contento de haber cambiado, pero a los pocos meses me di cuenta de que las condiciones eran igual o más precarias que en el servicio de limpieza. Trabajábamos en un almacén entre cartones, algunas personas disponían de mesa de material y otros teníamos que apañarnos como podíamos con cartones para poder apoyar el material. No había ventilación suficiente, en verano llegábamos a altas temperaturas y en invierno a temperaturas muy bajas. En la cadena de montaje éramos unas trece personas y teníamos que sacar al día mínimo 130 bicicletas. Teníamos presión hasta para ir al lavabo, no podíamos perder tiempo de montaje. Nuestro tiempo de descanso estaba excesivamente cronometrado, solo disponíamos de veinte minutos. Tampoco teníamos sala de descanso, comíamos en la calle sentados en el suelo y no disponíamos ni de un microondas para calentar la comida.

Además, todos los encargados se pasaban las horas chillándonos y exigiendo cada vez más. Faltaban al respeto a los trabajadores con comentarios ofensivos. Durante ese tiempo sentí que nos trataban como si no fuéramos personas con los mismos derechos que el resto de la población. Pienso que, tratándose de una empresa de reinserción social, lo único que hacen es aprovecharse de las personas por su condición de vulnerabilidad. Y que, en vez de trabajar para la reinserción, me dio la sensación de que nos tenían más excluidos que a nadie.

Nos hacían participar en asambleas dentro del horario laboral, pero nos hacían recuperar las horas fuera de este horario laboral. No podíamos elegir las fechas de nuestras vacaciones y nos las otorgaban dos días antes sin avisar para poder organizarnos.

Pasé mucho tiempo mirando para otro lado e intentando no darle más vueltas al asunto, pero había demasiadas situaciones inadmisibles.

En alguna ocasión hablé con mi jefa para expresar mi malestar y las condiciones precarias que teníamos. Ella me escuchaba, pero no hacía nada para cambiar nuestra situación.

De estos dos años trabajando en esta empresa de reinserción, lo único positivo que saco es el hecho de haber podido regular administrativamente mi situación de trabajo. Aun así, he tenido tanta presión que me ha afectado a nivel físico y psicológico.

## **Mi presente: expectativas y deseos**

Después de estos dos duros años, a finales de febrero de 2023 finalizó mi contrato en el almacén de montaje de bicicletas. La jefa me propuso continuar trabajando, pero sabía que necesitaba un tiempo de descanso para poder recuperarme. Le expliqué que, por mi salud e integridad mental y física, no podía seguir trabajando en esa empresa.

Por el momento, necesito recuperarme de las muchas situaciones difíciles e injustas que me ha tocado vivir, además de continuar avanzando tanto personal como profesionalmente.

Al haber finalizado el contrato, mi objetivo es dedicar unos pocos meses a sanar y evolucionar. Me he apuntado a la autoescuela para sacarme el carné de coche, estoy dedicando más tiempo a estudiar la ESO y voy a entrenar diariamente. Además, estoy buscando cursos que me puedan ir bien para encontrar un trabajo más especializado en un futuro.

El único contacto que aún hoy en día mantengo es el de la trabajadora social del servicio de inserción sociolaboral. Ocasionalmente me envía mensajes para preguntarme como estoy y me informa si hay algún curso o información que pueda ser de mi interés. Además, como asisto a la entidad para realizar los exámenes de la ESO, también la veo allí y podemos hablar de cualquier tema que necesite.

Además, tengo la necesidad de ir a terapia psicológica, aunque por el momento es un objetivo que me marco a largo plazo porque

económicamente no me lo puedo permitir. Sé que me hace falta porque necesito sanar mentalmente para poder avanzar y mostrarme como realmente soy. Creo que para poder seguir luchando cada día por mí tengo que solucionar mi voz interna que a veces me limita y me impide seguir y prosperar.

## **El ying y el yang de mi experiencia**

### **La educación social que posibilita**

Durante todo el tiempo que llevo en Girona, he conocido a muchos profesionales del ámbito socioeducativo. Como he dicho anteriormente, el trato de algunos ha sido mejor que el de otros. Lo mejor de todo este proceso es haber conocido a educadoras que han marcado mi vida porque muchas han estado a mi lado apoyándome cuando lo he necesitado. En el centro de acogida nunca me sentí solo, sabía que si me pasaba cualquier cosa habría una persona profesional que me orientaría y me aconsejaría.

El proceso de migración es muy duro, se viven situaciones difíciles y sentimientos dolorosos. Ayuda mucho saber que hay personas que te tienen presente, que les importas y que se preocupan por ti. Por todo ello, creo que lo principal y lo que debería reforzarse en cualquier centro o ámbito donde haya profesionales del campo de la educación social, es la empatía, la escucha activa y el querer ayudar, para poder ofrecer orientaciones personalizadas a todas las personas con las que se trabaje.

### **La educación social que limita**

La parte más negativa la he encontrado con educadoras que no sabían cómo tener un buen trato con los y las jóvenes. Por ejemplo, en el piso sentía que dedicaban poco tiempo a escucharnos y a conocernos uno a uno. Nos sentíamos poco atendidos y valorados, como si por ser jóvenes extranjeros tuviéramos poca idea de la vida

y el equipo profesional pudiera decidir por nosotros sin preguntar o trabajar en conjunto. Quizás, si nos escucharan más y nos dejaran participar en nuestro proyecto de vida de manera activa, la situación sería mejor, más afín a nuestros intereses y necesidades.

Por último, los y las profesionales no deberían tener actitudes racistas ni xenófobas. Me he encontrado situaciones en que algunas educadoras me han dado a entender que gracias a ellas los inmigrantes tenemos comida y un techo donde vivir. Nosotros también somos personas y, por ende, nuestros derechos y deberes fundamentales no deben menospreciarse, sino respetarse desde la igualdad, la dignidad y el reconocimiento.

# Una experiencia diferente

Anna Cornellà y Carol Puyaltó

## Resumen

Hola, me llamo Anna Cornellà, tengo treinta y seis años y soy de Girona. Vivo con mi padre. Me gusta hacer *crochet*, deporte y ayudar a la gente. Tengo discapacidad intelectual, pero a mí no me gusta la palabra *discapacidad*. Pienso que esta etiqueta no debería existir porque luego la sociedad nos ve diferente...

Aquí explico mi paso por la escuela y el instituto, y por los diferentes servicios que me han apoyado. Hablo de las cosas que me han pasado. También hablo de la familia, las relaciones, la política y la vida en el barrio.

## La escuela y el instituto

Cuando iba a la escuela, le dijeron a mi padre que me tenían que llevar al médico porque era muda. Hasta ese momento solo había dicho «ta-ta-ta». No sabía hablar. Me llevaron al médico y él nos mandó a la logopeda. La logopeda dijo a mi padre que me tenía que llevar al ICASS y allí valoraron que tenía discapacidad intelectual. Aun así, todavía no sé muy bien qué quiere decir esta etiqueta.

Fui a una escuela ordinaria y en primero de primaria le dijeron a mi padre que me llevara a una escuela de educación especial, pero él dijo que no. Mi padre siempre ha dicho que, si él fuera presidente, no existirían las escuelas de educación especial, ni los centros especiales de empleo. Él dice que nosotros no somos discapacitados, dice que

tenemos diferentes capacidades y siempre ha defendido que yo viva como todo el mundo.

Hasta los seis-siete años, el CDIAP me ayudó en mi desarrollo y luego mi padre pagó varias academias de refuerzo escolar y logopeda para que me ayudaran. Hice refuerzo escolar hasta los dieciséis años y logopeda hasta los diecinueve. Gracias a estos refuerzos me pude sacar la ESO, porque en el instituto no me hicieron adaptaciones hasta 4.º de ESO.

En 3.º de ESO yo no quería ir a clase porque no me habían adaptado el contenido. Yo veía que compañeros míos tenían el contenido adaptado y yo no, y eso me hacía sentir mal. Yo supongo que no me adaptaron nada porque estaban enfadados por no haber querido ir a la escuela de educación especial.

De 3.º a 4.º de ESO me hicieron pasar de curso con diez suspensos y luego en 4.º de ESO fue cuando me adaptaron dos o tres asignaturas. Eso me fue bien para quitarme la ESO, pero yo creo que deberían haberlo hecho antes. Que yo ahora no sepa escribir los números es porque en edad escolar no tuve los aprendizajes básicos que necesitaba.

En la escuela tuve un grupo de amigas que conservé hasta que llegué al instituto. Hoy en día, ya no mantengo casi relación; supongo que es porque tienen hijos y yo no.

Cuando terminé el instituto, a mis dieciséis años, me enviaron a hacer un PTT de hostelería. Duré siete meses porque me echaron. No era el lugar adecuado para mí. El PTT es para chicos y chicas que no tienen la ESO y supongo que a mí me cogieron porque tengo discapacidad. Al cabo de un tiempo llamaron a casa y les dijeron que hasta que no buscaran otra opción, me seguirían atendiendo. Yo supongo que me veían demasiado débil para estar en un PTT; tenían miedo de que yo me dejara llevar por el «mal camino» de mis compañeros adolescentes que hacían este curso. Yo era una chica responsable, más pequeña de cabeza... ¡La adolescencia la estoy pasando ahora! Yo siempre he sido más niña...

Después del PTT fui a una fundación para gente en riesgo de exclusión social, para hacer un curso de hostelería; un curso normal

y corriente. Como había hecho el PTT de hostelería pensaron que mi trabajo ideal sería de camarera. Hice el curso de camarera, cocinera y servicios generales en una fundación. Yo era la única alumna con discapacidad, pero el curso fue bien.

## **Mis primeras experiencias laborales**

La primera fundación donde estuve fue una fundación para personas con síndrome de Down y discapacidad intelectual. Tenía veintidós años. Fui allí porque alguien se lo dijo a mi padre. Aquí me trataron bien, aunque también hay que decir que tratan a la gente como niños. Pero eso lo hacen en todas partes. Para todos somos niños.

Aquí participé en un programa en el que nos preparaban para buscar trabajo y luego te daban apoyo en el trabajo. El programa fue bien y yo tenía ganas de trabajar. Me encontraron un trabajo en una copistería como practicante y luego me contrataron. Fue bien. Se adaptaron mucho a mí. Pero después de tres o cuatro años me echaron fuera, porque hubo cambio de encargado y recortaron personal. A mí no me dijeron nada, se lo dijeron a la fundación.

Después de eso, me encontraron un trabajo en un restaurante. Aquí, con el primer encargado iba bien, porque sabía pautarme bien el trabajo. El segundo no tuvo en cuenta que yo no puedo trabajar bajo presión, y decía que yo no trabajaba; sí que trabajaba, pero con menos resistencia que los demás. Al final me fui porque psicológicamente ya no podía más. Cada día salía llorando de allí, del maltrato que recibía de los compañeros. Además, desde la fundación no me ayudaron nada. Mi padre denunció al restaurante porque no estaba de acuerdo en cómo me habían despedido.

Después de esta experiencia, estuve un año y medio sin nada, pululando... Y caí en una depresión muy fuerte.

## **Mi paso por el taller ocupacional y el piso tutelado**

Al cabo de dos años, empecé en una nueva fundación. Aquí me pusieron en un taller ocupacional porque el SEMSDI valoró que no estaba capacitada para tener un trabajo ordinario. Me fue bien para salir de la depresión porque cuando a mí me detectaron la depresión me enchufaron medicación, pero mi padre no me la daba porque creía que lo que a mí me hacía falta era una rutina y que pudiera hacer algo que me hiciera sentir realizada. Y por eso empecé en este taller. Al cabo de dos semanas de empezar en el taller ya estaba mejor. Estuve dos años en el taller, pero vi que no era mi lugar. Allí no me sentía realizada porque veía que yo podía hacer más. En un principio, me habían dicho que cuando me conocieran más me pasarían a un centro especial de trabajo, pero después, cuando lo pedimos, me dijeron que yo no estaba capacitada para trabajar.

A mí, siempre me ha pasado lo mismo. Como tengo el 65 % de discapacidad se piensan que necesito mucho apoyo y, en realidad, lo necesito, pero no tanto como se piensan. Pero si tengo un 65 % es para poder recibir la ayuda económica. Si me bajaran el grado ya no tendría la ayuda. Por eso siempre he pensado que la ayuda económica no debería depender del grado que tengas. Te lo tendrían que dar siempre, porque luego es cuando nos perjudica a nosotros: te asignan servicios que no se adaptan a ti o no puedes optar a oposiciones de la Generalitat... En estas oposiciones, a todas las personas que teníamos mínimo un 65 % de discapacidad no nos dejaron ni hacer el examen. En la carta que nos enviaron pusieron que no eres apta para hacer trabajos de subalterno. ¿Y ellos qué saben? No han hablado nunca conmigo, ni saben cómo soy, ni qué puedo hacer... Solo saben lo que pone en un papel. Dieron por supuesto que yo no sería capaz de hacer el trabajo de subalterno de la Generalitat. Además, las personas que conozco y que pasaron la oposición no tienen nada adaptado en el trabajo, están solas y no se les adapta ni los horarios ni nada.

Sea como fuere, el ICASS considera que con un 65 % de discapacidad tienes que ir a un taller ocupacional y en un piso tutelado con apoyo

las 24 h y que además te tienen que incapacitar. Aun así, pienso que ahora las cosas están cambiando poco a poco. Ahora han quitado las incapacitaciones. Y yo lo valoro muy bien. Si no fuera porque mi padre no quiso incapacitarme, ya lo estaría. Fue en la primera fundación donde estuve que los profesionales quisieron iniciar el proceso de incapacitación... y mi padre se negó.

Después de estar un año en el taller ocupacional, el SEMSDI valoró que yo tenía que estar en un piso tutelar con apoyo las 24 h. Yo tenía ganas de irme de casa, de independizarme, pero en un piso donde en teoría tuviera autonomía, es decir, que pudiera hacer yo las cosas y no porque me lo hicieran todo. En este piso no me adapté bien. Allí trataban a todo el mundo igual, y yo no lo necesitaba. No sabían adaptar el apoyo. Por ejemplo, yo en casa siempre había tomado la medicación sola, y ahí me la daban en la mano; me despertaban por las mañanas, hacían vigilancia mientras me duchaba... porque algunos lo necesitaban, pero yo no. Allí no tenía intimidad por parte de los compañeros. En los pisos tutelares no se tiene nunca intimidad. No por los profesionales, sino por los compañeros. Todo el mundo entra en todas partes, no tienes ningún espacio para ti... Cuando yo me duchaba, todo el mundo entraba. Necesitabas permiso para todo y no lo podías pedir tú. Por ejemplo, si yo quería tomar una coca cola contigo, no podía pedirlo yo misma. Primero, tenía que llamar a mi padre y luego mi padre telefoneaba a la fundación y les decía que yo podía. Este fue uno de los motivos por los que quise irme de este piso. Yo no estoy incapacitada, pero era como si lo estuviera. Supongo que lo hacían para curarse en salud. Yo también entiendo la visión de los profesionales. Si yo, por ejemplo, me voy de viaje con la fundación y tengo un novio y quiero dormir con él... A mí me pasó. Teníamos que llamar a nuestros padres para que nos dieran permiso, pero entonces, sabiendo que nos dirían que no, ya no lo hacías y no pudimos dormir juntos.

Un día a la directora del piso le dije: «Yo quiero una reunión hoy mismo contigo, con mi tutora y mi padre. Yo no estoy bien en este piso y quiero que me cambien». Llamaron a mi padre, y la directora me preguntó qué me pasaba... Yo dije que me quería despertar sola, que me quería tomar la medicación sola y que quería decidir lo que

hacia. Ella dijo: «Vale, vale, ya lo diré al piso, pero no puedes tomarte la medicación sola... Como mucho te pueden dejar la pastilla en la cajetilla, pero no podemos dejarte tener la medicación a ti», y dije: «Vale», aunque siempre lo había hecho sola... Aquí me planté. Les pedí que me dejaran ir a otro piso, pero eso no pudo ser porque no había plaza. No lo sé... Yo creo que si lo hubieran visto necesario hubieran hecho un cambio de piso, pero...

Al final, nos llamaron para decirnos que había salido plaza en una fundación donde hacen trabajo con apoyo y dejé el taller y el piso el mismo día. En la fundación nos dijeron que no sabíamos lo que hacíamos. Supongo que lo decían porque... cuando yo me iba despidiendo de los compañeros y de los monitores, una monitora me dijo: «¿Tú eres consciente de lo que estás haciendo?». Y yo dije: «Sí», y pensé: «¿Tú qué te piensas, que soy tonta o qué?». No veían bien que me fuera a otra fundación. En esta fundación hay muchas personas que no están bien y ninguna había tenido las narices de plantarse y marcharse. Todavía no sé cómo no me echaron...

## **Volver al trabajo, con apoyo**

Después vino la fundación de trabajo con apoyo. Y aquí empieza la mejor etapa para mí. En esta fundación, los profesionales nunca desaparecen. Siempre te apoyan, pero una vez saben que tú te espabilas sola, te dejan hacer la tuya. Por ejemplo, cuando tú empiezas un trabajo estás cuatro horas con tu tutora de la fundación durante las semanas que necesites para hacer la adaptación. Pero luego, cuando te ven adaptada, te dicen: «La semana que viene solo vendré a las 10 h». Y cuando ya estás totalmente adaptada al trabajo, ellos desaparecen del mapa. Quizás vienen una vez al mes para preguntar qué tal todo y ya está. Yo eso lo veo muy bien, porque tienen en cuenta tu opinión. Ellos hacen inserción en empresas ordinarias, pero es que nos tratan como personas. En esta fundación, cuando empiezas a trabajar, ellos no te obligan a volver a la fundación, excepto si hay que hablar de algo o te proponen hacer una tutoría; te dan mucha libertad. Nosotros decidimos qué formaciones queremos hacer. Por ejemplo,

en septiembre, cuando empezamos el curso, nos muestran una lista de formaciones y tú escoges cuáles quieres hacer. Solo hay una obligatoria que es la Búsqueda de trabajo. Pero incluso el trabajo que queremos hacer también lo escogimos nosotros. No te cogen y te dicen: «Mañana empiezas aquí». Te dan opciones y tú eliges lo que quieres. Además, nos motivan para que hagamos cosas fuera de la fundación y, si es necesario, te acompañan. Nunca me han prohibido ir de colonias o hacer lo que quiera. Si quieres hacer un voluntariado, te ayudan a buscarlo. A lo único que me han pedido asistir es a la Búsqueda de trabajo.

Yo creo que en esta fundación no nos tratan como niños. Claro que tienen en cuenta que tienes una discapacidad y por eso te apoyan para encontrar un trabajo. Porque ¿verdad que cuando tú vas a hacer una entrevista no te acompaña nadie? Pero es que, si no nos acompañara nadie, no encontraríamos nunca trabajo.

## Una nueva oportunidad

Gracias a esta fundación, ahora comenzaré un nuevo trabajo después de cinco años sin una jornada de más de cuatro horas seguidas. Estoy muy contenta. Muy ilusionada, pero también estoy muy nerviosa porque me da miedo no dar lo que la empresa espera, ¿sabes? Supongo que es normal que me pase esto. Como nos cuesta tanto encontrar un trabajo, luego una vez que lo hemos encontrado es... «¿Y si no lo hago bien?». Yo tengo muy claro que no será mi trabajo de toda la vida porque no quiero pasarme toda la vida limpiando mesas... pero creo que me irá bien porque, normalmente, cuando tenemos un trabajo nos sentimos más... ¿cómo se dice esto? Más útil.

Yo reconozco que si voy a la fundación es porque yo quiero hacer cosas. No porque necesite un trabajo para tener un sueldo, sino para sentirme útil, tener una rutina... Porque con lo que me dan de paga por la discapacidad ya tengo suficiente para vivir. A mí mi padre muchas veces me ha dicho: «Anna, si tú quieres dejar de ir a la fundación de trabajo con apoyo y no buscar trabajo, con la paga vives perfectamente». Claro que no me puedo comprar una casa,

ni un coche... pero el mínimo lo tengo. Lo que más me importa es poder estar ocupada.

Hay muchas fundaciones que trabajan para las personas con discapacidad, pero que no les buscan trabajo. Les hacen formaciones y talleres, pero ya está. Esta fundación, en cambio, da mucha importancia a encontrarnos un trabajo porque si la gente nos ve trabajar es una manera de que cambie la imagen que tienen de las personas con discapacidad, que dejen de vernos como personas que no podemos hacer nada. Es que si nos cuesta tanto encontrar un trabajo es porque nos ven así. Yo creo que por el solo hecho de ponernos en una empresa ordinaria, dice mucho de la entidad. Lo fácil sería montar un centro especial de trabajo y darnos trabajo a todos los que estamos allí. Y, en cambio, ellos no lo hacen así; tienen una manera de trabajar con la empresa ordinaria que cuando tú empiezas se pasan las cuatro horas de jornada laboral allí, contigo, que no se separan de ti en ningún momento para que te vayas adaptando... Pero este acompañamiento de cuatro horas durará lo que tú necesites: un mes, dos meses... Después la educadora te dice que vendrá menos rato, y cuando te ven totalmente adaptada, desaparecen físicamente del puesto de trabajo. Una vez al mes vienen a hablar con el encargado del trabajo, te vienen a ver... En cambio, otras fundaciones son más protectoras. Hacen un seguimiento constante. No te dejan solo, y te controlan a menudo para ver cómo trabajas. En cambio, en la fundación donde estoy ahora se hace un seguimiento más adaptado a lo que necesita la persona. Después, hay servicios que tienen SOI y que luego no te ayudan a buscar un trabajo. En cambio, aquí sí.

Yo doy mucha importancia a los compañeros de trabajo, porque a mí, si me pones en una oficina haciendo un trabajo que puede gustarme, pero mis compañeros no son tolerantes, yo no duraré lo que tengo que durar. Yo reconozco que no todo el mundo valora eso, pero creo que nosotros es de las cosas que más valoramos: que nos sepan entender. Nosotros no tenemos el mismo control de las emociones que vosotros. Yo, por ejemplo, si me viene un *boom* de trabajo quizás me agobie y me ponga a llorar. Que espero que no me pase nunca en el trabajo nuevo... O, yo qué sé, si me levantan un poco la voz, ya es un bajón para mí... A ti quizás no te pasa.

## Relaciones

En la fundación de trabajo con apoyo tienen en cuenta también la manera en que nos relacionamos y realizan cursos de habilidades sociales, sexoafectividad, etc. Yo, el curso de habilidades sociales no lo necesito porque me relaciono fácilmente, pero el de sexoafectividad sí que lo he hecho. Me apunté porque a mí, en casa, no me dan esa información. Yo voy muy atrasada con este tema, al no haber recibido nunca información sobre ello, ni en casa, ni en la escuela...

En este curso, algo que valoré mucho es que nos explicaron lo que pedimos. Por ejemplo, pedimos conocer qué aplicaciones había para conocer gente y encontrar pareja, y nos lo explicaron, con todos los peligros que hay también, ¿eh? Siempre nos preguntan qué esperamos nosotros de la formación. Este curso me sirvió para perder el miedo. Yo siempre he tenido mucho miedo a conocerme a mí misma, íntimamente. No me había tocado nunca. Me daba pánico, supongo que por desconocimiento total. Cuando me tocaba y notaba ciertas cosas, como no entendía lo que me pasaba, no continuaba por miedo. Yo sé que no he tenido nunca un orgasmo porque cuando noto las cosquillitas mi cabeza me frena.

Eso creo que también nos pasa porque en casa tampoco nos sentimos seguros. Una de las preguntas que nos hizo en la última sesión la profe era que si nosotros no habíamos tenido ningún orgasmo en casa por miedo a que nos pillaran. Y a mí, por ejemplo, me pasa. Me pregunto: «¿Y si mi padre me oye?». Yo, hasta hace cosa de un año, mirábamos la tele con mi padre y cuando salía una escena de sexo me decía: «¡Anna! ¡No mires!». Yo creo que este tema es un tema que hay que trabajar mucho todavía... Con más formación para nosotros y para las familias. Si no, luego pasa lo que pasa, que cuando no recibimos las formaciones que necesitamos después te ves obligado a hacer tonterías...

La mayoría de gente con discapacidad... Hay tres tipos: las que les meten el DIU y se les acaban todas las preocupaciones de poder quedarse o no embarazadas; luego están los típicos padres —que pasa en la mitad de los casos— que optan por la ligadura de trompas

y ¡andando!, cuando a la chica no la han dejado ni decidir; y luego están las que toman pastillas. Mira, en los pisos tutelares no hay ninguna chica que no se tome nada. Si no quieres pastillas, te dicen que te pongas el DIU y, si no, ligadura de trompas directamente... Yo, cuando vivía en el piso tutelar pedí dejar las pastillas y me dijeron que ni pensarlo; y yo les dije que no tenía relaciones y que qué peligro querían que hubiera... Y me dijeron que no, que mientras yo estuviera allí me tendría que tomar las pastillas, ¡y mira que mi padre siempre ha estado en contra de que yo me tomara las pastillas! Yo supongo que debían pensar: ¿Y si algún día pasa algo?

Yo creo que a las personas con discapacidad intelectual no nos tienen que ocultar la información ni obligarnos a hacer nada con nuestro cuerpo que no queramos... Lo que tienen que hacer es explicarnos lo que supone tener relaciones sexuales y tener un hijo. Yo siempre pensé que si hubiera un servicio que nos enseñara a cuidar a un niño quizás sería diferente, pero también nos tendríamos que saber cuidar nosotros. Pero, aun así, no lo veo claro... porque siempre que he ido al médico y me ha acompañado una educadora, yo he pasado a un segundo plano. Y eso también podría pasar siendo madre... La mayoría de los médicos, cuando vas sola, te preguntan: «¿Vienes sola?» Se extrañan. Y yo siempre pienso: «¡A ver, a quién tienes que visitar es a mí, no a mi padre!».

## El padre y la madre

Mi padre siempre me ha ayudado mucho y tratado como una persona, no como una discapacitada. Pero también tiene sus cosas. Él siempre me ha dejado hacer de todo. Pero salir con las amigas de noche, sí que me deja, pero le ha costado no tener que ponerme hora para volver. Se preocupa por lo que me pueda pasar. Pero con mi hermana no había pasado nunca. Creo que eso lo hacen todos los padres. ¿A ti no te soltaron un sermón la primera vez que ibas a salir de fiesta? Supongo que es normal.

Una anécdota divertida es que estuve cuatro años pidiendo a mi padre que me dejara ir al Canet Rock. Y me decía que no, que no

era un festival para nosotros. Entonces, pedí a una amiga que me regalara la entrada para que así, mi padre no se pudiera negar... Me costó mucho explicárselo. Estuve dos semanas o más pidiendo a mi hermana que me ayudara a explicarle que me habían regalado ir al Canet Rock. Además, en la entrada del Canet Rock ponía: «Veremos salir el sol». Y ¡claro!, yo le dije: «Papá, ¿sabes que me ha regalado la Mariona?». Y dijo: «¿Qué?». Y yo: «Ir a ver salir el sol». Al final, le pedí a la madre de la Mariona que le explicara a mi padre qué era el Canet Rock. Y, aun así, todavía no lo veía claro. Decía que se pasaría toda la noche sin dormir, sufriendo... Y le dije que no importaba, porque iba con todas mis amigas... Me decía que no aguantaría hasta tan tarde despierta. ¡Claro que aguanté!

Mi madre tiene discapacidad intelectual. Ella ha hecho lo que ha podido para sacarme adelante. Creo que no ha sido fácil para ella porque ha tenido muchas limitaciones y poca ayuda, aparte de la familia. Mi madre siempre me ha querido y yo siempre digo que también le quiero mucho.

## Política

Yo siempre he pensado que tenemos que estar en la política. Porque es un mundo en el que no nos tienen en cuenta. No hay ningún partido que nos tenga en cuenta. Quizás hay algún punto del programa donde dice que harán cosas por las personas con discapacidad, pero... Yo siempre me pregunto ¿por qué en los actos políticos no hay nunca lectura fácil? Sí que hay intérprete de signos. ¿Qué pasa con las personas con discapacidad intelectual? ¿Acaso no entendemos lo que explican?

Después, por parte de las familias, está mal visto que participemos en partidos políticos. Piensan que se quieren aprovechar de nosotros y rascar votos por tener personas con discapacidad en la lista. Y luego hay familias en que los padres ya eligen por ellos el partido político al que tienen que votar. Si el padre es de izquierdas, el hijo votará izquierdas. Pero ¿y si quiere votar a VOX? Yo creo que aquí fallan las fundaciones. En época de elecciones, creo que tendrían

que pedir a los partidos que vinieran a explicarnos su programa de manera que lo entendamos. También, sería conveniente que los acompañaran a votar si lo necesitan. Sin decirles qué tienen que votar, claro. Con lo que costó que nosotros pudiéramos conseguir el derecho a voto... Y, ahora que se ha conseguido, ¿cómo es que no nos ayudan a ejercer este derecho? Yo siempre he ido a votar y he decidido mi voto. Pero conozco a mucha gente que no.

## **Vida en el barrio**

A mí me gusta mucho hacer vida de barrio. Pregúntale a mi padre cuántas horas me paso en casa. Yo reconozco que es algo raro. Porque no hay mucha gente con discapacidad que haga tanta vida de barrio. La mayoría de la gente con discapacidad solo se relaciona con personas con discapacidad. Yo, siempre que se organizan cosas, voy a ayudar. Me relaciono con todo el mundo. Me siento acompañada.

## **Para terminar**

Es muy difícil cambiar la visión que tienen los servicios sobre las personas con discapacidad. Quizás en la universidad hayan aprendido a tener una visión diferente, pero cuando aterrizan en los servicios muchas veces no nos tratan como a personas adultas.

Espero que en un futuro no se tengan que hacer las reflexiones que he hecho aquí. Eso querrá decir que la gente ya no nos ve diferentes.

# Mi discapacidad es no encontrar trabajo

Saïd Laaroussi y Laura Corbella

## Resumen

Me llamo Saïd, tengo cincuenta y cinco años y he vivido doce de ellos en la calle. Me considero una persona buena y honesta, que se preocupa por su familia y sus hijos. Soy feliz, aunque la vida no me lo pone fácil. Vine de Marruecos con esperanzas y sueños, pero se me han roto todos. Yo quería trabajar, pero me encontré la crueldad de la calle. Perdí toda la confianza en el mundo, así que utilicé mis manos para mantener a mi familia sin importar nada más. Después de todo este tiempo, sigo en una situación similar, pero hoy no estoy solo. Actualmente vivo en un piso de servicios sociales. Tengo profesionales que se preocupan por mí, que les importo y me acompañan. Yo quiero trabajar. Yo necesito trabajar, aunque mi edad, mi origen y mi religión parecen ser un impedimento. No sé qué me depara la vida, pero estoy dispuesto a afrontarlo.

## Mi vida en Marruecos

Cuando era joven, mi vida en Marruecos era sencilla y transcurría tranquila. Tenía treinta años, esposa e hijos maravillosos y una vida estable en mi ciudad natal. Tenía mi propia carnicería y había llegado a ser oficial de primera. Se me daba bien mi trabajo y ganaba lo suficiente para vivir dignamente y mantener a mis seres queridos. Estaba muy bien en esos tiempos, la verdad. No obstante, yo tenía sueños. Quería prosperar, dar mayores comodidades a mis hijos y que pudieran estudiar. Tenía una vida estupenda y ahora pienso que, si tú quieres más, piensa en menos.

Digo esto porque unas personas me propusieron ir a trabajar con ellas a España. Me dijeron que podía cobrar tres veces más de carnicero si aceptaba. A pesar de las dudas de mi familia y mi esposa, a mí me pareció bien. Eso era lo que quería para seguir adelante y dar una buena vida a mis hijos. Yo tenía muchos sueños para mejorar, así que compré el contrato que me ofrecían para viajar a España. Me costó 15.000 euros. Vendí mi carnicería, dejé algo de dinero a mi familia y emprendí mi viaje. Llegué a España, con un visado de trabajo, con un contrato laboral y con una montaña de esperanza y sueños por cumplir.

## **Mis sueños rotos**

Tantas esperanzas y tantos sueños, y se me han roto todos. Fui víctima de una estafa. Me arrepiento de no haber hecho caso a mucha gente. Trabajé con aquellos que me prometieron un cambio de vida durante cuatro meses, pero nunca llegaron a darme de alta en la seguridad social. Cobré 180 euros por los cuatro meses de trabajo. No podía continuar así ni tampoco volver a Marruecos, porque tenía un préstamo que pagar y una familia que mantener.

Para tener derecho a renovar la primera residencia en España tenía que cotizar como mínimo seis meses. Me vi obligado a buscar otro trabajo, lo cual no fue una tarea sencilla. El visado que me hicieron solo me permitía trabajar de carnicero y en tiendas, por lo que no podía meterme en el ámbito de la construcción, que era donde más oferta laboral había por esa época. Algunas empresas se aprovechaban de mi situación y, cuando les pedía un precontrato, me pedían tres mil euros por la gestión. Al final me dijeron que me apuntara a una empresa de trabajo temporal y gracias a eso pude cambiar mi tipo de visado.

Encontré trabajo y, ya con mis papeles regularizados, estuve en una empresa de construcción por año y medio mientras vivía en una habitación de alquiler. Entonces llegó la crisis de 2008 y todo se torció. Perdí mi trabajo y no podía pagar el alquiler. Me echaron del piso, cogí mis cosas y salí a la calle. Estuve una semana vagando por la calle, pensando qué podía hacer.

## Cuando perdí la confianza

Yo no sabía nada de lo social, ni de servicios sociales ni nada de eso. Una vez fui a servicios sociales y me dijeron que no podían hacer nada por mí. Encontré un chico en la mezquita y me pasó el contacto de una entidad social, me dijo que allí me podrían ayudar. Fui y les expliqué mi situación. El hombre que me atendió me dijo que volviera dentro de tres semanas y miraría qué podían hacer por mí. Yo estaba en la calle y era noviembre. Le pregunté de nuevo si no podía ayudarme. Le dije que yo no era una persona de la calle. Yo no tenía contactos, no tenía amigos, no tenía información, no tenía nada. Aun así, me repitió que volviera en tres semanas.

Durante ese tiempo yo viví en la calle. Me colaba en las obras a las doce o la una de la noche para dormir y me despertaba a las cinco de la mañana para irme antes de que llegaran los trabajadores. Contaba los días, esperé a que pasaran esas tres semanas y volví a la entidad. Pero el chico no se acordaba de mí. No sabía mi nombre. Para mí eso fue un mazazo.

Le pregunté y no había conseguido nada. Nada. No tenía nada para ayudarme. Me volvió a decir que pasara en quince días. En ese momento, cuando hacía mucho frío, cuando llovía, en diciembre... Pensaba en mis hijos y estaba en una situación muy complicada. Me decía que pasara en quince días, pero el mensaje que yo recibía era: vete dos semanas y, si sobrevives, vuelve. Este fue el resultado de estas citas con ese profesional. Mirándolo en retrospectiva, pienso: ¿por qué no me mandó a ninguno de los servicios que ahora conozco? ¿Por qué no me dijo que existía el centro de acogida? Yo estaba muy mal y no sé por qué me trató así. Pasé cuatro meses esperando una ayuda que no llegaba. Debido a esta situación perdí la confianza en el mundo y ya no volví a pedir ayuda. Nadie me podía ayudar. Esos cuatro meses de espera se convirtieron en diez años en la calle.

## La calle no es fácil

Al final salí a buscarme la vida. Yo tengo una responsabilidad, soy padre, tengo que trabajar y hacer algo para mantener a mi familia. Yo puedo soportarlo todo, pero ellos no tienen a nadie. Me dediqué a buscar cosas de segunda mano en los contenedores de basura. Vendía algunas cosas para poder comer, acumulaba todo lo que podía entre los arbustos y, cuando tenía suficiente, cogía todo y lo llevaba a Marruecos. Con eso mis hijos ya tenían la ropa de un año. Trabajaba en eso día y noche, porque no tenía sitio para guardar las cosas y, a veces, me las robaban. Preferí eso a vender drogas o robar. No he venido aquí para robar, no soy ladrón. No he venido a vender droga, yo soy buena persona.

Durante ese tiempo dormía en coches abandonados. Cuatro meses en uno, seis meses en otro... Muchas noches no podía dormir del frío y esperaba que amaneciera para poder salir. A veces dejaba mantas que me daban dentro de los vehículos, pero se los llevaban al desguace y perdía todo lo que tenía. Era empezar de cero una y otra vez, todo el tiempo. Durante esos años yo no quise ir a ningún servicio ni pedir ayuda, ya no confiaba en nadie. Tampoco se me acercó nunca nadie a ofrecerme ayuda. En la calle te encuentras de todo. Algunas personas te dan dinero por caridad, otras te insultan. Te dicen: eres un yonqui, eres un drogadicto. Las miradas de la gente te afectan mucho, te sientes muy discriminado, pero estas personas no saben quién eres en realidad.

## ¿Una trampa o un servicio social?

Era por 2016 y yo no sabía que existía el centro de acogida para personas sin hogar donde te daban de comer y otras cosas. En ese momento, yo tenía que ir a Marruecos porque falleció mi padre, pero me robaron toda la mercancía que había acumulado y me quedé sin dinero para hacer el viaje. Hubo un momento en que me dijeron que existía este centro de acogida y que podían comprarme un billete para ir a despedirme de mi padre, pero tenía muy mala

fama. Las personas que estaban en la calle como yo hablaban muy mal de él. Decían que te ponían droga en la comida y que las personas salían de allí adormecidas. Yo no me fiaba nada, pero el viaje era muy urgente.

La verdad que cuando fui allí, la educadora que me atendió me trató muy bien, era muy buena persona y muy buena profesional. Me mandó a otra entidad para que me compraran el billete a Marruecos. Después me preguntó por qué no iba allá a comer, me dijo que cuando volviera de Marruecos fuera de nuevo al centro. Como no me fiaba de ellos por todo lo que me habían contado, decidí que a la vuelta solo iría a ducharme, ya que era una cosa que realmente me hacía falta.

Cuando volví, me acerqué al centro y me encontré a la misma profesional. Me saludó y se acordaba de mí. Me preguntó qué necesitaba y le dije que solo una ducha. Me volvió a preguntar por qué no iba más a menudo, pero yo no confiaba en ellos, los rumores que llegaban del centro me asustaban y yo no quería que me pasara nada, tenía una familia a la que mantener. Así que seguí yendo a ducharme y seguí trabajando en la calle recogiendo cosas.

Después de que la educadora insistiera, un día decidí probar la comida. Cuando entré al comedor, vi los carteles que decían que las drogas estaban prohibidas y me hizo repensar todos los rumores que me habían llegado. Resultó que todo era mentira. Después de pasar una temporada en ese centro, me di cuenta de que lo que realmente pasaba era que las personas que viven en la calle deambulan todo el día y no pueden descansar por la noche. Después de darles una buena comida se relajan y se duermen, pero es por alivio, no porque les den drogas.

Con el tiempo y por cómo me han tratado en el centro de acogida he podido recuperar un poco la confianza en todos ellos. Me han ayudado a cambiar y a salir de la calle. Me han acogido, me han orientado... Ellos vieron que yo tenía capacidad, que podía conseguir trabajo.

El centro de acogida me ofreció un nuevo comienzo. A partir de entonces, comencé a ir esporádicamente al centro de acogida a

comer y a ducharme, aunque seguía viviendo en la calle. A raíz de sus consejos, fui a darme de alta en el servicio de ocupación. Allí, la chica que me atendió me dijo que tenía que hacer algún tipo de formación. Me mandaron a una fundación que hace cursos para gente que está en el paro. Me trataron muy bien en esa fundación. Me inscribieron en un curso de informática y empecé a asistir regularmente. Fue entonces cuando me di cuenta de que no podía compaginar el curso con la calle, se me hacía muy duro, así que decidí vivir en el centro de acogida.

## **La sociedad no lo pone fácil**

De esta forma me vinculé de forma más continuada al centro de acogida y me orientaron para hacer varios cursos, aprender la lengua, buscar trabajo, etcétera. No obstante, estos procesos a veces se complican.

Un día me mandaron a otra entidad para que me ayudaran a encontrar trabajo. Allí me recomendaron hacer un curso de limpieza para poder trabajar de eso. Me dieron los horarios del curso e incluía los viernes de 8 a 14h. Yo soy musulmán practicante, para mi religión los viernes son sagrados y se hace una oración a las 13h. Le pregunté si podía empezar antes y salir una hora antes los viernes para poder llegar a la oración, pero me dijeron que no podía ser. Me dijeron que si quería hacer el curso no podía ir a rezar a esa hora. Mi fe es un pilar fundamental de mi vida, así que no pude hacer el curso.

No es la única vez en que la religión parece ser un hándicap. Volví a la entidad social que me atendió en 2016 para que me ayudaran a hacer mi currículum y para orientarme en el mundo laboral. Me preguntaron de qué quería trabajar y yo contesté que de lo que sea. Podía aportar muchas cosas al mundo y podía estar a la altura. Me preguntaron si quería trabajar de carnicero o en el matadero, pero yo no podía tocar el cerdo por mi religión. Me dijeron si quería trabajar en el supermercado, pero me pasaba lo mismo con el alcohol, en mi religión está prohibido tocar las botellas. Entonces me dijeron que yo me estaba cerrando puertas, que debía dejar

esas creencias de lado, pero yo me preguntaba por qué. No puedo tocar el cerdo o el alcohol, pero puedo hacer otras cosas. Podemos repartir las tareas de otra forma. Me imprimieron unos currículums y me dijeron dónde llevarlos. Sin embargo, cuando llegué al primer sitio me dijeron que ahí no podía dejarlo, que ellos no tenían bolsa de trabajo. Me volví a sentir engañado, sentí que se burlaban de mí, así que no entregué más currículums y nunca volví al servicio de orientación.

Después me mandaron al servicio municipal de ocupación. Allí pasé un tiempo haciendo cursos, pero seguí sintiéndome rechazado por mi religión y por mi forma de ser. Sentí lo mismo en muchos otros servicios: humillación, ofensas, maltratos...

En la oficina de trabajo, fui a pedir la Renta Activa de Inserción. Me dijeron que llevara unos papeles, luego me pedían otros... Me hacían volver una y otra vez, y cada vez me atendía una persona diferente. Nunca estaban bien los papeles. La renovación de la demanda de ocupación, los currículums sellados, los certificados... Después de cinco citas, cinco recogidas de papeles y cinco profesionales distintos, en la última cita me acompañó mi asistenta social y cuando fui con ella no pusieron ningún problema. De ahí me mandaron al Servicio Público de Empleo Estatal, pero cuando fui faltaba otro papel. Lo pedí y volví. Pero entonces tenía que estar homologado, ¿por qué no me lo habían dicho? Me fui, lo pedí, volví y me siguieron poniendo problemas. Ahora la documentación estaba caducada y tenía que volver a pedir todos los documentos. Todo este proceso me generó muchísimo sufrimiento. Perdí los papeles, les llamé mentirosos, les dije racistas, empecé a gritar. Estaba harto. Yo solo les pedía que me trataran como un igual, que respetaran mis derechos, que yo era un ciudadano. Me sacaron para calmarme. Entonces vino otra chica, con una actitud más compasiva y me resolvió todo en cinco minutos. ¡Todos los problemas me los resolvió en cinco minutos! Según ella, los papeles estaban bien y me pidió disculpas. La chica de seguridad me recomendó poner una queja por el trato recibido, y así lo hice. Me sentí discriminado, pero me dijeron que no podía reclamar nada. ¿Quién habla por mí? ¿Quién me defiende?

## Se acuerdan de mí, se ocupan de mí

Aun con todos los impedimentos, pude regularizar un poco mi situación, me ayudaron a tramitar las ayudas a las que tenía derecho, pasé a estar en un piso de inclusión y mejorar mis condiciones de vida. En 2019 salí del centro de acogida y alquilé una habitación en una casa okupa. Entonces llegó el COVID-19 y pasé allí toda la pandemia. En 2021, cuando abrieron las fronteras, fui a Marruecos a visitar a mi familia. Mi hija me dijo que quería estudiar su carrera en China, pero que tenía que pagar la agencia que le tramitara toda la gestión, la matrícula de la universidad, el viaje y la vivienda. Para poder pagar eso, volví a España y decidí volver a salir a la calle para poder asumir todos esos costes.

Pasé una semana en la calle y me cansé. Yo no quería volver a vivir en la calle, pero estaba decidido a seguir luchando y asumir los costes de mi hija para que ella tuviera lo que quería. Yo no sabía si tenía derecho a volver al centro de acogida o a beneficiarme de algún servicio social, pero lo necesitaba. Un domingo por la mañana estaba sentado en un banco de un parque pensando en eso y, como yo tenía el contacto de los educadores sociales que tenía antes cuando estaba en los pisos de inclusión, pensé: bueno, voy a preguntar. Empecé a escribir un correo a un educador con el que tenía confianza. Estaba con la cabeza agachada y de repente escuché mi nombre. Gritaba: ¡Saïd! Era el educador al que estaba escribiendo. Él no estaba en su horario laboral. Estaba paseando con su familia por el parque y se apartó un momento para venir a preguntarme cómo estaba. Ese gesto me mató.

Entonces le enseñé el móvil y le expliqué que le estaba escribiendo. Él notó que yo no estaba bien y me preguntó si tenía problemas. Le dije que volvía a estar en la calle y me preguntó por qué no había vuelto al centro de acogida. Le comenté que yo no sabía si tenía derecho a volver después de todo este tiempo. Entonces me dijo que me pasara el lunes y cogiera cita, que verían como me podían ayudar. Agradecí profundamente y me llenó de ilusión que se acordara de mí y que me tendiera la mano ese domingo. Volví al centro de acogida e inicié, de nuevo, un proceso de cambio. Se ocuparon de mí cuando más lo necesitaba.

## Mi paso por el centro de acogida

Para llegar donde estoy hoy tienes que ir pasando por varias escalas. Cuando entras en el centro de acogida primero accedes al servicio de alojamiento nocturno, donde duermes con muchas otras personas en una habitación grande. Allí es donde empecé. En un primer momento, los profesionales de ese servicio hablan contigo para conocerte un poco más, saber en qué situación estás y las necesidades que tienes. Cuando ya se establece un vínculo de confianza y ven la posibilidad de cambio es cuando te pueden empezar a ayudar. Yo vine al centro de acogida con la idea de cambiar. Ya había probado la comida, ya conocía la gente, entonces vi que tenía que aprovechar esa oportunidad, no podía seguir en la calle. La educadora que me acompañaba me trató más que bien. El primer día me dijo: «Saïd, tú no puedes estar en la calle. Esta es tu casa». Y esa noche dormí allí. Me informó de los derechos que tenía y las opciones que podía aprovechar en el centro. Me explicó que me podían ayudar con el alojamiento para poder ahorrar y luego salir a buscar una habitación.

Allí pasé dos meses y luego me pasaron al servicio de inclusión. Los servicios de inclusión donde yo estuve consisten en habitaciones compartidas con ocho personas que están en el mismo centro de acogida y donde no pagas alquiler. Estás por un periodo corto de tiempo para hacer un plan de ahorro. Los profesionales están ahí todo el tiempo y solo puedes quedarte a dormir, durante la mañana cierran las puertas y tienes que salir al menos hasta después de comer. Ahí estuve dos meses más y luego pedí a la directora que me buscara un alquiler social. Ella me pasó a un piso de inclusión.

Los pisos de inclusión son apartamentos fuera del centro de acogida de máximo cuatro personas y con habitaciones individuales. Allí tampoco pagaba alquiler. En estos pisos eres más autónomo, y sirven para aprender a hacer tareas domésticas como cocinar, hacer la compra, gestionar el dinero y aprender a convivir con otras personas... También te hacen controles semanales y te orientan, con la idea de que te sirva de puente para el siguiente paso. En estos pisos estuve tres meses, hasta que me encontraron un alquiler social en un piso gestionado por el centro de acogida. Para poder estar

allí tienes que cumplir una serie de requisitos y ser responsable. Allí no hay tanto control, igual nos hacen visitas cada tres meses. Estos pisos permiten estancias largas, de tipo «primer hogar». En estos pisos puedes estar mucho más tiempo, unos tres años, tienes algo más de autonomía y sirven para que puedas tener unas condiciones de vida dignas mientras encuentras trabajo, ahorras y buscas una alternativa de vivienda. Aquí es donde me encuentro hoy.

## **Los profesionales tienen tu vida en sus manos**

Durante todo este proceso me encontré con varios profesionales. En el piso de inclusión empecé a hacer tutorías y controles con la educadora de referencia del servicio para realizar el plan de ahorro. El primer día que me reuní con ella me di cuenta de que ella ya tenía un plan de cómo iba a trabajar conmigo. Entonces yo ya sabía cómo me iba a tratar. La experiencia con esta educadora no fue del todo agradable. Con solo la mirada ya me intimidaba. Me demostraba que ella tenía el poder y que tenía mi vida en sus manos. A todos nos gusta que nos tengan en consideración. Lo primero que me dijo es: «Tú, qué haces aquí, cómo te llamas». En vez de preguntarme cómo estoy, ella ya me había visto ahí. Me dijo que tenía que hacer un plan de ahorro. Yo le conté mi historia, le dije que no podía ahorrar porque tenía deudas y obligaciones familiares y ella me empezó a decir que mis hijos estaban en Marruecos, que empezara a pensar en mí. Pero yo tengo una responsabilidad, no puedo desentenderme de ellos. Entonces me dijo que si no podía ahorrar tenía que dejar el servicio en un mes. Yo me fui de esa reunión, porque sabía que no me estaba escuchando. Hablé con la educadora que me atendió la otra vez que había estado en el centro de acogida. Me dijo que no me preocupara, que lo iban a solucionar. Nos reunimos los tres, llegamos a un acuerdo y me permitieron quedarme en el centro.

Tuve otras relaciones socioeducativas muy buenas, sin embargo. Hay buenos profesionales que se esfuerzan por adaptarse a las situaciones de las personas y ser amables. El trato con la gente es importante.

Los educadores y las educadoras sociales orientan a las personas, así que deben mostrar cierta madurez. Cuando empiezan tienen ideas, conocimientos, han hecho algunas prácticas, pero no tienen experiencia para construir una relación de confianza que permita a las personas como yo abrirse a ellos y ellas.

Para mí, un buen educador tiene que ser honesto, correcto, comprensivo, amable... Eso es lo que transmite confianza a las personas. Si yo no confío en él, no le voy a contar nada. Hay mucha gente que juega al gato y el ratón con los profesionales. Los profesionales dicen que les mienten, pero si realmente están allí es porque necesitan ayuda. Aunque mientan, si tuvieran dinero, si tuvieran un hogar y no lo necesitaran no irían allí. Las personas mienten para que puedas ayudarlas, porque a lo mejor no tienen confianza. Porque si, por ejemplo, te cuentan su historia, puedes creerlo o no creerlo. Pero hay profesionales que dicen: este tío me engaña, me miente. Yo pienso, da lo mismo que mienta, ¿por qué no se preguntan por qué está ahí? Necesita ayuda. Está haciendo trampas porque necesita ayuda.

Hay que tener experiencia en eso también, en el trato con las personas. Primero hay que saber recibir nuestras historias y comprenderlas. Gracias a eso hoy tengo mucha confianza en las profesionales que me acompañan. Me valoran y las valoro también. Ellas me orientan e incluso a veces me piden consejos e ideas. Cuando estás mal, estás en una situación donde sientes que ya no importas a nadie, nadie se preocupa por ti y ya no piensas en pedir ayuda. Ahora tengo confianza. Me siento apoyado, me aprecian, me dan amor... La verdad que estoy muy agradecido.

Los centros de acogida hacen una labor muy importante, dan una ayuda que no pueden dar ni las iglesias ni las mezquitas ni los templos. Soy consciente de sus limitaciones también. A través del centro de acogida pueden darme una estabilidad, un techo, algo para comer, para que mi familia esté más tranquila por mí, porque cuando estaba en la calle ellos sufrían también. Pero no pueden solucionar todos mis problemas. Bueno, siempre hay esperanzas. Pero salvación, depende, muy poca. Me refiero a que los problemas no se solucionan fácilmente ni de un día para otro.

Mi discapacidad es no encontrar trabajo

Los educadores sociales tienen mucha responsabilidad en estos espacios, porque el que va a allí es porque necesita ayuda. Yo considero que ellos son héroes invisibles porque con su trabajo salvan personas e incluso familias y siempre serán modelos para seguir. Siento que me quedo corto. Estaré siempre muy agradecido a todas y todos ellos.

## **Mi presente y mi futuro**

Hoy en día sigo en el piso de alquiler social, cobro 700 € de renta garantizada y pago mi alquiler, pero no puedo ahorrar. Sigo teniendo deudas y pagos que no sé cómo voy a asumir. Tengo que priorizar. 150 euros de alquiler, 250 euros para los estudios de mi hija, 150 euros para mantener a mi mujer y a la más pequeña... No me sobra nada. Me arrepiento de haberme endeudado para venir a España.

Estoy buscando trabajo, tengo alertas creadas en diferentes portales, me mandan correos a todas horas. Yo me apunto a todas las ofertas, pero no me llaman y tengo claro por qué. Soy mayor, no tengo carné, no tengo coche, no tengo experiencia acreditada y llevo quince años parado. Mi currículum no es atractivo. Quién lo ve, dice: «Este lleva mucho tiempo sin trabajar». Las experiencias que tengo son de dos días aquí, cuatro horas allá... A veces me preguntan si tengo alguna discapacidad, pero mi única discapacidad es no encontrar trabajo. Yo no tengo ningún impedimento, yo no soy tan mayor, yo soy fuerte. Puedo trabajar de jardinero, de pintor... Soy creativo, soy proactivo. Yo he probado de todo, desde 2018 hasta ahora, he estado haciendo cursos, he estado estudiando, me he apuntado en todas las bolsas de trabajo, fundaciones... Me siento engañado. Gano una miseria, tengo que estar controlado, vigilado, no tengo libertad, no puedo estar con mis hijos, no puedo salir del país sin perder las ayudas y los papeles. La Administración sabe mi historia, saben que lo he pasado mal, ¿por qué no me dan trabajo, aunque sea de conserje? Yo puedo barrer las calles. Yo he hecho de todo, menos hacer daño a la gente. He hecho todo lo que he podido y lo que no he podido. He sufrido

y sigo pasándolo mal, aunque no puedo dejar que esto me afecte tanto porque tengo mi familia que confía en mí.

## **Soy feliz, ayudo a las personas**

Aun así, tengo que decir que soy feliz porque he podido superar todo lo que la vida me ha puesto por delante. Yo me siento feliz, aunque me pase esto. Y eso no me lo puede quitar nadie, porque a pesar de todo lo que he pasado, yo he tenido mucho éxito con mi familia. He sacado adelante una familia educada, respetuosa y trabajadora. También me siento acogido, respetado y cuidado en el centro. De hecho, aún me quedan fuerzas para ayudar a la gente. Mientras espero una oportunidad que no llega, estoy de voluntario en el club para las personas que no pueden entrar en el centro de acogida. El centro cede este sitio para esta gente que no tienen derecho a utilizar sus servicios. Les ofrecemos algo de comer, café... También organizamos «encuentros sin techo». Me encanta ayudar e intercambiar mi experiencia con las personas que están pasando una situación similar a las que yo he pasado, sobre todo a esos jóvenes que acaban de llegar, que no tienen nada, como me pasaba a mí. Recibo a estas personas, las acojo, les explico, las oriento... De esta forma me siento mejor, me siento útil.

# La bailaora de ojos azules

Jeannette y Alicia Parés-Bayerri

## Resumen

Jeannette, una mujer gitana de setenta años, comparte su vida llena de experiencias en este relato en primera persona. Desde joven, se dedicó al baile flamenco y recorría tablaos para ganar dinero con sus habilidades. Su vida dio un giro cuando se casó a los quince años con un hombre mayor que la maltrató.

Cinco años más tarde, decidió huir y se estableció en una localidad de la costa, donde trabajó como bailaora durante ocho años hasta que el bar donde actuaba cerró. Posteriormente, se trasladó a Barcelona y continuó trabajando como bailaora en el barrio de Sant Antoni.

En una ciudad de la provincia de Girona, conoció a Antonio, el cantante del grupo flamenco con el que actuaba, y se enamoró profundamente de él. Sin embargo, la relación terminó trágicamente debido al cáncer de pulmón de Antonio, sumiéndola en la tristeza.

A pesar de que siempre ganó bien como bailaora, nunca pudo cotizar oficialmente, lo que afectó su seguridad social en el futuro. Después de un infarto a los sesenta años, se encontró en una situación económica precaria y acudió a Servicios Sociales en busca de ayuda. La trabajadora social la atendió de manera excepcional y le proporcionó apoyo económico y acceso a recursos como el banco de alimentos y la teleasistencia.

Más tarde, fue derivada a un espacio de participación y encuentro para personas en situación de fragilidad social. Jeannette participa en diversas actividades lúdicas como gimnasia, caminatas, baile y yoga. Destaca el fuerte vínculo y el cariño que ha desarrollado con los profesionales y las personas del grupo, quienes han sido fundamentales para su recuperación emocional.

Gracias a Servicios Sociales y a la entidad de participación, Jeannette ha experimentado un proceso de empoderamiento y ha roto estereotipos negativos asociados a la vejez. Se siente autónoma y ha mejorado tanto a nivel físico como mental. Además, valora mucho poder compartir su pasión por el flamenco con sus compañeras.

En general, esta experiencia ha sido transformadora para Jeannette, quien destaca el papel fundamental de la empatía, el respeto y el amor brindado por los profesionales en su proceso de crecimiento personal y envejecimiento activo.

## Soy Jeannette

*Bonjour à tous!* Nací en Perpiñán hace setenta años en el seno de una familia gitana. Soy la pequeña de siete hermanos y, en contra de lo habitual, no fui la más mimada.

Empecé a bailar flamenco al tiempo que a caminar, y, a partir de los doce años, ya mis hermanos me llevaban a tablaos para sacar dinero con mis zapateaos.

A los quince años me casaron por la ley gitana con un hombre (por nombrarlo de alguna forma), diez años mayor. Él me maltrató. Mucho.

A los veinte años, hui, con la ayuda de dos amigos, de esa vida de violencia, y fui a parar a un pueblito de la costa catalana muy concurrido de turistas en verano. Estuve trabajando como bailaora durante ocho años y me sentía bien, estaba feliz, pero el dueño del bar murió y el bar cerró.

Mi nuevo destino sería Barcelona. diez años más, siempre trabajando como bailaora, esta vez en un local en el barrio de Sant Antoni. Allí, hice amistad con una chica y ella fue la que me propuso un nuevo trabajo en una ciudad de la provincia de Girona, en el bar de su tío, bailando también.

En este bar, los fines de semana bailaba, actuábamos con un grupo flamenco, había cantante, músico de caja y palmero. Me enamoré de Antonio, el cantante, y él se enamoró de mí.

Una sensación que me gusta mucho es dormir acurrucada en los brazos de un hombre y, aunque tuve muchos amantes, jamás había sentido el amor que sentí por Antonio. La relación duró poco, murió después de un año, a causa de un cáncer de pulmón. Fue entonces cuando la tristeza se apoderó de mí.

Como bailaora siempre me pagaron muy bien y recibía buenas propinas, aunque todo el dinero era negro y no pude cotizar ningún año.

Se acabó el flamenco, y trabajé varios años en una empresa de limpieza. No me gustaba el trabajo, pero necesitaba el dinero. Luego estuve haciendo horas sueltas cuidando mujeres mayores; eso sí me

gustaba, me entretenía. Siempre he sido sociable, me gusta la gente y dar y recibir cariño.

Si tuviera que destacar algo característico de mi persona, diría que soy una mujer que adora abrazar y ser abrazada, entre la buena gente, para traspasarnos grandes dosis de energía positiva.

## Servicios Sociales

Sufrí un infarto a los sesenta años y tuve que dejar el trabajo. Me vi en una situación muy precaria económicamente: no podía pagarme el alquiler del piso ni la comida, así que acudí a servicios sociales.

Allí, la trabajadora social de entonces me atendió muy bien. Expuse mi preocupación. Y ella valoró mi situación y establecimos un plan de trabajo específico para fomentar mi autonomía, buscando una respuesta integral a mi situación. Me explicó todo lo que podía hacer por mí, y me ayudó mucho.

El objetivo principal en ese momento fue abordar mi inestabilidad económica para poder tener cubiertas las necesidades básicas vitales. Así que ya en la primera entrevista la trabajadora social empezó a tramitarme la ayuda de 480 euros, 174 euros de bienestar social y una ayuda de 1100 euros al año para el alquiler del piso. Este trámite tardó unos tres meses y desde entonces lo sigo cobrando.

Me dio acceso rápidamente al banco de alimentos, donde me dan productos básicos como arroz, leche, legumbres, etc.

Con la trabajadora social nos íbamos viendo cada dos meses. Ella revisaba mi situación y se preocupaba por mí. Fue ella, también, quien me dio el botón de teleasistencia para poder activarlo si me sentía mal estando sola en casa. Aún ahora lo llevo conmigo.

Una vez ya estuve estable a nivel económico y médico, surgió un nuevo objetivo en nuestro plan de trabajo que pretendía favorecer mi integración en la comunidad y mejorar mi vida social, ya que pasaba mucho tiempo sola. La trabajadora social expuso mi caso a una entidad donde realizan un programa de actividades lúdicas

para personas en situación de exclusión y les indicó que me avisaran cada vez que realizasen un curso de tipo lúdico. Así lo hicieron.

Actualmente, sigo yendo a Servicios Sociales. Tengo una nueva trabajadora social que al igual que la anterior me comprende y se interesa por mí. Ahora la veo cada cuatro meses, las visitas son más cortas porque ¡todo está muy bien en mi vida!

## Entidad en la que participo

Desde Servicios Sociales, después de un año aproximadamente de ir viendo a la trabajadora social, me pusieron en contacto con la entidad. Me empezaron a llamar de la entidad para proponerme cursos y actividades que hacer. Y yo iba siempre.

Las dos personas referentes que organizan el programa de actividades han sido siempre encantadoras conmigo. Enseguida, me informaron de las actividades lúdicas que hacen cada día y me incluyeron en ellas. Poco a poco, fui siendo una habitual en el centro de la entidad, hasta el punto de que ahora no puedo pasar una semana sin ir.

Soy usuaria habitual del programa de actividades que promueve una entidad que está en una ciudad de la provincia de Girona. Es un espacio de participación y encuentro para que personas que viven en situación de fragilidad social puedan compartir vivencias y avanzar en la búsqueda activa de soluciones a sus situaciones personales, fomentando las acciones dentro del marco comunitario.

En este contexto, se desarrollan actividades diversas que cambian en función de los intereses y propuestas de los participantes: talleres de gimnasia, caminatas por el monte, proyecto de huertos, visitas a lugares de interés o salidas lúdicas, talleres de danzas tradicionales, etc.

Vincularme a esta entidad ha sido de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Y hasta el momento, puedo decir que son lo más parecido a una familia que tengo.

Actualmente voy tres días a la semana, los miércoles hago gimnasia, los jueves caminata y, el viernes, baile. Como os podéis imaginar el baile me encanta, hacemos zumba, *twerking* y ¡también flamenco!

Como el flamenco es mi pasión, a veces soy yo quien enseña al resto de chicas. También hacemos otros cursos, como yoga o trucos de belleza.

En las clases semanales, además de la actividad en sí, el trato de los profesores es muy humano y cercano. Si es necesario, destinamos un tiempo a hablar de aquello que en aquel momento necesitamos. Los profesores trabajan la cohesión de equipo favoreciendo la colaboración entre nosotras, presentándonos y realizando actividades con las que interaccionamos unas con las otras, de forma que, al final, somos un grupo de personas amigas que esperan ese día para verse y disfrutar.

En la entidad me quieren mucho, me siento bien con ellas, nos abrazamos a menudo.

## **Las profesionales que me han atendido**

El primer contacto que he tenido con una profesional del ámbito social de la red comunitaria fue con la primera trabajadora social que me atendió en servicios sociales de atención primaria. Siento que ella me ayudó mucho a superar esa mala etapa que viví en ese momento, porque se implicó y puso todos sus esfuerzos en mejorar mi situación de exclusión y vulnerabilidad. Actuó con calma y rapidez, y eso lo agradezco mucho, porque yo no veía salida ni solución a mis problemas económicos. A través de las entrevistas me conoció, detectó rápidamente lo que yo necesitaba y me dio acceso a toda la información.

Esta primera profesional fue decisiva en mi vida y condicionó mi relación con el resto de los profesionales, porque me hizo sentir muy cómoda y se generó una confianza que luego he conservado con las demás. Establecí mucho vínculo con ella.

En mi opinión, el vínculo con las profesionales ha sido determinante en mi evolución personal. Ellas han tenido la capacidad de entender las situaciones que he vivido y han comprendido cómo me he sentido.

Aunque mi primera petición fue solicitar algún recurso social o económico, las profesionales se interesaron en saber cuáles han

sido las causas que propiciaron mi situación y quisieron conocer mis sentimientos en las decisiones que tomé en el pasado y cómo influyen en mí ahora. Tuvieron en cuenta diversos factores de mi vida y siempre actuaron respetándola, teniéndola en cuenta y valorando conjuntamente conmigo si se debía hacer alguna cosa.

El vínculo con ellas ha favorecido, sin duda, los cambios en mi mejora personal. Sus intervenciones parten de la empatía, han entendido mis emociones, mis afectos y desafectos, mi historia familiar y relacional. El trato en las entrevistas ha sido excelente, me han formulado siempre las preguntas con mucho tacto y sensibilidad, y muchas veces el planteamiento de estas han ido dirigidas a pensar y reflexionar.

Ella y todas las demás trabajadoras sociales que me han atendido (han ido cambiando) en estos años han tenido la capacidad de observarme más allá de las palabras, analizar mi situación e identificar posibles problemas y prevenirlos antes de que sucedan. Por ejemplo, cuando me derivaron a la entidad fue porque detectaron que mi vida social había quedado muy reducida, y yo seguía y sigo siendo una mujer muy activa que necesita relacionarse. Si no estuviera haciendo estas actividades lúdicas seguramente me aburriría mucho y estaría triste y deprimida.

Para mí, una buena profesional consiste en ser primero una buena persona que te acoge y te da cariño, que no te juzga, y que está a tu lado más allá de lo esencial. Las personas mayores requerimos, más que otras personas, de compañía. Pero esta compañía va más allá de, simplemente, estar con nosotras. Necesitamos a alguien que nos escuche, que nos brinde empatía y amor. Este tipo de atención es la que han tenido conmigo, y todo ello ha contribuido a aumentar mi autoestima y no sentirme sola. Por ejemplo, mi monitora de caminata siempre se preocupa por mí si pasamos por algún sitio que yo no puedo pisar bien, y me avisa antes y miramos la mejor manera para hacerlo. Los paseos por la ciudad los hago todos, pero si son por el monte ella me avisa y valoramos si puedo hacerlos.

Una de las cosas que más miedo me daba de ser usuaria de servicios sociales es que los profesionales me impusieran una forma de hacer las cosas que no fuera conmigo, y tener que depender de estos, porque

pienso que todas las personas somos libres y debemos serlo, aunque necesitemos ayuda. He tenido la suerte de que las profesionales que han intervenido conmigo, han respetado mi toma de decisiones y me han dejado continuar dirigiendo libremente mi vida (siempre con respeto hacia los demás, claro).

Aunque ellas son las profesionales y yo la persona a la que atienden, en ningún momento he sentido que se posicionaran en un nivel superior a mí. Hemos construido mi proyecto de vida juntas, me han escuchado y han respetado mis opiniones, criterios y decisiones sobre mi propia existencia, aunque quizás no las compartan. Las profesionales siempre han puesto su atención en mí y me han hecho sentir única, porque en todo momento he continuado dirigiendo y controlando mi vida.

En la entidad, siempre he sido una más, he participado en todo y hablo con ellas desde el corazón y la absoluta confianza.

## Conclusiones

Mi experiencia como usuaria de Servicios Sociales de Atención Primaria y de la entidad ha sido sumamente gratificante y significativa en mi proceso de desarrollo personal y mi relación con las demás personas. A modo de conclusión, resaltaré aquellos aspectos que más han incidido en mi persona:

- He incorporado un montón de conocimientos y experiencias y he desarrollado muchas habilidades. Por ejemplo, tengo mucha más conciencia en mantener una alimentación saludable y me cuido; he conocido muchas personas que han compartido conmigo confidencias que han potenciado mi inteligencia emocional. Está siendo un gran aprendizaje y, de forma progresiva, se ha ido reforzando todo un conjunto de valores, como la participación en comunidad, el respeto, la solidaridad y la empatía, que se hacen presentes en mi día a día.
- Me siento una persona autónoma y he roto muchas creencias y mitos negativos que tenía impuestos sobre la vejez. Las

profesionales de mi alrededor me han hecho ver que sirvo y que las personas mayores somos una parte de la población importante que no tenemos que estar encerrada esperando a morir. Me he empoderado como mujer y, aunque ya sea mayor, he rejuvenecido. Gracias a los profesionales puedo decir que estoy teniendo un envejecimiento activo y con autonomía personal: no soy una abuela dependiente. El plan de actividades en el que participo a propuesta de la entidad fomenta la socialización, la convivencia y la participación de todas las personas que formamos el grupo.

- El trabajo en grupo que realizamos en las actividades, para mí ha sido la forma más eficaz de promover cambios en mi actitud, conducta, emociones y hábitos: a través de la reflexión conjunta, el intercambio de experiencias, el autoconocimiento, la autovaloración y el apoyo mutuo. Como mujer, ha sido importante para mí el hecho de contactar con otras mujeres que han pasado por procesos similares; las actividades en grupo han potenciado mi recuperación emocional porque he podido manejar mejor los pensamientos que venían de situaciones de violencia que sufrí en mi juventud.
- Compartir mis experiencias en grupo ha hecho que me sienta más segura y ha aumentado mi autoestima; he desarrollado habilidades de comunicación y empatía, porque nos abrazamos y expresamos nuestro afecto y comprensión. Me he dado cuenta de que muchas de mis vivencias tienen aspectos comunes con otras mujeres, lo que ha permitido que hayamos podido establecer relaciones significativas unas con otras, así como con las profesionales.
- Las intervenciones por parte de los profesionales me han hecho sentir única, porque cada persona es única, y merece una dedicación especializada según su situación, personalidad, necesidades, capacidades, etc. En el grupo de la entidad se ve claramente que no todas las personas vivimos de la misma manera, porque no somos iguales. Cada persona vive según

sus circunstancias y preferencias. En cambio, sí somos iguales en dignidad y derechos, y eso lo he visto en la entidad que se nos trata a todas con respeto independientemente de la edad, salud, género, etc. Esta consideración también va dirigida hacia nuestra manera de vivir y actuar, nuestras rutinas y hábitos. Me siento libre de ser yo misma.

- Teniendo en cuenta que tengo setenta años, puedo decir que estoy envejeciendo de forma activa y saludable gracias a las actividades en las que participo en la entidad y también a la ayuda de Servicios Sociales de Atención Primaria. En primer lugar, allí me siento segura, sé que puedo acudir a ellas si necesito ayuda o, simplemente, mantener una conversación. En segundo lugar, el hecho de participar en una comunidad o grupo de personas me fortalece porque siento que mi opinión cuenta y que apporto mi granito de arena (por ejemplo, si participo en la preparación de alguna actividad). Y, en tercer lugar, mi salud mental y física ha mejorado notablemente porque las actividades que realizo me aportan felicidad y mejoran mi condición física. Estoy comprometida con todo el equipo que formamos en la entidad, ellas son importantes en mi vida. Mis compañeras han contribuido a mejorar mi salud mental, porque hablamos mucho y compartimos puntos de vista acerca de diferentes cuestiones, nos reímos y también nos consolamos, y esto me hace llegar a casa satisfecha con mi vida. Por último, quiero destacar que también a nivel físico he mejorado muchísimo, ¡soy una abuela activa y ágil que vive en un tercer piso sin ascensor!

Finalmente, quiero acabar este capítulo igual que lo he empezado, hablando de mi gran pasión: el flamenco. Aprecio de todo corazón que las profesionales de la entidad me dejen, de vez en cuando, dar alguna clase a mis compañeras, porque bailar me lleva a otra dimensión. Me gusta poder compartir aquello de lo que más sé. ¡Gracias, familia!

# El día que nació una parte de mi vida

Olga Álvarez y Anna Armengou Balaguer

Todo el mundo tiene una opinión formada, todo el mundo sabe y piensa lo que es lo mejor para los demás, pero nunca nadie te pide lo que tú quieres y lo que tú piensas.

Todo empezó cuando llegué al médico, me sentía gorda, no me encontraba bien, me hizo un análisis y me dijo: «Tanto va el cántaro a la fuente que se ha roto». «Y eso qué quiere decir», dije yo. Y él me dijo que estaba embarazada de cuatro meses. Me sentía confusa, no entendía todo lo que me estaba diciendo y lo que me estaba explicando y yo dije si no se podía hacer nada, y él me dijo que no. Cuando me hablaba sentía como si me estuviera regañando, como si hubiera hecho algo mal, y yo le pedía qué podía hacer y él me decía que ya no se podía hacer nada, que se tenía que haber hecho antes. ¿Qué quería decir? ¿Que no podía estar con los chicos que a mí me gustaban?

A mí nadie nunca me había hablado de lo que podía hacer y de lo que no podía hacer. ¿Y por qué mi médico ahora sí lo hacía? ¿Por qué me decía esto? Después fui a casa, y se lo dije a mi padre y me empezó a decir si era una puta, solo gritaba y estaba muy enfadado. Se lo dije a mi madre y le vino un ataque epiléptico. Se lo dije a mi hermano y me echó de casa. No podía dejar de llorar, no entendía por qué todo el mundo se enfadaba tanto conmigo, qué había hecho que había molestado tanto. ¿Por qué yo no podía ser madre?

Me fui con mi abuela, la Francisca y le dije a mis tíos que me habían echado a la calle sin nada. Ellos me dijeron que me ayudarían. Durante muchos días lloraba por las noches, no tenía hambre y sentía

que estar embarazada era lo peor que me podía pasar. Me costaba entenderlos. En realidad, tener una hija me parecía que era bonito y todo el mundo felicita a las mujeres cuando están embarazadas. ¿Por qué a mí nadie me felicitaba? ¿Cómo se puede llegar a la vida si nadie se ha alegrado de que llegaras? Nadie no es cierto. Yo estaba contenta, pero no lo podía decir. Recuerdo aquel tiempo, parecía como si estuviera en una película, todo lo veía diferente, mi cuerpo cambiaba y el paisaje de mi alrededor también.

En ese momento no tenía trabajo, y fui al ayuntamiento de mi pueblo y me dijeron que no podía trabajar estando embarazada de cuatro meses. Me sentí muy mal, me trataron fatal... Las personas del pueblo también me miraban mal y me criticaban. Me decían que era «una puta», y yo me sentía mal, no podía dejar de llorar, me sentía nerviosa y sola. Nadie me ayudaba, mis tíos me dijeron que lo harían, pero querían que hiciera todo lo que ellos me decían. La única era mi madre, ella me quería ayudar, pero mi padre no le dejaba. Sentía que me escuchaba y de alguna manera sentía que ella se alegraba de que estuviera embarazada. Pensaba en recuerdos de cuando era pequeña, olores de comida que cocinaba mi madre, ella siempre me ponía en la falda y me contaba historias, me daba besos y continuaba cocinando. Era mi lugar preferido, estar en la cocina a su lado.

Mi madre no se encontraba bien y el médico le dijo que si yo regresaba a casa ella estaría mejor. Mi madre, después, me dijo que no me dejaría nunca.

Cuando estaba de cinco meses, fuimos a la tienda donde él trabajaba, y las dependientas le dijeron: «Javi, no vuelvas, que está aquí la chica que salía contigo y está embarazada». Y estuvimos al menos seis horas y no llegó nunca. Y los de la tienda me dijeron que si el chico se hacía cargo de la criatura se la podía llevar a Marruecos y no la veríamos nunca más.

Ante esta situación no sabía qué hacer, ya no podía abortar, ya no podía hacer nada. Es una situación muy mala, te quedas sola, sin trabajo... y ya no piensas en ti, piensas en el bebé, que, cuando nazca, cómo le darás comida. Incluso me envenené sola, no recuerdo ni lo que me tomé... pero quería quitarme de en medio, yo y la criatura.

Después de pasar los meses, mis padres no me dejaban salir de casa, solo a comprar y cuidando a mi madre.

Cuando nació la niña, que nació el 20 de marzo, claro, mis padres venían de las 8 de la mañana a las 9 de la noche, pero mi madre no podía quedarse allí y tuve que quedarme sola con la niña en el hospital. Al cabo de unos días, le dijeron a Javi que había nacido la criatura y él no venía, pero llamaba por teléfono a la habitación y no decía nada y sentía su respiración, pero yo le decía que me dejara tranquila. Cuando nació mi hija, mi padre la fue a inscribir al registro y le puso el nombre que yo entre sueños había dicho: Noelia.

Al principio bajábamos mucho a la ciudad, que teníamos cerca. Íbamos a tomar café o al médico y a veces tenía miedo de que me quitaran la niña... Vivía con mis padres, con mis dos hermanos pequeños y luego mi padre se puso enfermo. Mi padre no aceptaba a mi hija, pero como vivíamos allí se conformaba. A mi madre le hacía ilusión que hubiera la Noelia, tengo recuerdos buenos de aquella época y también malos, sobre todo cuando mi padre se enfadaba, tenía que coger a mi hija y llevármela.

La asistente social del ayuntamiento no me ayudó nunca, siempre decía que estaba ocupada, que no podía hacer nada por mí. A mí quien me ayudó fue la matrona del hospital, siempre se preocupaba por mí y me dio muchas cosas para mi hija. He tenido que buscarme la vida para poder salir adelante y poder criar a mi hija.

Cuando mi hija tenía un año y medio, me hicieron unas pruebas y, al cabo de un tiempo, me escribieron una carta, que tenía 33 grados de minusvalía y entonces mi tío (que sabía de todo) me llevó con la Fina (directora del centro especial de trabajo) y entonces la Fina me dijo que las personas que había dentro del taller tenían más grados que yo. Pero mi tío le dijo que yo no tenía trabajo y que tenía una hija pequeña, y que no tenía dinero y necesitaba trabajar. La asistente social, la Teresa, me dijo que un día me enseñarían el centro especial de trabajo y fuimos con mis tíos, había mucha gente, me agobió mucho.

Me sentí muy bien tratada por la Fina y la Teresa porque me querían ayudar. Con el problema que tenía tan grande, nadie hasta ese

momento me había querido ayudar. Yo necesitaba a alguien que me diera trabajo para poder alimentar a mi hija.

Mi madre quería cuidar a mi hija, pero tenía ataques epilépticos y mi padre pasaba de todo y llevé a la Noelia a una guardería, la vestían y la llevaban y la iban a buscar. El primer día que llegué al trabajo, la Montse (psicóloga) me señaló una silla y me dijo: «¡Siéntate aquí!». Y yo me asusté y pensé: «¿qué lugar es este?». Había mucha gente, personas que gritaban, que no conocía... Después me llevaron hasta la lavandería y me presentaron a la Dolores (monitora) y me enseñaron cómo se trabajaba allí. Empecé a hacer lo que me decían, aprendí a trabajar... Siempre me decían lo que tenía que hacer y cómo lo tenía que hacer. Eso me resultaba difícil. Yo pensaba que no siempre tenía que hacer caso a las monitoras, pero era difícil poder decir lo que pensaba. Al fin y al cabo, ellas me ayudaban y supongo que por eso yo tenía que hacer lo que ellas me decían, aunque había cosas del trabajo que pensaba que se podían hacer de otra manera. Tampoco entendía por qué nosotros íbamos vestidos diferente que las monitoras, teníamos un vestuario diferente e incluso, a la hora de desayunar, lo hacíamos en lugares separados. ¡Para mí aquello era extraño!

Además, hasta que no hice amigas me sentía muy sola, como si fuera una intrusa. Claro, la mayoría de las personas que trabajaban allí eran solteras y como explicaba yo que era madre soltera... Siempre me pregunto por qué la mayoría de las personas que trabajaban allí no podían estar casadas, o tener pareja, o ser madres o padres... No lo entendía y continué sin entenderlo. De hecho, allí mis compañeros me explicaban muchas cosas que no decían a los monitores, como si lo tuvieran que decir en secreto o en voz baja y, en realidad, me decían cosas de la vida, muy naturales.

En el trabajo, a la monitora no le gustaba nada que hablara o que dijera que no a algo que ella me mandara, pero pensaba que era normal. Me hablaba de una manera dulce y amable, pero quería que las cosas se hicieran como ella decía.

Cuando la Noelia tenía tres años mi padre se murió en el hospital. Después, mi madre se encontró muy mal, perdió la cabeza, se pensaba

que si lavaba la ropa de mi padre y la planchaba mi padre volvería. Al final, el médico me dijo que era mejor que nos fuéramos del pueblo donde habíamos estado siempre y que buscáramos un piso en la ciudad que teníamos más cerca. El médico siempre intentaba decirnos cosas para que pudiéramos estar mejor, pero resultaba difícil hacerlo y la asistenta social del pueblo nunca nos ayudaba.

Vivíamos en la calle Cercs hasta que mi madre murió, y le expliqué a la Fina (la directora del taller) que ella había muerto y que no podía pagar el piso. Me sentí muy triste, todavía la echo en falta, murió cuando mi hija tenía ocho años. La Teresa me ayudó a buscar un piso. No era fácil, tenía pocos días y poco dinero. A mí se me hacía una montaña encontrar piso, teniendo en cuenta que mi sueldo era muy bajo. Al final encontré un piso muy viejo, la calle Piedad, que era un piso muy viejo. Estuve dos años o tres. De repente, cayó un trozo de suelo y en ese piso no se podía vivir. Estuvimos durante cinco o seis días en un hotel de la ciudad. Después, cuando me habían arreglado el comedor, resulta que la escalera se había estropeado. Y claro, hicieron escalas que se veía el suelo y a mí me hacía pánico.

Más tarde, encontraron pisos en el polígono industrial, que decían que eran de protección social. Yo no entendía muy bien estas palabras lo que querían decir, pero eran nuevos y estaban bien de precio. Fui a vivir con mi hija. Una de las condiciones que me pusieron para ir a estos pisos nuevos era que pudiera venir a mi casa una monitora a ayudarme. Eso me resultaba difícil de entender; también, que el nombre del contrato del alquiler del piso no sería con mi nombre, sino con el nombre de la asociación donde trabajaba, me dijeron que era más fácil conseguirlo con el ayuntamiento. Eso no me gustó y me molestaba, y no quería que viniera nadie a ayudarme. ¿Por qué? ¡Creían que yo no podía hacer las cosas!

Es muy fuerte tener una niña, una casa, y el trabajo... y estás sola, yo no tenía a nadie. Pero yo quería poder hacer las cosas sola. No quería que viniera ninguna monitora (educadora social) a casa, pero me di cuenta de que muchas cosas no las podía hacer.

Estaba muy rayada y me encontraba muy sola, y a veces me gustaba ver a las monitoras. Y las veía y pensaba que no estaba tan sola, que

había alguien que le podía explicar las cosas y me entenderían. He pasado muchas guerras con las monitoras. A veces me sentía bien y a veces no me sentía bien y no les abría la puerta. Al principio me enfadaba mucho, pero llegaba la monitora y se sentaba al comedor conmigo y empezábamos a hablar. Yo, al principio, ni la miraba a la cara, pero ella continuaba estando ahí y, aunque no la trataba bien, al día siguiente volvía. Era muy pesada. Venía casi cada día, pero me acostumbré a que viniera y ella intentaba ayudarme con las cosas que veía que no iban bien en casa. Me acompañaba a los médicos, cuando me era difícil ir a trabajar me venía a buscar, cuando discutíamos con la Noelia le podía explicar... Todo el mundo quiere decidir sobre su vida y poder hacer las cosas que quiere a su manera, pero a veces necesitas ayuda para poder hacerlas.

Cuando mi hija tenía trece años, empezó que no quería salir de la habitación, que quería estar sola, y yo trabajaba y me iba a las seis de la mañana. Le dejaba todas las cosas a punto, pero yo no lo sabía, que ella se quedaba en casa y no iba al instituto. Me llamaban, pero la Noelia borraba las llamadas y un día que lo cogí yo, me dijeron que hacía seis meses que no iba al instituto, y con una monitora fuimos al centro y me lo explicaron todo. Resulta que tenía pánico de salir de casa, estar con los compañeros... Ella siempre ha sido inteligente, sabe muchas cosas. De hecho, siempre me ayudaba a mí a entender algunas cosas. Cuando iba a la escuela, todo era más fácil. Le gustaba, yo podía hablar directamente con la maestra, tenía un grupo de amigas... A partir de ahí, me propusieron ponerla en un centro. Eso es lo peor que le pueden hacer a una madre, pero veía que la Noelia no estaba bien, y yo no sabía cómo ayudarla.

Al final, después de hablarlo mucho, decidí que sí, y yo me quedé hecha una mierda, porque la llevaron el centro, pero que no la podía llamar ni hablar con ella. Yo me sentía fatal. Estuvo mucho tiempo sin venir. Yo no sabía nada, me llamaban las educadoras que tenían allí para explicarme cómo estaba. Yo podía llamar al centro y hablar con las educadoras, pero no podía hablar con ella. Era muy extraño que yo no estuviera con ella y que unas monitoras estuvieran, parecían majas, pero a veces me daba rabia que ellas pudieran estar con la Noelia.

Al cabo de un tiempo, pudo empezar a venir los fines de semana, y ya podíamos hablar por teléfono. La veía más tranquila, aunque ella se enfadaba mucho con sus monitoras y no le gustaba que la obligaran ir al instituto. La Noelia siempre ha sido una niña fuerte y con carácter y yo sabía que podía hacerlo, que se saldría de todo en la vida.

Me sentí muy mal que la tuvieran que llevar a un centro, pero la educaron y la enseñaron bien.

Estuvo el centro hasta los dieciocho años, y ella quería volver a vivir conmigo. Me dijo que quería un piso que tuviera dos habitaciones, y mis monitoras me ayudaron a buscar un piso para vivir con su novio. Vivimos un tiempo juntas. Todo era más tranquilo. Al cabo de un tiempo no estaban bien con su pareja y lo dejaron, y ella decidió ir a vivir a otro lugar.

Ahora con la Noelia estamos bien. A veces nos discutimos, ella hace su vida, pero, aunque no vivimos juntas, siempre está mi lado, me ayuda si necesito algo y yo también la ayudo con lo que necesita.

La Noelia es parte de mi vida. Ahora mismo vivo por ella, mi vida no tendría sentido si no estuviera, porque ser madre es lo más bonito que te puede dar la vida. Todo lo que he vivido no me importaría volver a hacerlo, por ella.

Y yo continúo con mi vida, sigo trabajando en el taller (centro especial de trabajo) y me siguen acompañando en casa. A veces estoy harta de que todavía tengan que venir a mi casa, han de tener cuidado con lo que dicen y cómo lo dicen. Tengo cincuenta y dos años, he vivido mucho y me han pasado muchas cosas, y no siempre las monitoras tienen en cuenta eso. Ellas ven lo que no funciona y lo que hay que mejorar, pero ¿y lo que yo necesito? Hay momentos que me siento triste y me cuesta tirar adelante, pero se cómo hacerlo. Pero ellas solo ven su parte. Y necesitamos mucho cariño y mucho respeto, y a veces tienen tanta prisa que no me gusta cómo me hablan.

A veces me gustaría encontrar otro trabajo, pero a mi edad es difícil y allí tengo un sueldo asegurado. Aunque siempre hago lo mismo, me resulta aburrido y creo que podría hacer otras cosas, pero es difícil decir esas cosas y que los monitores te hagan caso.

El día que nació una parte de mi vida

Antes de acabar, quiero decir que para las personas que somos madres solteras, —como, por ejemplo, yo— resulta difícil, pero lo podemos hacer. Tenía muchas cosas para aprender cómo ser madre y me lo tenían que explicar, y lo tenían que explicar bien, para que yo lo pudiera hacer y las pudiera entender.

# Participantes activos en nuestro proceso evolutivo de salud mental

Jose A. López Porto, Ismael Almeda Martínez, Ramon Tormo Bertrol, Esteban Fontalba Sánchez y Edgar Iglesias

## Contextualización y resumen

El presente texto muestra la experiencia evolutiva de cuatro personas que con trastorno mental participan de un recurso social. A partir de dos conversaciones en grupo, su opinión se ha estructurado de manera agrupada y según unas temáticas identificadas en títulos. Para facilitar la lectura del texto, las opiniones de cada una de las personas expertas por su experiencia son separadas con un paréntesis y puntos suspensivos «(...)». El término *educadora social* se ha utilizado para anonimizar a la profesional a la que en todo momento se hace referencia.

Era un desastre mi vida con la alteración de la realidad. No me encontraba bien, tenía paranoias y miedos. El contacto con la sociedad era algo terrible y la cosa iba en peor. Con el club social, a medida que han ido pasando los años, he estado más a gusto y además es terapéutico para mí. Me sirve para mi salud y seguiré así mientras pueda. (...) En mi caso, mi familia lo supo llevar bastante bien, porque cuando me la diagnosticaron, en seguida les explicaron lo que había y a raíz de ahí tomo medicación. Desde el año 93 estoy con psiquiatras, hace 29 años. (...) Yo, empecé desde los siete años que tuve epilepsia. Hasta el 2010 estuve ingresado en Mataró y luego ya fui evolucionando. Luego vine aquí y ya empecé a evolucionar un poquito más. Primero, al llegar, era como un palo. No sabía a qué venía, era como un zombi. Empecé a observar y al cabo de los años ya empecé a evolucionar, a ser más como soy yo. (...) Yo, después de un tiempo, ya vengo con mi coche.

## Aprendiendo a vivir con la enfermedad mental

Son varios los ejemplos que podemos compartir para mostrar cómo los trastornos mentales ya formaban parte de nuestras vidas incluso antes de nacer.

Mi abuelo se ahorcó. (...) ¿Ante todo esto, podemos afirmar y preguntarnos a la vez sobre el factor genético que tenemos nosotros?

Los sucesos traumáticos pueden también explicar su origen.

Yo empecé con la muerte de mi madre, cogí una depresión muy fuerte. Luego ya pensaba que me daba todo igual, empecé con los tóxicos y empecé a tener ingresos. Tuve tres ingresos en Arenys de Munt, en un psiquiátrico que hay allí y luego tuve diez ingresos más.

Incluso, hay quien, llevando una vida bien normalizada, su propia familia no quería aceptarlo.

Yo empecé a tomar medicación a los treinta y cuatro años. Tuve una alucinación religiosa muy fuerte. Fui al psiquiátrico de Sant Boi. Allí me ingresaron dos semanas y empezaron a darme medicación. Anteriormente no había acudido al psiquiatra ni tomaba medicación. Pensaba que había una conspiración de la sociedad en mi contra. Mis padres no querían aceptar que yo tenía una enfermedad, no querían que fuera ni al psicólogo ni al psiquiatra. Supongo que había habido casos de antecedentes de la familia con esquizofrenia. Me hubiera gustado conocer a mi abuela materna y a mi tío, que tenían la enfermedad. Si los hubiera conocido, habría tenido más herramientas para afrontar lo que me ha pasado a lo largo de la vida.

En común, la medicación en forma de pastillas es un hábito en nuestras vidas.

Entre pastillas del médico de cabecera y psiquiátricas, tomo veintitrés al día. Me ha costado adaptarme desde el año 93. (...) Yo solo tomo cuatro pastillas al día, dos por la tensión y dos más. (...) También tomo pocas, una y media por la noche y una por la mañana. Comparto con él las «alu», las alucinaciones. Tenía alucinaciones religiosas como él. Hablaba con Dios y cosas raras.

## La llegada: de la desconfianza a la seguridad

La llegada al servicio fue a partir de la derivación de otros profesionales.

A mí el enfermero del Centro de Salud Mental de Adultos me dijo que había un club social, que estaba muy bien, que me iría bien y vino conmigo. Me acompañó y tuvimos la entrevista con la educadora social y gracias a eso llevo aquí quince años. (...) Llevo veintitrés años aquí. Me envió la trabajadora social de la época. Me habían dado una pensión por enfermedad porque había estado trabajando en la Generalitat de Catalunya como administrativo durante diecisiete años. Me dijeron que tenía que hacer algo y que existían estos talleres.

Hay quien lleva menos tiempo, pero también fue derivado.

Mi primer año fue el 2017. Era un día a la 1.30h. Tuve la visita con la educadora social. Me dijeron como a Ramon, que tenía que hacer algo y desde el Prelaboral me dijeron que viniese aquí. (...) Yo soy de Badalona y el trabajador social de allí se reunió conmigo y me mandó aquí, en 2015. Empecé, creo, en mayo y ya llevo ocho años. Vine con miedo, cohibido, tímido, vergonzoso y me dio como un yuyu de tanta gente. Cogí pánico y venía en el tren desde Badalona, con miedo durante el trayecto. He mejorado un montón, ahora vengo con mi coche.

## Acogiéndonos

Un elemento favorecedor para ganar confianza frente a un nuevo espacio es sentirnos acogidos. Cualquier persona lo necesita y aquí también ocurre.

El día que llegué, el Isma estaba allí y me vino a visitar primero. Luego vino Jose o el Ramón (...). Yo, siempre, con la gente nueva digo: «Hola, ¿qué tal, cómo te llamas?, ¿de dónde eres?». Hay gente que viene de más lejos, gente de más cerca. Yo, por ejemplo, vengo de Badalona. (...) Aquí somos todos una familia y no hay nada de qué avergonzarse.

## El contrato

El conjunto de actividades en las que estamos involucrados forma parte de un acuerdo. Como participantes debemos definir qué haremos y cuándo lo haremos.

Venimos tres horas por la tarde, yo y el Ramón y él, los lunes. Los jueves, cuatro horas, porque venimos al huerto y luego venimos aquí. (...) Tienes una semana que estás de prueba y, si va bien, puedes pactar los días que vas a venir y luego, poco a poco, sí quieres venir más, lo consultas o lo hablas. Yo, por ejemplo, vengo todos los días. (...) Cuando empecé, me dijo la educadora social: «Tú ¿cuándo quieres venir?» Y dije: «Pues yo, todos los días». Y, en principio, vengo todos los días.

## Actividades (terapéuticas) con sentido y valor personal

Las actividades que hacemos son actividades que, pensándolo bien, todas son terapéuticas.

Aquí todo es terapéutico, yo no lo pensaba, lo escuché a él decir «yo vengo aquí para hacer las actividades terapéuticas», pero me quedé extrañado. Y dije: «Pues yo ya llevo unos años aquí y ¡hostia!, yo estoy bien gracias a las actividades terapéuticas también. (...) Quiero hablar de los martes. Los martes hacemos un taller de autoconocimiento y ahí se aclaran muchas cosas. (...) Para hacer gestión de las emociones. Y conocerse a sí mismo. (...) Los lunes hacemos artes escénicas, los martes lo primero que hacemos es asamblea, se habla de cosas que pueden pasar o que han pasado, de lo que vamos a hacer el fin de semana, de lo que vamos a hacer el miércoles en cocina. Se habla un poco de todo. Me gusta también compartir para que la gente sepa lo importante que es la salud mental, porque es superimportante, la verdad. Y más, ahora, los niños con los móviles.

Mirando hacia atrás, nos damos cuenta que no siempre ha sido así.

Es que, con el paso de los años, pues yo que llevo 23 años aquí, al principio no teníamos tantas cosas. Hemos realizado talleres de

movimiento, taichí, chi-kun, yoga, etc. ¡Y teatro! Y hemos ido a la radio, hemos hecho cortometrajes, obras de teatro, hemos hecho coreografías de canciones que bailamos y cantamos...

Pero no termina aquí.

También hemos hecho un corto que pasaron en el festival FastCurt. (...) Hemos bailado, cantado, actuado delante de todo Masnou. No me acuerdo qué me tocaba, pero me discutí con la educadora social y le dije: «¡Si yo no soy actor! ¡Cómo voy a actuar!». Y me dice: «¡Sí que puedes!». Al final nos salió más o menos. Tiempo atrás, íbamos a Barcelona, a los cines Balanyà, ahí, en Sants. También ha habido años que hemos realizado exposiciones de dibujos que hacíamos aquí en el local. Dibujos con acuarelas. También, hacíamos exposiciones allí en el mercado nuevo, en la parte del edificio centro, que todos los que pasaran por allí pudieran ver nuestros dibujos. (...) No estamos quietos, a la educadora social no le gusta vernos quietos. También hacemos el sábado. Cuando le toca a la compañera Claudia, nos vamos a ver exposiciones y museos y vamos a Barcelona o a Mataró. Y a la playa.

Además, tenemos un himno que sabemos todos de memoria y cuya letra es contra el estigma. Dice: «No nos hundiremos – si trabajamos, conseguiremos nuestros sueños – porque sabemos que los sueños cambian el destino de las personas».

## **Aprender de los demás es ganar confianza**

En común, nos damos cuenta de que a lo largo del tiempo hemos aprendido unos de otros.

Yo he aprendido mucho de Ramón. Él no sé si lo sabe, pero yo he aprendido de él. Le veía hacer las actividades sin tener vergüenza. (...) El Isma, la verdad es que él ha hecho muchas cosas que yo no tengo ni idea de cómo hacerlas. Y llegan unas conclusiones: Ramon, yo me he fijado mucho en ti. (...) Yo intento realizar las actividades que hace la entidad lo mejor posible y aprendo del resto de compañeros. Aunque sea a mi ritmo, intento hacer todo lo posible y participar al máximo de las actividades. Al principio yo no me sentía seguro estando aquí.

Solo participaba de algunas cosas, porque, claro, yo hace 23 años que vengo y durante los 3 o 4 primeros años no le encontraba mucho sentido a venir. Poco a poco, a raíz de tener una serie de experiencias negativas, pues me tuvieron que cambiar la medicación, empecé a tener alucinaciones. Entonces vi que tenía que venir y realizar las actividades que me tocaban y poder estar así con un nivel de vida más saludable. Sí aprendo del resto de compañeros, ¡ya lo creo! (...) Cuando entré aquí estaba tímido y vergonzoso. Tenía que hacer actividades como teatro, y veía a Ramón tan campante ahí, subiendo al teatro y dije: «Hostia, mira a este tío que no tiene vergüenza y se tira ahí al ruedo como si nada...» (...) Yo, cuando entré, venía un poco a modo, desganado. Un poco sin ganas de hacer las actividades y vi a Ramón tan puesto con sus cincuenta y nueve o sesenta años que tenía y dije: «¡Hostia, vamos a tomárnoslo en serio, vamos que esto mola!». Y eso, aprendí de Ramón. (...) También me pasó y no es que sea Ramón, no ¡es que me metí en Ismael casi! Sí, porque Ramón lo pasa a Ismael e Ismael me lo pasa a mí y Jose no sé si le pasa lo mismo. Y Ismael vi que era muy valiente, muy echao p'alante. Estaba ahí siempre.

## Y llegaron los resultados

Es común la vivencia de una transición entre los miedos de la llegada y el sentirse bien. Es una cuestión de tiempo.

Yo digo lo mismo, ahora va a hacer quince años y entré muy mal, o sea, fatal. La profesional te lo puede decir. Vine a hacer la entrevista de militar y con la gorra. Me trajo el enfermero y tenía muchos miedos y ansiedad. Estaba en una cola y me sudaban las manos, me temblaban las piernas, tenía unos vértigos exagerados. Era salir de casa por la puerta y coger e irme para arriba otra vez. Y luego cogí y tuve que llevar un bastón durante dos o tres años para tener más confianza. Así que, al empezar, venía solo; luego empecé a venir con el Ramón y veníamos los dos y nos íbamos los dos. Poco a poco fui cogiendo un poco más de confianza. Luego ya empecé a venir yo solo. Cuando falleció mi madre, entonces sí que ahí tuve una depresión mayor. Estuve por lo menos siete años o algo así. Luego ya me salió el trastorno esquizofrénico tipo bipolar y a raíz de eso tuve que dejar de trabajar. Además, tenía ideas

autolíticas y unas voces y empecé a venir aquí. Poco a poco fui haciendo y me fui encontrando mejor. (...) Personalmente estoy muy a gusto aquí. Empecé a venir con algo de prevención. Supongo que esto le ha pasado a la mayoría de nosotros, que al principio pues decías «pues no, no voy a encajar bien aquí», no le encontraba una motivación especial. Con el paso de los años y con mis circunstancias, he encontrado una evidente mejora en mi nivel de vida. También con el tratamiento de mi enfermedad, pues yo necesito tres cosas: la medicación, el contacto con los profesionales de salud mental y realizar actividades de terapia aquí. Sin estas tres cosas va todo mal. Hace treinta años no tomaba medicación, no iba con los profesionales de la salud mental ni realizaba actividades de terapia, trabajaba, pero no rendía en el trabajo. (...) Yo, al principio, me sentí con mucha vergüenza. Vinieron por aquí, por la esquina de la puerta, no sé si fue primero el Isma o el Ramón o Jose, pero me dieron un apoyo moral muy grande cuando vinieron hacia mí. Porque sentía algo como que no sabía si iba a encajar bien. Y a partir de los años fui remontando y observando qué hacían mis compañeros para hacer piña. Me siento respetado y me siento querido por los compañeros.

## Tenemos referentes

Todos coincidimos en que nos sentimos bien tratados.

De coña, aquí somos una familia. Donde va uno va el otro y para mí la educadora social es como casi una madre, me ha ayudado un montón y le debo un montón. Gracias a ella, me he puesto muy bien porque yo vine aquí bastante mal y me siento pues superbien y a gusto. (...). Cuando entré aquí todo el mundo se presentó: «Hola, ¿qué tal? Eso y lo otro...», y siempre apoyándonos unos a otros.

También tenemos referentes en nuestro contexto familiar.

Me hubiera gustado tener un punto de contacto para desarrollarme en mi vida. En mi caso, mi abuela, tenía lo mismo que yo y mi tío también. Me he fijado y he aprendido algo: mi tío viene tres o cuatro veces a comer a casa de mi madre, que es su hermana. Está bien, vive solo en San Roque y veo que es autónomo, independiente y que está estable. Me ha ayudado cuando viene a casa, ya que lo veo bastante bien.

## Un buen profesional

Tenemos bastante claro aquello que define a un buen profesional.

Primero, que esté relajado y que esté en buena sintonía con lo que tiene delante. (...) Tener empatía con la gente. Además, para tratar con nosotros hace falta un poco de carácter porque a lo mejor vamos para un lado y somos cabezones y decimos: «por aquí». Y la profesional nos dice: «no, por aquí no y punto». Y nosotros nos movemos, volvemos al sitio donde tenemos que estar. Entonces, un poco de carácter hace falta. (...) También paciencia se debe tener. Un colectivo como este es para volverse medio lelo al final. No digo que hagamos daño, pues en realidad no es un colectivo conflictivo, pero cuesta. Dirigir un grupo así es realmente difícil. Es duro.

Aunque también hay límites que creemos que no deben excederse.

En el otro lugar que yo estaba, había enfermeras y los médicos con su bata y tal, y si había uno que empezaba «porque no sé qué, porque no sé cuántos» tampoco estoy a favor de eso, pero lo cogen y... ¿cómo se dice? (...) Lo inmovilizan y si sigue, al final lo acaban atando. Eso no me gusta. Y le meten un chute. Creo que una persona con estas características tiene que saber comprendernos, que, como dice Ismael, es muy difícil y no solo se aprende con los libros, sino que, para nosotros, las personas que tienen que tratar con personas que tienen esta problemática deben tener buen corazón.

También estamos de acuerdo en que el hecho de acompañar significa poner límites. Los necesitamos.

Cuando la educadora social ve que una cosa que no rula, antes de que no rule, enseguida te dice «¡ey!, esto no», pero lo hace con buena intención. Eso forma parte de aquí.

Y nos preguntamos: ¿hasta qué punto los profesionales deben tomar decisiones que afecten las vidas de las personas?

Orientar, deben orientar. Las decisiones, por supuesto, al final las debe tomar el usuario o el miembro de la entidad y también con la familia del usuario o participante. Al menos un profesional debe saber orientar

y debe saber explicar bien. También debe mandar unos objetivos y marcarlos con esa persona. O sea, potenciar según qué aspectos para mejorar el nivel de vida y el transcurso de su paso por la entidad. Se marcan unos objetivos con la persona y al cabo de los años se ve si se ha avanzado, si se han conseguido las metas que se proponían. (...) Exacto, orientar, aconsejar, decir por aquí no y por aquí sí.

## **Necesitamos más gente**

Si nos preguntamos qué esperamos de la entidad, nuestras opiniones coinciden: queremos ser más personas en el grupo.

Queremos a más gente dentro. Que venga más gente. Las subvenciones que tiene la entidad, pues pueden hacer que el club social se amplíe, que tenga un funcionamiento aún mejor. Por ejemplo, adquiriendo materiales para poder realizar los talleres y las actividades con mayor eficiencia. (...) ¡Para hacer un poco el relevo!

## **Un poco más de memoria nos iría bien**

Estamos de acuerdo que con un poco más de memoria contribuiríamos a mejorar la entidad.

Yo te voy a contar una cosa. Cuando estamos en asamblea somos casi quince. Y la educadora social dice: «vale, quedamos el viernes a las 6», y a los cinco minutos: «¿a qué hora hemos quedado el viernes?», y el otro: «¿al final que hacemos el sábado?». No se lo apuntan y cada uno repite y eso a mí me pone un poco nervioso. Se lo dije una vez: «Si lo acaba de decir, que es a las cinco». Me gustaría que ellos se implicaran más en la asamblea y no tuvieran que repetir las cosas cinco o seis veces.

Somos conscientes que es algo que deberíamos mejorar a nivel personal.

A veces, esto también me ocurre a mí. Me pasa en casa. Mi hermana no entiende que no tenga en cuenta según qué cosas. Ayer estaban

Participantes activos en nuestro proceso [...]

haciendo el almuerzo de hoy y yo no me había fijado lo que ella había hecho. Ella no entiende que a mí se me pasen por alto cosas que ella hace de inmediato. O sea, que yo no tenga en cuenta cosas que ella está haciendo y lo que me pasa a mí, le pasa al resto de la gente. Pero sí es verdad; debemos estar más al tanto de las cosas que nos dice la educadora social. Por ejemplo, de la programación que hace de la semana y tenerlo más grabado. Yo, a veces, hago el acta de la asamblea y pongo cosas. Cuando me entero de algo, pues lo apunto, pero también se me pasan por alto muchas veces las cosas.

Aunque en ocasiones quien más autocrítica hace es quien más memoria tiene.

Se debe decir que Ramón es nuestra agenda. Cuando tenemos alguna duda de a qué hora hay que hacer algo o que es lo que hay que hacer, le preguntamos a Ramón y él lo sabe.

## **La terminología importa y además, queremos más recursos**

Nuestra condición de personas expertas por nuestra experiencia nos permite distinguir dos conceptos.

Los usuarios son los que están ahí y los participantes son los que lo tienen todo diseñado. El participante está en el ajo, ahí, metido. Implicado. Y el usuario es el que está funcionalmente en el centro, pero no en el equipo. (...) Nuestra opinión como participantes es valorada. Se nos tiene en cuenta, ya sea en el momento de hacer el taller o de hacer las actividades. Somos parte activa del funcionamiento de la entidad.

También tenemos claro que la entidad se financia en gran parte con fondos públicos, aunque no siempre sean suficientes.

Es que la Generalitat lo está poniendo difícil. Esto mismo le dije yo a mi psicóloga y me dijo: «pues, como cierren centros, nosotros también vamos a pringar un montón, porque van a ir de bares y estar en la calle, liándola y luego al psiquiatra».

Jose A. López, Ismael Almeda, Ramon Tormo,  
Esteban Fontalba y Edgar Iglesias

Nos hemos movilizado para apoyar reivindicaciones de este tipo.

Fuimos a la plaza Sant Jaume, en febrero, concretamente el 2 de febrero. Fuimos con una asociación de personas con discapacidad y pedimos más recursos económicos de todo tipo para la discapacidad, para los discapacitados. ¡Por las enfermedades mentales!

Y para terminar, definimos con una palabra la entidad: «Aprendizaje, vida, imprescindible, inmortal».

## **Agradecimientos**

Queremos agradecer muy sinceramente la amabilidad y colaboración de Celeste Flecha, directora de la Associació Esquima, por haber facilitado el diálogo con los autores de este capítulo.

# Cicatrices abiertas, esperanzas que no desaparecen

Cristian y Eduard Carrera Fossas

## Resumen

Mucha gente se acostumbra a la cárcel, la sienten como si fuera su casa. Cuando llevas casi toda tu vida entrando y saliendo de centros y de la cárcel es lógico que lo pienses. Cuando sales, cometes un atraco sabiendo que te caerán de tres a cuatro años y que, además, te sale más a cuenta que robar una casa. Así, una y otra vez te vuelves a entrar. Lo conviertes en tu vida. Todo lo otro, aunque sigue girando, desaparece. Cuando sales, ya piensas en volver a entrar. Es la única manera de vivir que has conocido. Llegué a España con once años, después de vivir demasiado tiempo lejos de mi madre. Cuidando de mi hermanita y sobreviviendo como pude en los barrios más bajos de Colombia. Esto marcó mi forma de ser, mi manera de entender cómo funcionaban las cosas. Al llegar, no recuerdo el tiempo que estuve en el colegio porque enseguida me encerraron en un centro. Me escapaba y volvían a meterme. Pero solo Dios puede juzgarme, como dice un tatuaje que me hice hace unos años.

Tengo un buen recuerdo de las asistentas que me han acompañado, pues siempre han estado a mi lado. Aun así, están solas, el sistema creo que no está de su lado. ¿Como puedes hacer cambiar a alguien si no le dejas en paz? ¿Cómo cambiar si el dolor que sientes es tan grande que no te deja vivir? Ahora me gustaría aprovechar y que los chavales escuchen mi voz, que aprendan de mis errores. Pero no tengo estudios, no se explicarme. A pesar de tener veintisiete años me siento viejo, mi cuerpo no me aguanta, mi mente está nublada, pero conozco la calle y sé lo que va a ocurrir antes de que otros lo sepan. Esa es mi esperanza, que mi voz sirva de ejemplo para romper con esa manera de hacer las cosas, que sea de utilidad para aquellas personas que sí pueden cambiar nuestros destinos y es que la clave no está en encerrar a alguien, sino precisamente en encontrar la manera de abrirle las puertas a su futuro.

## Mi llegada: cicatrices abiertas que no me dejan en paz

En Colombia cuidaba de mi hermanita pequeña. Estábamos con mi abuela y mi hermano mayor, pero a este lo asesinaron. Era una vida difícil que se alargó muchos años. Mi mamá nos dejó de muy chiquitos y se vino aquí a España a luchar para ver si nos traía a este país, pero fueron pasando los años y el momento no llegaba nunca. Se hace difícil cuando estás tan lejos de tu madre. Pero teníamos el objetivo de salir de allí porque a mí, en Colombia, me hubieran matado, estoy seguro. No hubiera durado mucho tiempo más, vivimos en barrios muy bajos. Estuvimos un tiempo en Medellín en un barrio muy peligroso, la Comuna 13. Luego fuimos un tiempo a Pereira, al barrio del Restrepo. Un barrio donde había mucha delincuencia y donde dos críos como yo y mi hermana teníamos que espabilarnos. No me acuerdo de aquella época porque las drogas me han dejado la mente muy tocada, pero hice cosas muy malas. De hecho, no las quiero recordar. En Colombia tuve que delinquir no solo para sobrevivir, sino porque no tenía otra opción. No quería que nadie hiciera daño a mi hermanita y teníamos que salir adelante. En aquellos barrios es eso o la muerte.

Al final llegó el momento. Mi madre tuvo que pagar mucho, mucho dinero, para traernos acá. Con once años vine solo con mi hermana, con *safata*. Cuando llego a España, Cataluña, estamos los tres juntos por vez primera en muchos años, pero mi madre tenía que trabajar. Nos dejaba solos en casa o en el colegio y no teníamos muchas cosas que hacer. Ahora tomo muchas pastillas y no recuerdo muy bien cuánto tiempo estuve en el colegio. Creo que enseguida me puse a delinquir, a meterme en problemas. En la cabeza se me olvidan muchas cosas. No estoy bien, estoy tocado. Ya soy viejo.

Llegué a los once años, con una mentalidad muy mala. Vi muchas cosas en Colombia, lo que nadie ha visto o no debería ver. Esto influyó en mi manera de hacer las cosas, en cómo me comportaba. Lo que había vivido, visto y hecho me perseguía, no conseguía quitármelo de encima. Estaba con mi madre y con mi hermanita,

pero ya era demasiado tarde. Era muy travieso, me gustaba hacer cosas malas. Robaba, le hacía daño a la gente. Me metía en peleas. Era muy respetado y la gente me tenía miedo. Hacía lo que me daba la gana y conseguía lo que quería. Que me apetecían unas bambas que llevaba alguien, me acercaba y a punta de cuchillo se las quitaba. Así de fácil. No recuerdo una época tranquila mía. Era un delincuente y, por mucho que me dijeran, no hacía caso.

Esto hizo que me entraran rápido a un centro, ya con once años. A partir de la entrada a ese centro ya no hubo vuelta atrás y me dediqué a delinquir a lo grande, a robar, a hacer tonterías que no tenía que hacer, y volvieron a encerrarme en otro centro, y así una y otra vez. Entraba en un centro, salía y volvía a entrar. No había manera de que nadie me hiciera entrar en razón, no escuchaba a nadie, solo pensaba en la manera de salir. De hecho, me escapé muchas veces de los centros en los que estaba. No podían conmigo. Me pasé muchos años entrando y saliendo. No quería estar allí, no escuchaba a nadie. Los centros no están hechos para chavales como yo, solo se dedican a castigarte, te quieren callado y que no salgas. No te escuchan, no se interesan por ti. Uno de los mejores recuerdos que tengo del centro es de los compañeros con los que estaba encerrado. Eran buena gente que, como yo, se habían equivocado, o, más bien, que habían llevado una vida muy dura. Allí aprendí a hablar en marroquí y ahora lo entiendo y puedo hablar con los chicos. Un colombiano que ha aprendido a hablar marroquí gracias a sus compañeros. Tengo muy buenos recuerdos de algunas personas que me ayudaron a que no se hiciese tan largo.

A los once años me encerraron por primera vez y esto sería lo que identificaría mi vida. Desde los catorce a los dieciocho he estado encerrado. Sin salir ni ver la calle. Solo tuve un permiso. No entiendo cómo solo te dan un permiso. Por mucho que hayas hecho todo el mundo necesita ver calle, hacer la suya. Esto hace que te encierres más contigo y que no haya manera de salir de ese bucle eterno en el que termina siendo tu vida: entrar y salir para volver a entrar. Con dieciocho salí, firmé un papel y se suponía que, a partir de ese momento, tenía que hacer mi vida. Pero ¿qué vida tenía que hacer? No tenía nada, estaba muy mal conmigo y no conseguía salir de esa espiral de malestar que me perseguía desde que vivía en Colombia.

## Un sistema que se resquebraja por dentro

Fui creciendo, no aprendí y no había manera de salir de esa vida. En aquella época, la droga me arrastró a una espiral de la que no podía salir. De hecho, nunca había salido de ella. Si pienso en lo que hacía, no me lo puedo creer. No me explico cómo hice esas cosas tan malas, pero es que no tenía otra opción. No había nada a lo que agarrarme, ni siquiera la familia había podido rescatarme de tanto dolor que tenía.

El sistema no te tiene en cuenta, no te escucha, no te cuida. Después de salir de los centros, y de que con dieciocho años me dijeran que ya era adulto y que podía hacer mi vida, volví a caer. Empecé a robar a lo grande, a hacerme el duro. En aquella época no tenía límites e hice cosas muy graves. Todo esto me llevó donde me merecía. He pasado más de cuatro años en prisión y aún tengo juicios pendientes. Ahora pienso y me duele, porque desde los once años que me vine acá, solo he pasado unas navidades con mi madre. Es más, desde que nos dejó mi madre en Colombia a hace cuatro días, solo pasé unas navidades con ella. Esto no es vida.

Al estar encerrado, tengo la sensación de que ha empeorado mi memoria. No me acuerdo por qué he pasado una condena, y otra condena. Ahora me doy cuenta lo que es la vida, ahora que tengo veintisiete años, hostia. Me arrepiento y querría volver al pasado, pero no se puede. Tendría que asumir las consecuencias y lo hago, pero a veces no. Me cuesta asumir lo que he hecho y me vuelvo loco. Esto es lo que provoca este sistema, el daño que me ha hecho estar encerrado y es que si tú estás encerrado porque te entran, te sacan, te vuelven a entrar o estás pendiente de que te vuelvan a entrar, es normal que te vuelvas loco. El psicólogo me lo dice. No te entran ganas de trabajar si estás pendiente de volver a la cárcel. No entiendo cómo funciona. Vale: me cogieron, me encerraron y me sacaron, pero tarde o temprano volveré a acabar preso de nuevo. A veces, me pregunto por qué no me han dejado dentro para cumplir todas mis condenas. Si son veinte años, los cumplo, porque yo hice muchas cosas, acumulo mucha mierda. Me arrepiento muchísimo, ahora soy otra persona, quiero inserirme de nuevo en la sociedad, hacer

mi vida, pero no me dejan. Los juicios, el sistema, me persigue. Sé que algún día cambiará todo, pero hoy en día la justicia va muy lenta. Me voy encontrando juicios que me piden una barbaridad de años. Juicios que son del 2017, de 2016. Una época que me queda muy lejos, yo ya he cambiado y sigo esperando mi condena. Eso es ya el pasado, ¿cómo miro al futuro? La jueza es la que manda, yo soy el que he hecho las cosas. Pero no voy a asumir que me entren y me saquen porque es duro. La última vez que me entraron en prisión estaba perfecto, tenía mi trabajo, cuidaba de mi hija, vivía con mi madre. Estaba tranquilo y no me metía nada. Cuando me dijeron que tenía que volver a prisión se me hizo duro, porque ¿cómo dejaba entonces a mi hija que tiene ocho años?

Si me dejara en paz, la justicia sería un ser tranquilo porque ya no hago nada. No puedo asumir todo esto, se me hace muy duro, no puedo más. Que me hubieran dejado dentro para cumplir el resto de las condenas, lo podría admitir, ya estaba acostumbrado. Pero que te saquen y te metan, no es normal. ¿Quién puede soportarlo? Cuando estás fuera y haces tu vida y que al cabo de unos meses o unos años te vuelvan a meter en prisión por cosas del pasado, no tendría que ser normal.

Ahora quiero inserirme de nuevo en la sociedad, creo que ya he pagado por lo que hecho. Estoy rehaciendo mi vida y cuando veo que tengo que volver a entrar me entra mucha rabia. Yo quiero hacer las cosas bien, pero parece que no me dejan. He hecho las cosas mal, pero he aprendido. Y esto ¿a quién se lo explico? La jueza no me va a escuchar, las trabajadoras sociales no pueden hacer nada. Por mucho que ellas me acompañen o me entiendan, no van a impedir que la cárcel me absorba otra vez. Tengo la sensación de que, a pesar de que ya soy otra persona totalmente diferente, que quiere hacer las cosas bien, el sistema me ve de la misma forma. Soy un número, sigo siendo aquel chaval de los barrios bajos que no va a cambiar.

## **Mi experiencia con los servicios sociales**

Si de alguna cosa me arrepiento es que di mucha guerra a mi madre. Decía: «O yo muerta o mi hijo en un centro». Llegué con una mentalidad muy mala, y es que tenía que sobrevivir en Colombia. No me había quedado otra, no he tenido una infancia como la de otros chavales. No he tenido regalos de Navidad cuando era pequeño, ni nada. Tenía que salir adelante, era siempre o yo o yo. Quería estar con mi familia, cuidar de mi hermanita, darle un futuro a mi madre, pero el resultado fue distinto: me arruiné la vida.

Estuve hasta los dieciocho años tutelado por Infancia y he tenido siempre muy buena relación con las educadoras y mi trabajadora social. Estaba por el centro de menores y me escapaba. Luego, la educadora me llevaba de vuelta. Siempre me he sentido escuchado, tenían mucha paciencia conmigo, pero no aprendía. Podríamos decir que siempre estaban ahí, me han acompañado por muchas cosas malas que hiciera. Cuando he necesitado algo me han hecho reflexionar, aunque quizás no tenían muchos medios. Solo se tenían a ellas. Pensándolo bien, no me han ayudado ni los centros, ni las cárceles, lo que de verdad me ha ayudado es tener siempre a quien dirigirme cuando tenía un mal momento. Pero ¿qué quieres que hagan con un chaval roto en mil pedazos que lleva tantos años teniendo una vida tan mala como la mía? Cuando he levantado la cabeza, siempre me han dado un golpe aún más duro. Los centros y las cárceles me han comido la cabeza, no lo soporto, no puedo más.

Siempre he tenido mucha relación con la policía porque estoy siempre en la calle. Les he hecho trabajar mucho y hemos tenido nuestras cosas, pero ahora me dicen que he cambiado mucho y están contentos. A pesar de lo que he hecho, me valoran, ven que puedo hacer las cosas de forma distinta y se fijan en que intento ayudar a los chavales para que no cometan los mismos errores. Incluso ellos, que son los que me han detenido cuando he delinquido, admiten que tener que volver a prisión sería volver atrás, cuando mi idea es ir hacia adelante.

Y vuelve a rondarme siempre lo mismo. Han pasado ya siete años y hoy me ha llegado una citación en la que me dicen que tendré que volver a entrar. ¿Qué es esto? ¿Quién puede aguantar esto? Yo no quiero, no lo admito. Tengo una niña que criar, una familia a quien cuidar. Me arrepiento de todas las cosas, pero tampoco quiero asumir que tenga que entrar otra vez. Insisto, ya estaba en prisión, haberme dejado.

Todo el mundo me conoce, me respetan y siempre me dicen que, si tengo algún problema, que les llame, que antes de que se me vaya la cabeza, llame para pedir ayuda. Me conocen muy bien y reconozco que he ido cambiando poquito a poquito. Ahora soy más consciente de las consecuencias. Evito las peleas para no meterme en problemas, he cambiado mucho y alguna vez al ver una pelea me he parado, pero tengo mis límites. ¿Cómo se puede parar a alguien que se le pone la mente en blanco, que no piensa en nada y se vuelve loco? Me controlo un poco más, pero a pesar de mis veintisiete años me siento una persona mayor. He vivido mucha vida. He tenido muchas enfermedades. Muchos problemas. Por suerte he tenido personas que han estado por mí, que no me han dejado de lado, que incluso me han venido a visitar cuando estaba preso. Quizás, aunque creo que es tarde para mí, es lo que empuja a querer ayudar a los chavales que están en la calle. Me gusta darles consejo, explicarles que lo que están haciendo no está bien. Ayudarles y estar a su lado para evitar que vayan por el mal camino. Me gustaría trabajar con ellos. He pasado por eso, he estado hundido con muchos problemas y no me gusta que se arruinen la vida y que se la desgracien. Veo mucha gente en la calle, buscándose problemas, sin ningún referente. A mí me hacen caso y me llaman abuelo. A pesar de tener veintisiete años he vivido mucho y esto ha hecho que conozca las calles como nadie y que pueda avanzarme a cosas que a veces suceden. Quizás no tengo la mente para las explicaciones y para estudiar, pero mi experiencia tendría que ser muy válida. Me veo como educador, siento que podría hacerlo bien. Quiero aprovechar lo que he vivido para cambiar las cosas.

## **Daños colaterales: mente nublada, cuerpo derrotado**

Es muy duro seguir mi vida, continuar como si no pasara nada. Con veintisiete años he estado más encerrado que en la calle. Ahora tengo otra mentalidad, ayudo a la gente. He pasado mucha vida, y ya estoy cansado. Demasiado cansado para ser tan joven. Tengo una enfermedad de huesos crónica, me han tenido que operar en prisión algunas veces, la retina de mi ojo derecho se me la comió un bicho que me entró, no tengo retina, soy autoinmune y las defensas de mi cuerpo me atacan, todos los dedos de los pies los tengo agarrotados. Me he ganado un largo currículum de enfermedades que se han convertido en crónicas y que me acompañaran para toda la vida.

Estas enfermedades también me matan. Entiendo a los doctores cuando me lo explican y que es lo que me pasa. Me dicen que tengo que acostumbrarme a esto, Pero ¿qué dices tío? ¿Cómo me acostumbro tan joven a esto? En mi juventud estuve muy enganchado a la mierda, a la droga. Ahora fumo mi porro de vez en cuando, que no hace daño, quizás para las neuronas, pero el problema es que tengo mucha medicación que tomar. Sé perfectamente las consecuencias de la medicación, pues lo que tomo, algunos lo utilizan para meterse. Al cabo del tiempo, los medicamentos te dejan muy zumbado de la cabeza y yo no quiero terminar con la baba pa fuera. Ya no aguanto más, siempre le digo al médico que solo me lo tomo cuando me veo muy agresivo, cuando ya veo que no voy a poder controlarme. No quiero estar todo el día tomando medicación del psicólogo. Han llegado, incluso, a pincharme; pero no quiero más. Ya soy una persona normal. Quiero estar tranquilo. Sé las consecuencias de tomar una mediación tan fuerte a diario. Por lo menos ahora estoy más despierto, puedo hacer mis cosas. Con dolor y a duras penas, pero me siento mejor.

También he pasado por momentos muy duros por los que alguna vez me han tratado de loco, pero no lo estoy. Una vez, me llevaron a un sitio que es donde está la gente que está loca, loca. Gente que se grita con un árbol. Me llevaron porque me corté todos los brazos,

estuve a punto de morir. Se me murió mi hijo en la cárcel cuando iba a nacer. Lo esperaba con muchísima ilusión, pero también con rabia porque estaba encerrado. ¿Cómo un padre puede digerir eso, y más estando preso? ¿Qué locura es esa? Se me hizo tremendamente duro estar ahí encerrado sin poder estar con mi familia. Pero bueno, uno va aprendiendo en la vida. Mucha gente no aprende, pero yo sí, yo no cometo el mismo error. No me doy otra vez con las paredes. Me siento derrotado, cansado, pero quiero salir de ese agujero. A pesar de todo y de que quizás he vivido demasiado para la edad que tengo, quiero hacer mis cosas.

## **El futuro: entre la esperanza y una realidad que no desaparece**

Ahora mi mente está en ayudar, ser útil, aprovechar mis errores para evitar que otros puedan acabar como yo. Cuando veo el viaje que han hecho estos chavales que están en la calle pienso en lo valientes que han sido. A pesar de todo están aquí. Son buenos chavales. A veces roban y hacen sus cosas, pero es por culpa de la droga. Se colocan hasta más no poder y luego no saben ni lo que hacen. La de veces que han venido a verme llorando, arrepintiéndose de lo que han hecho. No los podemos dejar a su suerte, tenemos que estar a su lado. Cuando los veo por la calle y que hacen lo que yo hice en su momento, me da rabia. No quiero que se destrocen la puta vida. No quiero que pasen por lo que yo he pasado. Yo no aprendí en su momento y ahora me he dado cuenta de las cosas. He pasado mucha cárcel. He estado mucho tiempo encerrado. No quiero que estos chavales vuelvan al laberinto del sistema donde terminan aquellos a los que no sabe cómo reconducir: entrarte y sacarte para volverte a entrar.

Ahora vivo con mi madre y con mi hija. Tengo su custodia y hay un seguimiento de Infancia, pero no hay ningún papel. No quiero ir a juicio porque le arruinaría la vida a su madre. Hacemos algunas visitas, pero yo cuido de mi hija. Me quiere mucho. A pesar de todo, mi familia es mi adoración. Antes era mi locura, pero ahora

no. Tengo que luchar. A pesar de todo, la vida hay que cogerla con calma, pero que me dejen en paz.

Cuando pienso en el futuro me entra un poco de vértigo. Si la justicia me dejara en paz, sería un trabajador y tendría todo lo necesario, pero con los juicios pendientes se me para la cabeza. Siempre lo mismo. Cuando parece que estoy tranquilo, todo vuelve al pasado, se vuelve a abrir todo lo que parecía estar olvidado. Un pasado que, lejos de dejarme en paz, me persigue. Entonces, te cansas y piensas: hasta aquí llegué, tengo que irme lejos, largarme de aquí. La primera vez que salí de prisión solo tardé dos semanas en encontrar trabajo y estaban muy contentos conmigo. Sé que puedo hacerlo, pero al cabo de un tiempo me puse malo solo de pensar que tendría que entrar otra vez. ¿Por qué no me dejan en paz? A mi familia se le hizo duro. Yo ya estoy acostumbrado a vivir dentro, pero ¿qué pasa con mi hija? Siento que, a pesar de mis esfuerzos, la realidad no desaparece. Es tozuda, siempre se impone. Quizás la esperanza reside en la huella que he dejado. Los chavales me respetan, cuando he estado en prisión había personas que siempre me pedían consejo. Muchas personas han terminado llorando en mi regazo, contándome sus problemas. De todo ello, he aprendido. Me he ganado el respeto de aquellos que me han conocido. Me he desvivido por las personas que me importan y aunque los golpes han sido duros, sigo en pie. Luchando por mi familia. El recuerdo de aquel chico sobreviviendo en los barrios bajos queda lejos, pero siempre llevo las cicatrices conmigo, pegadas a mi cuerpo en forma de tatuaje. Me gustaría pensar que todo aquello que tengo en mi cabeza lo pueda escribir algún día para que no quede en el olvido, para que no desaparezca. La realidad quizás es tozuda, pero yo sigo en pie. Quizás después de tantos golpes sí salgo ganando en algo.

## **Agradecimientos**

A Anna por estar siempre a mi lado.

# Historia calamitosa de Ian Berry

Ian Berry y Rafel Meyerhofer-Parra

## Resumen

En dos momentos vitales muy distintos he pasado por un centro de deshabitación. La primera vez aprendí que no estaba preparado para afrontarlo, que no era el momento. La segunda, dos años más tarde, me he encontrado con una nueva oportunidad vital: con ganas de crecer como persona y consciente de mi situación, estoy consiguiendo herramientas y recursos para seguir adelante. Los profesionales me acompañan en este camino, y, a veces, me gustaría contar con más explicaciones por su parte, pero sobre todo quiero ser tratado con igualdad y como una persona capaz. Desde mi mirada, un buen profesional debería de ser una persona con ganas de crecer personal y laboralmente, y, si bien el tiempo le dará experiencia y aprendizajes, para mí la clave de un buen profesional es tener empatía y capacidad de autocrítica.

## Antecedentes de un joven desencajado

Tenía veinticinco años cuando entré en el centro de deshabitación. Había empezado a los trece años con el tabaco, y después muy prematuramente con el cánnabis. A los quince o dieciséis ya fumaba compulsivamente. Normalmente me juntaba con gente mayor que yo, y, quieras que no, aprendes cosas buenas y malas. Con el tema de las adicciones la jugada me salió mal. Por lo que a mi familia se refiere, quien no tiene un problema de salud mental es que no es familiar mío. Por ejemplo: mi abuelo, podemos decir que nunca ha sido una persona normal. Recuerdo cuando plantaba marihuana y se reía cuando el conejo que tenía en la masía se comía las hojas de debajo de las plantas.

Anécdotas aparte, siempre ha sido un referente para mí debido a la gran cantidad de conocimientos que tiene de las plantas y de su química, y me ha inculcado muchos de los conocimientos que yo ahora tengo. Esta curiosidad hacia los principios activos de las plantas, muchas veces han sido mi liturgia y, a la vez, un arma de doble filo frente a mi Adición. No cargo la responsabilidad hacia nadie, pero son cosas que pueden influir mucho.

Con dieciocho años recién cumplidos, como regalo de mayoría de edad tuve una depresión psicótica de la cual apenas me dio tiempo a recuperarme que al año ya estaba consumiendo de nuevo. Con diecinueve fue cuando mi cabeza dijo basta y sufrí un brote psicótico en mayúsculas.

Al ver que la marihuana ya no me daba los efectos deseados sino más bien todo lo contrario, empecé a consumir estimulantes que anteriormente ya había probado. Rápidamente me enganché al *speed* y más adelante lo sustituí por la cocaína. Hace tres años, con veinticinco, tuve un intento autolítico por una ingesta de medicamentos muy grande y me ingresaron en el hospital. Allí hice la desintoxicación, y la idea era hacer *el puerta a puerta*, pero el centro de deshabitación me dijo que esperara un poco, que no había plaza, y cuando me llamaron yo estaba en Andalucía.

Al recibir su llamada, me preparé para volver, pero no fue una desintoxicación del todo, ya que, a modo de despedida, en Andalucía consumí bastante alcohol.

## El primer vuelo a regañadientes

Cuando llegué al centro estaba bastante desorientado: no tenía ningún tipo de expectativa. De hecho, sí que tenía, y me imaginaba bastantes cosas, pero no sabría como describirlo: solo recuerdo la sensación de tener las expectativas, pero no cuáles.

La verdad es que cuando entré un poco a regañadientes, condicionado por mis padres, y con un gran sentimiento de culpa de lo que había llegado a hacer. Durante los dos primeros meses, estos de

contención sin poder hablar con la familia; sin salidas a la hora; y acompañado 24 horas de un educador social... Uno se encuentra todo de nuevo, incluso chocas contigo mismo.

## **Las hadas también llevan botas**

Durante la estancia, mis expectativas fueron bajando y, en algunos momentos, sentía que había cosas que hacían los educadores sociales que me perjudicaban.

Tenía una mirada no-crítica y, visto ahora con perspectiva, me quejaba por quejarme. En otros momentos tuve razones. Tal vez no la razón absoluta, pero sí razones, y eso me enfadaba. Me enfadaba porque estaba frustrado, deprimido, con ansiedad y no lo pagaba insultando ni menospreciando a nadie, pero sí subestimando el tratamiento, que al final era una cosa que me afectaba a mí. En otros casos, sí que tenía la razón.

Por ejemplo, fui a hacer una prueba de orina, y es muy intimidante que tu estés medio desnudo, intentando hacer pis en un vaso, y que estén detrás de ti. A esto, se sumó que una educadora social golpeó la ventana del baño como broma, y me pregunto «si no podía hacer pipí». Me molestó mucho, aunque posteriormente se disculpó. En este caso, yo tenía razones, y la razón.

Pero también me ayudaron mucho. Por ejemplo, Marc era un educador social muy entregado, tenía un trato muy próximo y su personalidad desprendía mucha tranquilidad. Con él, hicimos un plan de trabajo donde trabajamos los distintos ámbitos: orgánico, psicológico, judicial, etcétera. Cuando Marc tuvo que dejar el servicio por una baja laboral, lo sustituyó Mònica que también me lo dio todo, motivadísima, pero al mes de conocerla, yo decidí marchar del centro.

## Demasiadas preguntas para tan pocas respuestas

Me hubiera gustado que me explicaran más las cosas. Tal vez es cosa mía, y debería haber preguntado más, pero había muchas cosas que no entendía. Con más orientación hubiera comprendido mejor las cosas. Por ejemplo, ¿por qué motivo hay los dos meses de contención, y no tres meses o uno?; ¿por qué motivo íbamos a hacer unos trabajos y no otros?; ¿por qué motivo nos dan doce cigarros y no diez o quince?

Al mismo tiempo, también hay que tratar de evitar precedentes y seguir el protocolo, ya que no cumplirlo te compromete como persona y como educador social. En algunas circunstancias, por ejemplo, me han dado cigarros de más y así se lo he hecho saber. Ya te pediré si me hace falta *el de rescate*, pero me has dado uno de más.

También vi —y hoy en día puedo constatar— que el refuerzo positivo en este centro brilla demasiado por su ausencia, y el castigo o condicionamiento estamos bastante habituados a verlo y sufrirlo. Pienso que, si llevas a cabo todo lo que predicas, estás siendo muy transparente con los demás, pero sobre todo contigo.

## La caída del primer vuelo

Con todo, como mis expectativas seguían bajando y cada vez la cosa iba a peor, di los quince días, y una vez pasados me fui. Mis padres estaban muy frustrados, mucho. Y muy tristes. Después volví al consumo, sí. Básicamente, subestimé el tratamiento y me autoengañé pensando que no volvería a consumir.

Mi estancia en el centro fue por un período breve, ya que estuve seis meses, pero me ayudó a aprender a equivocarme, a saber que en aquel momento no tenía suficiente consciencia de adicción, y hoy en día reconozco que no estaba en mi momento vital para hacer un buen tratamiento. En definitiva, que no estaba del todo preparado ni era el Ian que soy hoy.

Hay que añadir otras cosas que me llevé como: haber llevado una rutina diaria marcada por el horario del centro, saber llevar el día de la mejor manera posible y muchos otros aprendizajes de ese tipo.

## Aterrizaje de emergencia

La segunda vez llegué al centro por diversos motivos. El primero, es que estaba pasando por un síndrome de abstinencia de opiáceos, un síndrome que tal vez si hubiera continuado consumiendo habría sido mucho más fuerte y no sé si lo hubiera superado. Durante este período de desintoxicación, estaba sufriendo como nunca, y esto hizo que abusara de los *tranquimazines*. No lo hacía para colocarme, sino para atenuar el brutal malestar que sufría en aquel momento, ya que fue un proceso muy duro. El segundo motivo, como consecuencia del consumo, mi estado mental y mis malos hábitos, y el tercero y último, la preocupación por parte de la familia.

La propuesta de ingreso me la hicieron desde el centro de tratamiento ambulatorio. En el momento en que pasé el síndrome de abstinencia de dos semanas largas, muy duras, ya me lo habían propuesto antes. Me lo pensé durante un día, y al día siguiente no, al otro, en la sesión que tenía con el trabajador social del centro, le dije que sí, que adelante. Yo todavía no me creía que hubiera dicho eso, pero le dije que sí, que quería volver a ingresar. En ese momento me resultó todo muy ficticio. Me sentía despersonalizado, como si me viera desde fuera. En aquel momento no me creía que fuera verdad que iba a empezar un proceso de deshabitación otra vez.

## Otro Ian

En este segundo ingreso, estaba mentalizado a empezar el proceso de deshabitación, iba con otro talante, más concienciado. Tenía ganas no solo de dejar de consumir, que es el pilar principal para poder llevar el resto del trabajo personal a cabo, sino que también quería hacer un cambio de hábitos: de pensamientos, de patrones,

y de esquemas repetitivos que había llevado a cabo durante estos años de forma consciente o inconsciente.

El consumo impide que te conozcas a ti mismo, ya que vives en un estado mental artificial y solo te dedicas a consumir en cada momento y de la forma que sea. Pero por lo que no estaba mentalizado ha sido por todo lo que ha venido después: por todo lo que estoy trabajando para atar cabos en relación con la sintomatología que me había dejado la droga. Ha sido y está siendo una gran oportunidad de crecimiento, una gran situación, y hasta he pensado hipotéticamente en llevar a una amistad que no tuviera ningún tipo de adicción al centro: creo que sería una gran oportunidad de trabajo para él también. O no, porque tal vez no aguantaría todo lo que estipula el centro.

## **¿El cambio de hábitos cambia la persona?**

Durante esta segunda estancia me he reencontrado con Mónica, que había sido mi educadora social el último mes durante mi primer ingreso, hacía ya dos años. Yo había sido su primer tutorizado en el centro, y al reencontrarnos, me reconoció que aún se preguntaba qué había hecho mal para que me terminara marchando. La verdad es que ella no había hecho nada mal: yo tenía una falta de consciencia y estaba en otro momento, y ella siempre se mostró muy atenta como tutora. Al hablarlo, entendió los motivos por los cuales abandoné el tratamiento y en qué momento me encontraba respecto a este.

Pero con otros educadores sociales no he tenido la misma relación. Con una educadora social, por ejemplo, al comienzo no tenía buena relación: era una persona muy enérgica y ruidosa, y hacía temblar la poca paz que había entre mis compañeros y yo, de forma que le cogí mucha manía. Este año se lo dije, y me disculpé por los prejuicios que me había formado a su alrededor. Ella me dijo que hemos cambiado, y ahora somos personas distintas: y en eso estamos totalmente de acuerdo, yo soy un Ian muy distinto.

## Transición

Durante los nueve primeros meses de este ingreso, he estado en una casa. En esta se hacían muchas terapias, y llegó un momento en el cual las dinámicas con los profesionales y terapeutas se me hacían muy repetitivas. Puede que sea por el hecho de que estuve en la casa muchos meses en comparación con el primer ingreso. Ahora, con el cambio de la casa a un piso de reintegración social, las echo de menos. Sí que tenemos sesiones semanales como la de prevención de recaídas o el taller de compra semanal, pero no deja de haber muchas menos sesiones.

He notado una gran diferencia de tiempo, y mientras que la casa era muy estructurada y más intensa, el piso es más de autogestión, hecho que me ofrece oportunidades de organizarme el tiempo para hacer cosas que quiero hacer, como estudiar el ciclo formativo de grado superior de integración social, practicar deporte como el boxeo o ejercer el voluntariado.

## El humor y la escritura como botiquín

Durante estos meses, he tenido la oportunidad de trabajar mucho a mí mismo y estoy agradecido a los y las profesionales que me han ayudado. Por ejemplo, dentro de la casa había una persona ególatra, a quien, francamente, no soportaba. En estas situaciones los educadores sociales me han ayudado muchísimo: me han ayudado a rescatarme en situaciones complicadas, y rescatarme desde el humor.

El hecho de tomarme las cosas con humor me ha dado un enfoque distinto y muy valioso, ya que ahora tenía dificultades con la gestión de esta persona, pero otro día será otra persona, y yo ya cuento con el humor para gestionarlo.

También dispongo de la escritura, con la que cuento desde hace más tiempo. Para mí, es intrínseca la relación que hay entre el hecho de escribir y los malos momentos. Es decir, que cada vez que estoy mal cojo el cuaderno y me pongo a escribir. A veces con la intención de desahogarme; otras veces para compartir esos momentos y tener

una opinión del oyente; o para poder ver plasmado lo que siento o sentía aquel día en concreto al revisar las hojas. Con todo, la mayoría de los escritos son para mí.

## **Las claves para un buen profesional**

Para mí, las claves de un buen profesional son, por una parte, la predisposición de este a ayudar, pero, más allá de esta predisposición, considero muy importante que se haya hecho o se haga un trabajo de deconstrucción día a día, ya que, si algo hemos venido a hacer en este mundo, es a aprender en muchos ámbitos. También creo que un buen profesional debe ser una persona abierta, con la voluntad de tener claro cuáles son sus prejuicios, y ser autocrítico con ellos y con su persona. Está claro que el tiempo te dará experiencia y aprendizajes, pero la clave está en empatizar. Empatizar, pero, a la vez, sin impregnarte del malestar de la persona a la que estás acompañando, algo que se dice muy rápido, pero, a su vez, difícil de llevar a cabo.

Otra cosa que considero clave para un buen profesional es la gestión de su autoridad. Hay veces que siento que, pese a tener yo razón, como yo no tengo las mismas habilidades comunicativas o fluidez que el profesional, este me acabará ganando con sus contraargumentos. Además, en otras circunstancias, no se me da o la información directamente a mí, o bien se me dice como debería organizarme y hacer las cosas, pasando por encima de mí.

También pienso que el profesional debe tener cuidado en cómo trata al resto de los profesionales. A veces se hacen grupitos, y es algo que se nota. Hay como una jerarquía entre los más veteranos y los más jóvenes, y no siempre se tratan por igual. También los malos rollos entre ellos, los acabamos viendo, y pienso que un buen profesional también debe ser un buen compañero, y que no debería haber estas diferencias tan marcadas basándose en la veteranía. Además, a veces también se notan diferencias de trato entre unos u otros usuarios.

Por último, y esto me hace pensar mucho en mi futuro como integrador social, es normal que el profesional no esté siempre a

la altura: hay una serie de momentos vitales por los que uno pasa que pueden entorpecer la tarea que se hace y que pueden llegar a quemar. Es algo normal en una profesión que exige una implicación emocional tan fuerte.

## Escritura de Ian Berry

*Antes era antes*

*Eran males, bares, adicciones y maldiciones*

*Ahora adivina... rutina, horarios, constancia, resultados. Pero, sobre todo: malas caras cuando estamos enfadados.*

*Y cuando nada pasa nos ponemos las manos en la cabeza por lo que pueda acontecer, así sacando el llenador sentimiento de disfrutar el momento.*

*Nada más preocupante como antes...*

*Nada es el todo y sigo rezando a lo absoluto, pero el todo no es nada (o eso creo)*

*Me gustas, bueno... ¡Me encantas!, pero yo a mí aún no.*

*¡Aún! Qué palabra más esperanzadora y a la vez tan triste...*

*Constantes cambios en lo que seguro es que no hay nada seguro.*

*Aunque nunca se sabe con certeza, mi vida hasta el día de hoy ha consistido en un complejo cambio químico de éter inspirar y expirar.*

*En definitiva, nada más preocupante algo antes...*

# Del sueño a la realidad: un viaje inesperado

Tumà y Anna Planas

## Resumen

Me llamo Tumà y soy de Costa de Marfil. Como mi familia, he pasado por un proceso migratorio largo que en mi caso me ha llevado hasta Cataluña. Llegar a Cataluña ha sido muy duro. He estado cuatro años viajando, haciendo trabajos diversos y sobreviviendo en países que no siempre han sido amables conmigo. En Cataluña he estado en un centro de menores y en un programa de inserción laboral donde he encontrado profesionales que me han acompañado y me están ayudando a construir mi futuro.

## La vida en Costa de Marfil

Me llamo Tumà, tengo dieciocho años y nací en una familia humilde de Costa de Marfil. Me crié con mis abuelos maternos, y hasta los trece años no conocí a mi madre biológica. Siempre había pensado que mi abuela era mi madre. Yo me veía diferente, porque mi piel es más negra que la de mi familia. Cuando conocí a mi madre la reconocí enseguida, puesto que nos asemejamos mucho, pero no sentí nada, no me removió nada. Ahora estamos en contacto telefónicamente y, de vez en cuando, hablamos.

Hay muchas cosas que no quiero contar. A pesar de que vengo de Costa de Marfil, nací en Mali. Mi padre era de Mali y era camionero, por lo que siempre estaba yendo de un lado a otro. Mi padre murió cuando yo era muy pequeño. Cuando él murió nos echaron a mi

madre y a mí de la familia paterna, y fuimos hacia Costa de Marfil, país de nacimiento de mi madre. Como mi madre era muy joven, tenía dieciocho años, me dejó con mis abuelos y, al cabo de poco tiempo, se volvió a casar.

La vida de mis padres era una aventura, siempre se desplazaban. Tanto mi padre como mi madre emigraron. De hecho, mis abuelos maternos también emigraron. Ellos eran de Mali y fueron a Costa de Marfil. Yo estoy haciendo lo mismo que ellos, moverme y vivir en una aventura constante.

A los nueve o diez años ya trabajaba para poderme pagar la escuela y la comida. Mi familia era pobre y yo necesitaba trabajar para mantenerme. Cuando ganaba algo más de dinero, se lo daba a mi abuela.

Nadie me forzó a marchar. Tenía amigos que tenían problemas y que querían marcharse. Yo no tenía problemas, pero también quería marcharme. Nos fuimos tres amigos, uno de ellos regresó al cabo de poco, ya que tenía miedo y además no era tan pobre como nosotros dos. Sus padres le daban dinero para ir a la escuela. Nosotros, en cambio, si queríamos comer e ir a la escuela teníamos que buscarnos la vida. Estuve trabajando un tiempo para ganar dinero para marchar.

Mi amigo me dijo que era mejor que nos marcháramos si queríamos hacer algo con nuestro futuro. Mi amigo era mayor que yo, tenía unos dieciséis años, y tenía mucha visión de futuro. Yo era más joven, y no tenía tan claro qué debía hacer.

## **Tres años de esfuerzos y penurias por tierras africanas**

A los catorce años, pues, marché hacia Mali. En Mali estuvimos unos meses trabajando para ganar dinero para poder ir a Argelia. En Argelia trabajé de paleta y dormíamos en casa de la persona que nos pagaba. Era una casa pequeña en donde dormíamos unas 25 personas. En Argelia estuvimos unos seis meses (de diciembre de 2019 hasta mayo de 2020). Después fuimos hacia la frontera del

desierto para entrar en Marruecos. La estancia en Marruecos fue muy difícil y complicada. Viví mucho racismo y vi mucha violencia. En Marruecos estuve más o menos un año (hasta julio de 2021). Era un momento complicado, porque había discrepancias entre Marruecos y España y eran mucho más estrictos en la frontera. Estuve en diferentes lugares de Marruecos. Primero fui a la frontera entre Argelia y Marruecos, a Oujda, y de allá fuimos hasta Agadir. Después estuve en Casablanca, donde trabajé mucho para ganar dinero. Primero pedía dinero a la gente para poder comer y dormía en la calle. Encontré gente que hablaba mi idioma y que era de Mali o Costa de Marfil y nos explicaba donde teníamos que ir para trabajar y nos ayudaban. En Casablanca trabajaba por 100 dirhams al día. También fui a Tánger, donde me separé de mi amigo. Allí había mucha policía con perros y no te trataban bien. A nosotros, a los negros, nos tratan como delincuentes. Dormía en la calle y un día me cogieron y me llevaron a Dakhla. O sea, me llevaron del norte de Marruecos hacia el Sahara Occidental. En Dakhla, que está junto al mar, trabajé como pescador durante una temporada, con lo que gané algo de dinero.

Después fui al Aaiún, población desde donde salen las barcas que van a Canarias, pero hay muchos naufragios, y después de ahorrar un poco, volví a Dakhla.

En Dakhla me reencontré con mi amigo. Estábamos en una casa esperando el momento para atravesar el mar. La gente que tiene más dinero (1000 o 1500 €) son los primeros en salir. No hay un precio fijo para embarcarte. Yo pagué 400 euros. Sabíamos que había naufragios. Aun así, lo queríamos hacer. Mi amigo marchó primero para completar una barca. A través de Facebook se puede saber si las barcas llegan a Canarias o no. Supe que había llegado porque la persona que organiza los viajes lo colgó en Facebook. Al cabo de dos semanas mi amigo llamó a una persona que estaba conmigo para decir que ya había llegado. Al cabo de un mes pude partir yo. Él pasó cinco días en el mar, yo tres.

## Entre la vida y la muerte, una experiencia traumatizante

El mar no es fácil, y la travesía fue muy dura. La travesía empezó bien, con el mar tranquilo y calmado. Pudimos comer y beber lo que llevábamos. La pesadilla llegó por la noche. Por la noche el mar es terrible. Aparece la mar gruesa y la embarcación sube y baja, tan pronto estás arriba como abajo. Piensas que morirás, que de allá no saldrás. Yo me veía directamente muerto. No se podía hacer nada y en la embarcación se hizo el silencio. Solo había una persona que no estaba bien de la cabeza y hablaba sola, diciendo «déjame, déjame». Tenía miedo, como yo. Esta persona no se recuperó, quedó tocada y traumatizada. Estuvimos el resto de los días sin comer ni beber. Sencillamente, no podíamos, no nos habría entrado nada. De hecho, solo había ocho garrafas de agua de 25 litros. La noche nos traumatizó a todos, y nadie se atrevía a hablar de lo que había pasado. No podíamos decir a los otros «¿has visto lo que ha pasado?», todos pensábamos que seguramente moriríamos. Yo me cerré en mí mismo, me acurruqué y no miraba nada ni a nadie. Parece imposible que esté yo ahora aquí. En absoluto me imaginaba una cosa así antes de embarcarme. Cuando llegué a Canarias no podía andar, me quedé dos días más acurrucado, estaba traumatizado.

Nuestra barca fue de las que tuvo suerte y no naufragó. Una barca de salvamento nos socorrió. En nuestra barca había cinco niños de unos tres años. Tuvimos mucha suerte. No podía creer que sobreviviera. Yo no sé nadar y en nuestro grupo nadie llevaba chaleco salvavidas. No llevábamos nada.

Recuerdo mi cara al llegar a Canarias, una cara quemada de la sal del agua, no parecía la mía. Ahora puedo empezar a hablar y a contar la experiencia. Cuando llegué a Canarias no me podía comunicar y no podía explicar por lo que había pasado. Ya en tierra firme, cuando llegaba la noche me parecía que continuaba en medio del mar, con las olas sacudiendo la barca de arriba abajo.

Antes de partir pensaba que navegaría en una barca más grande y tranquila. De hecho, veo que todo ha sido una mentira. Pensaba

en una barca más grande, pensaba que sería llegar aquí y que en algunos meses podría trabajar. Todo mentira.

En Canarias, solo un marroquí que hablaba francés y que venía a la hora de comer nos explicó la realidad y lo que nos encontraríamos al llegar a España, pero no me lo creía. Nos explicaba que se necesitaban papeles para trabajar, pero pensábamos que se burlaba de nosotros.

En Canarias nos quedamos solo los menores de edad, a los demás los deportaron a sus países de origen. A mí me llevaron en una ciudad del sur de España.

## La llegada en España

Al llegar a la ciudad nos instalaron en un Centro de Internamiento de Extranjeros (CIE). Allí me pidieron los datos y la documentación. Yo tenía miedo de decir que era menor, porque no sabía nada sobre los centros de menores. Mis amigos me dijeron que si era menor me cerrarían en un centro. Yo dije que tenía diecinueve años, porque no quería quedarme en España, quería ir a Francia. No me quería quedar aquí, no entendía el idioma. Quería ir a Francia sí o sí. Tenía miedo y pensaba que me internarían en un centro del que no podría salir. No sabía qué era un centro de menores, pensaba que era un lugar cerrado, y bien es verdad que es un poco así. Me sentía perdido y el idioma era una barrera, en el centro no entendía muchas cosas. Quizás había algún traductor, porque había mucha gente, pero yo no lo llegué a ver y tuve que firmar documentos que no entendía. Seguro que había gente del centro que sabía leer y hablar nuestra lengua. ¿Por qué no los utilizaban para ayudarnos? Por ejemplo, alguien comentó que a la semana siguiente llevarían a los menores a un centro, pero nadie nos explicó qué eran y como funcionaban estos centros. No me gustaba estar allí, por eso me marché.

Escapamos de la ciudad —donde había estado dos semanas— aprovechando una de las salidas para pasear que nos dejaban hacer cada día. Escapamos con la ayuda del dinero que mandó un tío de mi amigo. Con su ayuda pudimos llegar hasta una ciudad del norte de España. Cuando llegamos, mi amigo y yo nos separamos.

El dinero que tenía solo llegaba para comprar un billete de tren a Francia. Entonces telefoneé al hermano de mi madre que vive en Francia, pero no me respondió. Estaba en la estación de Francia de Barcelona y preguntaba a la gente cómo podía hacer para ir a Francia. La idea era llegar a Portbou.

Cogí un tren dirección a Francia y paré en otra ciudad más al norte, donde finalmente me he establecido. No sabía ni dónde estaba. Me quedé dos días en la estación de esta ciudad. Al tercer día, y mientras estaba sentado en un banco cerca de la estación, oí a una persona que hablaba bambara y francés, y empezamos a hablar. Me explicó que en Francia es complicado obtener la documentación. Me dijo que me ayudaría a quedarme en la ciudad. Él estaba en un piso de un Programa de Inserción Laboral (PIL). Según la normativa del PIL solo los residentes del programa pueden subir a los pisos, pero él por la noche me vino a buscar a la estación y me dejó dormir en su piso hasta las 6 de la mañana. Por la mañana me acompañó a una entidad social, y allí me preguntaron cuántos años tenía y les dije la verdad. Vino un traductor bambara y me pude comunicar mucho mejor y explicar todo lo que había hecho. También había una educadora de la entidad. Me dijeron que en aquel momento no podían hacer nada y que me tenía que identificar y llevar papeles. Telefoneé a mi madre y me mandó una copia del registro de nacimiento que tardó dos meses en llegar. Durante los dos meses estuve en la entidad social, estudiando catalán. Cuando llegaron los papeles un educador me acompañó a los Mossos d'Esquadra. En la comisaría estuve casi una hora esperando a solas, ya que el educador no se pudo quedar conmigo y me dejó solo. Después los Mossos d'Esquadra me llevaron al centro de menores.

## **En el centro de acogida de menores**

A la llegada al centro ya me espera una persona en la puerta. Entré con el jefe de turno, que me preguntó qué idioma hablaba. En aquel momento ya podía entender «cómo te llamas», «qué idioma hablas», etc. y les dije que hablaba francés. Me dijeron que la persona

que hablaba francés no estaba, pero que se ocuparían de mí. De hecho, llegué al centro con tres chicos más, dos más pequeños que yo y otro de mi edad.

Al llegar al centro lo primero que tuvimos que hacer fue asearnos y cambiarnos la ropa. Nos dieron ropa y zapatos nuevos. Después fuimos a hacer la prueba de la covid en un Centro de Atención Primaria. Cuando acabamos de hacer las pruebas nos dijeron que tardaríamos tres días en tener los resultados. Al volver al centro nos separaron, los dos chicos más jóvenes fueron a una planta y nosotros a otra. Nos metieron en una habitación de confinamiento. A mi compañero de habitación no le gustaba estar encerrado, y se pasaba el rato dando golpes a la puerta. No nos podíamos comunicar entre nosotros, porque él hablaba árabe y yo bambara y francés. Nos comunicábamos solo con gestos. Como no lo podía soportar llamó a familiares que tenía en Valencia y lo vinieron a buscar. Yo también pensaba que podríamos salir al cabo de tres días, pero tuve que estar una semana encerrado. Estaba encerrado y, de vez en cuando, venía alguna educadora y hablaba cuatro o cinco minutos conmigo. Solo me dejaban la comida y se iban. No sé... Como si fuera un animal. Al tercer día pregunté si los resultados habían sido negativos y me dijeron que sí, pero que me tenía que quedar más tiempo encerrado porque las cosas iban así.

Cuando salí del confinamiento ya pude relacionarme con la otra gente. A pesar de salir, no acababa de aceptar dónde estaba. No era lo que esperaba. Conocí a dos educadores que hablaban francés y me ayudaron a entender dónde estaba. Me explicaron que estaba en un centro de menores y que estaría hasta los dieciocho años. Entré el 25 de enero y salí a finales de julio.

Cuando salí del confinamiento al que me tenían en el centro de menores, empecé a ir a clases en el mismo centro. Me ayudaron mucho y aprendí a hablar catalán y castellano. Por la mañana dábamos una hora de clase; nos dividían en grupos y a mí me asignaron al grupo de los que sabían escribir y leer. Necesitaba aprender el idioma para hablar y liberarme de lo que me pasaba y sentía. Quería hablar de lo que sentía mi corazón y, por eso,

necesitaba saber el idioma. Todavía ahora, a veces, me siento muy mal porque no encuentro las palabras en catalán o castellano para explicar lo que me pasa o siento.

También había una educadora que me motivó mucho a escribir. Yo escribía, pero ella me proponía cosas para escribir. Me pedía: «¿A ti qué te gusta?» Yo estaba muy cerrado. Un día le enseñé lo que escribía, y me animó a escribir más, y a escribir sobre lo que me había pasado y lo que sentía. Me dijo que escribir también va muy bien para sentirse bien. En el centro tenía mucho tiempo, así que podía escribir. Iba al aula de informática y escribía lo que no me iba bien, lo que pensaba. Aprendí muchas cosas tanto del idioma como del país.

Para practicar el idioma también di clases de conversación, una hora al día, a partir de las videoconferencias con una estudiante de la universidad. Fue muy positivo. Al cabo de unos cinco meses de estar en el centro ya podía entender la lengua y empezar a hablar un poco.

En el centro de menores había chicos que iban con una profesora que daba clases de ESO, pero yo no tenía el nivel e iba con otro educador, que me ayudó mucho, sobre todo con el catalán y la pronunciación de las palabras.

A los siete meses de estar en el centro, me matriculé en un curso de la Escuela de Adultos. Teníamos catalán, castellano, inglés, matemáticas, etc. Hice solo dos meses de curso, ya que empecé en el tercer trimestre. Como solo pude realizar un trimestre no me dieron ningún certificado.

Antes de marchar del centro de menores me concertaron una entrevista con el responsable de un PIL. Era un viernes, y el responsable me comentó cómo funcionaba el servicio, cuáles eran las normas, y qué retribución semanal me darían y cómo la podía gestionar. El lunes siguiente entré en un PIL.

## El Programa de Inserción Laboral

Al entrar en el PIL seguía con la idea de marcharme a Francia. En aquel momento estaba deprimido, parecía una persona de cien años, me sentía muy solo y no tenía amigos ni gente con quien charlar. Si no estoy con gente me agobio, me siento perdido. Me gusta estar con gente, hablar con gente. Pensaba que si iba a Francia estaría mejor, puesto que, como mínimo, me podría hacer entender a través de mi propio idioma. No sé, sentía que me faltaba algo. Cuando me siento muy mal, me ayuda el hecho de poder ir a correr o hacer ejercicio físico. Ahora ya me siento bien. Poco a poco me fui encontrando bien en el PIL, donde también siento que tengo más libertad.

Hasta hace tres o cuatro meses no podía dormir bien por las noches. Cuando cerraba los ojos pensaba que estaba en el mar y no podía dormir. Tenía miedo. Ahora ya puedo dormir 7 u 8 horas seguidas.

Al principio, me preguntaba: «¿Por qué estás aquí? ¿Estoy perdido?». Era como si fuera un recién nacido, todo era nuevo para mí. No sabía nada, lo tenía que aprender todo de nuevo y esto me hacía sentir muy perdido. Me hablaban y no sabía qué querían decir. El idioma es muy importante y haré todo el posible para aprender idiomas. Ahora ya entiendo mejor el contexto. Ya hablo más el catalán y en los centros he aprendido cosas sobre la cultura, el funcionamiento de las organizaciones y, en general, sobre el país.

Entre los momentos que recuerdo especialmente, hay una actividad que hicimos la segunda semana de estar en el PIL. Se trataba de ir a impartir una charla en una escuela. Era una charla con niños de ocho o nueve años con discapacidad. Ellos nos regalaron cartas que habían escrito para nosotros. Un niño de este grupo me dio una carta que decía «nuestra casa es vuestra casa». Esto me quedó en la cabeza y en el corazón. Me gustó mucho. Todavía tengo la carta colgada en la habitación. Hacer la actividad con los niños y recibir la carta me hizo sentir bien, y me motivó para quedarme aquí.

Cada lunes nos dan 40 € (hasta hace poco nos daban 35) para comprar la comida de la semana. Tenemos que justificar el dinero

con tiques de compra. Cada viernes, además, nos dan 15 € para otros gastos, pero no podemos gastar los 15 €, puesto que nos hacen ahorrar para cuando salgamos del centro.

En el PIL estoy en un piso que comparto con dos personas más. Lo comparto con dos marroquíes con los que vivimos cordialmente. Tenemos tres habitaciones, una para cada uno. Compartir espacios y convivir con otras personas no siempre es fácil. Ahora tengo la suerte que con mis compañeros podemos hablar en francés. Todos estamos aquí desde hace muy poco tiempo y poder comunicarnos en francés nos ayuda a entendernos. De vez en cuando hacemos asambleas y cada dos semanas tenemos la visita de una educadora. Suelen venir por la noche, para ver si estamos. Tenemos que avisar a PIL cuando queremos salir por la noche, y, a pesar de que siempre nos dan permiso, es una obligación hacerlo. Entiendo y acepto las normativas que tenemos.

Las educadoras del programa nos protegen (o se protegen ellas). Por ejemplo, a mí me gusta ir a Barcelona porque me gusta patinar y pasear por la ciudad. Cuando les digo que voy me dicen que vuelva antes de las 20 h porque Barcelona es peligroso y hay gente que roba. Pero yo he vivido en lugares realmente muy peligrosos, en los que no hay electricidad ni nada. Para mí Barcelona no es nada peligrosa. Hay policía cada dos metros y no tengo miedo.

Desde el PIL me han ayudado mucho, tanto en los estudios como en la obtención de los papeles de residencia temporal (NIE), que obtuve hace unos ocho meses. Ahora mismo no tengo demasiado claro lo que quiero hacer y a qué me quiero dedicar. Sé que me gusta el deporte y que practicarlo me hace feliz, pero tengo que estudiar para tener una profesión. Este curso he hecho la prueba de acceso de grado medio en la misma escuela de adultos a la que fui anteriormente y la he aprobado con un 7,25. Las educadoras me han ido preguntando qué me gustaría estudiar y, finalmente, me han orientado a apuntarme a un grado de emergencia sanitaria, que iniciaré el próximo curso. Ahora debo ver si me gusta. No lo tengo claro, pero tengo que probarlo.

Este año también he hecho el curso de monitor de educación en el tiempo libre y durante el mes de julio he realizado las prácticas en un *casal* de verano. A pesar de que hice el curso durante el ramadán y me costó un poco, me gustó mucho. Me gustó tanto la gente con quién compartí el curso como la profesora que tuvimos. Me gusta estar con niños y siempre estoy motivado para hacer las actividades. De hecho, me gusta mucho estar con la gente. El problema que tengo ahora es que me cuesta hablar en público, me pongo muy nervioso porque me siento inseguro con el idioma y tengo miedo de hablar mal y no saberme expresar suficientemente bien. En cuanto cojo confianza con la gente, dejo de tener vergüenza y ya me suelto a hablar. Si pudiera solucionar esta dificultad de hablar en público, me gustaría trabajar con gente. Quizás cuando domine el idioma pierda un poco este miedo, ya que con mi idioma materno y el francés no me pasa.

## **La relación con los y las educadoras: barreras idiomáticas y desconfianza inicial**

Estoy muy agradecido a todo el equipo del PIL. Me han ayudado muchísimo y se percibe la conexión entre ellas, siempre están riendo y hay muy buen ambiente. Las educadoras se han convertido en amigas, han sabido vincularse.

Durante mis primeros días en el PIL, una de las educadoras siempre me preguntaba cosas, y a mí no me gustaba. ¿Por qué me preguntaba tantas cosas si no me conocía? Yo desconfiaba un poco. Al cabo de unos meses ya vi que no era una mala persona y me di cuenta de que se preocupaba por mí. Me pregunta por mi familia, por mis abuelos, por cómo estoy yo. Me da consejos cuando hay algo que me preocupa, y cuando tengo necesidad de hablar acudo a ella. Ahora no tengo miedo. Ya no la veo como educadora, la veo como una «madre». Me ha ayudado mucho mentalmente, me ha marcado. Se puede decir que si estoy aquí es por ella.

La desconfianza que yo mostraba al comienzo con las educadoras, la sienten también muchos jóvenes como yo. La desconfianza hace

que no expliquemos los problemas que tenemos e, incluso a veces, acabas mintiendo. Las educadoras siempre te preguntan cómo estás, pero hay jóvenes que piensan que es muy pesado que siempre pregunten, porque a veces no quieres o no te apetece hablar. Los y las profesionales no se contentan con una respuesta corta, siempre nos piden que argumentemos y justificamos las respuestas. Para ellas no es suficiente que digamos: «Estoy bien porque he jugado a fútbol el fin de semana». Te piden que lo justifiques y lo argumentes más. Para la mayoría de los jóvenes, además, el idioma es una barrera que genera frustración cuando no te puedes comunicar como tú querrías.

Otro motivo de la cerrazón que muchos jóvenes podemos experimentar ante los y las profesionales es por las diferentes visiones que tenemos por lo que respecta a la familia. En África, al padre y la madre se les tiene que respetar mucho. Para nosotros son como Dios y no podemos faltarles al respeto. La mayoría de los jóvenes recibimos mucha presión de las familias, que reclaman que enviemos dinero. Muchas veces ni tan siquiera nos preguntan de dónde proviene el dinero que mandamos. A mí esto no me gusta. Esto hace que muchos jóvenes abandonen los estudios y decidan trabajar enseguida y de cualquier cosa para poder enviar rápidamente dinero a su casa. Las familias piensan que tenemos de todo y que les podemos ir enviando el dinero que nos piden. A pesar de que se les explica nuestra situación, no se lo acaban de creer. De hecho, los entiendo, porque yo, cuando estaba en África, también pensaba lo mismo que ellos. Una vez aquí, las cosas cambian mucho. Sus presiones nos hacen dudar. Las entidades nos prohíben que enviemos a nuestras familias el dinero que nos dan, hecho que entiendo perfectamente. Las educadoras siempre nos recalcan la importancia de ahorrar para poder tener algo de dinero para cuando salgamos del programa. Hay muchos jóvenes que acaban saliendo del programa o entidad para poder enviar dinero a su familia. Las presiones no solo vienen de la familia, sino también de tus amigos o de personas que conoces. Todos piensan que tú tienes dinero y que todo te va bien. Pero la mayoría de los que estamos aquí no tenemos dinero. Muchos venimos aquí para buscar un futuro mejor, pero al final acabamos trabajando toda la vida para la familia. Vivimos para trabajar y mantener a la familia.

## Mirando el futuro

Llegamos al final de este relato que hemos ido construyendo a fuego lento a través de conversaciones, revisiones del texto y audios de WhatsApp que hemos mantenido a lo largo de dos meses. Y llegamos aquí con un pensamiento constante para el amigo de niñez que hace pocos meses inició el viaje que he hecho yo, un viaje que cuatro años atrás él decidió abortar. Hace poco más de un mes que recibo llamadas y mensajes de su familia preguntándome qué sé de él. Pero no sé nada. No hay manera de conectar, no responde ni a llamadas ni a mensajes, y a través de las redes sociales tampoco he conseguido contactar con él. No saber nada me hace sufrir y, conociendo los peligros del viaje, me preocupa mucho lo que le puede haber pasado.

En cuanto a mi futuro, todavía me quedan dos años de estancia en el PIL. Durante estos dos años mi intención es estudiar y después empezar a trabajar.

A veces todavía me pregunto si me conozco suficientemente bien. No sé de qué me gustaría trabajar ni qué me gustaría hacer, y por eso quiero experimentar muchas cosas, para descubrir lo que me gustaría ser en un futuro.

A pesar de que mi objetivo inicial, en esta aventura que empecé hace más de cinco años, era llegar a Francia y establecerme allí, ahora tengo claro que quiero quedarme aquí. Estoy contento de estar aquí y me gusta la gente con la que me he encontrado. He tenido buenas experiencias que han hecho que quiera echar raíces en Cataluña. Un país que me ha acogido y en el que he aprendido mucho.

